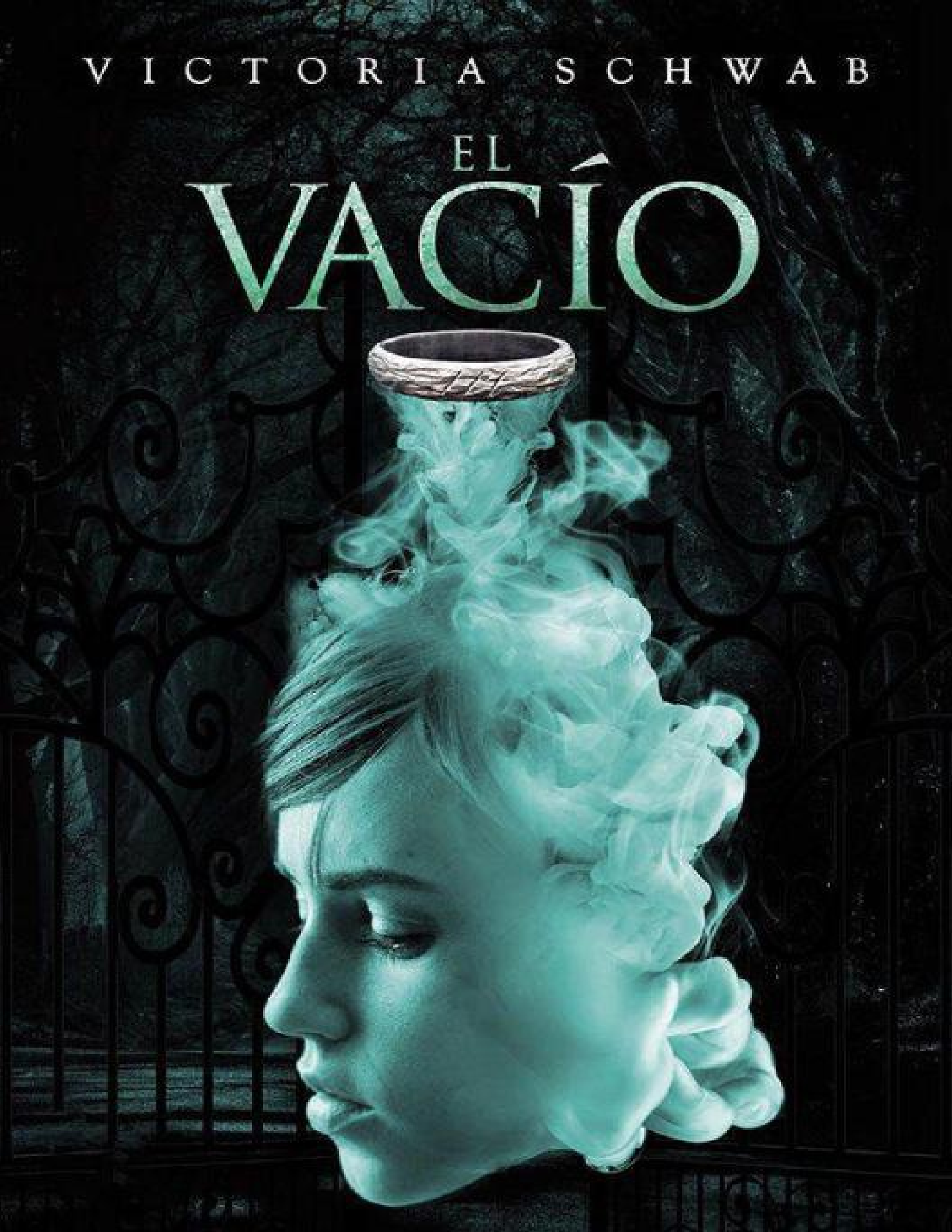
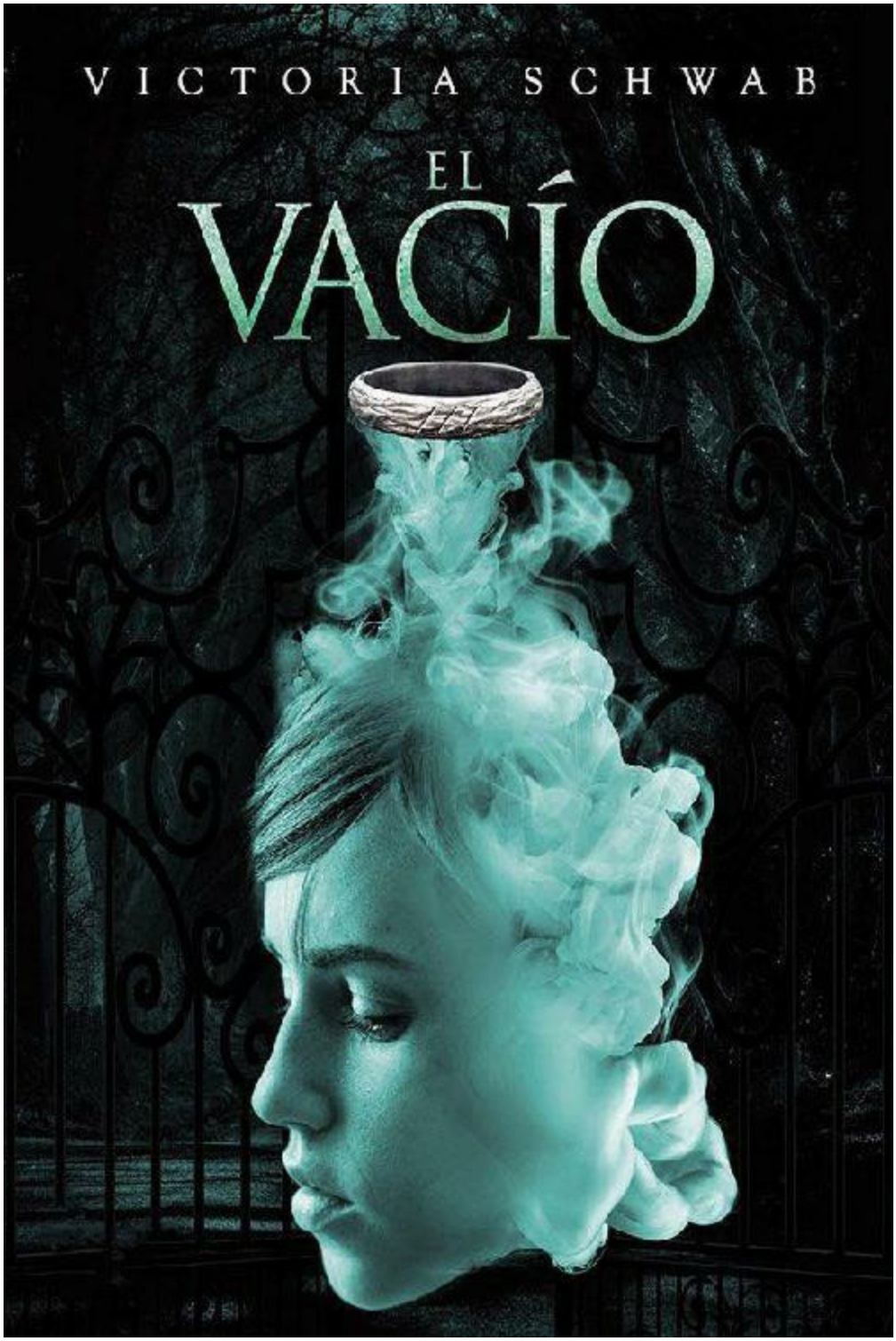
VICTORIA SCHWAB

EL VACÍO





Imagina un lugar donde los muertos descansan como libros en bibliotecas. Cada cuerpo tiene una historia que contar, una vida en imágenes que solo los Bibliotecarios pueden leer. Los muertos reciben el nombre de Historias. Y el vasto reino en el que descansan es el Archivo.

En *El vacío*, la continuación de la primera novela de la saga *El Archivo*,

Victoria Schwab nos vuelve a sorprender con una prosa increíble y una combinación estremecedora de acción, romance y horror. *El vacío* nos sumerge en un rico y alucinante mundo imaginario, donde no hay decisión fácil de tomar y el amor y las pérdidas se perciben como los lados de una misma moneda.

Victoria Schwab

El vacío

El Archivo - 2

Titivillus 15.03.2018



Título original: *The Unbound*

Victoria Schwab, 2014

Traducción: Julieta Gorlero

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

En tres palabras puedo resumir todo lo que de la vida he aprendido: la vida continúa.

ROBERT FROST

UNO

EL CUERPO ME RUEGA QUE DUERMA.

Me siento en el techo del Coronado y me suplica, me ruega que baje de mi asiento sobre el hombro quebrado de una gárgola, que me escabulla nuevamente adentro y baje las escaleras y atraviese el departamento todavía oscuro y me meta en la cama, a *dormir*.

Pero no puedo.

Porque cada vez que duermo, sueño. Y cada vez que sueño, sueño con Owen. Con su pelo rubio ceniza, sus ojos fríos, sus dedos largos envolviendo despreocupadamente su cuchillo preferido. Sueño que arrastra el lado filoso de la hoja por mi piel mientras murmura que la «verdadera» Mackenzie Bishop debe estar escondida en algún lugar debajo de esa piel.

Te encontraré, M, susurra mientras me corta.

Te liberaré.

Algunas noches me mata rápido y algunas noches se toma su tiempo, pero todas las noches me levanto agitada, abrazada a mis costillas, con el corazón palpitando mientras me reviso la piel en busca de heridas recién abiertas.

No hay ninguna, obviamente.

Porque Owen no existe.

Ya no.

Han pasado tres semanas y aunque está demasiado oscuro para distinguir nada que no sean los contornos de los techos bañados por

la noche, mis ojos siguen yéndose hacia el espacio —un círculo de gárgolas— donde ocurrió. O al menos, donde *terminó*.

Deja de correr, señorita Bishop. No hay adónde ir.

El recuerdo es tan vívido: Wesley desangrándose hasta la muerte del otro lado del techo mientras Owen presionaba la hoja del cuchillo entre mis omóplatos y me daba una elección que en realidad no era tal, porque el metal me estaba mordiendo la piel.

No tiene que terminar así.

Las palabras flotaron entre nosotros solo el tiempo suficiente como para que yo girara la llave en el aire detrás de su espalda e hiciera un agujero en el mundo, una puerta de la nada, a la nada —a *ningún lado* — y lo enviara a través de ella.

Ahora mis ojos encuentran la marca invisible — *imposible*—. Es apenas un rasguño en el aire, todo lo que queda de la puerta al vacío. Aunque no puedo *ver* la marca en el aire, sé exactamente dónde está: el trozo de oscuridad por donde mis ojos resbalan, atraídos y repelidos al mismo tiempo por lo que está fuera de lugar, lo antinatural, lo *defectuoso*.

La puerta al vacío es una cosa extraña, corrosiva.

Intenté regresar a ese día, leer en las estatuas del techo lo que había pasado, pero las memorias estaban todas arruinadas. La abertura del vacío las sobreexpuso, como las fotos, comió minutos sólidos —los

más importantes de mi vida— y solo dejó ruido blanco.

Pero no necesito leerlas para ver las imágenes en las piedras: lo recuerdo.

Una piedra se desmorona de una estatua en el extremo más lejano del techo, y me sobresalto y casi pierdo el equilibro arriba de la gárgola. Me empieza a pesar la cabeza de esa forma peligrosa y soporífica, así que bajo antes de *caerme*, rotando el cuello cuando las primeras centellas de luz se asoman en el cielo. Me tensiono cuando lo veo. No estoy, de ninguna manera, lista para hoy y no solo porque no dormí. No estoy lista para el uniforme que está tendido en mi silla ni para la nueva cara que tengo que poner al usarlo. No estoy lista para las instalaciones llenas de cuerpos llenos de ruido.

No estoy lista para la Escuela Hyde.

Pero el sol, de todos modos, sigue subiendo.

Varios metros más allá, una de las gárgolas se destaca entre las otras. Su cuerpo de piedra está forrado con almohadones viejos y cinta de embalaje. Los primeros, robados de un armario en el vestíbulo del Coronado; lo segundo, de un cajón de la cafetería. Es un precario sustituto de un muñeco de entrenamiento para boxeo, pero es mejor que nada. Y si no puedo dormir, entonces ¿por qué no entrenar?



Ahora, mientras el amanecer se desparrama por el techo, desenrollo con cuidado la cinta de boxeo entrecruzada en mis manos y me encojo de dolor cuando la sangre regresa a mi muñeca derecha. Un dolor, sordo y constante, irradia hacia mis dedos. Es otro vestigio de aquel día. *La mano de Owen me sujeta como una tenaza, apretando hasta que se me rompen los huesos y el cuchillo que sostengo con los dedos cae y retumba en el piso de los Estrechos*. Probablemente la muñeca se curaría más rápido si no me pasara todo el tiempo golpeando estatuas de piedra, pero encuentro que el dolor, extrañamente, es un cable a tierra. Casi termino de desenrollar la cinta cuando siento el familiar roce de las letras en el papel que tengo en el bolsillo. Saco la hoja y en la creciente luz del día apenas puedo descifrar el nombre en el medio de la página.

Paso el dedo gordo sobre el nombre, como esperando sentir la marca que hace la lapicera, pero la extraña escritura nunca deja un rastro real. Una mano en el Archivo escribe en un libro del Archivo y las palabras hacen eco en el papel de acá. Encuentras la Historia y el nombre desaparece. Sin marcas duraderas. Pensé en hacer una lista con las personas que encontré y devolví, pero mi abuelo, Da, me

hubiera dicho que preocuparse no tiene sentido. *Miras fijo cualquier cosa*, habría dicho, *y empiezas a hacerte preguntas. ¿Y adónde llevan las preguntas? A ningún lugar bueno*.

Me dirijo a la puerta oxidada de la azotea. Encontrar a Ellie Reynolds debería mantenerme ocupada, al menos hasta que sea una hora más aceptable para estar despierta. Si les contara a mis padres cómo he estado pasando las noches —la mitad de ellas con pesadillas y la otra mitad aquí en el techo—, me mandarían a un terapeuta. Por otro lado, si les contara a mis padres cómo he pasado los últimos cuatro años y medio de mi vida —cazando las Historias de los muertos y devolviéndolas—, me encerrarían en un psiquiátrico.

Bajo los cuatro escalones de concreto, sumamente consciente del silencio y de la forma en que mis pasos lo apuñalan. En el tercer piso, las escaleras me escupen al pasillo adornado con un gastado empapelado amarillo y luces de cristal polvorientas. El departamento 3F espera en el extremo más lejano del pasillo, y parte de mí está desesperada por ir a *casa* y dormir, pero la otra parte de mí no está dispuesta a arriesgarse. En vez de eso, me detengo a mitad de camino, justo pasando los ascensores de metal que parecen jaulas, en el espacio enmarcado por un viejo espejo y una pintura del mar.

Al lado de la pintura, puedo percibir la grieta, como una ondulación en el empapelado, que simultáneamente atrae y repele mi mirada. Es

una forma bastante fácil de saber si algo no encaja: cuando tus ojos no pueden encontrarlo con precisión porque es algo que se supone que no debes ver. Como en el techo. Pero a *diferencia* del techo, cuando me saco el anillo de plata del dedo, la incomodidad desaparece y puedo ver con claridad la forma en el medio de la grieta.

Una cerradura.

Una puerta a los Estrechos.

Paso los dedos por el pequeño y oscuro punto, dudando un instante. Las paredes entre los mundos solían sentirse como hechas de piedra: pesadas e impenetrables. Estos días se sienten demasiado delgadas. Los secretos, las mentiras y los monstruos traspasan, arruinando las líneas nítidas.

Mantén tus mundos alejados, me aconsejó Da. *Separados con prolijidad y firmeza y solidez*.

Pero todo es un lío ahora. El miedo me sigue a los Estrechos. Las pesadillas me siguen afuera.

Busco el cordón de cuero que llevo al cuello y me lo quito por la cabeza. La llave que cuelga al final brilla en la luz artificial del pasillo. No es mía —no es de Da, quiero decir— y la primera vez que la usé para abrir una puerta a los Estrechos, recuerdo haberme sentido amargada por el hecho de que pudiera reemplazar tan fácilmente la llave de mi abuelo. Como si fueran lo mismo.

Sopeso esta en mi mano; es demasiado nueva y una fracción demasiado liviana, y no es solo un trozo de metal, sino un símbolo: una advertencia de que las llaves y la libertad y las memorias y las vidas pueden ser arrebatadas. Aunque no necesito un recordatorio. El interrogatorio de Agatha está grabado en mi memoria.

Solo habían pasado unos días. El tiempo suficiente como para que los moretones cambiaran de color en mi piel, pero no lo suficiente como para que mi muñeca sanara. Agatha se sentó ahí en su silla, sonriendo amablemente, y yo me senté en la mía, tratando de que ella no viera cuánto me temblaban las manos. No tenía llave —ella me la había sacado— y sin ella, no tenía forma de salir del Archivo. El problema, como Agatha explicó, era que yo había visto el detrás de escena, había visto las piezas y las fallas. La pregunta era: ¿debía permitirme recordar o debía extraer el Archivo todo lo que había visto y hecho dentro de su jurisdicción y dejarme llena de agujeros? Libre del peso de todo.

Si tuviera que elegir, le dije, *preferiría aprender a vivir con lo que sé*.

Esperemos que estés tomando la decisión correcta, dijo y me puso la nueva llave en la mano. Hizo que envolviera el metal con los dedos y agregó: *Esperemos que yo también*.

Ahora, parada en el pasillo, meto la llave de Agatha en la marca en el empapelado amarillo y observo cómo las sombras se expanden

desde la cerradura, impregnando la pared como si fuera tinta a medida que la puerta cobra forma. Cuando termina de conformarse —los bordes marcados por la luz—, me obligo a girar la llave y, por un segundo, no puedo. Me empieza a temblar la mano, así que aprieto la llave hasta que el metal me muerde la piel y el dolor me estimula a liberarme, y entonces abro la puerta de un empujón y paso a los Estrechos.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí contengo el aliento, como hacen los chicos cuando van en el auto y pasan al lado de un cementerio. Es superstición, simplemente una tonta esperanza de que no pasarán cosas malas si no inhalas. Me fuerzo a quedarme parada ahí en la oscuridad hasta que mi cuerpo admite que Owen no está aquí, solo estoy yo y, en algún lugar, Ellie Reynolds.

Resultó ser una devolución sencilla, una vez que la *encontré*.

Es más fácil localizar a las Historias cuando corren, porque proyectan memorias, como sombras, en cada centímetro de suelo que recorren. Pero Ellie se queda quieta, acurrucada en una esquina de los Estrechos cerca del borde de mi territorio. Cuando la encuentro, se va sin oponer resistencia, lo que es algo bueno.

Me apoyo contra la pared húmeda y oscura, es todo lo que puedo hacer para mantener los ojos abiertos. A rastras, vuelvo hacia las puertas numeradas que llevan a casa, bostezando todo el camino hasta

la puerta con el I marcado en tiza. Paso nuevamente al Exterior, aliviada de encontrar el pasillo del tercer piso tan silencioso como lo dejé. Es demasiado fácil perder la noción del tiempo en los Estrechos, donde ningún tipo de reloj funciona, y hoy, más que ningún otro día, no puedo darme el lujo de llegar tarde.

La luz del sol inunda en el departamento desde las ventanas mientras cierro la puerta con cuidado y atravieso la sala de estar, mis pasos tapados por el sonido de la elaboración del café y el murmullo bajo de la televisión. Debajo de la placa con la hora y el día —6:15 horas, miércoles—, un presentador de noticias parlotea sobre el tránsito y da el resumen deportivo, antes de cambiar el ritmo.

—A continuación —dice, revolviendo papeles—, lo último sobre un crimen que tiene a todos perplejos. Una persona desaparecida. Una escena caótica. ¿Fue un robo, un secuestro o algo peor?

El presentador pronuncia la frase con demasiado entusiasmo, pero algo en la imagen congelada que flota detrás de él me llama la atención. Estoy yendo hacia el televisor cuando el sonido apagado de los pasos de mis padres en su habitación me recuerda que estoy parada en el medio del departamento, todavía con la ropa negra y ajustada de Portera, a las seis de la mañana.

Me escabullo rápidamente al baño y abro la ducha. El agua está caliente y se siente maravillosa. El calor me relaja los hombros y me

calma los músculos doloridos, el sonido del agua llena la habitación de ruido blanco, constante y tranquilizador. Se me cierran de a poco los ojos y entonces…

Me tambaleo y me sostengo un instante antes de caer hacia adelante contra la pared. El dolor se dispara en mi muñeca lesionada cuando me apoyo contra los azulejos. Lanzo un insulto en voz baja y cierro de golpe el agua caliente. El agua helada me golpea la piel, el *shock* me deja miserable pero bien despierta. Estoy cubierta con una toalla a mitad de camino hacia mi habitación, con la ropa de Portera amontonada bajo el brazo, cuando la puerta del cuarto de mis padres se abre y papá se asoma. Está sosteniendo una taza de café y emana el usual aire de mal dormido y exceso de cafeína.

—Buen día —murmuro.

—Gran día, corazón. —Me planta un beso en la frente y su ruido (la estática que todas las personas vivas llevan consigo, el sonido de sus pensamientos y sus memorias) resuena a través de mí, las imágenes obstruidas solo por el anillo de Portera que tengo en el dedo—. ¿Crees estar lista? —pregunta.

—Lo dudo —respondo, resistiendo las ganas de señalar que no tengo otra opción. En vez de eso, lo escucho decirme que voy a estar a la altura del desafío. Incluso me las arreglo para sonreír, encogerme de hombros y decir «seguro», antes de escaparme a mi dormitorio.

El agua fría podría haber sido suficiente para despabilarme, pero no está ni cerca de ser suficiente para prepararme para el uniforme escolar que me espera en una silla. El agua me cae desde el pelo a los ojos, mientras observo la remera blanca —de mangas largas, con ribetes plateados y con un escudo en el bolsillo del pecho— y la falda escocesa color negro, plateado, verde y dorado. Los colores de la Escuela Hyde. En el catálogo, chicos y chicas estudian bajo robles centenarios, con una cerca de hierro forjado a un lado y un edificio cubierto de musgo del otro. Una imagen de clase, encanto y resguardada inocencia.

Busco mi celular recién cargado y le mando un mensaje rápido a Wesley.

Mackenzie: No estoy lista para esto.

Wesley Ayers, quien se autodenominó WESLEY AYERS, CÓMPLICE en mi celular, ha estado fuera por más de una semana; se fue justo después de la boda de su padre a una luna de miel pensada para «unirse como familia». A juzgar por cuán seguido me ha estado mensajeando, diría que decidió no participar en las actividades de vinculación afectiva.

Un momento después, responde.

Wes: Eres Portera. Puedes cazar los registros animados de los muertos en tu tiempo libre. Estoy bastante seguro de que te las

arreglarás bien en un colegio privado.

Me puedo imaginar a Wesley poniéndose las manos en la nuca mientras lo dice, con una ceja levantada, con sus ojos marrones cálidos y brillantes y delineados de negro. Estoy tratando de pensar algo inteligente para contestarle, cuando vuelve a escribir.

Wes: ¿Qué tienes puesto?

Me sonrojo. Sé que solo está bromeando —vio el uniforme antes de irse—, pero no puedo evitar recordar lo que pasó en el jardín la semana pasada, el día de la boda. La forma en que sus labios sonreían contra mi mentón, cómo su ahora familiar ruido —esa cacofonía de tambores y bajos— me atravesaba por la presión de su contacto, antes de que yo pudiera encontrar la fuerza para decirle que no. La expresión de dolor en sus ojos cuando finalmente lo hice; tan oculta que la mayoría de la gente no se hubiese dado cuenta. Pero yo la vi. Lo noté en su rostro cuando retrocedió, en sus hombros cuando se apartó, en las comisuras de sus labios cuando me dijo que estaba bien. Que las cosas entre *nosotros* estaban bien. Y quise creerle pero realmente no le creí. No le creo.

Por eso todavía estoy parada aquí envuelta en la toalla, tratando de pensar qué responderle, cuando escucho que la puerta de entrada del departamento se abre y se cierra de un golpe. Un segundo después, una voz agitada me llama y después alguien golpea la puerta de mi

dormitorio. Lanzo el celular a un lado.

—Me estoy vistiendo.

Como si eso fuera una invitación, la puerta comienza a abrirse. La atrapo con la mano y la cierro con fuerza.

— *Mackenzie* —dice mi mamá resoplando—. Solo quiero ver cómo te queda el uniforme.

—Y yo te voy a mostrar —respondo enojada— en cuanto lo tenga *puesto*. —Se queda callada, pero sé que todavía está parada ahí en el pasillo detrás de la puerta. Me pongo la remera de un tirón y abotono la falda—. ¿No deberías estar en la cafetería —le grito— preparando todo para abrir?

—No quería dejar de verte antes de que te fueras —habla a través de la madera—. Es tu primer día…

Su voz flaquea antes de apagarse, y suspiro ruidosamente.

Captando el mensaje, se aleja por el pasillo, sus pasos hacen eco detrás de ella. Cuando finalmente salgo, está sentada a la mesa de la cocina con un delantal de Café Bishop, leyendo el folleto de la Escuela Hyde con un lista de sí y NO. (Se alienta a los estudiantes a ayudar, ser respetuosos, tener buenos modales, pero se desalienta el uso de maquillaje, los *piercings*, el pelo teñido de colores que no son naturales y la estridencia. De hecho, la palabra *estridencia* está en el libro. Resalté las partes que pienso que le van a gustar a Lyndsey; solo porque está a

una hora de distancia no significa que no pueda reírse a mis expensas).

—¿Y? —pregunto, dando una vuelta lentamente para darle el gusto a mi mamá—. ¿Qué te parece?

Levanta la vista y sonríe, pero sus ojos están brillosos y sé que acabamos de entrar en un terreno frágil. Se me retuerce el estómago. He estado haciendo todo lo posible para *esquivar* el tema, pero al ver el rostro de mamá —la guerra sutil entre la tristeza y la terquedad de estar alegre—, no puedo evitar pensar en Ben.

Mi hermano pequeño fue asesinado el año pasado de camino al colegio, tan solo un par de semanas antes de las vacaciones de verano. Ese terrible día de otoño, cuando volví a clases y Ben no, va a quedar como uno de los momentos más oscuros de la historia de mi familia. Fue como sangrar hasta morir, pero más doloroso.

Así que cuando veo la tensión en los ojos de mamá, solo agradezco que haya pasado un año para amortiguar el dolor, aunque sea un poco. Dejo que pase los dedos por los ribetes plateados que delinean los hombros de mi remera, haciendo un esfuerzo por quedarme quieta debajo del ruido agobiante que se vierte desde sus dedos a mi cabeza con su contacto.

—Será mejor que vuelvas a la cafetería —digo con los dientes apretados, y mamá deja caer la mano, confundiendo mi incomodidad con fastidio.

Igual se las arregla para sonreír.

—¿Estás lista?

—Casi —respondo. Cuando no se da vuelta para irse, sé que es porque quiere acompañarme hasta la calle para despedirse. Ni me molesto en protestar. Hoy no. En vez de eso, hago un chequeo rápido: primero lo mundano (mochila, billetera, anteojos de sol) y después lo específico (mi anillo en el dedo, la llave en mi cuello, la lista en mi… no tengo la lista). Vuelvo a mi habitación para buscar la hoja de papel del Archivo en el bolsillo de mis pantalones. Ahí también está mi celular, al lado de la pata de la cama, justo donde lo tiré más temprano.

Transfiero el papel (en blanco, por ahora) al bolsillo delantero de mi falda y escribo una respuesta rápida a la pregunta de Wesley…

Wes: ¿Qué tienes puesto?

Mac: Armadura de batalla.

… antes de meter el teléfono en mi mochila.

Camino a la salida, mamá me da todo un discurso sobre mantenerme a salvo, ser amable, caerles bien a los demás. Cuando llegamos a la base de las escaleras de mármol del vestíbulo, me planta un beso en la mejilla (suena como platos que se rompen en mi cabeza) y me dice que sonría. Entonces un anciano llama desde el otro lado del vestíbulo y pregunta si el café está abierto. La veo irse apurada, trinando con alegría matinal mientras lo lleva adentro de Café Bishop.

Atravieso las puertas giratorias del Coronado y me dirijo al soporte de bicicletas recientemente instalado. Solo hay una bici encadenada a él, una estructura elegante de metal estropeada —Wes diría adornada — por una tira de cinta adhesiva plateada sobre la cual la palabra DANTE está garabateada con un marcador indeleble. Sabía que un auto era imposible —todo el dinero de la familia alimenta la cafetería en estos momentos—, pero tuve la previsión de pedir una bici. Mis padres se sorprendieron; supongo que pensaron que tomaría el autobús (el de línea, no el escolar; Hyde no se rebajaría a tener su nombre estampado en el costado de una monstruosidad amarilla o naranja y, además, el estudiante promedio seguramente maneja un Lexus), pero los buses son cajas abarrotadas de cuerpos llenos de ruido. Tiemblo de solo pensarlo.

Saco un par de pantalones deportivos de mi bolso y me los pongo debajo de la falda, antes de desencadenar a Dante. El toldo de Café Bishop aletea con la brisa y las gárgolas del techo observan hacia abajo, mientras paso la pierna sobre la bici y bajo el cordón de la verdad.

Estoy casi llegando a la esquina cuando algo — *alguien*— me llama la atención, entonces bajo la velocidad y miro hacia atrás.

Hay alguien en la vereda de enfrente del Coronado y me está observando. Un hombre, de unos treinta y pocos años, con cabello

rubio y piel dorada por el sol. Está parado en el cordón, cubriéndose los ojos por la luminosidad y mirando el Coronado con los ojos entrecerrados, como si fuera algo sumamente interesante. Pero hubiera jurado hace un momento, cuando pasé a toda velocidad, que me estaba mirando a mí. Y aún ahora, cuando no me observa, esa sensación persiste.

Me detengo en la esquina, haciendo de cuenta que estoy ajustando los cambios de mi bici mientras lo observo no observarme. Algo en él me resulta familiar, pero no sé bien qué. Quizás haya estado en Café Bishop cuando estaba atendiendo o tal vez sea amigo de algún residente del Coronado. O quizá no lo haya visto jamás y simplemente tiene una de esas caras que parecen familiares. Quizá solo necesito dormir. En cuanto le doy lugar a la duda, mi convicción muere; y de repente, ni siquiera estoy segura de que me estuviera observando. Cuando cruza la calle un momento después y desaparece por las puertas de entrada del Coronado sin siquiera mirar hacia mi dirección, me libero y me voy pedaleando.

La mañana está fresca y disfruto de aire frío y de viento que silba en mis oídos mientras serpenteo por las calles. Tracé la ruta ayer —me la dibujé en la mano esta mañana para estar segura—, pero nunca miro hacia abajo. La ciudad se despliega a mi alrededor —una grilla enorme y soleada—, un contraste absoluto con la maraña de pasillos

oscuros y húmedos a los que estoy acostumbrada.

Y por unos pocos minutos, mientras el mundo se borronea con la velocidad, casi me olvido de lo cansada que estoy y cuánta angustia me da el día de hoy. Pero justo giro en la esquina y cuando el instante se termina, me encuentro a mí misma cara a cara con las piedras cubiertas de musgo, las paredes tapadas de hiedra y las verjas de hierro de la Escuela Hyde.

DOS

MI FAMILIA ESTÁ A PUNTO DE HUIR.

Hace un año que Ben está muerto y nuestro hogar, de alguna manera, se ha convertido en una casa: algo al alcance de la mano. Dicen que la única manera de avanzar es atravesando, pero aparentemente eso no es verdad. La otra opción, ahora lo sé, es dar media vuelta y ponerse a correr. Mis padres han empezado a empacar; las cosas están desapareciendo, una por una, en cajas. Trato de no darme cuenta. Entre la lucha por sobrevivir al segundo año del secundario y mantener mi lista de Historias vacía, he estado haciendo un muy buen trabajo al ignorar el agujero con forma de Ben; pero con el tiempo ni yo puedo evitar ver las señales.

Mamá renuncia a otro trabajo.

Papá empieza a viajar con sus trajes de estilo más universitario.

La casa suele estar más vacía que llena.

Y entonces un día, cuando estoy sentada a la mesa de la cocina, estudiando para los exámenes finales, papá vuelve de un viaje —una entrevista, resulta ser— y coloca un folleto frente a mí. Termino el conjunto de problemas antes de permitir que mis ojos se desvíen hacia el papel brillante. A simple vista, parece un paquete universitario, pero la gente en posición de estudio desparramada en la tapa lleva uniformes color negro y verde y dorado y plateado y la mayoría de ellos se ve un poco demasiado joven para ir a la universidad. Leo el nombre impreso en mayúsculas góticas a lo largo de borde superior: ESCUELA HYDE.

Debería decir que no. Integrarse en una escuela de 1.500 alumnos ya es suficientemente difícil; y entre el agujero con forma de Ben y la página del Archivo constantemente llena, apenas si puedo sostener las buenas notas…

Pero papá tiene esa horrible mirada llena de esperanza en los ojos y se ahorra el discurso sobre cómo va «enriquecer mi experiencia académica», no se molesta en decirme que es «una escuela más chica, donde es más fácil conocer gente», y lanza directamente el golpe de gracia. El tranquilo, curioso, «será una aventura».

Quizá tenga razón.

O tal vez yo simplemente ya no pueda soportar nuestro hogar transformado en casa.

Quizá yo también esté lista para huir.

Digo que sí.

Debería haber dicho que no.

Eso es todo lo que puedo pensar mientras observo la Escuela Hyde. El campus está metido detrás de la cerca de hierro forjado y el terreno de delante está lleno de autos sofisticados y salpicado de estudiantes que parecen salidos directamente del catálogo que papá trajo a casa la primavera pasada. También hay un soporte para bicicletas, pero los pocos estudiantes alrededor de este son claramente de primero y segundo año. Me doy cuenta por el color del ribete de las remeras del uniforme. (Según el folleto, los de primero están señalados con un negro brillante, los de segundo con verde, los de tercero con plateado y los de cuarto con dorado).

Me quedo rondando el borde del terreno, con la bici apoyada contra un árbol mientras busco mi teléfono para releer el mensaje de Wesley.

Wes: Estoy bastante seguro de que te las arreglarás bien en la Escuela Hyde.

Mientras mis ojos se levantan lentamente, no estoy tan segura. No son los uniformes lo que me desanima, ni tampoco el evidente aire de riqueza —no sería una buena Portera si no pudiera pasar desapercibida—, es el hecho de que podría contar cuántos estudiantes hay aquí en menos de un minuto, si quisiera. Hay tan pocos que me

hace pensar que podría llegar a saber sus nombres y rostros. O peor, que ellos podrían saber los míos. Mi colegio anterior no era enorme desde ningún punto de vista, pero era lo suficientemente grande como para ofrecer cierto grado de anonimato. Estoy segura de que *había* un radar, aunque no era difícil mantenerse fuera de su alcance, y yo lo hice. ¿Pero acá? Es bastante difícil mantener mi segunda vida en secreto con solo unas pocas personas a las que engañar y mentir y despistar. En una «atmósfera íntima» —palabras del folleto, no mías—, la gente se va a dar cuenta si meto la pata.

¿*Qué importancia tiene*?, me digo a mí misma. *Solo un par de personas más a las que mentirles*.

No es como si tuviera que vender distintas mentiras a distintas multitudes. Solo tengo que convencer a todos de una sola cosa: que soy normal. Lo que, debo admitir, sería más fácil si hubiese dormido más de dos horas por noche las últimas tres semanas. Y si no estuviera siendo atormentada por la memoria de una Historia que intentó matarme. Pero bueno. Las circunstancias perfectas no existen.

La mayoría de los estudiantes ha entrado en las instalaciones a esta altura, así que cruzo el terreno, encadeno a Dante al soporte para bicicletas y me acerco a la puerta. Y cuando llego ahí, no puedo evitar sonreír un poco. Hay una enorme *H* de metal entrelazada en las rejas. Tomo una foto con mi teléfono y se la mando a Wes con el epígrafe:

Abandone toda esperanza todo aquel que aquí entre (la inscripción que hay en las puertas del averno en el *Infierno* de Dante). Un momento después responde con una carita sonriente, lo que es suficiente para hacerme sentir un poco menos sola al respirar hondo y entrar en el campus.

Hyde está hecho de piedra y musgo, la mayoría de los edificios están distribuidos alrededor de un patio interno. Todo está conectado por caminos, puentes y pasillos; una versión en miniatura de la universidad donde trabaja papá ahora. (Supongo es esa es la idea detrás de una escuela de preparación para la universidad). Todo lo que puedo pensar mientras avanzo por el camino principal hacia el edificio de la administración con su fachada cubierta de hiedra y una torre con reloj es lo mucho que Lyndsey amaría este lugar. Le envió un texto para decirle eso y unos pocos segundos después me contesta.

Lynds: ¿Quién es?

Mac: Ja. Ja.

Lynds: La Mackenzie Bishop que yo conozco no carga su celular y mucho menos mensajea.

Mac: La gente evoluciona.

Lynds: Lo hiciste por el Delineado, ¿no?

Mac: No.

Lynds: Está bien, te perdono.

Revoleo los ojos y guardo el teléfono en el bolsillo antes de respirar hondo una última vez y empujar las puertas del edificio de la administración para entrar. Hay un gran vestíbulo de vidrio con pasillos que salen en todas direcciones. Me las arreglo para encontrar la oficina principal y retiro mi horario escolar y las aulas asignadas, que me entrega una mujer con un rodete alarmantemente tirante, pero en vez de desandar el camino que hice, me mandan por un par de puertas distintas, que llevan a un enorme *hall* atestado de estudiantes. No tengo ni idea de qué hacer a continuación. Hago todo lo posible por evitar quedar en el medio del camino mientras repito por dentro la frase *No voy a sacar un mapa, no voy a sacar un mapa, no voy a sacar un mapa*. Me estudié la distribución del campus, en serio. Pero estoy cansada. Y aunque tenga un buen sentido de la orientación, es como con los Estrechos, solo aprendes el trazado luego de recorrerlo.

—Es pasando un edificio, por el segundo pasillo y la tercera aula sobre la izquierda.

La voz viene justo de detrás de mí y doy media vuelta para encontrar a un estudiante de cuarto año (líneas doradas delinean el negro en su uniforme) mirándome.

—¿Perdón?

—Pre-Cálculo con Bradshaw, pasillo de Matemática, aula 310 —dice, señalando el papel en mis manos—. Perdón, no quise mirar sobre

tu hombro. Pero parecías un poco perdida.

Doblo el papel y lo meto en mi mochila.

—¿Era tan obvio? —pregunto, tratando de mantener un tono de voz relajado.

—¿Parada en el medio del edificio de la administración con un horario de clases y una mirada de desorientación? —dice—. No puedes culpar a un chico por querer ayudarte. —Hay una especie de calidez en él, desde el cabello oscuro hasta su sonrisa amplia y sus ojos dorados. Y entonces va y lo arruina al agregar—: Después de todo, toda la situación tiene un aire de «doncella».

El aire se congela.

—No soy una doncella. —No hay humor en mi voz esta vez—. Y realmente no estoy en peligro, si a eso pensabas referirte.

Se sorprende, pero en vez de transigir, se mantiene firme, su sonrisa se relaja en algo más genuino.

—Soné como un idiota justo ahí, ¿no? Déjame empezar de nuevo.

—Me ofrece la mano—. Soy Cash.

—Mackenzie —respondo, preparándome para el ruido mientras deslizo mi mano en la suya. El sonido que me llena la cabeza es fuerte (el ruido de los vivos *siempre* es fuerte), pero extrañamente melódico. Cash está hecho de *jazz* y risas. Nuestras manos se separan y el sonido se apaga, reemplazado un momento después por el primer timbre, que

hace eco por todos los pasillos desde la torre del reloj.

Y entonces así comienza.

—Déjame acompañarte a tu clase —dice.

—No es necesario.

—Lo sé. Pero de todos modos me gustaría hacerlo.

Dudo, aunque hay algo en él que me recuerda a Wes —quizá la forma en que se para o la facilidad con la que sonríe— y a esta altura probablemente llame más la atención si digo que no; ya hay gente que nos mira cuando nos sobrepasa, apurada por llegar a clase. Así que digo que sí con la cabeza y agrego:

—Te sigo.

Me arrepiento a los pocos segundos.

Tener a Cash de escolta no solo hace que vaya lento —se detiene para saludar, abrazar, chocarle el puño a *todo el mundo*—, sino que además atrae más atención de la que jamás hubiera querido, ya que me presenta a cada uno de los que cruzamos. Y a pesar de que el primer timbre ya sonó y todos los pasillos se están vaciando, todos se toman un tiempo para saludar y caminan con nosotros unos pocos pasos mientras conversan. Para cuando Cash finalmente me lleva por uno de los puentes que conectan los edificios hasta la sección de Matemática y me deja en el aula 310, me siento aturdida por la atención.

Y entonces él simplemente desaparece con tan solo una sonrisa y un «¡Buena suerte!». Y ni siquiera tengo la chance de agradecerle, y mucho menos de pedirle una pista sobre adónde tengo que ir después. Dieciséis pares de ojos se mueven hacia arriba cuando entro caminando y muestran la habitual gama de interés. Solo la atención entrenada del profesor se mantiene en el pizarrón mientras escribe las instrucciones debajo del título Pre-Cálculo. La mayoría de los asientos ya están ocupados, en una extraña y retorcida versión de la dinámica de colegio secundario. Queda la última fila en vez de la primera, que es la usualmente rechazada. Me deslizo al último asiento libre cuando el profesor comienza, y siento que el pecho finalmente se me empieza a relajar.

Esperar que algo empiece es siempre peor que cuando finalmente lo hace.

Cuando la lección comienza, siento alivio al descubrir que debajo del musgo y la piedra y los uniformes, la escuela aún se siente como la escuela. Y le puedes agregar lujos, pero no cambia demasiado de un lugar a otro. Me pregunto qué clase tendrá Lyndsey primero. Va a estar sentada en primera fila, por supuesto. Me pregunto quién se sentará al lado de ella del lado izquierdo, quién se acercará a garabatear los márgenes de sus libros cuando no esté mirando. Me empiezo a preguntar qué estaría estudiando Ben, pero entonces me detengo y

llevo mis pensamientos a las ecuaciones que hay en el pizarrón.

Siempre he sido buena en matemática. Es directo, blanco y negro, está bien o mal. Las ecuaciones. Las personas también son ecuaciones, pero infinitamente más complicadas. Da consideraba que las personas son como libros para ser leídos; yo siempre las pensé como fórmulas: llenas de variables, pero siempre la suma de sus partes. Su ruido es eso en realidad: todos los componentes de una persona desordenados, capa sobre capa. Los pensamientos, sentimientos y memoria, y todo eso desorganizado, hasta que esa persona muere. Y entonces todo es compilado, enderezado en una cosa lineal, y puedes ver exactamente el total de esa suma. Igual a qué son.

Tic. Tic. Tic.

Noto el sonido durante la pausa entre dos explicaciones de Bradshaw. Es un reloj en la pared del fondo, y ahora no puedo dejar de oírlo. Incluso con la proyección experta de Bradshaw (me pregunto si habrá tomado clases de técnica vocal o si solía actuar y, si fue así, cómo terminó dando clases de Precálculo), ahí está: bajo y constante y claro. Da solía decir que podías aislar los sonidos en los Estrechos si lo intentabas: tirar de las notas y empujarlas hacia adelante, dejando que el resto baje. Tomo el *tic tic tic* y pronto la voz del profesor se apaga y todo lo que puedo oír es el reloj, despacio y constante como un pulso.

Tic. Tic. Tic.

Tic. Tic.

Tic…

Y entonces, entre un tic y otro, las luces se apagan.

Al mismo tiempo, todo el conjunto de tubos fluorescentes del techo titilan y se apagan, sumergiendo el aula en la oscuridad. Cuando las luces vuelven a encenderse, la habitación está *vacía*. Dieciséis estudiantes y un profesor, todos desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, dejando solo pupitres vacíos y el reloj que hace tictac y un cuchillo que descansa, suave como un beso, contra mi garganta.

TRES

—**OWEN. —SALE APENAS COMO UN SUSPIRO**, mi voz tensa por el miedo. *No aquí. No ahora*.

Exhala despacio detrás de mí y después siento que sus labios me rozan la oreja.

—Hola, M.

—No… —Empiezo a hablar, pero las palabras se mueren cuando el cuchillo me presiona la garganta.

—Mírate —dice, usando el metal para levantar mi mentón—.

Montando un *show*. Sonriendo y diciendo que sí y tratando de que crean que eres normal.

El cuchillo cae y un momento después él está ahí, rodeando mi silla, haciendo chasquidos con la lengua, mientras se apoya sobre el pupitre

frente a mí, inclinado hacia adelante, con los codos en las rodillas. Su pelo plateado está peinado hacia atrás y sus ojos, pendientes de mí, salvajes, lobunos y azules.

—¿Saben que estás rota? —pregunta, haciendo girar el filo entre sus dedos—. Pronto lo sabrán. ¿Deberíamos mostrarles?

Sujeto la mesa.

—No existes.

—Y sin embargo, podría quebrarte —dice— en frente de todos ellos. Partirte al medio, dejar que vean todos los monstruos de los que estás hecha. Los podría liberar. Liberarte. —Se endereza—. Este no es tu lugar.

—¿Cuál es mi lugar?

Es un instante, ya no está en el otro pupitre sino parado a mi lado. Apoya sobre mi mesa el cuchillo, cuya punta queda a centímetros de mis costillas. La otra mano aterriza sobre mi hombro y me mantiene en mi silla mientras se acerca y susurra.

—Conmigo.

Lleva el cuchillo hacia adelante y yo lanzo un grito ahogado y me levanto de golpe de mi asiento, golpeándome la caja torácica contra el borde de mi pupitre, cuando suena el timbre. Owen desaparece y el aula está llena de estudiantes que arrastran con ruido las sillas hacia atrás y se ponen las mochilas al hombro. Me dejo caer en la silla,

frotándome las costillas, después me pongo de pie con esfuerzo y deslizo mi cuaderno, demasiado vacío, adentro de mi mochila, intentando librarme de los vestigios de la pesadilla. Estoy casi en la puerta cuando el señor Bradshaw me detiene.

—¿Señorita Bishop? —dice, ordenando su escritorio.

Me giro hacia él.

—¿Sí, señor?

—¿La aburrí?

Me tensiono.

—No, señor.

—Bueno, es un alivio —dice, ajustándose los anteojos—. Realmente me preocupa aburrir a mis estudiantes.

—Oh, no debería —respondo—. Es un gran orador. ¿Tiene entrenamiento actoral?

Me maldigo a mí misma incluso antes de que las palabras salgan de mis labios. Contestar en el Archivo es una cosa, pero el señor Bradshaw no es un bibliotecario, es un profesor. Por suerte sonríe.

—Entonces voy a asumir que, a pesar de las apariencias, usted estaba escuchando la lección cautivada. De todas formas, quizás en el futuro usted podría escuchar con los ojos abiertos. Así puedo estar seguro.

Me las ingenio para mostrarle una sonrisa débil, asentir y decir otro

«sí, señor», antes de dirigirme al *hall* en busca de Teoría y Análisis Literario; no entiendo por qué no lo pueden llamar Lengua. Pero antes de poder orientarme yo misma, alguien se aclara la voz con fuerza. Me doy vuelta para ver a Cash apoyado contra la puerta, esperando. Tiene un café en cada mano y me ofrece uno.

—¿Todavía intentas jugar a ser un caballero? —pregunto, estirándome hacia la taza por reflejo.

—Tu clase de Lengua con Wellson está del otro lado del patio —dice—. Cinco minutos no alcanzan, salvo que conozcas el camino.

Apenas agarro el café, se pone a caminar por el pasillo. Y todo lo que puedo hacer es seguirle el paso y no derramarme el café encima cuando intento evitar que alguien me golpee con el hombro y el ruido que viene con eso.

—Antes de que preguntes cómo sabía lo de Wellson —dice—. No tengo el hábito de perseguir estudiantes nuevos. —Se toca el costado de la cabeza—. Solo memoria fotográfica.

—Eso debe ser útil en una escuela como esta.

Su sonrisa se agranda.

—Lo es.

Mientras me guía por el edificio, intento ingresar la ruta en mi memoria.

—Aprenderás a ir y venir enseguida.

Tendré que hacerlo. Una de las «innovadoras tácticas de enseñanza» mencionadas en el folleto es la planificación. Los semestres está hechos de cinco clases en Hyde: tres antes del almuerzo y dos después. Día por medio, el horario se invierte, así que la clase que estaba primero va última, la última primero, etc., etc. Así que lunes, miércoles y viernes son así: Pre-Cálculo, Teoría Literaria, Bienestar (almuerzo), Fisiología, Educación Cívica; martes y jueves: Educación Cívica, Fisiología, Bienestar (almuerzo), Teoría Literaria, Pre-Cálculo. El folleto contenía una extensa explicación apoyada en casos de estudio de *por qué* funciona; en este momento siento como que solo es otro obstáculo que atravesar.

Cash me lleva por un conjunto de puertas afuera, a un patio interno que está rodeado de edificios. Luego gira por un camino a la derecha. A lo largo del camino toma café y va tirando animadamente datos divertidos sobre Hyde: fue fundado en 1832; solían ser dos escuelas (una para chicos y otra para chicas), pero se unieron; uno de los fundadores era escultor y el campus está adornado con estatuas, catorce en total, aunque la cantidad siempre es tema de debate; la lista continúa. Cash habla alegremente, saludando con la mano cuando alguien lo llama (lo que ocurre sorprendentemente seguido) sin siquiera hacer una pausa en su discurso.

Por suerte no se detiene a charlar con nadie y llegamos a mi clase

justo cuando suena el timbre. Sonríe de modo triunfal, se da vuelta, pero esta vez no antes de que le dé las gracias. Su saludo se extiende en una reverencia y después se va. Termino mi café, tiro la taza a la basura y abro la puerta. Los estudiantes aún están tomando asiento y consigo uno dos filas atrás, cuando una mujer de mediana edad con una postura impresionantemente buena —supongo que es la profesora Wellson— escribe con letras de imprenta perfectas sobre el pizarrón. Cuando da un paso al costado y veo las palabras, no puedo evitar sonreír.

EL INFIERNO *DE DANTE*

Es verano y estoy buscando una cafetería debajo de capas y capas de polvo, mientras Wesley Ayers está sentado hacia atrás en una silla de metal. Puedo ver el contorno de una llave debajo de su camiseta. El secreto compartido de nuestra segunda vida flota sobre nosotros, no como un peso, sino como una cuerda salvavidas. Yo limpio y el rescata un libro de una pila de sábanas al lado de la silla.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta, sosteniendo el texto.

El Infierno *de Dante.*

—Lectura obligatoria —le respondo.

—Es una pena que hagan eso —dice, pasando las páginas sin leer. La forma en que lo sujeta tiene algo de reverencia, sus ojos leen las palabras por encima como si las supieran de memoria—. La obligación

arruina hasta los mejores libros.

Le pregunto si lo ha leído y él dice que sí, y yo admito que no y él sonríe y me dice que los libros como este fueron escritos para ser escuchados.

—Te lo probaré —dice, con una sonrisa torcida—. Tú limpia, yo leo.

Y eso hace. Ese primer día y el resto del verano. Y yo recuerdo cada palabra.

Para cuando suena el timbre, he logrado la mejor la calificación en un examen sorpresa —los estudiantes no tuvieron ni siquiera la decencia de mostrarse molestos cuando la profesora Wellson lo anunció— y he pasado una hora completa de clase sin pesadillas, gracias a Cash y su café. Estoy esperando encontrarlo en el pasillo, pero no hay señales de él. (Me sorprende sentir una pequeña punzada de desilusión al observar la oleada de alumnos de blanco y verde, plateado y dorado, y no encontrarlo). Los dorados y plateados, sin embargo, parecen estar yendo todos en la misma dirección; y como sé por el folleto que los de tercero y cuarto tienen Bienestar juntos antes del almuerzo, decido seguir a la corriente.

Me lleva hacia afuera y cruzando el césped, más allá del círculo de edificios a otra estructura majestuosa —esta es toda de piedra antigua y detalles góticos— y finalmente logro ver una de las esculturas que mencionó Cash, un halcón de piedra posado sobre un manto arriba de

las puertas.

—El Halcón de Hyde —dice, apareciendo a mi lado de la nada y un poco agitado—. Es nuestra mascota. Se dice que representa el conocimiento, la iniciativa y la ingenuidad.

Un grupo de chicas de tercero está unos cuantos metros delante de nosotros en el camino; mientras Cash habla, una de ellas mira hacia atrás y revolea los ojos.

— *Cassius Arthur Graham*, te lo dije mil veces, no puedes conquistar chicas con datos de la escuela. La historia de Hyde nunca las va a motivar.

Siento calor en el rostro, pero Cash no cambia de color ni un poco, solo sonríe con más fuerza.

—Quizá sea extraño para ti, Safia, pero no *todos* abrimos la boca con la única intención de acostarnos con alguien.

Sus amigas se ríen, pero la chica entrecierra los ojos con el tipo de irritación usualmente reservada para los ex y los hermanos menores. A juzgar por sus rasgos —tiene el mismo pelo oscuro, el suyo peinado en una cola de caballo, y los mismos ojos dorados—, supongo que es lo segundo. El comentario de Cash parece haber tocado un nervio, porque Safia enlaza su brazo con el de su amiga, lanza una sarta de palabras desagradables y se apura a entrar al centro de Bienestar. Cash encoge los hombros, inmutable.

—Mi hermana —confirma mientras atravesamos las puertas—. *Por cierto*, discúlpame por llegar tarde. El señor Kerry se fue por las ramas (alégrate de que te queda un año hasta tener que padecerlo) y nos retuvo hasta más tarde. ¿Perdí mi título de caballero?, ¿o mi valiente actuación de recién frente a los dragones que escupían fuego me valió algún crédito?

—Creo que puedes conservar tu escudo.

—Qué alivio —dice, señalando a su hermana con la cabeza, cuya cola de caballo desaparece por el vestuario—. Porque creo que lo voy a necesitar más adelante.

Para cuando encuentro mi casillero, preasignado y preabastecido con *shorts* de entrenamiento y una musculosa, he chocado con tres chicas distintas por accidente y he logrado eludir a varias docenas de ellas. La escuela es como un campo minado; tanta gente, tan poco espacio personal. Los vestuarios son aún peor, pero me las arreglo para entrar con el mínimo de empujones y solo un agudo dolor de cabeza.

Observo a las otras chicas sacarse los collares y anillos —la poca *bijouterie* que Hyde permite— y guardarlos en sus casilleros antes de cambiarse. No pienso renunciar a mi anillo, pero jugueteo con la llave que llevo al cuello, sabiendo que va a llamar más la atención. Si alguien me regaña por el collar, seguramente va a exigir que me quite toda la *bijouterie*. Me saco la llave y la apoyo en el estante, sintiéndome

demasiado liviana sin ella.

Me estoy acomodando la camiseta de entrenamiento cuando escucho que alguien grita:

—¡Dale, Saf!

—Ya voy —responde una voz reconocible. Desvío mi mirada para ver a Safia atándose los cordones al final del banco. No levanta la vista, pero no hay nadie más, así que sé que se dirige a mí cuando habla—. Sabes que es su trabajo, ¿no? —pregunta, ajustando sus zapatillas.

—¿Perdón?

Se endereza y acomoda su cola de pelo antes de dirigir su mirada hacia mí.

—Mi hermano es un embajador de la escuela. Mostrarte las instalaciones, hacerte sentir bienvenida… es solo una de sus tareas. Un *trabajo*. Pensé que debías saberlo.

Quiere que duela y lo hace. Pero no pienso darle el gusto de dejar que se me note.

—Bueno, eso es un alivio —digo alegremente—. Ha sido tan pegajoso que había empezado a pensar que le había mandado señales equivocadas. —Cierro mi casillero con firmeza y me voy caminando—. Gracias —agrego, dándole una palmadita en el hombro al pasar (el ruido de latas cayéndose en mi cabeza vale la pena al sentir que se tensiona bajo mi mano)—. Me siento *mucho* mejor ahora.

El exterior del centro de Bienestar de Hyde podrá tener la misma fachada de piedra antigua y hiedra del resto del campus, pero más allá de los vestuarios —que actúan como una antesala del gimnasio—, el interior es de madera pintada de blanco y vidrio y metal. Hay salas más pequeñas que surgen desde un costado y una piscina del otro, pero el salón de entrenamiento principal es un cuadrado enorme. Está subdividido en cuadrantes por tiras negras en el piso y está rodeado de una pista de atletismo. No puedo evitar alegrarme un poco al ver el reluciente equipamiento. Es un paso muy grande desde mi gimnasio improvisado en el techo del Coronado.

Me arrimo al perímetro y asimilo la escena. Un grupo está jugando al vóley, otros están trotando por la pista. Media docena de estudiantes están practicando asaltos de esgrima; Safia está con ellos, ajustando su guante y flexionando su estoque. Nunca he hecho esgrima, pero estoy casi tentada de probar, solo para tener la chance de golpearla. Sonrío y doy unos pasos hacia ella, cuando un grito se eleva desde el extremo lejano de la sala.

Sobre una plataforma elevada cerca del borde del enorme centro, hay dos estudiantes practicando boxeo.

Están parados en una especie de *ring* de boxeo sin soga; ambos son de cuarto, a juzgar por las líneas doradas que marcan su ropa de gimnasia, que se asoma por detrás de los protectores. El dorado es

todo lo que puedo ver, ya que el resto de ellos está enterrado debajo de los equipos; hasta sus caras están cubiertas por cascos acolchados.

Unos pocos alumnos —puedo distinguir a Cash entre ellos, con una máscara de esgrima bajo el brazo— y un fornido maestro de mediana edad están parados alrededor, mirando cómo los chicos dan pequeños saltos sobre los dedos de los pies, lanzan puñetazos, patean y bloquean. El más bajo de los dos parece estar trabajando más duro.

El más alto se mueve con fluidez y gracia y elude la mayoría de los golpes con facilidad. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, actúa en vez de reaccionar, lanzando un pie hacia adelante y hacia abajo antes de plantarse en su zapatilla a último momento, girar sobre ella y enviar una patada circular a la cabeza del otro chico.

El chico termina sobre su espalda, aturdido pero ileso. Dudo que alguien más se haya dado cuenta de que su oponente desaceleró su movimiento justo antes de que su pie lo conectara, moderando el golpe. El profesor hace sonar el silbato, los estudiantes aplauden y el ganador ayuda al derrotado a levantarse. Le da una breve palmada en la espalda antes de que el perdedor baje de la plataforma.

Me las he arreglado para abrirme paso por el gimnasio mientras miraba la pelea y justo cuando llego al borde del grupo de espectadores, el vencedor hace una reverencia dramática, disfrutando claramente de la atención.

Luego se quita el casco y me encuentro a mí misma mirando a Wesley Ayers.

CUATRO

WESLEY AYERS ES EL EXTRAÑO en los pasillos del Coronado.

Él es el Portero que comparte mi secreto en el jardín.

Es el chico que me lee libros.

Es quien me enseña cómo tocar.

Y hoy es el muchacho en esmoquin sentado en el banco de piedra.

El verano está terminando y estamos sentados en el jardín del Coronado. Estoy arrellanada en uno de los bancos en pantalones deportivos y una camiseta y Wesley está estirado del otro con su mejor vestimenta. Solo quedan una o dos horas antes de la boda de su padre, pero todavía está acá.

Algo lo está carcomiendo, lo puedo ver. Algo lo ha estado haciendo desde que llegó y estúpidamente asumo que es el hecho de que odia a la novia de su padre, o al menos lo que ella significa para su familia. Pero no me ofrece ninguna de sus acotaciones mordaces, ni siquiera se refiere a la boda o al esmoquin. Solo se deja caer en su banco y empieza a recitar la última lectura obligatoria de mi lista, como si fuera cualquier otro día.

Y entonces, en algún momento entre una línea y otra, su voz se apaga. Lo miro, preguntándome si se habrá dormido, pero sus ojos no

están ni cerrados ni desenfocados. Están fijos en mí. Y yo le devuelvo la mirada.

—¿Estás bien? —pregunto.

Una sonrisa se asoma en su rostro.

—Solo pensaba.

Deja el libro a un lado y se levanta del banco, alisando su esmoquin arrugado mientras acorta la distancia entre nosotros.

—¿En qué? —pregunto, corriéndome para hacerle lugar cuando se acomoda a mi lado. Pero se acerca demasiado, lo suficiente para tocarme, su brazo doblado choca con mi hombro, su rodilla contra la mía. Respiro hondo cuando el sonido de su banda de *rock* me inunda, fuerte pero familiar.

—En nosotros.

Al principio, apenas si lo reconozco.

Los ojos avellana de Wesley no están delineados, como los he visto todo el verano; su pelo sigue siendo negro, pero en vez de estar parado, está pegado a su frente por el sudor; falta cada pieza de plata en sus orejas. Todas sus particularidades suprimidas. Pero tiene esos hombros arrogantes y esa sonrisa torcida y todo su rostro está iluminado por la pelea. Incluso sin los extras, innegablemente sigue siendo Wesley Ayers. Y ahora que lo miro, no sé cómo no lo vi antes. Quizá porque se supone que Wesley Ayers — *mi* Wesley— está en

alguna playa, vinculándose afectivamente con su familia.

Mi Wesley no estaría aquí en esta escuela esnob, no me mentiría sobre venir aquí y definitivamente no se vería como que *pertenece* a este lugar.

—¿Quién sigue? —pregunta, con ojos brillantes.

—Yo —le respondo bien alto.

Los espectadores —todos hombres— se dan vuelta en conjunto, pero mi miranda está fija en Wes. La comisura de su boca se inclina hacia arriba. Por supuesto que no se sorprende al *verme*. Hace semanas que sabe dónde me inscribieron. Nunca me dijo nada. Ni *genial, nos veremos ahí*. Ni *no te preocupes, no estarás sola*. Ni siquiera *oh, qué coincidencia*. ¿Por qué? ¿Por qué no me dijo?

—Bueno, jovencita, no creo que… —comienza a decir el fornido profesor de gimnasia mientras me acerco a la plataforma y comienzo a ajustarme los protectores.

—Ya firmé los papeles de descargo —interrumpo, poniéndome los protectores de antebrazo y preguntándome si *habrá* que firmar papeles para esta clase. Parece ese tipo de escuela.

—No se trata de eso —responde el profesor—. Este es un combate mano a mano y es importante emparejar a los estudiantes en términos de…

—¿Cómo sabe que no estamos parejos? —disparo, ajustando el

protector de la canillera—. A menos que esté asumiendo eso porque soy una chica. —Miro al profesor a los ojos—. ¿Está asumiendo eso, señor? —No espero su respuesta. Subo a la plataforma y no me detiene, lo que es suficiente.

—¡Haz que conozca el infierno! —grita Cash cuando me pongo el casco.

Oh, pienso, *eso haré*.

—Hola —dice Wesley cuando voy a su encuentro en el centro de la plataforma.

—Hola —lo imito con amargura.

—Te lo puedo explicar… —Empieza a decir, pero el sonido del silbato lo interrumpe.

Pateo hacia adelante rápido y fuerte y le doy a Wesley bien arriba en el pecho, antes de que el estridente grito metálico termine. La multitud lanza un grito ahogado cuando cae, golpeando contra el piso solo por un instante antes de rodar y ponerse de pie. Lo ataco con otra patada, que bloquea. Por el rabillo del ojo puedo ver que estamos generando una multitud. Y entonces lanza un puñetazo, que eludo; seguido por un gancho, que no logro esquivar. Se me sale el aire de los pulmones, pero no dejo que eso me detenga, le agarro el puño y la muñeca y giro, volteándolo en el aire por sobre mi hombro.

Debería chocar de lleno contra la colchoneta de espaldas, pero de

alguna manera se retuerce en el aire y aterriza en cuchillas, elegante como un gato. En un abrir y cerrar de ojos, está de pie nuevamente y acortando la distancia entre nosotros. Me arqueo hacia atrás justo a tiempo para evitar que me golpee y me recupero lo suficientemente rápido para ver una entrada —lado izquierdo, estómago—, pero no la aprovecho. Ha pasado un mes desde que Owen apuñaló a Wesley. Aunque no se ve en su postura, sé que todavía le duele. He visto cómo sus risas se cortan por el dolor, el cuidado con el que se para y se sienta.

La vacilación me vale una rápida patada al pecho y tengo justo el tiempo suficiente para enganchar el pie detrás de su rodilla y agarrar su pechera antes de caer, llevándolo conmigo. Caigo en la colchoneta con fuerza y me preparo para que el peso de Wesley aterrice sobre mí; pero sus manos golpean el piso antes de que su cuerpo me golpee y se las ingenia para sostenerse.

Flota a centímetros de mí, respirando con fuerza. Después su boca se ladea en una sonrisa torcida, una sonrisa *familiar*, y choca su casco contra el mío juguetonamente.

—¿Me extrañabas?

El jardín está en silencio excepto por el sonido de mis pulsaciones.

Wesley se inclina sobre el banco de piedra y lleva sus labios suavemente contra mi sien. Luego contra mis pómulos. Contra mi

mentón. Un camino de besos que me corta la respiración un instante, porque la única vez que Wesley me besó —verdaderamente— lo hizo para leer mis memorias. Ese fue un beso de enojo, enérgico y firme. Pero estos besos son distintos. Estos besos son cautos, llenos de esperanza.

—Wes —le advierto.

Su frente viene a descansar contra mi hombro.

—Suenas a tormentas eléctricas y lluvia torrencial, ¿sabías? —Deja escapar una risa suave, baja—. Nunca me gustó el mal tiempo. Hasta que te conocí.

Su voz tiene su encanto usual, pero ahora está entremezclado con anhelo.

—Di algo, Mac.

El cuerpo de Wesley presiona el mío. Los protectores de combate actúan como amortiguadores y por un momento todo lo que puedo escuchar es el sonido de su respiración y el sonido de mi corazón. Qué extraño. Es tan… silencioso. Me he acostumbrado al sonido del ruido de Wesley —aprendí a flotar en él en vez de ahogarme—, pero incluso el silencio relativo de lo familiar nunca puede ser igual a esto. Su cuerpo sobre el mío. Simple como la piel.

Se me acelera el pulso y tengo que recordarme a mí misma que yo lo alejé. *Yo* lo alejé a *él*. Ahora, mirando hacia arriba a través de la

máscara a sus ojos —las pestañas oscurecidas por el sudor—, me obligo a hacer lo mismo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —digo entre dientes, tratando de evitar que se note en mi voz que estoy herida.

—Quizás este no sea el mejor momento para…

—Dime.

Abre la boca.

—Mac…

Y entonces suena el silbato.

—Bueno, suficiente —llama el profesor—. Ustedes dos, levántense.

Wesley cierra la boca, pero no se mueve; me doy cuenta de que mi mano todavía está enganchada en su pechera, manteniéndolo ahí. Lo suelto rápido y me guiña un ojo antes de ponerse de pie de un salto. Me ofrece su mano enguantada, pero ya estoy parada. Me saco el casco, me acomodo el pelo y escaneo la multitud de estudiantes que se juntó mientras luchábamos.

Me están mirando y parecen… anonadados. Confundidos. Impresionados. Pero me miran *fijo*. Genial. Más ojos.

—Hablamos luego —dice Wes por lo bajo—. Lo prometo. —Antes de que le pueda responder, ya se está dirigiendo al borde de la plataforma y sacándose el equipo.

—Ey, espera —le grito. Baja de un salto y estoy a punto de seguirlo

cuando el fornido profesor de gimnasia me bloquea el camino.

—Uno de ustedes se tiene que quedar —dice, mientras Wesley lanza su equipo a la pila. Cash le pasa un brazo por el cuello y dice algo que no puedo escuchar. Los dos se ríen. ¿Quién es este chico? Se parece tanto y tan poco a mi Wesley.

—Normalmente es el ganador —continúa el profesor—, pero a decir verdad, no estoy del todo seguro de quién ganó ese encuentro.

Estoy a punto de decir que no quiero quedarme, pero Wesley ya está serpenteando por la multitud y el siguiente estudiante, de tercero y bajo y fornido, está subiendo a la plataforma. No quiero que el profesor piense que estoy agotada después de una sola pelea, así que suspiro, reajusto el casco y espero el silbato, mientras Wesley desaparece de mi vista.

Wesley levanta la frente de mi hombro y mueve los ojos para encontrar los míos.

—Por favor, di algo.

¿Pero qué puedo decir? ¿Que cuando Wesley me toca así pienso en la forma en que Owen me empujó con fuerza contra la pared de los Estrechos, retorciendo todo mi deseo hasta convertirlo en miedo al apretarme con más fuerza? ¿Que cuando siento los labios de Wesley y mi corazón palpita, pienso en el beso que me dio en el pasillo del Coronado, para leerme, y luego en cómo me apartó con fuerza y con

los ojos llenos de traición? ¿Que cuando pienso en lo que siento por él, lo veo desangrándose en el techo y el dolor que viene con que me importe es suficiente para pararme en seco?

En vez de eso, digo esto:

—Mi vida es caótica en este momento, Wes.

—La vida siempre es caótica —afirma, mirándome a los ojos—. Así debe ser.

Suspiro, tratando de encontrar las palabras.

—Hace dos meses, no había conocido a ningún Portero. No tenía a nadie en mi vida con quien hablar y, mucho menos, en quien confiar. Y quizá sea egoísta, pero ahora no soporto pensar en perderte.

—No me vas a perder, Mac.

—Te marchaste —digo despacio.

Se le frunce el ceño.

—¿Qué?

—Cuando supiste lo de Owen, te marchaste. Sé que no lo recuerdas y no te culpo… Sé que fue mi culpa por mentirte, pero verte ir… He estado sola en esto por tanto tiempo, y siempre me las arreglé porque nunca había tenido a nadie. Pero tenerte y perderte… Por primera vez, me sentí sola, Wes. Tener algo y perderlo es muchísimo más cruel que no haberlo tenido jamás.

Wesley baja la mirada.

—¿Te hace desear que no nos hubiésemos conocido?

—No. Por Dios, no. Pero lo que tenemos todavía es nuevo para mí. Compartir, confiar. No estoy lista para algo más. —«Solo lo arruinaré», pienso.

—Entiendo. —Su voz es suave, reconfortante. Me planta un beso suave en el hombro, como un regalo de despedida, y se aparta.

—Todo esto es nuevo para mí también, ¿recuerdas? —dice unos minutos después—. No había conocido a ningún Portero antes de conocerte. Y tenerte en mi vida es aterrorizador y adictivo y no te voy a mentir y decirte que no hace que mi corazón se acelere. Lo hace. —Me pregunto si podrá sentir cómo me palpita el corazón a través de mi ruido cuando enreda sus dedos en los míos—. Pero aquí estoy. Sin importar qué pase entre nosotros. Aquí estoy.

Me suelta y se deja caer en la esquina del banco. No levanta el



libro, solo inclina la cabeza hacia atrás y mira las nubes. El silencio se posa sobre nosotros, más pesado que nunca.

—¿Estamos bien, Wes? —pregunto.

—Seh —responde, lanzándome una sonrisa que es casi lo suficientemente fuerte para esconder la mentira—. Estamos bien.

Gracia a Dios, el vestuario está vacío mientras me cambio. No hay ojos curiosos cuando me pongo la llave por la cabeza nuevamente y la escondo por debajo de mi cuello. Siento un alivio en el pecho apenas percibo su peso ahí. Siento como si hubiese algo mal cuando no está, aunque esta llave no es realmente mía.

Me estoy poniendo la falda cuando siento el roce de las letras como un alfiler contra la pierna. Busco la lista en mi bolsillo y encuentro un nombre:

Pero no estoy para nada cerca de mi territorio —ni siquiera sé a quién le corresponde el territorio de la escuela o dónde está la puerta a los Estrechos más cercana, y aunque pudiera encontrarla, mi llave no funcionaría, ya que no estoy autorizada a usarla acá— y todavía falta la mitad del día escolar, así que Harker va a tener que esperar sentado.

No me gusta que las Historias esperen; cuanto más lo hacen, más sufren. Y más peligrosas se vuelven. Quiero que Harker resista y espero que no empiece a desbordarse.

Me gruñe el estómago cuando me estoy poniendo la mochila al hombro y salgo a buscar el almuerzo.

En vez de eso, encuentro a Wesley. O al menos, su nueva versión.

Está sentado con las piernas cruzadas en un banco de piedra camino al salón comedor, con un libro en el regazo. Parece un extraño. Le falta el esmalte negro que normalmente adorna sus uñas, lleva el

pelo peinado prolijamente hacia atrás y se ve… *elegante* con el uniforme, todo negro salvo por el hilo dorado que delinea los bordes. Lo veo, pero él no me ve, al menos no al principio. No puedo evitar mirarlo. Solo el anillo y el contorno débil de su llave debajo de su remera lo marcan como el mismo chico que conocí este verano. Es como si estuviera usando un disfraz, solo que le queda tan bien que me pregunto si mi Wesley —el del pelo parado y los ojos delineados y esa constante sonrisa traviesa— era una actuación. Se me retuerce el estómago al pensarlo.

Y entonces sus ojos se despegan del libro y se posan en mí, y algo en él cambia otra vez y de repente veo a los dos al mismo tiempo: el estudiante adinerado y el chico atrevido al que le gusta pelear y encaja a la perfección con su sonido de banda de *rock*. Todavía está ahí abajo en algún lugar, mi Wes, pero no puedo evitar preguntarme, mientras baja de la escultura y se endereza y espera a que llegue hasta él: ¿cuántas caras tiene Wesley Ayers?

—Tenía la esperanza de que pasaras por acá —dice, mientras guarda el libro y se cuelga el bolso en el hombro.

—No conozco ninguna de las demás rutas.

—Vamos —invita, moviendo la cabeza hacia el camino—, te mostraré.

Empezamos a caminar hacia el salón comedor, pero llegamos a una

bifurcación. Aunque puedo ver el muy concurrido edificio principal levantándose a nuestra derecha, Wes gira a la izquierda por un pasaje angosto y vacío. A pesar de mi estómago hambriento, lo sigo. No puedo dejar de mirarlo, enfocando y desenfocando los ojos para encontrar las dos versiones.

—Adelante. —Mantiene los ojos en el camino—. Dilo.

Trago.

—Te ves diferente.

Se encoje de hombros.

—Hyde tiene un código de vestimenta. Desalientan la excentricidad, lo que es desafortunado porque, como ambos sabemos, soy bastante fanático. —Me mira, entonces, tan intensamente como lo estoy mirando yo a él—. Pareces cansada, Mac. ¿Estás durmiendo?

Me encojo de hombros. No quiero hablar de eso.

Le mencioné mis pesadillas hace un tiempo, pero cuando no desaparecieron, decidí dejar de hablar de ellas. Es bastante malo tener a mis padres llenándome con su preocupación. Lo último que necesito es que alguien que sabe la verdad sienta pena por mí y mi pequeña mente frágil. Y quizá Wes también tendría pesadillas si pudiera recordar ese día, pero tiene un período de veinticuatro horas en negro en su mente y solo mi relato y una marca del cuchillo de Owen. Lo envidio hasta que me acuerdo de que yo quise recordar.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayu…?

—¿Hace cuánto que volviste? —interrumpo—. O, incluso, ¿realmente te fuiste?

Arruga la frente.

—Llegué anoche. Ni siquiera pude desempacar, mucho menos pasar a ver cómo está Jill. ¿Has estado cuidando a esa mocosa por mí?

—No hago caso de su intento por desviar la conversación.

—¿Por qué no me dijiste que venías a esta escuela?

Mete las manos en los bolsillos y encoge los hombros.

—Al principio fue solo un acto reflejo. No sabía cómo manejar el hecho de que ibas a cruzar más de uno de mis caminos, así que me lo guardé.

—Eso lo entiendo, Wes, en serio… —El Archivo nos enseña a separar nuestras vidas en partes y a mantener esas partes en secreto, separadas—. Pero ¿y después? —pregunto, las palabras apenas un susurro—. ¿Es por lo que pasó en el jardín?

—No —habla con firmeza—. No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces por qué? —disparo—. Pasaste las últimas semanas leyéndome libros que ya conocías porque los leíste acá el año pasado. Me viste estresarme por este lugar y nunca dijiste nada.

Su boca se mueve juguetonamente.

—¿Me creerías si te dijera que solo quería sorprenderte?

Lo miro con dureza por un largo rato.

—Bueno, lo lograste. Pero me cuesta mucho creer que me mentiste por semanas solo para ver qué cara ponía…

—No mentí —dice, cortante—. Nunca me preguntaste a qué escuela iba.

Las palabras me golpean como un terrible puñetazo. No le hice esa pregunta específica, tiene razón. Pero solo porque parecía que Wesley nunca quería hablar de su vida. No es que yo quiera ser parte de ella; solo que me acostumbré a que él fuera parte de la *mía*.

—Me dije a mí mismo —continúa Wes— que si me preguntabas, te contestaría la verdad. Pero no lo hiciste. Sacaste una conclusión y yo no te corregí.

—¿Por qué no?

Saca una mano del bolsillo y se la pasa por el pelo. Es tan extraño ver cómo este se mueve entre sus dedos, suave, negro, sin gel. Yo también lo quiero sentir, pero reprimo la urgencia.

—No sé —responde—. Quizá pensé que si sabías que venía aquí ibas a cambiar de opinión respecto de mí.

—¿Pero por qué te juzgaría por venir acá? —pregunto, señalando mi uniforme—. Yo también vengo aquí.

—Sí, pero tú lo odias… —dispara y se detiene—. Ni siquiera conoces este lugar y lo odias. Pasaste semanas temiéndole,

burlándote… —Me avergüenzo, lamentando el momento en que decidí adoptar un acento afectado y hacer una lectura dramática de algunos pasajes clave del folleto—. Pero yo crecí acá. No lo elegí y no lo puedo evitar, pero así fue. Y tenía miedo de que *me* juzgaras si te enterabas.

—Lanza una risa nerviosa, con los ojos desenfocados hacia el piso—. Sorpresa, Mac, me importa lo que pienses de mí.

Siento que el calor se expande en mi rostro cuando agrega:

—Pero lo siento. Sabía que estabas tensionada por venir a Hyde y debería haberte hecho sentir mejor y no lo hice. Debería habértelo dicho.

Y realmente debería habérmelo dicho. Sin embargo, pienso en todas las veces que le oculté cosas a Wes al principio, ya sea por costumbre o por miedo, y en que hizo falta que él estuviera a punto de morir y que el Archivo le robara las memorias para que yo finalmente le contara la verdad. Siento cómo mi enojo va disminuyendo.

—Entonces tienes un *alter ego* que va a una escuela para ricos —digo—. ¿Algo más que me quieras contar?

El alivio le recorre el rostro visiblemente, alivio de que esté todo bien entre nosotros, pero no pierde el paso.

—Realmente odio la coliflor.

—¿En serio?

—En serio —responde, dando pequeños saltos sobre los dedos del

pie—. Pero también odio explicar que es por el nombre y el hecho de que crecí pensando que era una planta llena de flores, así que en vez de decir eso, digo que soy alérgico.

Me río y su sonrisa se hace más grande; y así como así, regresa mi Wesley. Repartiendo bromas y sonrisas torcidas, con ojos brillantes incluso sin el maquillaje.

—Me alegra que estés aquí —digo en voz baja, aunque no parece haberme escuchado. Levanto la voz, pero en vez de repetir lo que dije, simplemente pregunto—: ¿Adónde estamos yendo?

Mira para atrás y levanta una ceja.

—Te estoy llevando por el mal camino.

CINCO

UNA DOCENA DE PASOS DESPUÉS, el camino bordeado de árboles termina en un patio de piedra. Está elevado unos pocos escalones del suelo, cada una de sus cuatro esquinas marcadas por un pilar. Tres estudiantes holgazanean sobre la plataforma y en el mismísimo centro del lugar hay una estatua de un hombre envuelto en una capa con capucha.

—Es la única escultura humana en el campus —dice Wesley—, así que probablemente pretenda ser de San Francisco, el santo patrón de los animales. Pero todo el mundo lo llama el Alquimista.

Puedo ver por qué. Parada en sus mortajas, la estatua parece más

de un druida que de un sacerdote. Tiene los codos pegados a los costados y las palmas de las manos hacia arriba, la cabeza inclinada como si estuviera concentrado en un hechizo. La mística solo disminuida por el hecho de que sus manos de piedra en este momento están sosteniendo en el aire una caja de *pizza*.

—Esta —dice Wes señalando la plataforma— es la Corte.

Los estudiantes levantan la vista al escuchar la voz de Wesley. A uno de ellos ya lo conozco. Cash está sentado con las piernas estiradas en las escaleras.

—Mackenzie Bishop —dice en voz alta cuando estamos subiendo a la plataforma—. No volveré a cometer el error de llamarte damisela nunca más.

Wesley frunce un poco el ceño.

—¿Ya se conocieron?

—Intenté salvarla —responde Cash—. Pero resulta que no necesitaba mi ayuda.

Wesley me mira y me guiña el ojo.

—Creo que Mac se puede cuidar sola.

La sonrisa de Cash es sorprendentemente tensa.

—Pareces extremadamente amistoso hacia una chica que acaba de patearte el trasero. Supongo que ya se conocían.

—Nos conocimos durante el verano —contesta Wes, subiendo los

escalones—. Mientras tú y Saf estaban navegando lejos en… ¿Dónde era? ¿España? ¿Portugal? Nunca puedo recordar bien las excursiones de la familia Graham.

Es genial observar a Wesley operar con otra gente, verlo girar la conversación hacia ellos. Lejos de él.

—No te pongas mal —dice Cash—. Sabes que siempre estás invitado.

Wesley hace un sonido indefinido.

—No me gustan los botes —dice mientras toma una porción de *pizza* de los brazos abiertos de la estatua y hace un gesto para que yo también me sirva.

— *Saint-Marie* —dice Cash con un ademán— no es simplemente un *bote*.

—Lo lamento tanto —responde Wes, imitando el ademán—. No me gustan los *yates*.

No sé decir si están bromeando o no.

—Veo que ya empezaron a desfigurar a nuestro pobre Alquimista otra vez —agrega Wes, agitando la porción de *pizza* hacia la estatua.

—Solo alégrate de que Safia no haya *coqueteado* con él todavía —dice la voz de una chica y el foco de mi atención vira hacia un par de estudiantes sentados en los escalones de la plataforma: un chico de tercero sentado con las piernas cruzadas, una pelirroja de cuarto que

tiene la cabeza apoyada en el regazo de él.

—Muy cierto —dice Cash mientras la chica se apoya sobre un codo y me mira.

—Has traído a una extraviada —comenta ella, pero no hay malicia en su voz y su sonrisa se tuerce de manera burlona.

—No está extraviada, Amber —dice el chico que está usando de almohada—. Es de tercero. —Entonces levanta la mirada hacia mí y se me hace un nudo en el estómago.

Hay una línea plateada a lo largo de su uniforme, pero no pareciera tener más de quince años. Es pequeño y delgado, con el cabello oscuro enrulado sobre su frente, y entre los anteojos de marco negro apoyados sobre su nariz y las notas garabateadas en la parte de atrás de su mano, se parece tanto a mi hermano que duele. Si Ben hubiera vivido —si hubiera tenido cinco cumpleaños más—, quizás habría tenido justo ese aspecto.

Aleja la mirada y yo parpadeo y el parecido se diluye hasta ser casi nulo. De todos modos, quedo perturbada mientras subo los escalones y me uno a Wesley al lado de la estatua. Agarra una gaseosa de los pies del Alquimista y señala a los otros estudiantes.

—Ya conoces a Cassius —dice.

—Dios santo, no me llames así —dice Cash.

—Aquel de anteojos es Gavin —continúa Wes—. Y Amber está en

su regazo.

—Amber Kinney —lo corrige ella—. Hay dos Amber doradas en Hyde y una plateada, y no es un nombre que se preste para abreviaciones, sé lo que digo, así que si escuchas que alguien usa el nombre Kinney, el que por cierto odio, no lo uses, esa soy yo.

Tomo una gaseosa.

—Soy Mackenzie Bishop. Nueva estudiante.

—Claro que lo eres —dice Gavin y me sonrojo, hasta que agrega—: Como es una escuela pequeña, conocemos a todos.

—Sí, bueno, me pueden decir Mackenzie o Mac, si quieren. No Kenzie… —Kenzie era de Da. Suena mal en los labios de otra persona— … ni M. —M era el nombre que por años soñé que me dijeran. M era la versión de mí que no cazaba Historias ni leía memorias. M era la persona que podría haber sido si no me hubiese unido al Archivo. Y M fue arruinado por Owen, cuando me lo susurró en el oído como una promesa justo antes de intentar matarme.

—Bueno, Mackenzie —dice Gavin, recalcando cada una de las tres sílabas uniformemente, justo como hacía Ben—, bienvenida a Hyde.

—Mackenzie, ¿me ayudarías?

Estamos sentados a la mesa, Ben y yo, mientras mamá tararea en el fondo y prepara la cena. Estoy girando mi anillo de plata y leyendo un pasaje para mi clase de Lengua de primer año y Ben está tratando de

hacer su tarea de matemática de cuarto grado, pero no le cuesta porque es su mejor materia.

—¿Mackenzie…?

Siempre me ha gustado la forma en que Ben dice mi nombre.

Nunca fue uno de esos niños que no pueden hablar, que se saltean sílabas y estrujan las palabras en sonidos. Para cuando tenía cuatro, se preciaba de pronunciar todo. Mamá nunca fue «ma» y papá nunca fue «papi» y Da nunca fue Da sino Da Antony y yo nunca fui «ma-cken» ni «ma-ckin-si» y definitivamente no Kenzie, siempre fui «ma-cken-si», los tres compases marcados como piedras en orden.

— …¿me enseñarías cómo resolver este problema?

A los nueve, hasta sus preguntas son precisas. Tiene esa obsesión de ser adulto, no solo al usar las corbatas de papá o al sujetar el cuchillo y el tenedor como mamá, sino también poniendo aires, imitando posturas y actitudes y articulaciones. Tiene los rasgos de un Portero, en serio. Da no vive lo suficiente para verlo crecer, pero yo sí puedo verlo.

Y sé que yo ya ocupé el lugar de Da, pero suelo preguntarme si el Archivo también podría hacer lugar para Ben.

Es un deseo egoísta, lo sé. Alguien podría incluso llamarlo un deseo erróneo. Debería querer protegerlo de todo, incluso —no, especialmente — del Archivo. Pero mientras estoy ahí sentada, girando mi anillo de plata y mirando cómo Ben trabaja, pienso que podría dar cualquier cosa

por tenerlo a mi lado.

Entiendo por qué Da lo hizo. Por qué me eligió a mí. Entiendo por qué todos eligen a alguien. No es solo para que alguien ocupe su lugar. Es para que —al menos por un rato— no tengan que estar solos. Solos con lo que hacen y con quiénes son. Solos con todos esos secretos.

Es egoísta, está mal y es humano, y mientras estoy sentada ahí mirando cómo Ben trabaja, pienso que yo lo haría. Lo elegiría a él. Llevaría a mi pequeño hermano conmigo. Si me dejaran.

Por supuesto, nunca lo averiguo.

A decir verdad, Gavin no se parece casi nada a Ben. Lo sé porque lo he estado mirando —y después, tratando de no mirar— hace quince minutos. Por suerte, después de una larga ducha y la caminata con Wes, quince minutos es todo lo que tengo antes de que suene el timbre.

Resulta que Amber y yo tenemos Fisiología juntas. Camino ahí, me cuenta que es parte de su plan previo al curso preparatorio para ingresar a la facultad de Medicina, que su abuela fue una increíble cirujana de guerra que trabajaba en los campamentos de heridos detrás de cortinas manchadas de sangre y que tiene las manos firmes como ella. Y entre la Corte y el edificio de Ciencias —señalizado por la estatua de una serpiente—, descubro mi cosa favorita sobre Amber Kinney.

Le gusta hablar.

Le gusta hablar más que a Lyndsey y, hasta donde puedo discernir, no es tanto por una necesidad de llenar el silencio, sino más bien por una simple falta de filtro entre su cerebro y su boca; lo que por mí está bien, porque ella es sorprendentemente interesante. Me cuenta datos aleatorios sobre la escuela y después sobre cada miembro de la Corte. Gavin no come nada que sea verde y tiene un hermano que es sonámbulo. Cash habla cuatro idiomas y lagrimea cuando ve publicidades sensibleras. Safia —porque aparentemente Amber es realmente *amiga* de ella— solía ser tan tímida que apenas hablaba y todavía no descifró del todo cómo hablar *amablemente*. Y Wesley es un seductor sarcástico y alérgico a la coliflor y…

Amber se detiene un instante.

—Pero ya conoces a Wesley —dice.

—No tanto como creerías —hablo cuidadosamente.

Amber sonríe.

—Bienvenida al club. Conozco a Wes *hace años* y a veces siento que aún no lo conozco realmente. Pero creo que a él le gusta eso, un aire de misterio, así que todos nosotros lo dejamos tener sus secretos.

Desearía que todos pensaran igual que Amber sobre los secretos.

Mi vida sería mucho más fácil.

—Entonces —pregunto—, ¿Wesley es un seductor?

Amber revolea los ojos y sostiene la puerta abierta para que pase.

—Digamos que ese aire de misterio tiende a trabajar en su favor. —Siento que el calor va subiendo por mi rostro cuando ella me mira—. No me digas que caíste en esa trampa.

Suelto una risa.

—Ni un poco. —Y eso es verdad. Después de todo, no son los *secretos* de Wesley lo que hace que se me acelere el pulso. Es el hecho de que tenemos los mismos. O al menos, la mayoría son los mismos. Pero después del *shock* de verlo aquí, no puedo evitar preguntarme qué otra cosa no sé.

Su voz hace eco en mi cabeza: *No me preguntaste*.

Llegamos al aula de Fisiología y elegimos sillas una al lado de la otra, cuando suena el timbre. Una mujer sorprendentemente joven, llamada profesora Hill, nos conduce por el plan de estudios y yo me paso los siguientes minutos dando vuelta las hojas del libro de texto, intentando descifrar qué huesos de mi muñeca destruyó Owen. Es gracioso —al mirar los mapas de los huesos y músculos y nervios, los diagramas sobre la flexión y el movimiento y el potencial— cuánto de esto ya he aprendido. Más por prueba y error y puesta en práctica que por lecturas asignadas, pero igual está bueno descubrir que algo del conocimiento se traslada. Paso ligeramente mis dedos por los dedos ilustrados en la página.

Logro sobrevivir a la lección y Amber me señala la dirección de mi última clase: Educación Cívica. El profesor es el señor Lowell, un hombre de cincuenta años con un mechón de rulos canosos y una voz suave y firme. Estoy preparada para clavarme la birome para mantenerme despierta, pero entonces empieza a hablar.

—Todo lo que sube caerá —dice—. Imperios, sociedades, gobiernos. Ninguno de ellos dura para siempre. ¿Por qué? Porque aunque son productos del cambio, se vuelven resistentes *al* cambio. Cuanto más sobreviven —continúa—, más se aferran a su poder y más se resisten al progreso. Cuanto más se resisten al progreso, al *cambio*, más ciudadanos lo exigen. En respuesta, la sociedad refuerza el control, desesperada por mantener el dominio. Tiene miedo de perder el control.

Me tensiono.

¿*Sabes por qué el Archivo tiene tantas reglas, señorita Bishop*?, Owen me preguntó en el techo aquel día. *Porque nos tienen miedo. Terror*.

—Las sociedades les temen a sus ciudadanos —suena en eco el señor Lowell—. Cuanto más controladora se vuelve una sociedad, más gente combate ese control. —Dibuja un círculo en el aire con el dedo índice y gira y gira y gira, y cada vez que lo hace, el círculo se hace más pequeño—. Cada vez más control y la resistencia crece y crece hasta que se transforma en acción. La acción toma una de dos formas.

Escribe dos palabras en mayúscula en el pizarrón.

REVOLUCIÓN y REFORMA.

—El primer segmento de esta clase —dice el señor Lowell— estará dedicado al lenguaje de la revolución, el segundo segmento estará dedicado al lenguaje de la reforma. —Borra la palabra REFORMA del pizarrón—. Todos han escuchado el lenguaje de la revolución. La retórica. Por ejemplo, un gobierno puede ser llamado corrupto. —Escribe la palabra *corrupto* en el pizarrón—. Díganme otras palabras.

—El gobierno está podrido —dice una chica sentada en la parte de adelante de la clase.

—La compañía está abusando del poder —dice un chico.

—El sistema no funciona —agrega otro.

—Muy bien, muy bien —dice el señor Lowell—. Continúen.

Me estremezco al oír la voz de Owen en mi cabeza. *El Archivo nos convierte en monstruos. El Archivo es una prisión*.

—Una prisión —digo, mi voz por sobre las demás, antes de siquiera darme cuenta de que hablé en voz alta. El aula se queda en silencio mientras el profesor me observa. Finalmente asiente con la cabeza.

—Retórica del encarcelamiento y, por otro lado, el llamado a la libertad. Uno de los más clásicos ejemplos del pensamiento revolucionario. Bien hecho, señorita…

—Bishop.

Asiente con la cabeza otra vez y se dirige al resto de la clase:

—¿Alguien más?

Para cuando termina la escuela, mis bordes están empezando a deshacerse.

El café de la mañana y la gaseosa del almuerzo no pueden compensar días —semanas, en realidad— sin dormir. Y tener a Owen en la cabeza la mayor parte del último período no ayuda a mis nervios. Se me escapa un bostezo tembloroso cuando abro las puertas externas del edificio de Historia y salgo al sol de la tarde y abandono el camino lleno de gente hacia un área de césped apartada donde puedo parar y absorber la luz y aclarar la mente. Libero mi lista de Portera del bolsillo de mi remera y siento alivio al ver que todavía hay un solo nombre en la página.

—¿Quién es Harker? —pregunta Cash por sobre mi hombro. Me sobresalto un poco con el sonido de su voz; después doblo lentamente el papel, teniendo cuidado de parecer indiferente.

—Un vecino —respondo, guardándolo de nuevo en el bolsillo—. Le prometí que iba a buscar información de la escuela para él. Está pensando en venir acá el año que viene. —La mentira sale fácil, sin esfuerzo, y trato de no disfrutarlo.

—Ah, bueno, podemos pasar por la oficina de camino al estacionamiento. —Comienza a avanzar por el sendero.

—Realmente no hace falta que me acompañes —digo, siguiéndolo —. Estoy segura de que puedo encontrar el camino.

—No tengo ninguna duda, pero igual me gustaría…

—Mira, sé que solo estás haciendo tu trabajo…

Frunce el ceño, pero no desacelera el paso.

—¿Saf te dijo eso? —Me encojo de hombros—. Bueno, sí, está bien. Es mi trabajo, pero yo lo elegí. Y no es que me asignaron ir contigo. Podría estar imponiendo mi ayuda a cualquiera de los desprevenidos *de primero*. Preferiría acompañarte a ti. —Se muerde el labio y entorna los ojos hacia el sol del verano antes de seguir—. Si me dejas.

—Está bien —acepto, con una sonrisa burlona—. Pero solo para salvar a esos otros estudiantes desprevenidos.

Se ríe suavemente y saluda a alguien del otro lado del césped.

—Entonces… —digo—. ¿Cassius? Qué nombre.

—Cassius Arthur Graham. Todo un trabalenguas, ¿no? Eso es lo que obtienes cuando tu madre es una diplomática italiana y tu padre es un lingüista británico. —La parte de atrás del edificio principal, de piedra y cubierta de hiedras, aparece a la vista—. Pero no está ni cerca de ser tan malo como el de Wesley.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Cash me lanza una mirada, como que yo debería saber. Después, cuando es evidente que no lo sé, empieza a retractarse.

—Nada. Me olvidé de que ustedes dos no se conocen hace demasiado.

Desacelero el paso.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, es solo que el nombre de Wesley no es realmente Wesley. Ese es su segundo nombre.

Frunzo la frente.

—Entonces, ¿cuál es su primer nombre?

Cash dice que no con la cabeza.

—No te lo puedo decir.

—¿Tan malo es?

— *Él* piensa que sí.

—Dale, dame *un poco* de munición gruesa, la necesito.

—Ni loco, me mataría.

Me río y dejo el tema en paz cuando llegamos a las puertas del edificio de la administración.

—Ustedes parecen amigos íntimos —digo, mientras él sostiene la puerta para que yo pase.

—Lo somos —responde Cash con un tipo de simpleza que me hace doler el estómago.

Al pasar todo el verano con Wes rondando los pasillos del Coronado, solo asumí que él vivía de la misma forma que yo: a la

distancia. Pero él tiene una *vida*. Amigos. Buenos amigos. Yo tengo a Lyndsey, pero somos íntimas porque con ella no tengo que mentir. Nunca me hace preguntas. Pero debería haberle preguntado a Wes. Debería haberme imaginado.

—Crecimos juntos —explica Cash mientras avanzamos por el vestíbulo de vidrio—. Lo conocí en Hartford. Esa es la primaria que lleva a Hyde. Saf y yo aparecimos en cuarto grado —tercero para ella— y Wes solo nos hizo sentir como en casa. Cuando las cosas entre sus padres comenzaron a irse a pique hace unos años, intentamos devolverle el favor. Pero no es muy bueno aceptando ayuda.

Digo que sí con la cabeza.

—Siempre la rechaza.

—Exacto —dice, sonando genuinamente frustrado—. Pero después su mamá se fue y las cosas fueron de mal en peor.

—¿Qué pasó? —presiono.

La pregunta lo sacude y parece darse cuenta de que no debería estar compartiendo tanta información. Duda, después dice:

—Se mudó con su tía Joan.

—Tía abuela —lo corrijo distraídamente.

—¿Te contó sobre ella?

—Un poco —respondo. Joan era la mujer que le pasó la llave y el trabajo a Wesley. A la que el Archivo llenó de agujeros cuando se

retiró, para asegurarse de que sus secretos estuvieran a salvo. El hecho de que sepa sobre Joan parece satisfacer algo en Cash y su reticencia se disuelve.

—Sí, bueno, se suponía que se iba a quedar con ella por el verano —dice— para alejarse del divorcio, fue salvaje, pero Hyde empezó de nuevo en el otoño y él no estaba. Todo nuestro segundo año fue como si él no existiera. Tienes que entender: él no llamó, no escribió, solo hubo un vacío. —Cash dice que no con la cabeza—. Es ruidoso de un modo que no notas hasta que falta. En fin, segundo año vino y se fue sin él. Y después vinieron las vacaciones de verano y se fueron sin él. Y finalmente vino tercer año y ahí está él en el almuerzo, apoyado contra el Alquimista como si nunca se hubiera ido.

—¿Estaba distinto? —pregunto cuando llegamos a la puerta de la oficina en la boca del vestíbulo de vidrio. Ese fue el año en que se convirtió en Portero.

Cash se detiene, con un dedo en el mentón.

—¿Además del ojo negro que le dejé? No realmente. Si pudiera decir algo, diría que se veía… *más contento*. Y yo solo estaba feliz de que hubiera vuelto, así que no me inmiscuí. Espera aquí, te traeré algunos folletos para potenciales estudiantes.

Desaparece en la oficina y miro distraída al *hall*. Está cubierto de fotografías; aunque cubierto sugiere caos y las imágenes están

colgadas inmaculadamente, cada cuadro nivelado a la perfección y exactamente equidistante de los otros. Solo una fecha grabada, pequeña y elegante, en la parte superior. En cada fotografía hay un grupo de estudiantes parados en filas uniformes, hombro contra hombro. De cuarto año, a juzgar por las líneas doradas en las fotos más recientes, las de color. Los años van de atrás para adelante a lo largo de ambas paredes, con los años más recientes acá, en la boca del vestíbulo, y los más antiguos colgados más allá. Como la mayoría de las escuelas privadas de los ricos, Hyde no siempre fue mixta. A medida que voy retrocediendo por los años, las chicas desaparecen de las fotos grupales y aparecen solo en conjuntos propios y después desaparecen por completo, junto con los rojos, azules y dorados, por lo que solo quedan chicos en blanco y negro. Dejo que mis ojos deambulen por las paredes, sin saber qué estoy buscando, hasta que lo veo. Y cuando lo hago, todo se tensiona en mí.

Podría haber ido a cualquiera de las escuelas que hay en la ciudad, pero no. Él vino a esta.

En el cuadro marcado con *1952*, hay varias docenas de chicos parados en rígidas filas, serios, bien arreglados, elegantes. Y ahí, en la fila de abajo y después de varios estudiantes, está Owen Chris Clarke. Su pelo rubio ceniza se registra en blanco en la foto sin colores y eso, más la impactante palidez de sus ojos, lo hacen lucir como un

resplandor de luz en el dominio del negro de los uniformes. El eco de una sonrisa roza sus labios, como si supiera un secreto. Y quizá lo sepa. Esto debe haber sido antes; antes de que se graduara, antes de que pasara a ser Brigada, antes de que Regina fuese asesinada, antes de que la trajera de regreso, antes de que matara residentes del Coronado y saltara del techo. Pero cuando la foto fue tomada, ya era Portero. Se nota en los ojos y su sonrisa burlona y el rastro de un anillo en la mano que descansa sobre el hombro de otro estudiante…

—¿Lista?

Me aparto de la fotografía para encontrarme con Cash ahí parado, sosteniendo un pequeño pilón de folletos.

—Sí —respondo, con voz un poco más temblorosa de lo que me gustaría, mientras dirijo otra mirada a la foto.

Tú y yo no somos tan diferentes.

Frunzo el ceño. ¿Y qué si Owen venía aquí? Ya no está. Esto no es más que una fotografía vieja, un destello del pasado, un lugar perfectamente razonable para que haya un chico muerto.

—Vamos —digo al tomar los papeles.

Cash me acompaña caminando al estacionamiento.

—¿Dónde está tu auto? —pregunta, inspeccionando el lugar, que ya se vació bastante.

Cruzo al soporte para bicicletas y hago un gesto de reverencia

hacia Dante.

—Mi nave.

Se sonroja.

—No quise dar por sentado que…

Lo disculpo con un gesto de la mano.

—Es como un convertible, si lo piensas. El pelo volando con el viento. Asientos de cuero… Bueno, asiento. —Saco de la mochila mis pantalones deportivos y me los pongo debajo de la falda.

Sonríe, sus ojos dorados se van hacia la vereda.

—Quizá podamos hacer esto de nuevo mañana.

—¿Te refieres a la escuela? —pregunto, mientras desencadeno la bici y paso una pierna por encima—. Creo que esa es la idea. No funciona muy bien si solo vas una vez. —Trato de decirlo con seriedad, pero se me cuela una sonrisa.

Cash larga una risa cálida al darse vuelta para irse.

—Bienvenida a Hyde, Mackenzie Bishop.

Su alegría natural es contagiosa y noto que yo también estoy sonriendo mientras lo miro retroceder hacia las puertas. Después vuelvo la mirada al estacionamiento y toda la calidez se enfría.

El hombre de esta mañana, el que tiene pelo y piel dorados, está apoyado contra un árbol en el extremo del estacionamiento, tomando café de una taza descartable, y me está mirando. Esta vez ni siquiera

intenta disimularlo. Verlo es como un ladrillazo contra una ventana de vidrio, hace añicos la tranquilidad. Es un recordatorio de que la vida no podría estar más lejos de ser normal. Normal es algo con lo que yo podría soñar si no estuviese ocupada teniendo pesadillas.

Hay solo una cosa más aterradora que el hecho de que me están siguiendo. Y es *quién* me está siguiendo. Porque solo hay una respuesta posible: el Archivo. Pensarlo me hiela la sangre. No puedo imaginar que sea algo *bueno* que me siga alguien de la Brigada. Y eso es exactamente lo que él es. Lo que tiene que ser.

La forma en que toma el café y cambia la postura de su cuerpo y su lenguaje corporal descuidado crean la ilusión de aburrimiento que solo está empañada por su mirada, que es aguda, alerta. Pero no es eso lo que lo delata. Es la confianza en sí mismo. Un tipo de confianza específico y peligroso. El mismo tipo que tenía Owen.

La confianza que brota de alguien que sabe que te puede lastimar antes de que tú lo lastimes.

Los ojos del hombre dorado se encuentran con los míos y sonríe con la mitad de la boca. Toma otro sorbo de café y doy un paso hacia él justo cuando suena una bocina en el estacionamiento. El ruido me roba la atención por un segundo, incluso menos, sin embargo, para cuando miro de nuevo al hombre, ya no está.

Genial.

Espero un segundo para ver si reaparece, pero no lo hace, así que me quedo con una sensación de ansiedad en el estómago y la inquietante pregunta: ¿por qué el Archivo me mandó a seguir?

La preocupación come la poca energía que me queda mientras pedaleo a casa. Para cuando llego ahí, se me está empezando a nublar la vista del cansancio. Cuando desmonto, el mundo se mueve un poco. Me tengo que quedar quieta un momento, esperando que se me pase el mareo, antes de arrastrarme a través de las puertas hacia arriba por las escaleras.

Quiero dormir.

Necesito dormir.

En vez de eso, me voy de cacería.

SEIS

DEBAJO DE LA MESA QUE ESTÁ BAJO EL ESPEJO frente a la grieta en la pared del tercer piso, hay un macetero grande.

Lo sé porque yo lo puse ahí. La semana pasada arrastré la pesada porcelana desde el vestíbulo, donde estaba languideciendo en una esquina, atravesando las escaleras y unos escalones de concreto, solo para tener un lugar donde guardar mis cosas mientras trabajo.

Me saco la falda del uniforme y la meto junto con la mochila en el macetero, luego chequeo la lista —aún solo Harker—, saco la llave de alrededor de mi cuello y rehago mi cola de pelo. La transformación es

completa: de estudiante a Portera en menos de un minuto.

Reprimo otro bostezo mientras me quito el anillo y la grieta de la pared —el lugar donde los mundos no terminan de alinearse— se vuelve más nítida, con la cerradura en medio del pliegue. Introduzco mi llave y la puerta a los Estrechos florece como una mancha y el empapelado amarillo se va oscureciendo a medida que el marco presiona las superficies. Un hilo de luz marca el contorno de la puerta y giro la llave, escucho el clic hueco y entro en la oscuridad. Estoy levantando los dedos hacia la pared más cercana, a punto de leer la superficie en busca de cualquier rastro de Harker, cuando lo escucho.

Un tarareo.

Mi corazón empieza a correr a toda velocidad al apartarme de la pared y dirigirme hacia el ruido. Pero entre un pulso, un paso y otro, el mundo desaparece.

Todo se va.

Se pone negro.

Y entonces, igual de repentino, vuelve — *yo* vuelvo— y el tarareo ya no está y me está matando el dolor de cabeza y estoy corriendo. A toda velocidad. *Persiguiendo*. Un chico corre varios metros delante de mí.

—¡Harker, detente! —Las palabras saltan incluso antes de que pueda darme cuenta de que son mías—. ¡No hay adónde ir! —agrego,

lo que no es estrictamente cierto, ya que ambos estamos avanzando bastante. Simplemente no hay *adónde* ir.

Me queman los pulmones y me duelen las piernas y no tengo suficientes horas de sueño en los huesos para esto, pero la adrenalina llena el espacio donde debería estar el descanso, mientras los sonidos de la cacería hacen eco por los Estrechos. Respiración agitada y movimiento de extremidades y zapatos que golpean con fuerza el concreto, los de él al huir, los míos al perseguir.

Y lo estoy alcanzando.

El chico pierde un paso al mirar hacia atrás y después otro, cuando gira en una esquina demasiado rápido y se resbala contra la pared. Harker sale corriendo, continúa. Yo también acorto mal el giro en la esquina, mis botas patinan un poco sobre el suelo resbaladizo de los Estrechos, pero yo conozco estos pasillos, estas paredes, estos pisos, y ya estoy de nuevo en carrera, acortando la distancia.

Está entre una zancada y otra cuando finalmente atrapo el cuello de su camiseta con la mano y lo tomo fuera de equilibrio. Tiro con fuerza y Harker cae al piso despatarrado, a unos pocos pasos de la puerta de Devoluciones más cercana, marcada por un círculo de tiza completamente blanco.

Empieza a irse gateando, pero lo pongo de pie de un tirón y lo sujeto contra la pared mientras pongo mi llave en la cerradura y giro.

La puerta se abre y nos baña en una deslumbrante luz blanca.

Puedo mirarle bien los ojos cuando los abre —las pupilas vibran, a punto de desbordarse—, justo antes de que lo empuje al blanco deslumbrante, pero no es hasta después de que atravesó la puerta y se fue la luz, que proceso la mirada que me dio y me doy cuenta de qué fue. *Miedo*.

No es por los Estrechos o el blanco deslumbrante de Devoluciones, sino por *mí*.

Ese pensamiento es como un baldazo de agua fría y me deja mareada y sin aire. Llevo una mano a la pared para mantener el equilibrio. Un dolor superficial hace que mis ojos vayan hacia mi brazo y por primera vez vea los rasguños, la piel cortada. Me invaden las náuseas.

¿Cuándo pasó esto?

¿Cuándo fue que Harker se defendió?

Me devano los sesos, intentado rebobinar mi propia mente, tratando de recordar cuándo me rasguñó o qué lo hizo correr en primer lugar o cómo nos encontramos, y el pánico se retuerce alrededor de mí cuando me doy cuenta de que *no puedo* recordar.

Recuerdo atravesar la puerta y entrar en los Estrechos. Recuerdo el sonido del tarareo y después… nada. Nada hasta estar en medio de la persecución. El tiempo que transcurrió en el medio simplemente *falta*.

Cierro los ojos con fuerza, busco las memorias y solo encuentro un borrón. Me dejo caer al piso y descanso la frente contra las rodillas y hago que el aire me llegue a los pulmones.

Una de las lecciones de Da se reproduce en mi cabeza, su voz baja y firme y suave: *Mantén la cabeza en calma. No puedes pensar bien cuando estás alterada. Las Historias entran en pánico. Mira lo bien que les hace.*

Respiro hondo otra vez y trato de calmarme. ¿Qué estaba haciendo? Estaba leyendo las paredes… Estaba a punto de leer las paredes cuando escuché el tarareo y entonces… y entonces me lamo los labios y siento el sabor a sangre, y justo así surgen rápidamente los recuerdos.

Alguien estaba tarareando.

Justo como Owen solía hacer. Mi corazón empieza a correr cuando sigo la melodía a través de los pasillos. Sonaba mucho como un tarareo al principio, pero después no —los Estrechos sí que distorsionan las cosas —, comienza a sonar más fuerte y más áspero hasta que no era nada parecido a un tarareo, ni siquiera era música, sino un paf paf paf fuerte y constante.

Harker estaba pateando una puerta en medio del pasillo, tan fuerte que no me escuchó venir hasta que estuve detrás de él, la cabeza me estallaba, y entonces se dio vuelta y antes de siquiera poder mentirle

para agradarle, me tomó desprevenida con un puñetazo.

Todo regresa como fotogramas, como *flashes*.

Mi mano se enreda en su camiseta.

Lo empujo hacia atrás.

Un lío de extremidades en pelea.

Me patea el estómago.

Libera la mano con un arañazo.

Los dos corremos.

Siento náuseas del alivio. La memoria es inestable, pero ahí está.

Cuando saco la lista del bolsillo y miro cómo el nombre de Harker desaparece de la página, una pregunta se abre paso entre mis pensamientos: para empezar, ¿por qué perdí la conciencia?

Si tengo que adivinar, diría que por el sueño. O mejor dicho, la falta de sueño.

Esto —perder la conciencia, perder el tiempo, lo que sea que es— ha pasado antes. Unos días después de Owen. La vez pasada —que fue la primera vez y tenía la esperanza de que fuera la *única*—, no había estado durmiendo. Estaba tan cansada que apenas podía ver con claridad. En un momento estaba hablando con una Historia, una adolescente, y el momento después estaba sola en el pasillo y tenía los nudillos lastimados y su nombre ya no estaba en mi lista. Cuando finalmente me tranquilicé, volvieron los recuerdos, borrosos y forzados,

pero ahí estaban.

Me dije a mí misma que no era nada importante, que me desconecté (aunque *nunca* me he desconectado en el trabajo). Y solo pasó una vez —a diferencia de las pesadillas, que venían todas las noches como un reloj—, así que no le conté a Roland. No lo quería preocupar. Da solía decir que había que observar los patrones, pero no salir a buscarlos, y yo no quise crear algo de la nada. Pero Da también solía decir que un error era un accidente, pero dos eran un problema.

Cuando vuelvo a mirar los rasguños en mis brazos, lo sé.

Esto es oficialmente un problema.

Me obligo a ponerme nuevamente de pie. Observo la puerta que está al lado de aquella por la que acabo de mandar a Harker. La que está marcada con el círculo de tiza blanca vacío que uso para señalar el Archivo. Debería decirle a Roland. Y lo haré… más tarde. Ahora tengo que volver a casa. La última vez perdí un minuto, quizá dos, pero sé que ahora perdí más que eso. Me clavo las uñas en las palmas, con la esperanza de que la punzada me mantenga despierta mientras avanzo hacia las puertas numeradas.

La llave cuelga de su cordón alrededor de mi muñeca y la columpio hacia arriba para agarrarla. Deslizo los dientes adentro de la cerradura de la puerta que lleva de regreso al tercer piso. Se abre, el pasillo detrás, no más que una sombra de este lado, y estoy a punto de

atravesar el umbral con el pie cuando escucho una voz familiar del otro lado y me tiro para atrás con rapidez, el corazón me martilla el pecho. Qué estúpido, estúpido error.

La puerta no es visible, no para la gente normal; si hubiera pasado hacia el Coronado, hubiera atravesado la mismísima pared —o al menos eso es lo que hubiera parecido— y chocado contra mi madre.

—Creo que está yendo bien… —El Coronado puede no estar a la vista, pero su voz llega a través del espacio oculto, amortiguada pero de todos modos audible—. Cierto, lleva tiempo, lo sé.

Puedo escuchar que viene por el pasillo, se acerca a la puerta de los Estrechos mientras habla, las pausas largas dejan en claro que está al teléfono. Y entonces sus pasos se detienen, justo frente a mí. Quizá se esté mirando al espejo frente a la puerta invisible. Pienso en el macetero que hay debajo de la mesa debajo del espejo y espero que no haya descubierto su contenido.

—Oh, ¿Mackenzie?

Me tensiono, hasta que me doy cuenta de que le está respondiendo a la persona del otro lado de la línea.

—No sé, Colleen —dice.

Revoleo los ojos. Su terapeuta. Mamá ha estado viendo a Colleen desde que Ben murió el año pasado. Esperaba que las sesiones terminaran con la mudanza. Aparentemente no. Ahora apoyo las

manos a cada lado de la puerta y escucho una mitad de la conversación. Sé que no debería dejar la puerta de los Estrechos abierta, pero mi lista está vacía y mi curiosidad despierta.

—No ha surgido —dice mamá—. Sí, está bien, no lo *hablé*. Pero parecía estar mejor. Parece. Parecía. Es difícil darse cuenta con ella. Soy su madre. Debería poder darme cuenta y no puedo. Siento que anda mal. Sé que está usando esta máscara, pero no puedo ver a través de ella. —Se me hace un nudo en el pecho al escuchar el dolor en su voz —. No. Drogas no. Sí, estoy segura.

Aprieto los dientes para evitar maldecir. Odio a Colleen. Colleen es la que le dijo a mamá que tirara las cosas de Ben. La vez que nos conocimos, cara a cara, me vio un rasguño en la muñeca, de una Historia enojada, y estaba convencida de que me lo había hecho para *sentir cosas*.

—Conozco los síntomas —dice mamá y tacha una lista que resume muy bien mi comportamiento actual: evasión, cambios de humor, problemas de sueño, ser retraída, desapariciones inexplicables… aunque en mi defensa, hago lo que puedo para explicarlas. Solo que no digo la verdad—. Pero no es eso. Sí, estoy segura. —Me alegra que esté defendiéndome, al menos con respecto a esto—. Está bien —dice después de una pausa larga y comienza a avanzar por el pasillo otra vez—. Lo haré. Lo prometo. —La escucho irse y espero el tintineo de

las llaves, el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse, y después respiro hondo y salgo al pasillo.

La puerta de los Estrechos se disuelve detrás de mí al ponerme de nuevo el anillo. La falda y la mochila en el macetero parecen no haber sido tocadas y en unos pocos pasos me transformo nuevamente en una estudiante de tercero de la Escuela Hyde. Mi reflejo me devuelve la mirada, poco convencido.

Me doy cuenta de que algo anda mal. Sé que está usando esta máscara, pero no puedo ver a través de ella.

Practico mi sonrisa un par de veces, chequeo mi máscara para asegurarme de que esté libre de grietas antes de darme vuelta y dirigirme a casa.

Esa noche hago un *show.*

Me imagino a Da aplaudiendo lentamente, perezosamente, de esa forma tan suya, mientras les cuento mi día a mamá y papá, inyectando tanto entusiasmo en mi voz como puedo sin que mis padres pasen de la grata sorpresa a la sospecha.

—Hyde es bastante increíble —digo.

Papá se ilumina.

—Quiero que me cuentes todo.

Así que eso hago. Básicamente le estoy dando de comer toda la propaganda del folleto, línea por línea, pero aunque probablemente

estoy amplificando el entusiasmo, el sentimiento no es una completa mentira. *Sí* lo disfruté. Y decir algo que se parece aunque sea vagamente a la verdad se siente bien.

—¡Y a que no sabes quién va ahí! —digo, robándole una zanahoria a mamá, que está picando.

—Nos puedes decir durante la cena —dice, lanzándome una pila de manteles individuales y cubiertos—. Primero pon la mesa. —Pero sonríe cuando lo dice.

Papá saca un par de libros de la mesa, así puedo poner los platos, y se va al sillón a mirar las noticias.

—¿Quién cierra hoy la cafetería? —pregunto.

—Berk tiene todo bajo control.

Berk es el esposo de Betty y Betty es quien cuida de Nix. Nix es anciano y ciego y vive en el séptimo y no baja porque está atado a una silla de ruedas y no confía en los ascensores de metal desvencijados. Berk y Betty se mudaron a uno de los departamentos vacíos del sexto piso hace dos semanas, después de que Nix finalmente prendiera fuego a su bufanda con un cigarrillo. Me asombró —no que se prendiera fuego, eso era inevitable— que se mudaran por él, al no ser parientes de ningún tipo. Pero parece ser que Nix fue como un padre alguna vez y ahora Betty es como una hija. Es dulce y todo funcionó porque Berk —que es pintor— estaba buscando trabajo y mamá

estaba buscando ayuda para Café Bishop.

Todavía no le puede pagar y a él parece no importarle. Solo pidió que lo dejaran colgar sus obras en la cafetería para venderlas.

—Le voy a bajar algo para cenar más tarde —dice mamá, guardándole un plato.

Estoy llevando los vasos de agua a la mesa cuando el titular en la tele me llama la atención y miro la pantalla por sobre el hombro de papá. Es la misma noticia de esta mañana temprano, sobre una persona desaparecida. Una habitación desordenada aparece en la pantalla y estoy a punto de pedirle a papá que suba el volumen cuando mamá dice:

—Apaga eso. La cena está lista.

Papá apaga obedientemente la televisión, pero mis ojos se quedan posados sobre la pantalla oscurecida, reteniendo la imagen de la habitación en mi mente. Parecía familiar…

—Mackenzie —me advierte mamá. Parpadeo y pierdo la imagen al darme vuelta para encontrar a mis dos padres ya sentados a la mesa. Parece como si hubieran estado esperando.

Sacudo la cabeza y logro sonreír.

—Lo siento. Voy.

Pero sentarme resulta ser una mala idea.

En cuanto lo hago, me alcanza el agotamiento y me paso la mayor

parte de la cena hablando sobre Hyde solo para mantenerme despierta. En cuanto se levantan los platos, me meto en mi habitación con la excusa de hacer la tarea, pero apenas logro leer una página cuando se me desenfocan los ojos y las palabras en la página se borronean y juntan. Intento leer de pie, luego intento caminar mientras sostengo el libro de texto, pero mi mente parece incapaz de comprender algo. Siento que mis huesos están hechos de plomo.

Los ojos se me van a la cama y todo lo que puedo pensar es cuánto deseo acostarme…

El libro se me escurre de las manos y golpea el piso con un suave *tuc*.

… lo mucho que quiero dormir…

Llego a la cama.

… lo segura que estoy…

Abro el cubrecama.

… de que cuando lo haga…

Me hundo en las sábanas.

… no voy a soñar nada.

SIETE

EL TECHO ESTÁ LLENO DE MONSTRUOS y están todos vivos.

Se posan sobre garras de piedra y observan con ojos de piedra cómo Owen me acecha a través del laberinto de cuerpos.

—Deja de correr, señorita Bishop —su voz hace eco por el techo.

Y así como así, el suelo de concreto se derrumba debajo de mí y caigo siete pisos, a través del esqueleto del edificio hasta el vestíbulo del Coronado y golpeo contra el suelo con tanta fuerza que mis huesos crujen. Ruedo sobre mi espalda y miro hacia arriba a tiempo para ver que las gárgolas caen hacia mí. Levanto las manos con rapidez, preparándome para el peso de las piedras. Nunca llega.

Parpadeo y me encuentro en una jaula hecha de estatuas rotas, una red de brazos y piernas y alas que se cruzan. Y parado en el medio está Owen, su cuchillo cuelga de sus dedos.

—El Archivo es una prisión —dice con calma.

Viene hacia mí y me pongo de pie rápidamente y retrocedo hasta quedar contra los cuerpos de piedra. Los brazos cobran vida de un sacudón y se lanzan hacia adelante, me agarran los brazos y las piernas, serpentean alrededor de mi cintura. Cada vez que lucho, las extremidades se aprietan más, y mis huesos se quiebran por la presión. Me muerdo para no gritar.

—Pero no te preocupes… —Owen me pasa una mano por la cabeza antes de enredar los dedos en mi pelo—. Te voy a liberar.

Pasa la parte plana del cuchillo por mi cuerpo y detiene la punta sobre mis costillas. Pone la presión suficiente sobre el filo como para cortarme la falda y arañarme la piel. Cierro con fuerza los ojos,

tratando de huir, tratando de despertar, pero la mano enredada en mi pelo presiona con más fuerza.

—Abre los ojos —amenaza.

Los abro con esfuerzo y encuentro su rostro a centímetros del mío.

—¿Para qué? —gruño—. ¿Así puedo ver la verdad?

Su sonrisa se afila.

—No —dice—, así puedo ver cómo la vida los deja.

Y entonces introduce el cuchillo en mi pecho.

Me siento súbitamente en la oscuridad, me estoy agarrando la camiseta con una mano, la otra está presionada sobre mi boca para sofocar el llanto que ya se escapó. Sé que es un sueño, pero es tan aterradoramente real. Me duele todo el cuerpo por la caída y donde las gárgolas me sujetaron, y el lugar en mi pecho donde entró el cuchillo grita un dolor fantasma.

Tengo el rostro mojado y no logro descifrar si es por sudor o lágrimas o las dos cosas. El reloj indica 12:45 y algo en mí se desmorona. Levanto las rodillas y descanso la cabeza contra ellas, respirando hondo para tranquilizarme.

Un momento después, alguien llama a la puerta.

—Mackenzie —suena la voz suave de mi padre. Levanto la vista cuando la puerta se abre y puedo ver su contorno contra la luz que mana desde la habitación de mis padres hacia el pasillo detrás él.

Viene a sentarse en el borde de mi cama y agradezco a la oscuridad por esconder lo que sea que esté escrito en mi cara en este momento.

—¿Qué está pasando, cariño? —susurra.

—Nada —respondo—. Lamento si los desperté. Solo tuve un mal sueño.

—¿Otra vez? —pregunta con suavidad. Ambos sabemos que está pasando demasiado seguido.

—No tiene demasiada importancia —digo, tratando de que mi voz suene liviana.

Papá se saca los anteojos y los limpia con su camiseta.

—¿Sabes lo que Da solía decirme cuando tenía un mal sueño?

Sé lo que Da solía decirme a mí, pero dudo de que sea lo mismo que le decía a mi padre, así que digo que no con la cabeza.

—Solía decirme que no había sueños malos. Solo sueños. Y que cuando decimos que son buenos o malos, les damos importancia. Sé que eso no mejora las cosas, Mac. Sé que es fácil hablar así cuando estamos despiertos. Pero el hecho es que los sueños nos agarran con la guardia baja.

Como no confío en poder hablar, simplemente asiento con la cabeza.

—¿Quieres… hablar con alguien acerca de esto? —No se refiere a sí mismo o a mamá. Se refiere a un terapeuta. Como *Colleen*. Pero ya

tengo demasiadas personas tratando de meterse en mi cabeza en estos momentos.

—No. En serio, estoy bien.

—¿Estás segura?

Vuelvo a decir que sí con la cabeza.

—Confía en mí.

Y se me estruja el corazón porque puedo ver en los ojos de mi papá que quiere hacerlo, pero no lo hace. Da solía decir que las mentiras eran fáciles, pero la confianza era difícil. La confianza es como la fe; puede transformar a las personas en creyentes. Pero cada vez que se pierde, se vuelve cada vez más y más difícil volver a ganar la confianza. He pasado los últimos cuatro años y medio desde que me convertí en Portera tratando de aferrarme a la confianza de mis padres, viendo cómo la duda la reemplaza poco a poco. Y la duda, Da decía, es como una corriente contra la que tienes que nadar, una que consume tu fuerza.

—Bueno, si cambias de opinión… —dice, deslizándose hasta quedar de pie.

—Te lo haré saber —afirmo, mientras lo veo irse.

Tiene razón. Debería hablar con alguien. Pero no con Colleen.

Escucho el sonido de sus pasos desvaneciéndose después de que cierra la puerta y el murmullo de la voz de mi madre cuando regresa a

su habitación. Dejo que todo el departamento se quede en silencio y a oscuras y solo cuando estoy segura de que están dormidos, me levanto, me visto y salgo sigilosamente.

Entro en el Archivo y tiemblo.

No solo mis sueños han sido afectados por el reciente ataque de Owen y Carmen. También el Archivo ha cambiado. Siempre estuvo marcado por el silencio, pero donde la falta de ruido solía sentirse como paz, ahora se siente como en alerta y tenso. El silencio es más denso, reforzado por voces susurrantes y miradas alarmadas. Las enormes puertas detrás del escritorio de la antesala han sido fijadas hacia atrás como alas de mariposa, abiertas para que los centinelas recientemente instalados tengan una visión completa y acceso inmediato al atrio y a la red de pasillos de más allá. Las dos figuras son la adición más llamativa —y la más odiosa—. Vestidas en un negro solemne, flanquean la entrada al Archivo. Los centinelas son Historias, como todos los demás que trabajan dentro de las paredes del Archivo; pero a diferencia de los Bibliotecarios, no usan llaves de oro y no parecen estar completamente *despiertos*.

Roland me dijo que han sido implementados en todas las sucursales de su jurisdicción, aunque él mismo no tuvo ni voz ni voto en el asunto de su presencia. La orden para incrementar la seguridad vino de arriba. Supongo que eso significa que vino de Agatha.

Agatha, la Examinadora, a quien no he *visto* de nuevo desde el interrogatorio, pero cuya presencia parece vigilar este lugar de la misma forma en que Owen me acecha a mí.

A Roland no le cayó bien. Por lo que pude ver, a nadie le cayó bien. Los Bibliotecarios no están acostumbrados a sentirse observados. Agatha puede asegurar que los centinelas están ahí por si aparece otro Owen; pero el hecho es que también están ahí por si aparece otra *Carmen*. Una cosa es ser traicionado por alguien que se sabe que es un traidor. Y otra es ser traicionado por un servidor leal.

Los ojos de los centinelas me siguen a medida que avanzo por la antesala.

Me obligo a no mirarlos. No quiero que vean que me resultan escalofriantes. En vez de eso, me enfoco en el escritorio y en cuánto alivio siento de ver a Lisa sentada ahí detrás con su corta melena negra y sus anteojos de carey verde. Últimamente, me siento como si hiciera una apuesta cada vez que entro. ¿Me encontraré con los tranquilos ojos grises de Roland o con la sonrisa cauta de Lisa, o me enfrentaré con la punzante mirada de desaprobación de Patrick? ¿O estará la mismísima Agatha esperándome?

Pero esta noche tengo la suerte de tener a Lisa. Tiene la cabeza inclinada hacia adelante sobre el libro de registros del Archivo, y no puedo evitar preguntarme a *quién* le está escribiendo. El libro que

siempre está apoyado en el escritorio tiene una página para cada Portero y cada Brigada de la sucursal, la pareja del papel que llevo en el bolsillo, y su grosor es un extraño recordatorio de que aunque me siento sola con frecuencia, no lo estoy. Solo soy una página en un viejo libro grueso.

Lisa para de escribir y levanta la vista lo suficiente para ver mis ojos cansados. El estrés de las últimas semanas se le nota en los ojos, en la forma que mira rápido las dos figuras detrás antes de regresar a mí.

Me hace un gesto afirmativo con la cabeza y solo dice:

—Está en el atrio, hacia el fondo.

Bendita sea por no hacer que me pare ahí y declare el asunto que me trae aquí enfrente de los centinelas, quienes pueden parecer estatuas pero no hay dudas de que escuchan y ven todo lo que pasa aquí y se lo reportan a Agatha.

Articulo la palabra *gracias* con la boca y rodeo el escritorio para pasar por el pasaje abovedado hacia el atrio. La habitación central todavía es tan grandiosa como siempre, con techos altos y arqueados y vitrales como de iglesia, dividida por hileras de estantes en vez de bancos y diez pasillos que se ramifican como rayos.

Cruzo el enorme vestíbulo en silencio y encuentro a Roland metido entre dos pasillos, sus zapatillas rojas son un punto de color en el piso blanco. Está de espaldas a mí, con la cabeza inclinada mientras observa

una carpeta. Hay tensión en sus hombros y me doy cuenta por su quietud de que ya no está leyendo la página sino que está mirando fijo más allá de ella, perdido en sus pensamientos.

He tenido cuatro años y medio para estudiar las posturas y estados de ánimo de Roland, desde que Da me ofreció a su cuidado y él aceptó. Su constancia —la de su forma alta, esbelta, invariable— siempre ha sido un consuelo, pero ahora también es un recordatorio de lo que él es. El Archivo nos dice que los Bibliotecarios no cambian mientras estén aquí: la suspensión de su edad a cambio de su tiempo, de su servicio. Y hasta hace unas semanas, lo creía. Y entonces Carmen me dijo la verdad: que Roland, junto con todos los otros Bibliotecarios que trabajan en el Archivo, no vienen del Exterior, sino de los estantes de aquí. Que todos ellos son Historias, las de pasados Porteros y Brigadas a quienes han despertado de su sueño para servir otra vez. Todavía es muy difícil para mí creer que él está *muerto*.

—¿Señorita Bishop? —dice sin levantar la vista—. Debería estar en la cama. —Su voz es suave, pero incluso cuando susurra puedo escuchar su acento. Cierra la carpeta antes de volverse hacia mí. Sus ojos grises viajan por mi rostro y se le arruga la frente.

—¿Sigues sin poder dormir?

Me encojo de hombros.

—Quizá solo quería contarte sobre mi primer día en la escuela.

Abraza la carpeta contra su pecho.

—¿Cómo estuvo? ¿Aprendiste algo útil?

—Aprendí que Wesley Ayers también va ahí.

—Asumí que ya lo sabías.

—Sí, bueno… —digo y las palabras se pierden en un bostezo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Mackenzie?

—¿Desde qué?

—Desde que pudiste dormir —responde—. Realmente dormir.

Me paso la mano por el pelo y cuento el tiempo desde que la Historia rebelde de un miembro de la Brigada muerto me engañó para que confiara en él, me robó la llave, me tiró en la habitación de Devoluciones, apuñaló a Wesley, intentó matarme y casi logra (con la ayuda de una Bibliotecaria) destruir por completo la sucursal del Archivo.

—Tres semanas, cinco días, diecisiete horas.

—Desde Owen —dice Roland.

Asiento con la cabeza y repito.

—Desde Owen.

—Se nota.

Me estremezco. Estoy haciendo un esfuerzo tan grande, pero sé que tiene razón. Y si él lo ve, Agatha podría verlo también.

Me empieza a doler la cabeza.

Roland estira el cuello para mirar hacia arriba, a los vitrales que interrumpen la parte más alta de las paredes y se extienden como humo hacia el techo. El Archivo siempre es brillante, iluminado por una fuente invisible, pero la luz cambiante detrás de las ventanas es una ilusión, una forma de sugerir cambio en un mundo estático. Ahora mismo, las ventanas están oscuras y me pregunto si Roland ve algo en ellas que yo no, porque cuando sus ojos bajan de nuevo a los míos, dice:

—Tenemos algo de tiempo.

—¿Para qué? —pregunto, pero él siempre está caminando.

—Sígueme.

OCHO

TENGO TRECE, ESTOY CUBIERTA DE SANGRE y sentada con las piernas cruzadas en una habitación esterilizada. He sido Portera por menos de seis meses y esta no es la primera vez que aterrizo en el ala médica del Archivo. Roland está parado a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Patrick prepara una compresa de hielo.

—Tenía el doble de mi tamaño —digo, sosteniendo una gasa sangrienta contra mi nariz.

—¿No lo tienen todas? —pregunta Patrick. Solo ha estado en esta sucursal por un par de semanas. No le agrado demasiado.

—No estás ayudando —dice Roland.

—Pensé que eso era exactamente lo que estaba haciendo —espeta Patrick—. Ayudar. Me pediste un favor y acá estoy, curando a tu pequeño proyecto sin registrarlo en los libros.

Murmuro algo detrás de la gasa, una de las muchas frases que aprendí de Da. Patrick no escucha, pero Roland debe haberlo hecho, porque levanta una ceja.

—La señorita Bishop —dice, dirigiéndose a Patrick— es una de nuestros Porteros más prometedores. Ella no estaría aquí si el consejo no hubiera votado a favor de ella.

Patrick le lanza una dura mirada a Roland.

—¿Votaron a favor o fuiste tú?

Roland entorna ligeramente sus ojos grises.

—Te recuerdo con quién estás hablando.

Patrick deja escapar un breve suspiro, como humo, y vuelve su atención hacia mí, me saca la gasa de la mano y examina los daños por sobre sus anteojos. Me duele como el demonio, pero trato de que no se note cuando presiona la compresa de hielo contra mi cara y coloca mi mano nuevamente ahí.

—Tienes suerte de que no esté rota —dice, sacándose un par de guantes de látex.

Roland me guiña el ojo.

—Nuestra muchacha está hecha de acero.

Sonrío detrás de la compresa de hielo. Me gusta esa idea. Ser la chica de acero.

—Cabeza dura —dice Patrick—. Continúa poniéndole hielo y trata de que no te golpeen la cara otra vez.

—Haré todo lo posible —respondo, las palabras apagadas por la compresa fría—. Pero es tan divertido.

Roland se ríe con ganas. Patrick guardo sus cosas y se va, murmurando algo que suena como «inútil» en voz baja. Lo miro irse.

—Levantaste las manos cuando la Historia te lanzó un puñetazo —dice Roland, de forma casual—. ¿Eso es lo que pasó?

Bajo la vista y asiento con la cabeza. Debería haberlo hecho mejor. Da me enseñó a hacerlo mejor, pero fueron como dos lecciones diferentes, una de práctica y una de verdad, y no estaba lista. Da dijo que los movimientos correctos tienen que ser como un reflejo, no solo aprendidos sino incorporados, y ahora sé por qué. No hubo tiempo para pensar, solo para actuar. Reaccionar. Levanté los brazos y la Historia primero les pegó y después me pegó a mí. El calor se extiende por mi rostro, incluso debajo de la compresa de hielo.

—Baja de ahí —dice, aún con los brazos cruzados— y muéstrame qué hiciste.

Bajo de la mesa y pongo la compresa de hielo a un lado. Me lanza

un puñetazo, despacio como la miel, y yo llevo los brazos hacia arriba, cruzados a la altura de las muñecas. Su puño viene a descansar ligeramente contra ellos y él me observa por sobre mis manos levantadas.

—No hay una postura correcta para atacar, ni postura para recibir. Lo peor que puedes hacer en una pelea es dejar de moverte. Cuando alguien ataca, crea una fuerza, movimiento, impulso, pero estarás bien siempre que puedas ver y sentir la dirección de esa fuerza y viajar con ella. —Pone un poco de peso detrás de su puño y se mueve hacia un costado, al mismo tiempo que se inclina hacia adelante. Me muevo hacia el mismo lado y hacia atrás y su puño sigue de largo. Asiente con la cabeza—. Ahí estamos. Ahora, mejor te pones ese hielo en la cara.

Se escuchan pasos en el pasillo detrás de la habitación y los ojos grises de Roland se mueven rápido hacia la puerta.

—Debo irme —digo, llevándome la compresa de hielo. Pero cuando llego a la puerta, hago una pausa y miro hacia atrás—. ¿Te arrepientes? —pregunto— ¿de votar a mi favor?

Roland cruza los brazos.

—Para nada —responde con una sonrisa—. Haces que las cosas sean infinitamente más interesantes.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunto en voz baja. Roland no contesta, solo me guía por un pasillo y por el sexto corredor que sale

del atrio. El Archivo es una red de espacios discordantes, que se ramifican y entrecruzan en un sistema que solo los Bibliotecarios parecen comprender. Cada vez que sigo a alguien por el laberinto lucho por recordar el camino, incluso cuento los giros. Pero esta noche, en vez de guiarme por un camino serpenteante, a través de descansos y pasillos y habitaciones, Roland sigue derecho, derecho hasta el mismísimo final de la larguísima sala y por un conjunto de puertas más pequeñas al final.

Terminamos en otra sala, una mucho más pequeña, angosta y con poca luz. Duda, observando alrededor para ver y escuchar si estamos solos.

—¿Dónde estamos? —pregunto cuando está claro que lo estamos.

—En el cuartel de los Bibliotecarios —contesta antes de avanzar otra vez. A la mitad de la sala, llega a una puerta simple de panel oscuro y se detiene. — Aquí vamos.

La puerta se abre a una habitación acogedora de paredes claras y a rayas, amoblada solo con un sofá cama, una silla de cuero con respaldo bajo y una mesa. Un aparato en la pared susurra música clásica y Roland se mueve por el pequeño lugar con la comodidad de alguien que conoce cada centímetro.

Cruza a la mesa y distraídamente deja caer en un cajón la carpeta que estaba llevando, antes de sacar algo brillante de su bolsillo. Pasa el

dedo gordo sobre la superficie una vez, antes de apoyarlo sobre la mesa. El gesto es gastado y gentil y respetuoso al mismo tiempo. Cuando aparta la mano, veo que el objeto es un reloj de bolsillo de plata. Es viejo y no puedo evitar que se me acelere el corazón cuando mis ojos se posan en él. Los únicos objetos que vienen al Archivo llegan con los cuerpos de las Historias. O se lo quitó a un cuerpo o vino con el suyo.

—Ya no funciona —dice Roland, notando mi interés—. Aquí no. —Señala la cama—. Siéntate.

Me deslizo sobre el suave almohadón y paso una mano sobre la sábana negra doblada sobre la cama a mi lado.

—No pensé que necesitaras dormir —digo, sintiéndome incómoda. Todavía es muy difícil procesar la idea de que él… no está vivo.

—La necesidad es una cosa extraña —explica mientras se arremanga metódicamente las mangas—. Las necesidades físicas te hacen sentir humano. La falta de ellas te puede hacer sentir menos humano. No duermo, no, pero descanso. Repaso los movimientos. Brinda un alivio psicológico. Ahora intenta descansar.

Digo que no con la cabeza, aunque mi cuerpo me ruega que me acueste.

—No puedo —digo en voz baja.

Roland se sienta en la silla de cuero de respaldo bajo. La llave de

oro del Archivo brilla contra la pechera de su camisa. Las llaves de Portero destraban las puertas de los Estrechos; las llaves de Brigada destraban atajos en el Exterior; las llaves del Archivo destraban *Historias*, las prenden y apagan como aparatos, no personas. Me pregunto cómo se sentirá apagar una vida con un simple giro del metal. Recuerdo a Carmen que sostenía la de ella frente a mí, recuerdo el entumecimiento doloroso que se disparó en mi mano cuando traté de envolverla con los dedos.

—Señorita Bishop —dice Roland, su voz me llama la atención—. Tienes que intentar.

—No creo en los fantasmas, Roland. Pero es como si él me estuviera acechando. Cada vez que cierro los ojos, ahí está.

—Ya no está —dice Roland.

—¿Estás seguro? —susurro, pensando en el miedo y el dolor que me siguen afuera de mis pesadillas—. Es como si una parte de él hubiese clavado sus uñas en mi cabeza y se sujetara. Lo veo cuando cierro los ojos y se siente tan real… Siento como que me voy a despertar y él todavía va a estar ahí.

—Bueno —dice Roland—, tú duerme y yo me mantendré alerta.

Me río con tristeza, pero no me acuesto. Necesito contarle sobre las pérdidas de conciencia. Sería mucho más sencillo *no* decirle —ya está preocupado y solo hará que las cosas empeoren—, pero necesito

saber si estoy enloqueciendo, y como soy yo la que está llena de pesadillas y momentos perdidos, no creo ser la persona idónea para decirlo.

—Sucedió algo hoy —digo en voz baja— en los Estrechos.

Roland junta las yemas de los dedos.

—Cuéntame.

—Yo… se me desvaneció el tiempo.

Roland se sienta en el borde de la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba cazando y yo… fue como si perdiera la conciencia. —Muevo la articulación de la muñeca lesionada—. Estaba despierta, pero en un momento estaba en un lugar y en el otro estaba en otro lado y no pude recordar cómo había llegado ahí hasta después. Simplemente era un blanco. Volví a recordar, sin embargo. Después de calmarme. No digo cuán débil era el recuerdo ni cómo tuve que luchar para recuperarlo.

Los ojos grises de Roland se oscurecen.

—¿Es la primera vez que pasa?

En respuesta, mis ojos huyen hacia el piso.

—¿Cuántas veces? —pregunta.

—Solo una más. Un par de semanas atrás.

—Deberías habérmelo dicho.

Levanto la vista.

—Pensé que no volvería a pasar.

Roland se levanta de la silla y empieza a caminar de un lado a otro. Debería decirme que todo va a estar bien, pero no se molesta en mentir. Las pesadillas son una cosa. Perder la conciencia en el trabajo es otra. Ambos sabemos qué pasa con los miembros del Archivo que son considerados no aptos. Las licencias por enfermedad no existen.

Miro hacia arriba, al techo de color crema.

—¿Cuántos Porteros enloquecen? —pregunto.

Roland dice que no con la cabeza.

—No estás enloqueciendo, Mackenzie. —Lo miro con escepticismo —. Has pasado por muchas cosas. El trauma residual y la fatiga extrema unidos al influjo de adrenalina están disparando una especie de visión tubular. Es una reacción posible.

—No me importa si es posible. ¿Cómo hago para asegurarme de que no pase otra vez?

—Necesitas descansar. Necesitas *dormir* —repite, un tono de desesperación se abre paso en su voz mientras se desploma nuevamente en su silla. Sus ojos grises están preocupados, una versión más pálida del miedo que brillaba en ellos cuando Agatha me citó por primera vez para evaluarme—. Por favor, inténtalo.

Dudo un momento, sin embargo, finalmente digo que sí con la

cabeza y me acurruco en el sillón cama y descanso la cabeza en la sábana doblada. Pienso en decirle también que creo que me están siguiendo, pero no consigo que salgan las palabras.

—¿Te arrepientes? —pregunto—. ¿De votar a favor de que sea Portera?

Se le contrae la boca, pero no escucho su respuesta, porque ya me empieza a traicionar el cuerpo, arrastrándome a dormir.

Cuando me despierto, la habitación está vacía y, por un instante, no puedo recordar dónde estoy o cómo llegué aquí. Pero entonces escucho el susurro de música clásica que viene del aparato en la pared y recuerdo que estoy en el Archivo, en el cuarto de Roland.

Parpadeo para despabilarme y me maravillo por el hecho de que el sueño no se aferre a mí. Sin sueños. Sin pesadillas. Por primera vez en días. Semanas. Dejo escapar una pequeña risa silenciosa. Me arden los ojos por el gran alivio que siento después de dormir unas pocas horas sin Owen y su cuchillo.

Doblo la sábana que Roland me prestó y la vuelvo a colocar en la esquina del sillón cama antes de levantarme y prender la luz para caminar lentamente por el espacio tipo claustro. Detrás de una puerta que quedó entornada, encuentro varias versiones de su uniforme autoasignado: pantalones, suéteres y camisas abotonadas. Miro alrededor en busca de un reloj, aunque sé que no hay. Los ojos se me

van al reloj de bolsillo de plata, todavía apoyado en la mesa auxiliar. No funciona, pero aun así me encuentro a mí misma acercándome hacia él, cuando mi mirada se desliza hacia el cajón de la mesa que hay debajo.

Está apenas abierto, lo suficiente como para que yo vea otro destello de metal, y cuando agarro el cajón con las dos manos y lo abro —la madera emite un roce suave—, encuentro dos monedas de plata gastadas y un cuaderno que no es más grande que la palma de mi mano. Levanto el anotador. Los bordes de papel son amarillentos y frágiles, y cuando llevo la tapa hacia atrás, encuentro una fecha escrita en una letra elegante en una esquina de abajo.

1819.

Las siguientes páginas están llenas de notas demasiado pequeñas y antiguas como para ser leídas y, mezclados entre ellas, hay bosquejos en lápiz. Una fachada de piedra. Un río. Una mujer. El nombre *Evelyn* se cruza en cuidadosa escritura debajo de su garganta.

El diario canta debajo de mis dedos, lleno de memorias, y dudo en guardar el libro en su lugar. Roland siempre ha sido un misterio. Nunca quiso hablar sobre la vida que dejó atrás, a la que volvería al terminar su servicio. Pero ahora sé que no dejó atrás ninguna vida, no por elección propia, y que nunca volverá a ella.

La pregunta «¿quién es Roland?» se transformó en «¿quién era

Roland?». Y antes de poder detenerme, cierro los ojos y me adentro en busca del hilo de la memoria en el cuaderno. Me aferro y el tiempo pasa para atrás. Se rebobina y la oscuridad se distorsiona en un callejón de noche: un Roland joven y borroneado está parado debajo de un charco de luz artificial parpadeante. Está acunando el cuaderno con una mano mientras sombrea el cabello de la mujer con un pequeño trozo de lápiz y con el dedo gordo sujeta un trozo de papel contra la hoja opuesta. Mientras dibuja, aparecen letras en el papelito. Un nombre. Cierra el cuaderno de golpe y chequea su reloj de bolsillo, las tres líneas de Brigada se extienden como sombras por la parte interna de su muñeca.

El sonido de voces me saca de la memoria y dejo el cuaderno nuevamente en el cajón de la mesa, cuando la puerta cruje bajo el peso de alguien, pero no se abre.

Contengo el aire mientras cierro el cajón con cuidado y me acerco a la puerta y a las voces del otro lado. Cuando presiono la oreja contra ella, puedo escuchar su melódica voz y solo los contornos del tono suave y firme de Lisa. Y al darme cuenta de que hablan de *mí*, siento una opresión en el pecho.

—No —dice él en voz baja—. Sé que no es una solución permanente, pero ella tan solo necesita tiempo —agrega— y descansar. Ha pasado por mucho.

Otro murmullo.

—No —responde Roland—. No ha llegado a ese punto todavía. Y no llegará.

Me obligo a alejarme de la puerta cuando repite:

—Lo sé. Lo sé.

Cuando Roland entra a la habitación, estoy sentada en el piso atándome los cordones.

—Señorita Bishop —dice—. ¿Cómo se siente?

—Como nueva —respondo, poniéndome de pie—. ¿Cuánto tiempo dormí?

—Cuatro horas.

Cuatro horas, quiero llorar. ¿Cuán repuesta me sentiría con ocho?

—Es increíble —digo—. Qué diferencia. Estar libre de Owen por una noche.

Roland se cruza de brazos y su mirada va hacia ellos.

—Podrías estar libre de él por más tiempo. —Su mirada gris se desliza hacia arriba—. No tienes que vivir con eso, con el peso de lo que has pasado. Hay opciones. Alteraciones…

— *No*. —Alteraciones. La palabra para cuando el Archivo extrae memorias de la mente de alguien. Llena su vida de agujeros. Pienso en Wesley, que perdió un día de su vida. Pienso en su tía abuela Joan, despojada de años de su vida cuando se jubiló, solo por *precaución*.

—Señorita Bishop —dice, leyendo mi disgusto—, las alteraciones no se llevan a cabo únicamente en aquellos que se van o en aquellos que deben ignorar la existencia del Archivo.

—No, también son para aquellos que son considerados no aptos…

—A veces la gente *quiere* olvidar —contraataca Roland—. Solo los malos momentos.

—¿Solo los malos? —digo—. Roland, están todos enredados. ¿No es esa la idea? La vida es caótica. Y dije que no. —No confío en que ellos se detengan en las memorias que estoy dispuesta a perder. Y aunque lo hicieran, siento que es como huir. Necesito recordar. Ya tuvimos esta conversación.

—Sí, la tuvimos, tiempo atrás, cuando solo estabas combatiendo las pesadillas. Pero si sigues teniendo esos momentos tubulares…

—Entonces nos encargaremos —digo, dejando en claro que se terminó la conversación.

A Roland se le derrumban los hombros, los brazos le caen a los costados.

—Muy bien. —Levanta el reloj de plata de la mesa y se lo vuelve a poner en el bolsillo—. Vamos, te acompaño hasta afuera. —Noto, mientras lo sigo, que los pasillos no parecen moverse alrededor de nosotros. A diferencia de los retorcidos pasadizos de las estanterías, el camino al cuartel de los Bibliotecarios es una línea recta y estable.

Llegamos a la mesa de entrada y me encojo al encontrar a Patrick sentado ahí. Levanta rápido los ojos, fríos detrás de sus anteojos de marco negro, y la boca se le contrae en una línea tensa, pero Roland anticipa un comentario y habla primero.

—Me llegó la información de que el predecesor de la señorita Bishop no la preparó adecuadamente antes de su defunción.

—Por favor, cuéntame —dice Patrick—, ¿en qué está fallando? — Frunzo el ceño. A nadie le gusta que hablen sobre ellos como si no estuvieran en la habitación, especialmente cuando la charla se centra en sus fallas.

—Quietud —dice Roland—. Ella es más que competente cuando se trata de combatir, pero carece de la paciencia y la preservación de energía que vienen con un buen entrenamiento.

—¿Y cómo planeas ayudarla?

—Meditación. De todos modos, le resultará beneficioso para cuando pase a Brigada y…

— *Si* pasa a Brigada —lo corrige Patrick, pero Roland continúa.

—… y ella aprende rápido, así que mejorar no debería llevarle demasiado tiempo. Mientras tanto, envíala de regreso. —Se endereza, haciendo alarde de su altura—. Y hazlo sin interrogatorios, por favor. Quisiera sacar el máximo provecho del tiempo de *todos*.

A veces me olvido de que Roland es un magnífico mentiroso.

Patrick nos observa a ambos, claramente tratando de descifrar cuál es la trampa, pero finalmente se le tuerce la boca en una sonrisa malvada, clava sus ojos en mí mientras se dirige a Roland.

—Si crees que le puedes enseñar a la señorita Bishop a estar callada y quieta, entonces te deseo toda la suerte.

Me muerdo la lengua mientras Roland hace un gesto con la cabeza hacia ambos y desparece nuevamente en el atrio, dejándome sola con los centinelas y Patrick, quien me examina con frialdad. Ninguno de los dos nos hemos olvidado de que fue él quien la llamó a Agatha en primer lugar. Que él solicitó que me despidieran. Ahora no dice nada, no hasta que no paso entre los centinelas hacia la puerta del Archivo y mi llave está puesta en la cerradura. Solo entonces Patrick agrega por lo bajo pero perceptible:

—Que duermas bien.

Estoy a medio camino hacia mis puertas numeradas, tratando de tragarme el sabor amargo que Patrick siempre me deja en la boca, cuando se me van los ojos a la marca de tiza en la pared.

No está en una de las puertas, sino en un tramo de piedra oscura.

La dibujé hace tres semanas y media para marcar el lugar donde sucedió. Algunos días la paso de largo, pero otros me detengo y me obligo a recordar. A *revivir*. Roland se enfurecería. Sé que debería dejarlo atrás —debería hacer todo lo posible por sacar la memoria de

mi mente— o debería dejar que el Archivo la saque, pero no puedo. Dejó docenas de cicatrices distintas, todas ellas retorcidas, y necesito recordar, no las distorsiones pesadillescas que vinieron después, sino lo que realmente pasó. Necesito recordar para poder ser mejor, más fuerte. Da solía decir que los errores eran inútiles si intentabas olvidarlos. Tenías que recordar y aprender.

Llevo la mano a la pared y apenas tengo que adentrarme para que las memorias surjan debajo de mis dedos. Las rebobino con rapidez hasta que encuentro ese día e incluso más allá de la luz cegadora que surge de Devoluciones cuando se abre la puerta, más allá de nuestros cuerpos enredados y la llave y bien después hasta el momento en que pensé que tenía una chance. Sé exactamente dónde está y cuándo parar, porque he observado la escena muchísimas veces, para estudiar su fuerza y mi debilidad. Para verme perder.

Arrastro la memoria para detenerla y la sostengo ahí, en el segundo anterior a que empezara la pelea…

La mano de Owen está estirada mientras me pide el final de la historia; mi mano está a punto de buscar el cuchillo escondido. Sé lo que va a pasar.

Y entonces pasa.

No hay sonido, no hay color, solo un borrón de movimiento mientras voy por el cuchillo que está contra mi pierna y Owen se lanza hacia

adelante. Antes de que el filo pueda llegar a su pecho, su mano se cierra alrededor de mi muñeca y la golpea contra la pared, imponiendo su cuerpo sobre el mío.

Un dolor fantasma me recorre los dedos.

Me sujeta con más fuerza y el cuchillo cae al piso e intento liberarme y fallo cuando el atrapa el arma y gira mi cuerpo contra el suyo. El metal brillante viene a descansar debajo de mi mentón.

Saca el fragmento final de la Historia —y con él, la última pieza de su llave— de mi bolsillo y me empuja hacia atrás para poder armarla.

No corro. No hago nada, salvo quedarme parada y mirar y sostenerme la muñeca rota. Porque todavía pienso que voy a ganar.

Ataco y me las arreglo para mandar el cuchillo rodando hacia la oscuridad y hasta me las ingenio para también mandar a Owen hacia atrás. Pero después se para otra vez y me agarra la pierna y me lanza hacia atrás contra el suelo. Me retuerzo de dolor y hago un esfuerzo por llevar aire nuevamente a mis pulmones.

Ahora es obvio que Owen estaba jugando conmigo.

Me recupero demasiado lento, pero Owen espera a que me ponga de pie. Quiere que yo crea que sí puedo hacerlo, que tengo una chance.

Pero cuando finalmente junto la fuerza para hacerlo, él está ahí: demasiado rápido, un borrón al envolverme la garganta con la mano y sujetarme contra la puerta más cercana. Me miro a mí misma abrir la

boca en busca de aire y arañar su mano mientras él se estira y agarra mi llave, sujetada alrededor de mi muñeca sana, y corta el cordón de un solo tirón. Destraba la puerta detrás de mí y la luz blanca y cegadora nos baña a los dos. Lo observo inclinarse hacia adelante, observo cómo mueve los labios y no necesito escuchar el sonido para saber lo que está diciendo. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Sabes lo que le pasa a una persona viva en la habitación de Devoluciones? —Eso es lo que sus labios pronuncian. Y entonces, cuando no respondo (no puedo responder), agrega—: Yo tampoco. —Y me empuja hacia atrás adentro del blanco cegador, cierra la puerta y se va caminando.

Se me cae la mano de la pared. Me recorre un entumecimiento ahora familiar, al despertar de la memoria.

El Owen de mis pesadillas está dibujado en colores y con sonidos, y aun cuando sé que estoy soñando, se siente tan insoportablemente real, aquí y ahora y aterrador. Pero al mirarnos de esta manera, no siento nada de miedo. Frustración y enojo y remordimiento, quizá; pero no miedo. Esta escena está desgastada y gris, como las películas viejas, tan claramente un momento en el pasado. Ni siquiera se siente como *mi* pasado, sino uno que pertenece a otra persona. A alguien más débil.

Pienso en la oferta de Roland —de dejar que el Archivo entre y me

vacíe de todo lo que Owen tocó y arruinó— y no puedo evitar preguntarme si es así cómo me sentiría entonces con respecto a él. Si él fuera solo esto, una memoria en la vida de otra persona, ¿sería capaz de lastimarme en mis sueños? ¿Sería yo libre? Aparto el pensamiento de mi cabeza. No voy a huir. Esa no es la forma de ser libre. Y nunca voy a dejar que el Archivo se meta en mi cabeza para que les resulte fácil borrar más de mí. Borrar todo.

Necesito recordar.

NUEVE

TOMO EL LIBRO DESCARTADO EN MI HABITACIÓN y logro terminar la lectura para Educación Cívica mientras el sol de la mañana del martes empieza a sobresalir del horizonte. *Al menos va a estar fresco en mi mente*, razono mientras hago la mochila para la escuela. Siempre y cuando pueda terminar los tres capítulos de Teoría Literaria y una sección de Precálculo durante el almuerzo, evitaré estar atrasada en el *segundo día* de escuela.

Papá toca a la puerta con un golpe corto y seco y dice: «¡Arriba!». Y hago todo lo posible por sonar grogui cuando le respondo mientras cierro la mochila. Estoy a mitad de camino por la sala de estar cuando la tele me llama la atención. Es la *misma* historia. Solo que esta vez, además de la foto de la habitación alborotada, hay un título en negritas en la parte inferior de la pantalla.

El juez jubilado Phillip, desaparecido.

Surge una foto al lado del rostro del presentador y siento un nudo en el estómago. Ahora reconozco la habitación, porque yo *conozco* al hombre del que están hablando.

Lo conocí hace dos días.

Al señor Phillip le gusta mantener las cosas en orden.

Lo noto antes de que me haga pasar. Su felpudo de entrada está derecho y los maceteros del porche están espaciados con precisión, y cuando abre la puerta, puedo ver que el orden continúa en la entrada, donde hay tres pares de zapatos alineados y sin cordones.

—Debes ser de Café Bishop —dice, señalando la caja que llevo bajo el brazo. Tiene una B cursiva azul en la tapa. Hasta que empiece el colegio, mamá me está haciendo llevar pedidos para pagar la nueva bicicleta. No es que me moleste. El aire fresco me ayuda a mantenerme despierta y andar en bici me ayuda a aprender la cuadrícula de la ciudad, que en realidad no es para nada una cuadrícula aquí en los límites, sino una maraña de calles que se desvían y barrios, departamentos y parques.

—Sí, señor —confirmo, estirando la caja hacia él—. Una docena de galletas con chips de chocolate.

Asiente con la cabeza y toma la caja, palmea su bolsillo trasero y después frunce un poco el ceño.

—Mi billetera debe estar en la cocina —dice—. Pasa.

Dudo. Me criaron para que no acepte caramelos de extraños ni suba a camionetas ni entre en la casa de adultos, pero el señor Phillip no parece para nada amenazante. Y aunque lo fuera, podría apostar que lo vencería.

Roto la muñeca y escucho cómo los huesos crujen, mientras cruzo el umbral. El señor Phillip ya está en la cocina —que está lo suficientemente limpia como para hacerme pensar que no la usa—, acomodando las galletas en un plato. Se inclina hacia adelante e inhala. Sus ojos se vuelven tristes.

—¿Hay algo mal? —pregunto.

—No es lo mismo —dice con suavidad.

Me cuenta sobre su esposa. Está muerta. Me dice cómo antes la

casa siempre olía a galletas. Ni siquiera le gusta comerlas. Solo extraña el olor. Pero no es lo mismo.

No sé qué hacer. Nos quedamos ahí parados en esta cocina sin uso y las galletas no tienen olor y estoy cansada. Parte de mí desearía que el señor Phillip no me hubiese pedido que pasara, porque no necesito agregar sus sentimientos a los míos. Pero ahora estoy aquí y quizá pueda arreglarlo, o al menos juntar un par de piezas. Finalmente extiendo la mano.

—Deme la caja —pido.

—¿Perdón?

—Deme —repito, tomando la caja vacía de sus manos y tirando la bandeja de galletas adentro—, volveré.

Una hora más tarde, estoy de vuelta ahí y en vez de una caja estoy sosteniendo un recipiente de plástico con masa: para hacer alrededor de doce galletas. Le muestro cómo calentar el horno y con una cuchara coloco un poco de masa sobre una fuente y deslizo la bandeja adentro del horno. Programo el temporizador y le digo al señor Phillip que me acompañe afuera.

—Va a percibir más el olor —digo— cuando vuelva a entrar.

El señor Phillip parece realmente conmovido.

—¿Cómo te llamas? —pregunta mientras estamos parados en el porche.

—Mackenzie Bishop —contesto.

—No tenías por qué hacer esto, Mackenzie —comenta.

Me encojo de hombros.

—Lo sé.

A Da no le hubiese gustado. No era un fanático de mirar hacia atrás, no cuando el tiempo avanza hacia adelante, y sé que al fin y al cabo no he hecho nada más que darle a un hombre en una cocina vacía una manera de aferrarse al pasado. Pero la gente como yo puede adentrarse y tocar memorias solo con los dedos, así que no podemos culpar al resto por querer aferrarse también.

La verdad es que lo entiendo. Si alguien pudiera devolverme la forma en que se sentía nuestra casa cuando Ben estaba ahí, aunque fuese tan solo un poco, daría lo que fuera. La gente está hecha de muchísimos detalles pequeños. Algunos —como el olor de las galletas horneadas— los podemos recrear o, al menos, intentarlo.

Suena el temporizador dentro de la casa. El señor Phillip abre la puerta, respira hondo y sonríe.

—Perfecto.

Al señor Phillip le gustaba mantener las cosas en orden. Pero en la pantalla, su departamento es un caos. La habitación que se muestra es la que solo vi al pasar —de camino entre la entrada y la cocina—, una sala de estar abierta con una pared de ventanas de vidrio que daba a

un jardín pequeño e inmaculado. Pero ahora el vidrio está hecho añicos y la habitación está alborotada y el señor Phillip está desaparecido.

Subo el volumen y la voz del periodista inunda la sala de estar.

—El reconocido funcionario y juez recientemente jubilado Gregory Phillip está ahora considerado desaparecido, además de ser una posible víctima de secuestro.

—Mackenzie —interrumpe papá, avanzando por la habitación y llegando a la puerta de entrada—. Vas a llegar tarde.

Escucho que la puerta se cierra tras él, pero no saco los ojos de la pantalla.

—Como pueden observar detrás de mí —continúa el periodista—, esta habitación de su casa fue encontrada en un estado de caos; los cuadros fueron arrancados de las paredes, los libros desparramados por el piso, las sillas derribadas, las ventanas rotas. ¿Son estas señales de un violento forcejeo o de un ladrón intentando cubrir sus rastros?

La cámara pasa a una conferencia de prensa, donde un hombre con cabello rojizo rapado y mandíbula rígida emite un comunicado. Un cartel a lo largo de la base de la pantalla lo identifica como el detective Kinney. Me pregunto si será familiar de Amber.

—No se puede negar que hay signos de violencia —dice el detective Kinney. Tiene voz grave, áspera—. Y en estos momentos

estamos tratando el caso como un secuestro. —La cámara vuelve a la foto de la habitación alborotada, pero la voz del detective continúa de forma inquietante—. Estamos investigando todas las pistas posibles y si alguien tiene información, debe contactarse…

Apago la tele, pero el señor Phillip y la habitación alborotada permanecen en mi mente como un eco. ¿Qué pasó? ¿ *Cuándo* pasó? ¿Habré sido la última persona que lo vio vivo? ¿Debería decirle a la policía? ¿Qué les diría, que ayudé al hombre a que su casa oliera a galletas?

No puedo ir a la policía. Lo último que necesito es llamar más la atención. Lo que sea que le pasó es trágico… pero no tiene nada que ver conmigo.

Suena mi teléfono y me doy cuenta de que aún estoy parada en la sala de estar vacía, mirando la pantalla negra. Lo saco de mi mochila y encuentro un texto de Wesley.

Wes: ¿Tienes puesta la armadura?

Sonrío, me pongo la mochila al hombro y le respondo:

No puedo decidir qué ponerme encima.

La conversación me persigue al vestíbulo.

Wes: ¿Cuáles son las opciones?

Yo: ¿Negro, negro o negro?

Wes: Mi color preferido. No debiste.

Yo: Adelgaza.

Wes: Sexy.

Yo: Apropiado.

Wes: Y bueno para esconder manchas de sangre.

Sonrío y guardo el teléfono en el bolsillo cuando llego a Café Bishop. Mamá está ocupada hablando con la señora Angelli, una comerciante de antigüedades amante de los gatos que vive en el cuarto piso, y robo un muffin y un café y salgo, sintiéndome más despierta de lo que me he sentido en semanas. Cuatro horas de sueño, me maravillo, mientras le saco la cadena a Dante y me voy pedaleando. Mantengo los ojos alertas en busca del hombre dorado de ayer, pero no se lo ve por ningún lado y empiezo a preguntarme si alguna vez estuvo ahí o si tan solo fue otro efecto secundario del insomnio. Espero que sea lo segundo, porque no quiero pensar qué significaría lo primero.

La mañana está fresca y mantengo mi café en equilibrio sobre el manubrio con una mano y manejo con la otra. Mientras pedaleo, algo me llena el pecho. Ni miedo ni fatiga, sino algo agradable y ligero: esperanza. Había empezado a pensar que no volvería a dormir sin soñar de nuevo; pero si fue posible en el sofá cama de Roland, entonces es también posible en otros lados. Ahora mismo, entusiasmada por esas pequeñas cuatro horas de descanso, la

posibilidad es suficiente.

Cuando llego a Hyde, encuentro a Cash apoyado contra el soporte para bicicletas, sosteniendo dos cafés y ahuyentando del lugar que me guardó a estudiantes de primero como si fueran moscas, cerca de la puerta de entrada. Sonríe cuando me ve, una sonrisa amplia que ilumina más la mañana y ayuda a sacarme de la mente los pensamientos persistentes sobre el señor Phillip. Se corre a un lado para que pueda estacionar a Dante.

—No iba a estar esperándote —explica—. Pero sabes, el horario se invierte. Te mostré el camino para el bloque A, pero no para el bloque B.

—¿No es igual que el bloque A pero al revés?

—Bueno, sí —dice, ofreciéndome uno de los cafés. Lo tomo, aunque acabo de terminar el mío—. Pero quería asegurarme de que supieras eso. No quería que pensaras que soy un embajador negligente.

—Eso sería una farsa —afirmo mientras me quito los pantalones deportivos que llevo debajo de la falda.

—Realmente —dice y toma un sorbo de su bebida—. Voy a perder puntos, si sigo así, por no poder acompañarte a tus clases esta mañana. Estoy del otro lado del campus y los profesores aquí te dejan afuera si llegas tarde.

—No te voy a criticar. —Saco la primera pierna del pantalón.

—Bien. Hay tarjetas de comentarios en algún lugar por aquí, ya sabes.

—Seguro que completo una… —Se me atasca un zapato en la segunda pierna del pantalón; cuando intento liberarlo de un tirón, la mochila se mueve en mi hombro y me tambaleo. La mano de Cash viene a sujetarme y su ruido (puro *jazz*, risas y latidos) me golpea la cabeza, lo suficientemente fuerte para hacerme sobresaltar y apartar, caer en la otra dirección, derecho al sonido de banda de heavy metal de Wesley Ayers.

Sonríe y no logro darme cuenta de si es mi poco frecuente momento de torpeza o el hecho de que me apoyo en su ruido en vez de apartarlo lo que hace que sus ojos brillen.

—Afírmate —dice cuando finalmente libero mi zapato de la tela.

Tengo los dos pies en el piso, pero su contacto se queda un momento antes de apartarse, llevándose el rasgueo de la música con él.

—Buenas, Ayers —dice Cash con un gesto de la cabeza.

—¿De dónde saliste, Wes? —pregunto.

Mueve la cabeza hacia la vereda.

—¿Qué, no tienes un auto de lujo? —bromeo.

—La Ferrari está en el taller —dispara, sin perder un segundo.

—¿Y el Lexus? —agrega Cash.

Wesley revolea los ojos y lleva la vista hacia mí.

—¿Te está molestando este tipo?

—Al contrario —respondo—, estuvo siendo muy amable. Una incluso podría decir que es un caballero.

—Con armadura radiante —añade Cash, señalando sus líneas doradas.

—Me trajo café —digo, mostrándole mi vaso.

Wes se pasa una mano por el pelo y suspira dramáticamente.

— *A mí* nunca me traes café, Cassius.

Y de la nada, una chica pasa el brazo alrededor de Wesley desde atrás. Ni siquiera se tensiona con el contacto —yo sí—, solo sonríe cuando ella le pone las manos con uñas pintadas sobre los ojos.

—Buenas, Elle —dice alegremente.

Elle —una cosita pequeña, delgada como un pájaro, con pelo rubio teñido— realmente lanza una *risita tonta* cuando se aparta.

—¿Cómo supiste? —grita.

Por tu sonido, pienso sin humor.

Wesley se encoge de hombros.

—¿Qué puedo decir? Es un don.

—Ya se habían llevado todos los poderes interesantes —comenta Cash, casi hacia su café.

La chica sigue pendiente de Wesley. *Encima* de él, pienso. Como un

pájaro en una rama. Está parloteando sobre un baile de otoño cuando el timbre finalmente suena. Me doy cuenta de que nunca he estado tan feliz de ir a clase.

Qué bueno que tomé dos cafés además de las cuatro horas de sueño, porque el señor Lowell arranca el día con un documental sobre los revolucionarios. Y ya sea por la saludable dosis de cafeína o la extraña forma en que el tema se aferra a mí, logro mantenerme despierta.

—Lo que hay que recordar de los revolucionarios —dice Lowell, apagando el video y prendiendo las luces— es que, aunque pueden ser vistos como terroristas por sus opresores, en sus propios ojos, son campeones. Mártires. Gente con la voluntad de hacer lo que otros no hacen o no pueden, por el bien de lo que sea que ellos crean. De cierto modo, podemos verlos como la encarnación más extrema del descontento de una sociedad. Pero al igual que la gente eleva a sus revolucionarios a la posición de dioses, ángeles vengadores, héroes, esos revolucionarios también se elevan a sí mismos…

Mientras continúa, me imagino a Owen Chris Clarke, sus ojos centelleantes en el techo del Coronado mientras habla de monstruos, libertad y traición. De destruir el Archivo, una sucursal a la vez.

—… Pero la marca de un revolucionario —sigue Lowell— es el hecho de que la causa está primero. Independientemente de cuán

elevado esté el revolucionario en los ojos de los otros, en sus propios ojos, su vida siempre valdrá menos que la causa. Es prescindible.

Owen saltó del techo. Terminó con su propia vida para asegurarse de que el Archivo no pudiera tomar su mente, sus memorias. Para asegurarse de que si su Historia se despertaba —cuando lo hiciera—, él recordaría todo. No tengo dudas de que Owen habría dado o terminado su vida mil veces con tal de ver al Archivo arder.

—Lamentablemente —agrega Lowell—, suelen considerar la vida de otros igual de prescindible…

Prescindible. Escribo la palabra en mi cuaderno.

Owen definitivamente veía la vida de otros como prescindible. Desde aquellos que asesinó para mantener a su hermana oculta, pasando por aquellos que intentó matar —dejó que Wesley se desangrara para mostrar su argumento—, hasta mí. Owen me dio la chance de unirme a él en vez de interponerme en su camino. Apenas me negué, perdí todo valor para él. Nada más que otro obstáculo.

Si Owen era un revolucionario, entonces ¿eso en qué me convierte?, ¿en parte de la maquinaria? El mundo no es tan blanco y negro, ¿no? No todo se reduce a estar a favor o en contra. Algunos de nosotros solo queremos seguir vivos.

DIEZ

AMBER LLEGA TARDE A FISIOLOGÍA así que tiene que tomar asiento

en el fondo y yo me paso la hora estudiando el sistema nervioso y tratando de mantenerme despierta. Apenas suena el timbre, salgo de mi asiento y me paro al lado de ella.

—¿Tan ansiosa por llegar a gimnasia? —pregunta, mientras guarda sus cosas en su bolso.

—Una pregunta —digo con voz neutra—. ¿Tu papá es policía?

—¿Eh? —Sus cejas rubias rojizas se levantan—. Ah, sí. Detective. —Se pone el bolso al hombro y salimos a la palestra—. ¿Por?

—Justo lo vi en las noticias esta mañana.

—Es un poco triste, ¿no? —dice—. *Yo* no pude ver a mi papá esta mañana.

Caminamos por aguas peligrosas, entonces.

—¿Trabaja mucho?

Amber suspira.

—Los días tranquilos. Y el caso de Phillip lo está matando. —Casi sonríe—. Mi mamá odia cuando uso palabras como *matar* en una conversación relajada. Piensa que me estoy volviendo insensible a la muerte. Odio decirle que se dio cuenta demasiado tarde.

—Mi abuelo también era detective.

Se le iluminan los ojos.

—¿En serio?

Bueno, investigador privado, y casi siempre trabajo clandestino,

pero se parece bastante. Digo que sí con la cabeza.

—Sí, crecí alrededor de eso. Es imposible que no te vuelva un poco morbosa. —Amber sonríe y me arriesgo a disparar—. ¿Tienen alguna idea de qué le pasó a ese tipo, el señor Phillip?

Amber dice que no con la cabeza y abre la puerta.

—Papá no habla sobre eso cuando estoy cerca. —Entorna los ojos al salir a la luz de la última hora de la mañana—. Pero las paredes de casa son finas. Por lo que le escuché decir, nada de eso tiene sentido.

No falta nada.

—Salvo el señor Phillip.

—Exacto —responde y patea una piedrita suelta en el camino—, pero papá no logró descubrir por qué. Nadie puede. Aparentemente, es uno de los tipos más amables que hay y estaba jubilado.

—¿Era juez, no? ¿Creen que alguien podría estar molesto por una sentencia o algo así?

—Si fuera así, ¿por qué no lo mataron? —dice Amber, mientras abre la puerta del gimnasio—. Sé que decir eso es frío, pero si tienes una *vendetta*, generalmente tienes un cuerpo. No hay uno. No hay nada. Él solo desapareció. Así que yo lo veo así, ¿quién se tomaría el trabajo de hacer desparecer a alguien y dejar semejante caos? ¿Por qué no hacer que parezca que simplemente se fue?

Buena observación.

—Eres buena en esto —digo, siguiéndola al vestuario.

Se ilumina.

—Series dramáticas y años de escuchar a escondidas.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —pregunta Safia, que apoya su bolso en el banco. Dudo, pero Amber me sorprende al encoger los hombros con indiferencia y mentir entre dientes.

—Arterias y venas, básicamente.

Saf arruga la nariz.

—Puaj.

Ingresa el código de su armario y empieza a cambiarse, pero Amber sonríe y continúa.

—¿Sabías que las venas se mueven debajo de la piel?

—No sigas —dice Saf, palideciendo.

—Y sabías que… —continúa Amber.

—Amber, *detente*… —dice Saf, poniéndose su ropa deportiva.

—… la arteria braquial —dice, pinchando el brazo de Saf para enfatizar— es el primer lugar al que va la sangre después de ser bombeada por el corazón, así que si la cortas, es posible que pierdas los cinco litros de sangre de tu cuerpo. Tu corazón la bombearía directamente hacia el piso…

—Repugnante, repugnante, *detente* —ladra Saf y cierra de un golpe su armario y sale disparada hacia las puertas del gimnasio.

La cantidad de chicas en el vestuario ha disminuido, mermado, y Amber me mira con una sonrisa una vez que Safia se hubo ido.

—Se pone quisquillosa —dice alegremente.

—Me di cuenta —respondo. Estaría mintiendo si dijera que eso no mejoró mi humor—. Ey, ¿me avisas si encuentran algo?

Asiente con pocas ganas.

—¿Por qué te interesa tanto el caso?

Sonrío.

—No eres la única que creció mirando programas policiales.

Amber me devuelve la sonrisa y hago un recordatorio mental para pasar más tiempo mirando televisión.

Tengo una energía nerviosa en los huesos y quiero correr —quiero correr a toda velocidad hasta descargarla—, pero tengo terror de disparar otro momento tubular, así que me paso la primera mitad de la clase de gimnasia caminando en la pista, tratando de despejar mi mente. Amber y Gavin están «estirando» en la colchoneta del otro lado de la habitación, tratando de esconder una revista en el piso entre ellos. Safia está haciendo esgrima —es realmente *buena*, de una forma odiosa— y Cash está en las máquinas con otros chicos. Y Wesley está… justo a mi lado. Un momento estoy sola y al siguiente me alcanza de manera indiferente y se pone a mi lado. Cuento el número pasos que damos en silencio —once— antes de que Wesley sienta la necesidad

de romperlo.

—¿Sabías —pregunta, fingiendo un acento que creo que *pretende* ser de Cash— que el halcón, que es la mascota de Hyde, es conocido por realizar deslumbrantes acrobacias aéreas para impresionar a las potenciales parejas?

No puedo evitar reírme.

—¿En qué estás pensando, Mac? —dice, volviendo a usar su propia voz.

—Escenas de crímenes —respondo, distraída.

—Nunca una respuesta aburrida, te lo concedo. ¿Te importaría ser más específica?

Digo que no con la cabeza.

—¡Bishop! ¡Ayers! —grita el profesor de gimnasia cerca desde la plataforma de boxeo—. Vengan a mostrarles a estos idiotas cómo pelear.

Wesley sonríe y choca su hombro contra el mío —una onda de bajos, a través de dos finas capas de tela— y avanzamos hacia la colchoneta y nos equipamos.

—¿Realmente tienes una Ferrari? —pregunto mientras me ciño los guantes.

Me lanza una mirada fulminante.

—Para su información, señorita Bishop —dice, poniéndose el casco

—, no tengo auto.

Llegamos al centro de la plataforma.

—Escandaloso —bromeo, cuando suena el silbato.

Wes lanza un puñetazo y yo lo esquivo y le agarro la muñeca.

—Un desperdicio de gasolina —dice, antes de que yo gire y lo voltee por sobre mi hombro. En vez de resistir, sigue el movimiento, aterriza de pie y lanza una patada hacia mí. Me lanzo hacia atrás. Bailamos uno alrededor del otro por un momento.

—¿Entonces vives cerca como para venir caminando? —pregunto y lanzo un puñetazo. Lo agarra y hace rodar mi cuerpo contra el suyo, me abraza ambos hombros con un brazo.

—Uso los Estrechos —me dice al oído—. El medio de transporte más rápido que existe, ¿recuerdas? —Me empuja hacia adelante antes de que pueda intentar voltearlo otra vez. Giro para enfrentarlo y lo golpeo en el estómago, en el lado sano.

—Solo podrías hacer eso si Hyde estuviera en tu territorio —digo, bloqueando dos golpes consecutivos.

—Lo está —responde, claramente intentando concentrarse en la pelea.

Sonrío para mí. Eso significa que vive realmente cerca, y las únicas casas que hay por aquí son mansiones, propiedades inmensas en el territorio que rodea el campus. Intento imaginármelo en una fiesta en

uno de esos patios de piedra que rodean muchas de las mansiones, con personal revoloteando alrededor con bandejas de champán.

Mientras estoy ocupada imaginándome eso, Wesley simula un puñetazo y me taclea las piernas. Caigo con fuerza.

Suena el silbato y esta vez, cuando Wesley intenta ayudarme a ponerme de pie, lo dejo.

—Así se hace —dice el profesor de gimnasia, echándonos de la colchoneta—. Un poco menos de charla hubiese sido bueno, pero esa es la idea.

Me saco el casco y lo arrojo a la pila de equipos. El pelo de Wesley está mojado con sudor, aunque todavía me lo estoy imaginando con un mayordomo. Y quizá con una pipa. En el yate de la familia Graham.

—¿Por qué estás sonriendo? —indaga.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —La pregunta sale disparada.

Ahí, en la fracción de tiempo entre que pregunté y Wes responde, veo otra de sus caras. Esta es pálida, vulnerable y expuesta. Y entonces se va, reemplazada por una versión más diluida de su soltura habitual.

—Ya sabes mi nombre —dice con frialdad.

—Cash me dijo que Wesley es tu segundo nombre, no el primero.

—Míralos a ustedes dos, son como carne y uña —contesta. Hay cierta tensión en su voz. Es suficientemente bueno mintiendo como para esconder la incomodidad, así que el hecho de que esté dejando

que una fracción de eso se vea hace que me pregunte si él no querrá que la vea. Se va caminando por el gimnasio y me apresuro a seguirlo.

—Y que conste —dice, sin mirar hacia atrás— que no deja de ser verdadero.

—¿Qué?

—Mi nombre. Solo porque no es el primero, no significa que no es real.

—Está bien —digo, tratando de seguirle el ritmo—, es verdadero. Solo quería saber tu nombre *completo*.

—¿Por qué? —espeta.

—Porque a veces siento que no *te* conozco por completo —digo, agarrándolo de la manga. Tiro hasta que se detiene. Sus ojos brillan, reflejando motas marrones y verdes y doradas—. Las otras chicas pueden pensar que tu aire de misterio es lindo, pero yo sé lo que estás haciendo; mostrándoles a todos diferentes piezas y manteniendo en secreto el todo. Y pensé… —Me callo. *Pensé que si ibas a ser honesto con alguien, yo sería esa persona*. Es lo que quiero decir, pero me trago las palabras.

Wesley me mira entrecerrando un poco los ojos.

—Tú, hablando de secretos, Mackenzie Bishop —dice. Pero las palabras son juguetonas. Se da vuelta para mirarme y me sorprende al llevar las manos a mis hombros y apoyarlas ahí. Se me llena la cabeza

con la música caótica de su ruido—. ¿Quieres saber mi nombre completo? —pregunta con suavidad. Digo que sí con la cabeza. Apoya su frente contra la mía y habla en la pequeña ventana de espacio que hay entre nuestros labios.

»Cuando se forman las parejas de Brigada —continúa, su voz es tranquila y baja sobre el sonido de su ruido—, hay una ceremonia. En ese momento se graban las marcas del Archivo en la piel. Tres líneas. Una hecha por su propia mano. Una hecha por el compañero. Una hecha por el Archivo.

Sus ojos se fijan en los míos. Sus palabras no son más que un suspiro entre nosotros.

—Las Brigadas se hacen sus cicatrices y hacen sus juramentos al Archivo y el uno al otro. El juramento empieza y termina con sus nombres. Así que —susurra— cuando nos convirtamos en Brigada, te diré el mío.

Y entonces el timbre resuena en eco por el gimnasio y él sonríe y se aparta.

—Ya era hora —dice alegremente, yendo hacia los vestuarios—. Me muero de hambre.

Da no habla de su compañera.

Una vez me dijo que me contaría lo que fuera si le hacía la pregunta correcta, pero por alguna razón, nunca es la correcta para

hacer que me cuente sobre Meg. Ni siquiera me dice su nombre; lo averiguo más tarde, cuando él ya se ha ido y estoy empacando sus cosas (entran todas en un caja).

Hay una campera de cuero, una billetera, unas pocas cartas —a papá, mayormente (y una a Patty, mi abuela, quien lo dejó antes de que yo naciera)—. Solo hay tres fotos con las cartas (Da nunca fue demasiado sentimental). La primera es de cuando él era joven, está apoyado contra una cerca de hierro, se ve delgado y fuerte y un poco arrogante; realmente la única diferencia entre el joven y el viejo Da es la cantidad de arrugas en su rostro.

La segunda es de él con mamá, papá, Ben y yo.

La tercera es de él con Meg.

Están parados juntos, hombro con hombro, salvo por un pequeño espacio. Da tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia ella. Las mangas le llegan hasta los puños, pero ella las lleva arremangadas y puedo ver, aun en la foto gastada, las tres cicatrices paralelas del Archivo grabadas en su antebrazo. Es una imagen en espejo de la que está marcada en la piel de Da. Los dos estaban unidos por cicatrices y juramentos y secretos.

Ninguno de los dos está sonriendo en la foto, pero ambos parecen estar a punto de hacerlo, y todo lo que puedo pensar es que quedan bien juntos. No es solo la forma en que sus cuerpos encajan, incluso

sin tocarse. Es la forma cómplice en que comparten el espacio, percibiendo donde el otro termina. Es su casi sonrisa en espejo, lo más cercano que he estado de ver a Da contento. Sé tan poco de esta mujer, de los días de Da en la Brigada, solo que la dejó. Me dijo que quería vivir lo suficiente como para entrenarme él mismo (¿qué habría pasado si se moría antes? ¿Habría venido alguien?), pero ver esta versión extraña, vibrante, más feliz de mi abuelo… Duele pensar que la abandonó por mí.

—¿Crees que estaban enamorados? —le pregunto a Roland al mostrarle la foto.

Frunce el ceño y pasa un dedo por los bordes gastados.

—El amor es simple, señorita Bishop. La Brigada no lo es. —Sus ojos reflejan orgullo y tristeza al mismo tiempo, y recuerdo que debajo de las mangas de su suéter también lleva las cicatrices. Tres líneas iguales.

—El amor se quiebra —dice—. El vínculo entre compañeros de Brigada no. Hay amor en él, de todos modos, y transparencia. Formar una Brigada con alguien significa estar expuesto, dejar que el otro lea tus deseos, esperanzas, pensamientos y miedos. Significa confiar tanto en el otro que no solo estás dispuesto a poner tu vida en sus manos, sino también tomar su vida en las tuyas. Es una carga pesada que soportar —dice, devolviéndome la foto—, pero la Brigada vale la pena.

ONCE

ME DOY UNA LARGA DUCHA FRÍA.

El contacto de Wesley permanece en mi piel. Su música hace eco en mi cabeza. Me recuerdo a mí misma, mientras me froto la piel, que los dos somos mentirosos y estafadores. Que siempre tendremos secretos, algunos que nos atan y otros que nos atraviesan, nos cortan en pedazos. Que nunca nos veremos el uno al otro como un todo.

Hasta que nos convirtamos en Brigada.

Pero no sé si quiero ser Brigada con Wesley. No sé si estoy dispuesta a dejar que él vea todos las piezas.

Trato de sacar su promesa de mi mente. No importa en este momento. Hay un mundo entre la Brigada y yo: un mundo de pesadillas y trauma y *Agatha*. ¿Cómo le digo a Wesley que quizá no llegue a la ceremonia, mucho menos al nombramiento? Las Brigadas son seleccionadas. Son examinadas. Tienen que encajar.

Si Agatha metiera sus manos en mi mente ahora mismo, nunca me encontraría apta. Lo que quiere decir que necesito evitar que ella ponga las manos sobre mí hasta que yo pueda encontrar la manera de arreglar lo que sea que está pasando.

Tengo que tener la esperanza de que haya una forma de arreglarlo.

Una forma que no involucre dejar que el Archivo se meta en mi cabeza para extraer memorias. Si los dejo entrar, verán todo el daño

que hizo Owen. El daño que sigue haciendo.

Cierro el agua de un tirón y empiezo a cambiarme. Los vestuarios ya están vacíos, pero cuando me estoy poniendo nuevamente la llave por la cabeza, temblando un poco cuando el metal viene a apoyarse contra mi esternón, Safia aparece en la esquina, concentrada en la trenza que está tejiendo con su pelo. Hasta que me ve. Sus ojos se entrecierran más de lo usual.

—¿Qué es eso? —pregunta, cuando estoy guardando el metal por el cuello de mi remera.

—Una llave —respondo, con tanta indiferencia como puedo.

—Obvio —dice, terminando su trenza, y se cruza de brazos—. ¿Él te la dio?

Frunzo el ceño.

—¿Quién?

—Wesley. —Su voz se tensiona un poco al decir su nombre—. ¿Es de él?

Mi mano va hacia el metal debajo de mi remera. Podría decir que sí.

—No.

—Parecen iguales —insiste.

En realidad no lo son. La de Wesley es más oscura y está hecha de un metal diferente.

—Es solo un tonto dije —cuento—. Un amuleto de la suerte. —Le

sostengo la mirada, esperando ver si se lo cree. No parece convencida —. Lo leí en un libro cuando era chica. La protagonista llevaba una llave colgada al cuello y todas las puertas se abrían a su paso, en cualquier lugar adonde fuese. Quizá Wesley leyó el mismo libro. O quizá no paraba de perder llaves y entonces se las cuelga. Pregúntale —la desafío, porque puedo ver que no lo hará.

Safia encoge los hombros.

—Lo que sea —dice, poniéndose un aro. Parecen realmente hechos de oro—. Si ustedes quieren llevar llaves viejas y oxidadas, es su elección. Traten de no agarrarse tétanos. —Con eso se da vuelta y se va.

Me gruñe el estómago y estoy a punto de seguirla cuando una pieza de metal me llama la atención debajo del banco. Me arrodillo y encuentro un collar: un colgante redondo y plateado en una cadena sencilla. El colgante ha sido frotado tantas veces que la B ornamental grabada en el frente apenas se ve. Lo peso con la mano, sabiendo que debería dejarlo ahí y esperar que la chica venga a buscarlo. No es mi problema. Pero a quien sea que le pertenezca, bueno, el nivel de uso sugiere que es importante para esa persona. También indica que hay grandes chances de que una memoria o dos se hayan incorporado por el uso. Las memorias de los objetos son débiles —cuanto más pequeño el objeto, más difícil es que la memoria se pegue—, pero

normalmente son grabados o bien por repetición o por una emoción fuerte, y este tipo de piezas atraviesa una cantidad importante de ambas. Mirar no puede hacer daño.

Echo un vistazo a todo el vestuario para asegurarme de que estoy sola antes de guardarme el anillo en el bolsillo. Instantáneamente, el aire de la habitación cambia —no se pone ni más denso ni más liviano, pero cambia—, mis sentidos se agudizan sin el amortiguador de metal. Al cerrar los dedos sobre el colgante puedo sentir el murmullo sutil de las memorias como cosquillas en la mano y cierro los ojos y me adentro —no con mi piel, sino con lo que hay más allá—. Se me entumece la mano cuando me aferro al hilo y la oscuridad detrás de mis ojos se disuelve en luz y sombra y, finalmente, en memoria.

Una chica —alta, delgada, rubia, de una belleza clásica— está sentada en un auto estacionado, a oscuras, con el rostro mojado de lágrimas, una mano agarra el volante con una fuerza que se ve en los nudillos y la otra sostiene el colgante sobre su garganta. A medida que rebobino el tiempo, la memoria pasa del auto a la mesada de mármol en una cocina. Esta vez, la chica está de un lado de la mesada sujetando su colgante y una mujer con la edad suficiente como para ser su madre está del otro, sosteniendo una copa de vino. Dejo que la memoria avance hacia adelante y un momento después, la chica grita algo —sus palabras no son más que estática— y la mujer arroja la copa

de vino a la cabeza de la chica. Esta se corre a un costado y el vidrio golpea el armario detrás y se hace añicos, y juro que puedo sentir el enojo, el dolor y la tristeza grabados en la superficie del colgante. Estoy a punto de rebobinar de nuevo cuando un golpe fuerte de la puerta del vestuario me hace perder el hilo. Parpadeo, para salir del pasado, justo cuando Amber aparece por la esquina. Frunzo el ceño y me enderezo, deslizo el collar en el bolsillo de mi remera y me pongo de nuevo el anillo, cuando dice:

—¡Ahí estás! Empezábamos a preguntarnos si te habías escapado por una puerta trasera.

Y antes de poder preguntar a quiénes se refería con *empezábamos*, me lleva al *hall*, donde están esperando Wes, Cash y Gavin.

—Lo siento —digo—. No me di cuenta de que alguien podía estar esperándome…

—No sería un buen embajador… —empieza a hablar Cash, pero Wes interrumpe.

—Pensamos que probablemente deberías saber dónde tienen la comida.

—La *pizza* de ayer fue mi obsequio —agrega Amber—. Una tradición del primer día. Pero el resto del año nos tenemos que arreglar.

Gavin se ríe y unos minutos después, una vez que me guiaron por

el césped hasta la cafetería —o el Salón Comedor, como Hyde prefiere que lo llamemos—, entiendo por qué.

¿Arreglárselas? Hyde tiene una de las cocinas más amplias que he visto jamás. Cinco estaciones, cada una con su plato, y cada plato tiene una opción estándar, saludable, vegetariana y vegana. Desde el aperitivo hasta el postre y una estación dedicada a las bebidas. El único defecto grave, me doy cuenta mientras se me escapa otro bostezo, es la falta de gaseosas. De hecho, la falta de *cualquier cosa* con cafeína. Mi cuerpo empieza a lentificarse; y mientras cargo mi bandeja, solo puedo esperar que haya algún tipo de mercado negro de cafeína en el campus. Le pregunto a Cash eso mismo mientras esperamos para salir.

—Lamentablemente —dice—, Hyde es una escuela *técnicamente* libre de cafeína.

—¿Y los cafés que trajiste ayer?

—Me los llevé del salón de los profesores. No le cuentes a nadie.

Parece que estoy sola en esto. No es tan malo, me digo a mí misma. Estaré bien. Solo necesito comer algo. Y comer *ayuda*, por un rato, pero media hora después, cuando nuestras bandejas están apiladas sobre los brazos estirados del Alquimista y estoy leyendo con dificultad un capítulo de Pre-Cálculo, la voz de Owen comienza a susurrar en mi cabeza. Tararea. La canción me llega desde el fondo de mi mente, desde mis pesadillas entra en mi día, envolviéndome con

sus brazos en un esfuerzo por arrastrarme hacia la oscuridad. Cierro los ojos para despejar mi mente, pero siento la cabeza pesada, la voz de Owen retuerce la melodía en palabras y…

—¿Esa es la tarea para hoy?

Levanto rápido la cabeza y encuentro a Gavin tomando asiento un escalón arriba del mío. Bajo la vista hacia el libro de matemática en mi regazo y digo que sí con la cabeza.

—Supongo que eso no —digo, señalando el libro en sus manos.

Se encoge de hombros.

—Aprendes a adelantarte aquí, siempre que puedas. Porque en algún punto, indefectiblemente te atrasas.

Levanto mi propio trabajo.

—¿Ese punto suele llegar en la primera semana?

Se ríe. Es una risa suave, gentil, no mucho más que un suspiro, pero le ilumina la cara. Se empuja los anteojos hacia arriba por la nariz, y se me estruja el pecho cuando veo un conjunto de números dibujados con marcador en la parte de atrás de su mano. Es una cosa pequeña y sonsa, pero me hace pensar en Ben. Ben, que dibujó una figura con palitos en mi mano cuando lo acompañé hasta una esquina cerca de su escuela el día que murió, que me dejó dibujarle una figura con palitos en la suya para que combinaran antes de que lo dejara ir.

Tantos estudiantes escriben cosas en su piel; tan pocos se parecen

a mi hermano.

—Mackenzie —dice Gavin, articulando cada sílaba.

—¿Sí?

—No es nada importante ni mucho menos, pero tienes como los ojos fijos en mí.

Dejo caer la mirada a mi trabajo.

—Perdona. Es que me haces acordar a alguien.

Abre su libro y toma la lapicera de detrás de su oreja.

—Bueno, espero que sea alguien agradable.

Ben cobra forma detrás de mis ojos; no como era antes de morir, sino como era la noche que lo traje de regreso, la noche en que Carmen abrió su estante y yo lo desperté de su sueño. Veo sus cálidos ojos marrones volviéndose negros a medida que él se desborda, lo veo apartarme a los empujones con la fuerza no de un niño, sino de una Historia. Lo veo desplomarse en el piso, la llave dorada del Archivo de Roland brillando en su espalda, antes de que Roland devolviera el pequeño cuerpo de Ben a su estante. Veo cómo se cierra el estante y me veo de rodillas, rogándole a Roland que se detenga, pero es demasiado tarde y la barra de color rojo fuerte de RESTRINGIDO se pinta a lo largo del frente del estante antes de que la pared del Archivo se trague a mi hermano.

Los problemas matemáticos en la página se desdibujan un poco.

Me está alcanzando el agotamiento y debilita mis paredes. Todo me empieza a doler.

—¿Mackenzie? —insiste Gavin suavemente—. ¿Era alguien agradable?

Y de alguna manera logro sonreír y asiento con la cabeza.

—Sí —respondo despacio—, lo era.

No puedo respirar.

La mano de Owen es como una prensa alrededor de mi cuello.

—Quédate quieta —dice—. Estás empeorando las cosas.

Me está sujetando contra el piso frío, con una rodilla en mi pecho y la otra clavada en mi muñeca lesionada. Estoy intentando luchar, pero no es de ayuda. Nunca es de ayuda. No aquí, no cuando se está tomando su tiempo.

Y lo está haciendo. Está tallando líneas a lo largo de mi cuerpo. De los tobillos a las rodillas, de las rodillas a las caderas, de las caderas a los hombros, de los hombros a los codos, de los codos a las muñecas.

—Ahí tienes —dice, arrastrando el cuchillo desde mi codo hacia mi muñeca lesionada—. Ahora podemos ver tus uniones. —Si pudiera respirar, gritaría. Mi uniforme está oscurecido y mojado con sangre. Se ve rojo sobre negro, como pintura salpicada a lo largo de mi parte delantera, un charco debajo de mi cuerpo—. Casi está —dice mientras lleva el filo a mi garganta.

Y entonces alguien raspa el piso con su silla y vuelvo de golpe a Lengua.

Solo han pasado unos poco minutos —la profesora aún está atenta al ensayo que está leyendo en voz alta—, pero duró lo suficiente como para que me estén temblando las manos y puedo sentir el gusto de la sangre en mi boca, de morderme.

Al menos no grité, pienso mientras me sostengo del escritorio y trato de librarme de lo que queda de la pesadilla. El corazón me golpea el pecho con fuerza. Sé que no es real. Solo es mi imaginación —hoy el rol de los miedos de Mackenzie Bishop será interpretado por la Historia que intentó matarla de varias formas—, pero igual paso el resto del día imaginándome el cuarto de Roland en el Archivo —el sofá cama con la sábana negra, el violín que susurra desde la pared, la promesa de dormir sin sueños— y clavándome las uñas en la palma de las manos para mantenerme despierta.

Para cuando el colegio nos deja libres, tengo medialunas rojas a lo largo de ambas manos. Y paso rápido a través de las puertas del edificio para salir al sendero y tratar de recobrar el aliento. Siento que me estoy quebrando. Me duele todo, el dolor se dibuja en las líneas fantasmas.

Desde los tobillos a las rodillas, de las rodillas a las caderas, de las caderas a los hombros, de los hombros a los codos, de los codos a las

muñecas.

—¡Ey, Mac!

Abro los ojos para encontrar a Wesley un poco más allá en el camino, con un bolso deportivo colgado al hombro. No debo estar escondiendo suficientemente bien mis nervios crispados, porque frunce el ceño. Cash está a solo unos pasos detrás de él, hablando con otro chico de cuarto.

—¿Todo bien? —pregunta Wes, lo más despreocupadamente que puede.

—Todo bien —respondo.

Cash y el otro chico nos alcanzan. Ambos están cargando bolsos deportivos.

—Ey, Mac —dice Cash, sosteniendo el bolso en su hombro—. ¿Podrás encontrar el camino sin mí?

—Creo que me las puedo arreglar —contesto—. El estacionamiento es para allá, ¿no? —Señalo la dirección opuesta. Cash se ríe. Los ojos de Wesley todavía están apuntados hacia mí. Le lanzo una sonrisa y Cash le choca el hombro y los tres se dirigen hacia las canchas.

Tomo un último respiro estabilizador y me dirijo por el campus hacia la puerta de entrada y el soporte de bicicletas. Libero a Dante y paso la pierna sobre la bici y estoy a punto de irme a casa cuando veo a una chica en el estacionamiento.

Es la chica del colgante que encontré en el vestuario. La que agarraba el volante en una ruta de noche mientras lloraba y la que esquivó la copa que su madre le lanzó a la cabeza.

Es de cuarto —negro con líneas doradas— y está parada con un grupo de chicas en el estacionamiento, inclinada sobre un convertible y sonriendo con dientes perfectos. Cada centímetro de ella tiene ese aspecto arreglado que frecuentemente viene con el dinero, y es difícil alinear a esta chica con la de las memorias, aunque sé que son la misma. Finalmente saluda a las otras, se sube a la vereda y se va del campus de Hyde caminando.

Antes de darme cuenta, la estoy siguiendo. Cada paso que da alejándose de Hyde parece pesarle, cambiarla una fracción desde la chica en el estacionamiento hacia la chica de las memorias. Recuerdo el enojo y la tristeza grabados en el colgante y me fuerzo a llamarla. Se da vuelta.

—Disculpa —digo, pedaleando hasta ella—, esto va a sonar completamente aventurado, pero ¿es tuyo esto?

Saco el collar de mi bolsillo y lo sostengo en alto. Se le abren los ojos y dice que sí con la cabeza.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunta, estirando la mano.

—En el vestuario —digo, soltando la pieza de plata en su mano.

Sus cejas perfectamente depiladas se acercan la una a la otra.

—¿Cómo sabías que era mío?

Porque leo las memorias, pienso, *y no dejas de llevar la mano al lugar donde debería estar*.

—He estado preguntando por ahí todo el día —miento—. Uno de los de cuarto que había en el estacionamiento me acaba de decir que pensaba que era tuyo y me señaló esta dirección.

Baja la mirada hacia el colgante.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo.

—No hay problema —digo—. Me pareció que era algo que alguien iba a extrañar. —La chica asiente con la cabeza, con los ojos fijos en el dije—. ¿Qué representa la B?

—Bethany —responde—. Realmente no debería importarme tanto —añade—, es solo una chuchería. No tiene valor, en realidad. —Pero su dedo ya está ahí, gastando el frente.

—Si es importante para ti, entonces sí tiene valor.

Dice que sí con la cabeza y frota el colgante como ida, y ambas nos quedamos paradas ahí un momento, incómodas y solas en la vereda, hasta que finalmente hablo.

—Ey… ¿todo bien?

Se tensiona y se endereza. Puedo ver que está ajustando su máscara mentalmente.

—Por supuesto. —Me muestra una sonrisa perfecta, practicada.

Sonreír es lo peor que puedes hacer si quieres que el mundo piense que estás bien cuando no lo estás. Algunas personas no lo pueden evitar —es como un tic, una seña— y otras lo hacen a propósito, pensando que la gente comprará lo que sea que estén vendiendo si viene con una sonrisa. Pero la verdad es que sonreír solo hace que sea más difícil que la mentira pase de largo. Es como una grieta enorme en la parte frontal de la máscara. Pero no conozco a Bethany, no realmente, y ella no sabe lo que vi. Y como está haciendo una imitación decente de una persona sana —mucho mejor que la mía—, digo:

—Está bien, solo chequeaba.

Estoy a punto de salir pedaleando cuando dice:

—Espera. Nunca te vi en Hyde.

—Soy nueva —afirmo—, Mackenzie Bishop.

Bethany se muerde el labio y puedo imaginarme a su madre gritándole por tener un hábito tan desagradable.

—Bienvenida a Hyde —dice—, y gracias de nuevo, Mackenzie. Tienes razón sobre el collar, sabes. Tiene valor. Me alegra que lo encontraras.

—Yo también —respondo. Siento que debería decir otra cosa, algo *más*, pero no puedo, no sin sonar trillada o siniestra, entonces simplemente agrego—: Hasta mañana.

—Sí —responde—, hasta mañana.

Nos vamos en direcciones opuestas y cuando llego a la calle principal, por un segundo creo ver al hombre dorado parado en una esquina, pero para cuando cruzo la calle y robo una mirada hacia atrás, no hay nadie ahí.

Estoy estacionando a Dante frente al Coronado cuando siento el roce de las letras en el bolsillo y encuentro un nuevo nombre en mi lista, pero no tengo la oportunidad de ir a cazar enseguida porque mamá sale a mi encuentro en el vestíbulo.

—Oh, qué bueno, ya estás en casa —dice, lo que nunca es una buena forma de comenzar la conversación, porque significa que necesita algo. Considerando que tiene una caja de envíos, un pedazo de papel y una mirada exhausta, sé que está garantizado.

—Sí, acá estoy —digo, con cautela—. ¿Qué pasa?

—Una entrega de último minuto —responde.

Me gruñen los huesos en respuesta.

—¿Y Berk?

Se sopla un mechón de pelo que le cae en los ojos.

—Tiene algún tipo de exposición de arte y ya se fue. Sé que tienes tarea y normalmente no te lo pediría, pero el negocio es tan nuevo que realmente necesito aceptar todos los pedidos que pueda y…

Se me está empezando a formar un dolor de cabeza detrás de los

ojos, pero, en mi opinión, cualquier cosa que convenza a mamá de que estoy *bien* y soy *normal* y una *buena hija* vale la pena. Tomo la caja y el papel de sus manos y responde de la peor manera posible. Me lanza los brazos al cuello y me envuelve en un abrazo lleno de vidrios que se rompen y metales que se retuercen y cajas de platos que son arrojadas escaleras abajo y todos los sonidos agudos que forman su ruido. Empeora mi dolor de cabeza inmediatamente.

—Mejor me voy yendo —hablo, apartándome.

Mamá asiente y vuelve a la cafetería y yo me voy arrastrando hacia Dante, leyendo el papel por encima. Debajo del nombre del pedido, mamá dibujó un mapa rudimentario. La entrega está solo a unos pocos kilómetros de distancia, si confío en su garabato, pero todavía no he ido a esta parte de la ciudad.

Por primera vez en años, me pierdo. Me desconecto un poco mientras voy pedaleando y termino pasando de largo por varias cuadras del complejo de departamentos y tengo que dar la vuelta. Para cuando encuentro el edificio correcto, subo varios tramos de escalera —el ascensor estaba roto—, le dejo la caja a una ama de casa y vuelvo a mi bici, el sol se está hundiendo. Me empieza a doler todo el cuerpo por la fatiga.

Paso una pierna sobre la bicicleta y espero que mamá esté al teléfono con Colleen en este instante, diciéndole lo *bien* que estoy.

Pero mientras voy hacia el Coronado a toda velocidad, no me siento demasiado bien. Me tiemblan las manos y solo quiero llegar a casa y que llegue la noche y volver a la habitación de Roland, así que tomo un atajo por un parque. No conozco el parque, pero si el mapa que tengo en la mente está aunque sea cerca de ser correcto, entonces será más rápido que por las calles.

Es más rápido, hasta que veo un sujeto agachado en el medio del camino y tengo que apretar los frenos con fuerza para evitar golpearlo. Casi pierdo el equilibrio cuando la bici se detiene chirriando unos metros más adelante.

En cuanto pongo un pie en el piso, sé que he cometido un error.

Algo se mueve detrás de mí, pero no me atrevo a sacarle los ojos de encima al sujeto frente a mí, que se endereza y saca una mano del bolsillo de su abrigo con capucha. Escucho un clic metálico y una navaja automática destella en sus dedos.

—Ey, cosita linda —murmura.

Llevo el pie nuevamente al pedal, pero no se mueve; me doy vuelta en el asiento para encontrar a un segundo tipo, que está colocando un caño en la rueda trasera, lo que la inmoviliza. Su aliento huele a aceite.

—Suéltame —ordeno, con el tono que Da me enseñó a usar con las Historias difíciles. Pero estos tipos no son Historias, son humanos, y ambos están armados.

Uno de ellos suelta una risita. El otro silba.

—¿Por qué no sales de ese juguete y mejor juegas con nosotros? —dice el que tiene el cuchillo. Da unos pasos adelante y el que sostiene la rueda estira la mano hacia mi pelo. Estoy en bastante desventaja al estar montada en la bicicleta, así que me bajo.

—¿Ves? —dice el que tiene el caño—. Ella *quiere* jugar.

—Qué chica buena —murmura el del cuchillo.

— *Colegiala* buena —acota el otro.

—Salgan de mi camino —insisto. Mis pulsaciones están empezando a correr.

El del cuchillo pasa el filo adelante y atrás con un dedo, chasqueando.

—Deberías pedirlo bien. De hecho —dice, dando otro paso adelante—, quizá deberías rogar.

—Salgan de mi camino, *por favor* —gruño, el pulso me golpea los oídos.

El del caño se ríe detrás de mí.

El del cuchillo sonríe.

No dejan de moverse de forma que solo puedo ver a uno de ellos por vez.

Cuando intento dar un paso al costado, aparece el del caño bloqueándome el camino.

—¿Adónde vas, cariño? —dice el del cuchillo—. La diversión todavía no empezó.

Ambos se acercan.

Me martillea la cabeza y se me está empezando a nublar la vista, y entonces el del caño me empuja hacia adelante, contra el del cuchillo, y este me agarra fuerte la muñeca lesionada y el dolor se dispara a través de mí como una corriente y entonces pasa.

El mundo se detiene.

Desparece.

Se vuelve negro.

Un largo, hermoso, silencioso momento en negro.

Y entonces vuelve y estoy parada ahí en el parque, justo como antes, y me está matando la cabeza y siento las manos mojadas y cuando las miro, entiendo por qué.

Están cubiertas de sangre.

DOCE

TENGO LAS MANOS CUBIERTAS DE SANGRE y el hombre con el cuchillo está tirado en el piso a mis pies.

Tiene la nariz rota. La sangre le chorrea por la cara y una de sus piernas parece estar doblada en un ángulo imposible. Su navaja le sobresale del muslo. No recuerdo haberlo apuñalado ni tocado siquiera, pero mis manos dicen que lo hice. Tengo los nudillos

rasgados y un corte poco profundo en la palma de una mano, probablemente de la navaja. En un principio, solo estoy consciente de lo paralizada que me siento y lo despacio que el tiempo se está moviendo. Y después me golpea, junto con el dolor, que se propaga por mis manos y mi cabeza. ¿Qué hice? Cierro los ojos y respiro hondo un par de veces para tranquilizarme, esperando que mi cuerpo simplemente desaparezca —que todo esto simplemente desaparezca —, pero no lo hace, y esta vez respirar no me ayuda a recordar. Solo hay una pared negra.

Y entonces escucho los sonidos de un enfrentamiento y recuerdo el tipo con el caño y me doy vuelta para ver cómo está siendo estrangulado por el hombre dorado.

El hombre dorado está parado ahí, con calma, envolviendo el cuello del matón con un brazo, empuja hacia atrás y hacia arriba hasta que los zapatos rozan el piso. El matón se sacude silenciosamente, agitando los brazos —el caño está tirado en el camino unos metros más adelante— mientras se va quedando sin aire. Cuando el hombre dorado aprieta con más fuerza, se le levantan las mangas y puedo ver las tres líneas grabadas en su piel.

Marcas de Brigada.

Yo tenía razón… Oh, Dios, tenía *razón*. Y eso significa que un miembro de la Brigada acaba de verme hacer… esto. Ni siquiera sé qué

hice, pero él lo vio. Por otro lado, en este momento él está estrangulando a alguien enfrente de mí. Pero apuesto que él al menos recuerda estar haciéndolo.

El matón deja de luchar y el hombre dorado deja que el cuerpo caiga al piso.

—Odio pelear con humanos —afirma, limpiándose los pantalones —. Tienes que hacer mucho esfuerzo para no matarlos.

—¿Quién eres? —pregunto.

Se le arruga la frente.

—¿Qué, ni siquiera un gracias?

—Gracias —digo temblorosa.

—De nada. No sería muy caballero de mi parte si no te daba una mano. —Se le van los ojos al hombre a mis pies—. Aunque no estoy seguro de que la necesitaras. Eso fue un gran espectáculo. —¿*Lo fue*? Se estira hacia mí—. Déjame ver esas manos.

Casi me roza la mano con los dedos cuando salto hacia atrás. No lleva anillo.

—Ah —dice, leyendo mi desconfianza. Saca una sortija de plata de su bolsillo y la sostiene en alto para que yo pueda ver las tres líneas grabadas en su superficie antes de ponérsela en el dedo. Esta vez, cuando estira la mano, le doy la mía a regañadientes. En mi cabeza, su ruido es bajo y uniforme como el latido del corazón.

—¿Cómo sabías? —pregunta, dando vuelta mis manos para chequear si tengo huesos rotos.

—Postura. Atención. Ego.

Sonríe esa media sonrisa.

—Y yo que pensé que solo habías visto estas marcas. —Pasa los pulgares sobre mis nudillos—. O, ya sabes, el hecho de que ya nos conocimos.

Me estremezco dos veces mientras toca los huesos de mis manos.

—En tu defensa —agrega—, nunca nos presentaron formalmente.

Y de repente me hace el clic. Cuando Wesley y yo fuimos citados al Archivo el mes pasado para explicar cómo habíamos dejado que una Historia adolescente se escapara al Coronado. El hombre dorado estaba ahí. Llegó tarde, tenía el brazo sobre los hombros de su compañera y me ofreció una sonrisa perezosa. Cuando escuchó por cuánto tiempo habíamos sido compañeros Wesley y yo antes de dejar que la Historia escapara —tres horas—, él se *rio*. La mujer que estaba con él no.

—Te reconocí —miento.

—No, no lo hiciste —dice con simpleza, probando mis dedos—. Pensaste que parecía conocido, pero hay una gran diferencia entre reconocer una cara y poder ubicarla. Mira a alguien lo suficiente y empezarás a pensar que lo has visto antes. Mi nombre es Eric, por

cierto. —Suelta mis manos—. Y no hay nada roto.

—¿Por qué me has estado siguiendo?

Levanta una ceja.

—Solo alégrate de que lo hiciera.

—Esa respuesta no es suficiente —espeto—. ¿Por qué me has estado siguiendo?

Otra vez esa sonrisa perezosa.

—¿Por qué alguien hace cualquier cosa para el Archivo? Porque es una orden.

—¿Pero por qué? ¿Y quién te dio la orden?

—Señorita Bishop, no creo que este sea el momento para un interrogatorio —dice, señalando los cuerpos y nuevamente a mí. Bajo la vista otra vez a mis manos ensangrentadas. Están temblando, así que las cierro en puños, aunque eso envía punzadas de dolor por mi piel.

—Quiero una respuesta.

Eric se encoge de hombros.

—¿Aunque sea una mentira?

El hombre con el cuchillo en la pierna empieza a moverse.

—Deberías irte a casa ahora —dice Eric, que toma el caño y limpia las huellas con su manga antes de arrojarlo de nuevo al piso—. Yo me ocupo de los cuerpos.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

Se encoge de hombros.

—Hacerlos desaparecer. —Arregla mi bicicleta y me la alcanza—.

Vete —dice— y ten cuidado.

Todavía me tiemblan las manos cuando tomo el manubrio de la bici, paso la pierna y me voy.

Camino a casa, a medida que se calma mi cuerpo y se me aclara la mente, los recuerdos empiezan a volver de a poco en *flashes* de color y sonido.

El crujido de un hueso cuando mi mano libre lo golpeó debajo de la nariz.

El alarido, el insulto y las cuchilladas a ciegas de la navaja.

El chasquido de su rodilla cuando mi zapato chocó contra el costado de esta.

El momento silencioso cuando la navaja pasó de su mano a la mía.

El grito cuando la clavé en su muslo.

El crujido de mi puño contra su rostro cuando se desmoronaba hacia adelante. Otra vez. Y otra vez.

Segundos, me maravillo. Quebrar tantas cosas tomó solo unos segundos. Todo antes de que Eric siquiera llegara ahí.

Aunque al principio no me podía acordar, no lamento haberlo hecho. Ni un poco. *Quería* lastimarlo. Quería hacerlo lamentar la forma en que me miró, como si no fuera capaz de defenderme, como si yo

fuese débil. Me miro los nudillos raspados mientras pedaleo. Ya no soy débil… ¿pero en qué me he convertido entonces?

—¿Qué les pasó a tus manos? —grita mamá cuando entro. Tiene el teléfono sobre la oreja y dice apurada «Hablamos luego» a quien sea que esté del otro lado antes de cortar y acercarse rápido.

—Un accidente en bici —respondo, cansada, levantando los hombros para quitarme el bolso. No es una completa mentira y no pienso decirle que me atacaron en el camino de regreso de *su* entrega. Haría implosión.

—¿Estás bien? —pregunta, agarrando mi brazo. Me estremezco de dolor, menos por mis manos heridas que por el súbito estallido agudo que viene con su contacto. Aun así, me esfuerzo por no alejarme mientras me guía hacia la cocina.

—Estoy bien —miento, sosteniendo la mano en la pileta mientras vierte agua fría sobre mis nudillos raspados—. Es temprano para que estés en casa —digo, cambiando de tema—, ¿estuvo lento el día en la cafetería?

Mamá me mira perpleja.

—Mackenzie —dice—, son casi las siete.

Mis ojos van hacia las ventanas. Está medio oscuro.

—Ah.

—Tardabas y empecé a preocuparme. Ahora veo que tenía razón

en estar preocupada.

—Estoy bien, en serio.

Cierra el agua y me pone una toalla sobre la mano, chasqueando la lengua mientras saca una botella de alcohol de abajo de la pileta. Se siente bien —no el alcohol, que duele como el demonio— que mamá me cure. Cuando era pequeña, volvía a casa con todo tipo de raspones, producto de escapadas normales de la niñez, por supuesto, y me sentaba en la mesada y dejaba que mamá me curara. Fuera lo que fuese, mamá lo curaba. Y después de que me convirtiera en Portera y empezara a esconder mis heridas en vez de presentarlas con orgullo, la miraba curar a Ben, que tenía la misma adoración hacia ella en sus ojos, mientras ella atendía sus cicatrices de batalla.

Estos días estoy tan acostumbrada a esconder mis cortes y moretones —tan acostumbrada a decirle a mamá que no la necesito y a decirle que estoy bien cuando no lo estoy— que es un alivio no tener que esconder una herida. Aunque tenga que mentir sobre cómo me la hice.

Entonces entra papá.

—¿Qué pasó? —pregunta, dejando caer su maletín. Es casi gracioso, en una forma retorcida, su nivel de preocupación sobre unos cortes en mis nudillos. Odio pensar cómo reaccionarían si pudieran ver algunas de mis cicatrices más grandes; qué pensarían si supieran la

verdad detrás de mi muñeca rota. Casi me río antes de recordar que no es gracioso.

—Accidente en bici —repito—. Estoy bien.

—¿Y la bicicleta? —pregunta.

—La bicicleta también está bien —respondo.

—Mejor me voy a fijar —dice, girando hacia la puerta.

—Papá, dije que estaba bien.

—No te ofendas, Mac, pero no sabes mucho sobre bicis y…

—Déjala —espeto y mamá levanta los ojos de su botiquín de primeros auxilios el tiempo suficiente como para lanzarme una mirada de advertencia. Cierro los ojos y trago—. Puede que la pintura se haya salido en un par de lugares… —tuve la astucia de rayarla en la vereda —, pero sobrevivió para andar otro día. Yo me llevé la peor parte — digo, mostrando las manos.

Esta vez, papá no lo acepta. Se cruza de brazos.

—Explícame este accidente con la bicicleta en términos físicos.

Y la duda, decía Da, *es como una corriente contra la cual tienes que nadar*.

—Peter. —Empieza a decir mamá, pero él levanta una mano para detenerla.

—Quiero saber exactamente cómo pasó.

El corazón me late fuerte mientras le sostengo la mirada.

—La vereda estaba rota —digo, luchando por mantener mi voz firme—. La rueda delantera de la bici se atascó. Puse las manos para adelante al caer, pero rodé y frené en la calle con los nudillos en vez de las palmas. Ahora, si el interrogatorio y la enfermería han terminado —finalizo, apartándome de mamá y pasando rápido al lado de papá—, tengo tarea para hacer.

Voy por el pasillo echando humo, entro en mi habitación y cierro la puerta con un golpazo para rematar, antes de desplomarme contra ella mientras lo que queda de la pelea sale de mí. Se siente como una versión pobre de un berrinche adolescente, pero aparentemente funciona.

Ninguno de los dos vuelve a molestarme por el resto de la noche.

Roland frunce el ceño.

—¿Qué les pasó a tus manos?

Está esperando en el atrio, apoyado en el borde de una mesa con su carpeta en el regazo. Cuando camino hacia él, sus ojos van directamente a mis nudillos.

—Accidente en bicicleta —digo automáticamente.

Algo destella en sus ojos. Desilusión. Roland se aparta de la mesa.

—No soy sus padres, señorita Bishop —reniega, cruzando la habitación—. No me insulte con mentiras.

—Lo siento —me disculpo mientras lo sigo afuera del atrio y por un

pasillo hacia el cuartel de los Bibliotecarios—. Hubo un incidente.

Mira hacia atrás sobre su hombro.

—¿Con una Historia?

—No. Un humano.

—¿Qué tipo de incidente?

—De la clase del que ya me encargué. —Considero contarle a Roland sobre Eric, pero cuando formo las palabras en mi cabeza (alguien en el Archivo me mandó a seguir), me hacen sonar chiflada. Paranoica. Ya se empieza a notar la preocupación en los ojos de Roland. Lo último que quiero es empeorarla. Además, no puedo probar nada, no sin dejar que Roland se meta en mi cabeza, y si hago eso, si ve el estado en el que estoy, él… No, no voy a delatar a Eric, no hasta que sepa qué estaba haciendo ahí o por qué me ha estado siguiendo.

—¿Vieron tus nudillos nuestros adorables conserjes nuevos?

—¿Los centinelas? No. —Pero Patrick sí. No dijo nada, solo me miró otra vez como si fuera una niña inútil. Nariz ensangrentada o nudillos ensangrentados, no puede defenderse. Si supiera cómo quedó el otro tipo.

—¿Otro momento túnel? —pregunta Roland.

Me miro las manos.

—Recuerdo lo que pasó.

Caminamos el resto del camino a su habitación en silencio. Me deja

pasar y observo cómo saca el reloj de su bolsillo y pasa un dedo por la superficie una vez, antes de ponerlo sobre la mesa. Algo me llama la atención. Son los mismos movimientos que hizo ayer a la noche. Exactamente el mismo conjunto de acciones. Es difícil pensar en Roland como una Historia, pero la repetición me recuerda que su apariencia no es la única cosa estática en él.

Me señala el sofá cama y yo, agradecida, me dejo caer en la suave superficie, mi cuerpo ruega por un descanso.

—Que duermas bien —dice, acomodándose en su silla.

Cierro los ojos y escucho el sonido que él hace al escribir notas, el roce de las letras en el papel es suave y reconfortante como la lluvia. Siento cómo me hundo y hay un momento —un momento breve y terrorífico— en el que recuerdo las pesadillas que me esperan. Pero después el momento pasa y me dejo llevar por el sueño.

Lo primero que siento es a Roland sacudiéndome para despertarme. Me siento sobre la cama, rígida por la pelea y por dormir. Estudio los moretones recientes que me colorean las manos mientras Roland se mueve por la habitación. El alivio de haber dormido está empañado por el temor. Pienso en la porción de conversación que escuché detrás de la puerta.

No es una solución permanente.

Roland tiene razón. No puedo seguir haciendo esto. No puedo

venir aquí todas las noches. Pero es el único lugar al que no me siguen las pesadillas.

—Roland —digo despacio—. Si sigue empeorando… si *yo* sigo empeorando… ¿Podrá Agatha…?

—Mientras sigas haciendo tu trabajo —responde—, ella no puede lastimarte.

—Quiero creerte.

—Señorita Bishop, el trabajo de Agatha es *examinar* a los miembros del Archivo. Su mayor preocupación es asegurarse de que las cosas funcionen con fluidez, que todos estén haciendo su trabajo. No es el cuco. Ella simplemente no puede venir y agarrarte y quitarte la mente. Aunque a ella le gusta que pienses que sí.

—Pero la última vez…

—La última vez confesaste tu participación en un crimen, así que sí, tu futuro quedó en sus manos. Esto es distinto. No puede siquiera mirar dentro de tu mente sin permiso, mucho menos tomar tus memorias.

—Consentimiento. Qué progresistas. —Pero algo me carcome—. ¿Wesley dio permiso?

Roland arruga las cejas.

—¿Qué?

—Ese día… —Ambos sabemos de qué día estoy hablando—. Él no

lo recuerda. Nada de lo que ocurrió. —¿Quiso olvidar o lo hicieron olvidar?—. ¿Le dio permiso al Archivo para que le sacaran esas memorias?

Roland parece sorprendido al escuchar esto.

—El señor Ayers estaba en muy mal estado —responde—. Dudo que estuviera consciente.

—Entonces no pudo haber dado consentimiento.

—Eso hubiese roto el protocolo. —Roland duda—. Quizá no fue obra del Archivo, señorita Bishop. Sabes más que la mayoría lo que el trauma le hace a la mente. Quizá sí recuerde. O quizás haya elegido olvidar.

Me estremezco.

—Quizá.

—Mackenzie, el Archivo tiene reglas y estas se respetan.

—Entonces, mientras yo no le dé permiso a Agatha, ¿se supone que estoy a salvo? ¿Mi mente es mía?

—En la mayor parte —dice Roland, apoyándose en el borde de su silla—. Como con cualquier sistema, hay formas de saltearlas y atravesarlas. No eres la única que puede conceder el permiso. Si tú le niegas el acceso a tu mente a Agatha y ella tiene buenas razones para creer que ha albergado culpa, lo puede solicitar a la Junta de Directores. Ella no haría eso, a menos que tenga un caso sólido,

pruebas de que cometiste un crimen o de que ya no puedes llevar a cabo tu trabajo o de que no se puede confiar en lo que sabes, pero si tuviera una… —Se le apaga la voz.

—Si ella tuviera un caso sólido —apunto.

—No debemos dejar que llegue a eso —dice Roland—. Cada vez que la Junta le otorgó acceso a la mente de alguien, esa persona fue encontrada no apta y fue removida. Su registro muestra que ella no se toma el pedido a la ligera, pero también implica que la Junta nunca se lo niega cuando lo hace. Y una vez que ella tiene acceso a tu mente, a través de tu permiso o el de ellos, lo que ella encuentre ahí puede ser usado en tu contra. Si ella te encuentra no apta, serás sentenciada a una alteración.

—*Ejecución*.

Roland se estremece, pero no me contradice.

—Yo impugnaría la sentencia y habría un juicio, pero si la Junta la apoya, no hay nada que yo pueda hacer. Está muy literalmente en las manos de los Directores. Como sabrás, solo ellos están autorizados a llevar adelante las alteraciones.

Da solo me contó una cosa sobre la Junta de Directores. Y fue que nunca querrás encontrarte con uno de ellos. Y ahora entiendo por qué.

Roland frunce el ceño, perdido en sus pensamientos.

—Pero nunca llegará a eso. Agatha es la que te perdonó en primer

lugar. Dudo que esté buscando razones para revertir esa decisión.

Pienso en Eric siguiéndome. *Alguien* se lo ordenó.

—Quizá no Agatha —digo—, pero ¿y qué si alguien más lo está haciendo? Alguien que no estuvo de acuerdo con su decisión. Como Patrick. ¿Iría él tan lejos? Y si alguien le llevara un caso, ¿lo dejaría pasar?

—Señorita Bishop —dice Roland—, estos pensamientos no son los que tendrían que estar llenando tu cabeza en estos momentos. No le des razones para cuestionar su decisión. Solo haz tu trabajo y mantente alejada de los problemas y estarás bien.

Sus palabras son calmas, pero su voz está entrelazada con grietas y su ceño está fruncido.

—Además —agrega despacio, cruzando hacia el costado de la mesa para tomar su reloj—. Le prometí a tu abuelo que te cuidaría. —Se guarda el reloj de plata en el bolsillo—. Esa es una promesa que tengo pensado cumplir.

Mientras lo sigo por la puerta y a través de pasillos que se tuercen y retuercen, no puedo evitar recordar que también le hizo una promesa al Archivo el día de mi iniciación.

— *Si hacemos esto y ella demuestra que no es apta por algún motivo* —dijo un miembro del panel—, *ella renunciará al cargo*.

— *Y si ella demuestra que no es apta* —dijo otro miembro—, *tú*

mismo, Roland, la removerás.

TRECE

ROLAND ME DEJA EN LA BOCA de la antesala.

Le hago un gesto con la cabeza a la Bibliotecaria detrás del escritorio —solo nos vimos al pasar—, pero ella ni siquiera quita la mirada del libro de registros y me encuentro a mí misma pensando —no por primera vez— que ese libro es muy grande y yo soy solo una página. ¿Cuántas de esas páginas pertenecen a Porteros? ¿Cuántas a Brigadas? ¿Y por qué nunca he visto a ninguno de ellos aquí? Crecí aquí, ¿nadie más lo hizo? ¿Soy realmente tan diferente? ¿Por eso que Patrick me odia?

Los ojos de los centinelas me siguen hasta la salida.

De camino a casa, despacho un nombre de mi lista casi sin necesidad de recurrir a la actuación. El chico mira mis nudillos maltrechos y se encoge de miedo, pero no corre, y estaría mintiendo si no dijera que esta vez, el terror en sus ojos es gratificante. Fue mucho más fácil manejarlo con intimidación que con cuentos arteros y ganando su confianza.

Muevo los hombros para sacarles la rigidez mientras vuelvo a casa.

Me ducho. Salgo del baño y estoy poniéndome el uniforme cuando alguien toca a la puerta de mi dormitorio. Papá me habla desde el otro lado.

—Mejor te apuras o llegaremos tarde.

Termino de ponerme la remera y casi olvido guardar la llave debajo del cuello antes de abrir la puerta.

—¿De qué estás hablando?

Papá me muestra sus llaves.

—Te llevo a la escuela.

—No, no lo harás.

—No me molesta —afirma.

—A mí sí.

Suspira y se dirige a la cocina para llenar su taza de viaje con café.

—Pensé que estarías nerviosa de ir en tu bicicleta.

—Bueno, no lo estoy. —Frunzo el ceño y lo sigo—. ¿Y no hay un dicho sobre los caballos y volver a montarlos?

—Bueno, sí, pero…

—Estaré *bien* —digo, poniéndome la mochila al hombro. Los ojos se le van a mis nudillos.

—¿Y estás segura de que la bici está en buen estado para andar?

—La bicicleta también está bien, pero si estás tan preocupado, ¿por qué no vienes a verla?

Eso parece tranquilizarlo un poco y nos dirigimos a la planta baja.

Me zambullo en la cafetería en busca de un café mientras él examina a Dante. Café Bishop está concurrido a la mañana y mamá ni siquiera me

ve entrar o salir. Berk me pasa una taza para llevar con una sonrisa y me despide.

—Bueno, se ve bien —dice papá, limpiándose las manos cuando lo alcanzo en la vereda—. ¿Segura de que no quieres que te alcance?

—Segura —digo, pasando una pierna sobre la bici con facilidad para mostrarle lo cómoda que me siento—. ¿Ves? Igual que con los caballos.

Papá frunce el ceño.

—¿Y tu casco?

—¿Mi qué? —La mirada de papá se congela y estoy abriendo la boca para decir que no lo necesito cuando me doy cuenta de que probablemente es una mala idea después de anoche; en vez de eso, digo—: Debajo de mi escritorio.

—No te muevas. —Papá desaparece por las puertas y yo suspiro y me quedó parada ahí, montada en la bici con mi café apoyado en el manubrio. Escaneo rápidamente la calle, pero no hay rastros de Eric. No sé si eso me hace sentir mejor o peor, ahora que sé que él es real. Todavía no sé por qué me ha estado siguiendo. Quizás es un procedimiento estándar. Un chequeo. O quizás está buscando evidencias. Grietas.

Papá reaparece y me lanza el casco. Lo agarro en el aire y me lo pongo. Al menos no es rosa ni está cubierto con flores ni nada.

—¿Estás contento ahora? —pregunto. Papá dice que sí con la cabeza y me voy pedaleando antes de que pueda decidir que el café en mi manubrio es un peligro.

La mañana está fresca y respiro hondo y trato de sacarme de la cabeza la preocupación de Roland y la desconfianza de papá mientras avanzo y el mundo se borronea con la velocidad. Estoy a mitad de camino de la escuela cuando giro en una esquina y salto a una vereda que bordea un parque y se extiende un par de cuadras para formar un camino recto y vacío. En un momento de debilidad —o arrogancia o fatiga, quizá—, me permito cerrar los ojos. No es nada más que un parpadeo largo, un segundo, dos como mucho, pero cuando los abro, solo tengo tiempo suficiente para ver al corredor salir del parque y meterse en mi camino, pero no lo suficiente como para cambiar de dirección.

El choque es un revoltijo de manubrios y ruedas y extremidades y ambos caemos con fuerza contra el concreto. Mi cabeza rebota en la vereda. El casco absorbe la mayor parte del golpe —estoy segura de que papá estaría encantado— y cuando logro liberar la pierna de debajo de la bicicleta y ponerme de pie, el dolor me quema más allá de la manga y los pantalones deportivos. No miro; prefiero no hacerlo.

Unos metros más allá, el corredor tarda más en recuperarse. Se apoya sobre manos y rodillas y hace una pausa, verificándose antes de

pararse del todo. Me apresuro hacia allí y le ofrezco una mano, ya que técnicamente soy yo quien lo golpeó, aunque él fue quien salió de la nada.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Tienes algo roto?

—Nah, estoy bien —responde, poniéndose de pie. No es demasiado viejo (tendrá unos veinte años) y está un poco rasguñado pero, más allá de eso, ileso, excepto por el hecho de que está *cubierto* de mi café.

Se mira y lo nota por primera vez.

—Mmm —dice—, huelo mejor que antes.

Emito un quejido.

—Realmente lo siento…

—Creo que fue mi culpa —dice, rotando la cabeza.

—Sé que lo fue —concuerdo—, pero de todas maneras lamento haberte chocado. Saliste de la nada.

Se rasca la cabeza.

—Supongo que me quedé enganchado con la música —dice señalando los auriculares alrededor de su cuello. Sonríe, pero parece un poco mareado.

—¿Seguro que estás bien?

Asiente con cautela.

—Sí, sí, creo que sí…

—¿Sabes cómo te llamas?

Se le arruga la frente.

—Jason. Y *tú*, ¿sabes cómo te llamas?

—Yo no me golpeé la cabeza.

—Bueno, ¿puedo saber tu nombre?

—Mackenzie. Mackenzie Bishop. —Levanto cuatro dedos—. ¿Cuántos dedos ves?

—Siete. —Estoy a punto de decirle que necesita ir al médico cuando habla—: Era una broma, era una broma. ¿Qué les pasó a tus manos, Mackenzie?

—Un accidente de bicicleta —digo sin pensar—. No deberías hacer bromas cuando alguien está tratando de determinar si estás bien.

—Guau, ¿cuántos accidentes de bici tuviste esta semana?

—No es una buena semana —le digo, enderezando a Dante. La bici está un poco machucada, pero va a andar; me siento aliviada porque si la hubiese roto, no sé qué les habría dicho a mis padres. No les contaría la verdad. Aunque *es* la verdad esta vez.

—Eres linda.

—Te golpeaste la cabeza.

—Eso es verdad. Pero probablemente sigas siendo linda.

—Mmmm.

—Mackenzie Bishop —dice, pronunciando cada sílaba—. Lindo

nombre.

—Seh —saco el teléfono de mi bolsillo para mirar la hora. Si no me voy ya, voy a llegar tarde—. Escucha, Jason, ¿vas a estar bien?

—Estoy bien. Pero siento que deberíamos intercambiar datos del seguro o algo. ¿Existe algo así, para choques entre bicicletas y cuerpos? ¿Tienes seguro de bicicleta? Si estás teniendo tantos accidentes, quizá deberías.

—¿Tienes teléfono?

Me mira como si no supiera qué es eso. O por qué estoy preguntando.

—Teléfono —repito—. Así te puedo dar mi número. Así me puedes mandar un mensaje cuando llegues a casa. Así sé que estás bien.

Se palmea los bolsillos.

—No corro con él.

Revuelvo dentro de mi mochila y saco un marcador y un pedazo de papel y escribo mi número allí.

—Aquí tienes. Toma. Mensajéame —digo, tratando de dejar lo más claro posible que esto es un «aquí tienes mi número por obligación ciudadana» y no una situación de «aquí tienes mi número, llámame, bombón».

Jason toma el pedazo de papel y estoy a punto de montar mi bici cuando me saca el teléfono de la mano y empieza a tipear. Cuando me

lo devuelve, puedo ver que ingresó su número con el nombre *Jason el corredor que chocaste*.

—Solo para estar seguros —dice.

—Sí, bueno, claro —respondo y antes de que el momento se vuelva aún más incómodo, me subo a Dante (caballos, caerse, volver a montar, etc.) y me voy pedaleando. (Me gustaría que Eric hubiese visto mi comportamiento estelar de buena samaritana y le informara *eso* al Archivo, pero por supuesto, *ahora* no está por ningún lado). Miro hacia atrás una vez en la esquina, para asegurarme de que Jason siga parado (lo está) y después me voy a la escuela.

Para cuando llegó ahí, el estacionamiento se está llenando y Wesley está inclinado hacia atrás contra el soporte para bicicletas. Otra chica —con líneas plateadas esta vez— está apoyada en su hombro, susurrándole al oído. Lo que sea que le esté diciendo debe ser bueno; él está mirando para abajo, mordiéndose el labio y sonriendo. Se me estruja el pecho, aunque no debería porque no tendría que importarme. Él puede flirtear si quiere. Bajo de la bici y la llevo caminando hasta ahí. Sus ojos se mueven perezosamente para encontrar los míos, y se endereza.

La chica sobre su hombro casi se cae.

No puedo evitar sonreír. Él dice algo y la sonrisa coqueta de la chica se desvanece. Para cuando llego al soporte para bicis, ella ha

desaparecido por las puertas, pero no sin antes lanzar una mirada oscura hacia mi dirección.

—Ey, tú —dice Wes, alegremente.

—Ey —digo; después, porque no lo puedo evitar, miro alrededor y agrego—: ¿Y Cash?

El golpe lo toca y su buen humor disminuye. Después sus ojos vagan hacia mis manos y se disuelve por completo.

—¿Qué pasó?

Casi miento. Abro la boca para darle la misma línea con la que alimenté a todos los demás, pero me detengo. Tengo una regla sobre mentirle a Wesley. Ya no lo hago. Puedo justificar evasivas y omisiones, pero no le voy a decir completas mentiras, no después de lo que pasó este verano. Pero tampoco voy a revivir lo que pasó anoche aquí, en las escaleras de Hyde, así que digo:

—Es toda una anécdota. Más tarde te la cuento.

—Bueno, voy a hacer que lo cumplas —dice y mira más allá de donde estoy—. Ahí estás, Mackenzie empezaba a preocuparse.

Me doy vuelta para encontrar a Cash avanzando con largos pasos por el cordón de la vereda, con las llaves de un auto en una mano y una bolsa de papel en la otra.

—Buen día, bellezas —dice abriendo la bolsa, de donde saca tres cafés en una bandeja descartable. Los ojos de Wesley se iluminan al

ver la tercera taza, pero antes de que sus dedos toquen la taza de papel, Cash la pone fuera de su alcance.

—No puedes decir que nunca hago cosas lindas por ti.

—Me retracto.

Cash me ofrece uno de los cafés y tomo un sorbo largo para saborearlo, ya que apenas si pude probar el que llevaba por la mañana antes de volcarlo sobre Jason el corredor.

—Perdón por la demora —dice Cash—. No dejaban de equivocarse con el pedido.

—¿Cuán difícil es hacer tres cafés negros?

—Para nada difícil —contesta Cash—. Pero el pedido era dos cafés negros… —toma el segundo café—… y una chocolatada con leche de soja y crema de caramelo. —Gira la bandeja que tiene la mano y le ofrece a Wesley la última y sofisticada bebida.

Wes arruga el entrecejo.

Cash sigue sosteniendo la bandeja.

—Si vas a ser una nena respecto de estas cosas, vas a obtener una bebida para nenas. Ahora acéptalo.

—Mi héroe —refunfuña y busca la taza.

—Y no simules que no te gusta —agrega Cash—, recuerdo bien haber escuchado que pediste esto el invierno pasado.

—Cuántas mentiras.

Cash se da un golpecito en la sien.

—Memoria fotográfica.

Wesley murmura algo desagradable hacia su bebida.

Nos quedamos a las puertas de Hyde tomando nuestras bebidas y mirando la corriente de estudiantes, saboreando el tiempo antes de que suene el timbre. Y después Cash quiebra la paz con una pequeña pregunta, lanzada hacia Wes.

—¿Escuchaste lo de Bethany?

El café se me congela en la garganta.

—¿Rubia de cuarto? ¿Qué pasó con ella?

Cash parece sorprendido por el hecho de que sé quién es.

—Huyó de la casa.

—¿Cuándo?

Se encoge de hombros.

—No saben. Creen que ayer. Después de la escuela. Su mamá llegó a su casa y ella se había ido.

Wes parece molesto.

—¿Estás bien, hermano? —dice Cash—. Sé que ustedes dos…

—Estoy bien —lo interrumpe Wes, aunque me gustaría escuchar el final de esa oración—. Solo que lamento escucharlo —agrega.

—Sí. Aunque no puedo decir que me sorprenda.

—¿Por qué? —pregunto.

Detrás de mis ojos hace eco la memoria del colgante, una Bethany desconsolada sostiene el volante, deseando irse. ¿Pero qué pasó? ¿Qué la llevó a ese momento?

Cash duda, luego mira Wes, quien solo dice:

—Estaba pasando un momento difícil en su casa.

Y entonces, antes de que alguno de nosotros pueda decir algo más, suena el timbre y atravesamos las puertas con el resto de los estudiantes. Cash y Wes se van hacia otro lado y la conversación muere, pero la pregunta me sigue a clase. ¿Qué pasó para hacer que Bethany huya? ¿Y por qué esperó hasta ahora? Tuvo todo el verano. ¿Qué pasó ayer?

Un hilo más oscuro atraviesa mis pensamientos.

Primero el señor Phillip y ahora Bethany.

Uno fue un secuestro, la otra huyó.

Pero tienen algo en común. *A mí*.

Una sensación pesada me sigue por los pasillos y adentro del aula.

Da decía que tenías que ver los patrones pero no salir a buscarlos.

¿Estoy trazando líneas donde no deberían estar o no estoy viendo algo que está justo frente a mí?

No hay mensajes de Jason.

Chequeo el teléfono antes de Pre-Cálculo y una vez más antes de Teoría Literaria. Finalmente, camino a Bienestar le mando un mensaje.

¿Llegaste bien a casa?

Intento calmar mis nervios mientras guardo el teléfono y la mochila en mi locker, consciente de que el ruido de la habitación es diferente. Sigue siendo fuerte, sigue estando lleno de golpes metálicos y de cuerpos moviéndose y de voces, pero esas voces no están llenas de risa. Están llenas de chismes y los chismes son el tipo de cosas que se cuentan en susurros falsos más que a los gritos, lo que genera una especie de falso silencio en el vestuario.

Solo capto fragmentos del chisme, pero sé sobre quién se trata.

Bethany.

Chica popular. Escuela pequeña. Los estudiantes se aferran a la historia. Un grupo de tercero dice que huyó con un chico. Unas cuantas de cuarto repiten lo dicho por Wes y Cash, que no están sorprendidas después de lo que pasó, pero nunca dicen exactamente qué pasó. En vez de eso, se van quedando en silencio. Una de tercero piensa que quedó embarazada. Otra opina que está muerta. Unas pocas hablan por lo bajo y lanzan miradas groseras a las chicas que no tienen la delicadeza de chismear en voz baja.

Cualquiera sea la historia, hay algo seguro. Bethany no está.

—No creo que sea tan simple —dice Amber, que aparece por la esquina.

—No puedes transformar todo en un crimen —responde Safia, que

le pisa los talones—. Es morboso.

Se dejan caer en el banco a mi lado, mientras me pongo la camiseta deportiva. Bajo las mangas para esconder todo desde mi brazo raspado contra la calle hasta mis nudillos rotos.

—Solo digo… hay pruebas y se contradicen.

—Admítelo, solo quieres que sea más dramático de lo que es.

—Yo diría que ya es lo suficientemente dramático. La vida de Bethany era como una telenovela mediocre.

—Ugh —dice Safia, temblando—. Acabas de decir *era*. Como si ella estuviera muerta. No hagas eso.

—¿Están hablando de la chica que huyó? —pregunto, tratando de sonar lo más espontánea que puedo.

Amber dice que sí con la cabeza.

— *Si* huyó.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que no?

—Porque eso no sería interesante —responde Safia, revoleando los ojos.

Amber la ignora.

—Hay pruebas de que *iba* a huir, eso lo admito. Pero también hay evidencia de que algo pasó. De que cambió de idea.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi papá me dijo que…

—¿Tu papá está involucrado?

Amber asiente con la cabeza.

—Conoce a la mamá de Bethany, así que aceptó tomar el caso. O al menos determinar si *hay* uno. —Siento una opresión en el pecho. Con eso son dos cosas que los casos tienen en común. El detective y yo. No es nada, me digo a mí misma mientras sigo a Amber y Safia al gimnasio. *No es nada*, porque yo no hice nada. Fui amable. Fui servicial. Hice que dos personas tuvieran un día mejor. Y justo esas dos personas desaparecieron.

—De todos modos —dice Amber—. También faltaban la mochila y la cartera de Bethany. Pero el auto seguía ahí y había una valija metida en la parte trasera y la puerta del auto había quedado abierta. Es como si hubiese hecho la mitad de las cosas para irse antes de decidir simplemente partir.

Ella y Safia se dirigen a las colchonetas y, aunque yo quiero correr —quiero hacer algo para aclarar mi mente y calmar mis nervios—, las sigo.

—… lo que sería inteligente —está diciendo Amber— si ella realmente quería desaparecer, porque es fácil rastrear un auto.

—Pero ¿por qué *querría* desaparecer? —pregunto, dejándome caer sobre la colchoneta—. Todos están diciendo que no están

sorprendidos, que solo era cuestión de tiempo. ¿A qué se refieren?

Amber suspira.

—El verano pasado llamaron a mi papá para que fuera a la casa de Bethany debido a una denuncia por ruidos. Había habido una guerra de gritos, y cuando él llegó ahí, encontró a Bethany en la entrada de la cochera con todas sus cosas.

—Retrocede —dice Safia—. Te estás salteando las mejores partes.

—Se vuelve hacia mí—. Bueno, la mamá de Bethany es una sanguijuela. Así les decimos a las que se casan solo por dinero. En un momento la compañía del papá de Beth tuvo problemas y la madre lo abandonó así. —Hace un chasquido con los dedos—. Se lleva todo lo que pudo, incluida la casa, y después se da vuelta y encuentra un nuevo novio a quien chuparle la sangre. El tipo se mudó con ella como en tres semanas.

—Chicas —grita una de los profesores de gimnasia—. Más trabajo y menos charla.

—¡El estiramiento es una parte esencial del bienestar! —responde Safia a los gritos. Pasa a exagerar cada uno de sus movimientos, lo que casi me hace sonreír.

—Entonces —continúa—, el asqueroso ese ha estado ahí toda una semana cuando se queda solo con Bethany en la casa e intenta seducirla.

Se me revuelve el estómago.

—¿Qué pasó?

—Hizo lo que cualquier chica de Hyde con un poco de respeto por sí misma haría. Le dio un puñetazo en la cara. Pero cuando intentó decirle a su mamá lo que había pasado, ella dijo que había sido todo culpa de *Bethany*.

Detrás de mis ojos, la mujer lanza la copa a la cabeza de Bethany.

—Y el asqueroso lo retorció por completo para que encajara con eso —dice Safia—. Aseguró que Bethany intentó seducirlo *a él*. Me sorprende que Bethany no se haya ido esa misma noche. Sé que pensó en hacerlo.

—Papá lo informó, pero era la palabra de uno contra la palabra del otro. No pasó nada. Pero le dijo a Bethany que lo llamara si el tipo intentaba algo otra vez. Si no se sentía segura.

—Entonces tu papá le creyó.

A Amber se le arruga la frente.

—Por supuesto. No es un idiota. Todos pensamos que Bethany se iba a largar, pero no lo hizo. Supongo que lo entiendo. Solo tenía que atravesar este año y después sería libre. —Sacude la cabeza—. No sé qué pasó. Pero algo no cierra. ¿Por qué estaba el auto abandonado en la entrada de la cochera? ¿Por qué todavía estaba la valija atrás?

Safia se muerde el labio.

—Bethany le dijo a Wesley una vez que siempre tenía una valija lista. Por si no podía aguantarlo más. Escuché que se lo contaba a Cash. Pero eso tampoco explica por qué la dejó.

—¿Wes y Bethany tenían algo? —pregunto.

Safia levanta una de sus cejas perfectas.

—¿Por qué? ¿Estás celosa?

—Estoy intentando ver todo el panorama.

—Tenían lo que se puede tener con Wesley —dice Amber—, que no es mucho.

—Es un tarado y un seductor serial —dice Safia, aunque su mirada vaga hacia la pista, donde están corriendo él y un puñado de otros chicos. Se pone de pie—. Miren, no es que esto no haya sido morbosamente divertido y una charla de chicas, pero tengo que buscar una cita para el Festival de Otoño, para no morir sola. Salud, niñas.

Safia cruza el gimnasio. Amber la mira alejarse. Se ve tan perturbada como yo me siento.

—No crees que haya huido.

Amber dice que no con la cabeza.

—Y el asqueroso ese, ¿es un sospechoso?

—Su coartada es sólida, pero no sería la primera vez que sale de problemas comprando a alguien. Yo solo… No confío en nada de esto. ¿Alguna vez tienes esa sensación visceral de que algo no cierra?

—Todo el tiempo.

—Sí, bueno, yo la tengo ahora. Y no es por el auto abandonado en la entrada o el hecho de que su mamá y el señor Asqueroso simularan que les importa que se haya ido —dice Amber, poniéndose de pie—. Es otra cosa y va a sonar insignificante o estúpido, pero si conocieras a Bethany… Ella tenía este colgante que siempre usaba.

Se me hiela la sangre.

—¿Qué hay con el collar?

—Lo encontraron en el asiento del conductor.

Hora de almorzar y todavía no hay mensajes de Jason.

Le envío otro texto y me inclino hacia atrás contra la estatua del Alquimista en la Corte, mi mente da vueltas alrededor de las desapariciones mientras el resto del grupo habla sobre el Festival de Otoño de la semana que viene y las solicitudes para entrar a la universidad y el profesor nazi de gimnasia. Pero yo no puedo dejar de pensar en el señor Phillip y Bethany.

Dos personas que desparecieron justo después de que las vi.

Agarro mi teléfono.

¿Y si están a punto de ser tres? ¿Y si ya lo son?

Intento descartar ese pensamiento. Es ridículo. Esto no tiene nada que ver conmigo. Yo no *conocía* a estas personas. Cruzamos caminos. La gente se cruza todo el tiempo. Bethany pudo haber huido. Quizás

algo la espantó —una llamada de su madre, un auto que pasó— y renunció a llevarse la valija y el auto y salió huyendo a pie antes de perder el coraje. Es bastante fácil desaparecer si tienes el dinero y la necesidad.

Pero ella no dejaría el collar. Dejaría la casa y el auto y la vida, pero no la pieza de plata. Lo sé tan solo de haberlo sostenido.

Entonces, si ella no se fue, ¿qué pasó? ¿Otro secuestro?

—¿Esperando una llamada?

Wesley se sienta a mi lado. Guardo el teléfono.

—Lamento lo de Bethany.

—Yo también —dice Wes—. ¿Se encontraron ustedes dos?

—Una vez. ¿Realmente crees que huyó?

—¿Tú crees que no?

Respiro hondo.

—Es solo que… es la segunda vez esta semana que alguien desaparece.

—Es una ciudad, Mac. Suceden cosas malas.

—Sí, ya sé —digo despacio—. Pero estás dos cosas malas tienen algo en común.

—¿Qué cosa?

—Yo. —Me miro las manos—. Creo que fui la última persona que los vio. A ambos.

Frunce el ceño y le explico lo del señor Phillip y las galletas y lo de Bethany y el collar. Y después saco mi teléfono y le cuento lo del corredor de esta mañana.

—Así que conociste a estas personas y después simplemente ¿qué?, ¿desaparecieron? ¿Por qué? ¿Cómo?

—No lo sé. Pero son demasiadas coincidencias, Wes.

—Esto realmente te está molestando, ¿no?

Tiro de las mangas para que me cubran los dedos.

—Mira —dice—, es extraña la forma en que todo parece encajar, pero el hecho es que nada de todo esto es tu culpa. No has hecho nada malo. Estoy bastante seguro de que, de lo contrario, te acordarías.

Se me hace un agujero negro en el centro del estómago.

¿Lo recordaría?

Me paso el resto del día devanándome la cabeza en busca de tiempo perdido, tratando de recordar si me he olvidado, lo que es tan difícil como suena. Mientras el señor Lowell continúa hablando sobre la agitación social, registro mi memoria en busca de trozos de hielo negro, pedazos de tiempo faltante, pero no puedo encontrar nada.

Vine derecho a casa desde lo del señor Phillip.

Fui derecho a casa desde lo de Bethany.

Vine derecho al colegio desde el accidente de bici con Jason.

¿Entonces por qué están desapareciendo?

—Estos son pilares fundamentales de la revolución —dice el señor Lowell, dando golpecitos al pizarrón—. Engendrar descontento no es suficiente para debilitar la fe de la gente. Una revolución no es tanto un juego de poderío sino más bien un juego de habilidad. Tiene que haber una estrategia…

Simplemente no tiene sentido.

—… un método…

No conozco a esta gente. Simplemente me crucé con ellos.

—… un plan de ataque…

Y entonces un pensamiento oscuro pasa por mi cabeza.

¿Y si me están tendiendo una trampa? ¿Y si estas personas son blancos porque yo me crucé con ellas?

¿Pero por qué?

Para que alguien considere que no eres apta, necesitan un caso.

Necesitan pruebas.

Trago con fuerza y me clavo las uñas en las palmas de las manos.

Estoy dando saltos otra vez, dibujando líneas donde quizá no deberían estar; me estoy enredando tanto que casi se me pasa la solución más simple.

Empiezo por el principio.

El juez Gregory Phillip.

Nadie sabe qué le pasó, pero yo puedo averiguarlo. Después de todo, el secuestro ocurrió dentro de su casa, una habitación con cuatro paredes. Paredes que yo puedo *leer*.

Todo lo que tengo que hacer es meterme en la escena del crimen.

CATORCE

APENAS SUENA EL TIMBRE, salgo por la puerta y me abro paso hacia el estacionamiento. Pero me detengo en seco cuando llego a la entrada y veo a Eric parado en una esquina, más allá de la última fila de autos, simulando leer un libro. Genial. *Ahora* aparece.

Aún no me ha visto, y me voy varios pasos para atrás, choco con estudiantes y me quedo atrapada en la marea de su estática agobiante mientras retrocedo por las puertas, fuera de su campo visual.

No sé qué está pasando con esta gente, pero ya sea que Eric esté buscando pruebas o no, lo último que necesito es que el Archivo observe mientras fuerzo la entrada de la escena de un crimen. Dejo a Dante en su lugar en el soporte para bicis y voy en busca de otra ruta a casa, preguntándome cuánto tiempo se quedará Eric esperando a que yo aparezca.

La casa del señor Phillip está solo a unas pocas cuadras del Coronado, así que puedo llegar a pie una vez que esté en casa. Y por suerte para mí, conozco a alguien que me puede llevar hasta ahí.

Solo espero que todavía esté aquí.

Serpenteo por el edificio principal, por su vestíbulo de vidrio y sus paredes cubiertas de exestudiantes, y obligo a mis ojos a dejar pasar la foto de Owen y después reviso el salón comedor y la Corte, pero ambos están vacíos. Y después recuerdo a los chicos arrastrando equipos deportivos hacia el gimnasio. A mitad de camino hacia el centro de Bienestar, veo un sendero marcado por pisadas que sale del camino principal y lo sigo hacia la parte trasera del edificio para encontrar las canchas al aire libre.

Ahí, en la mitad del césped, pateando una pelota de fútbol junto con una docena de chicos de cuarto, está Wesley.

Todos los chicos están vestidos con la misma ropa del colegio negra y dorada —una mitad todavía con todo el uniforme y la otra mitad solo con pantalones—, todos corren y gritan —lanzan insultos amistosos, piden la pelota— y aunque solo alcanzo a ver su espalda desnuda, lo reconozco al instante.

No solo por su altura o la curva de sus hombros o los músculos finos de su espada —recuerdo vívidamente cuando le pasé los dedos por la curva de la columna para sacarle las astillas de vidrio de la piel —, sino también por la forma en que se mueve. La fluidez con la que se balancea y amaga, la calma que da paso a repentinas explosiones de velocidad que se disuelven nuevamente hacia la calma. Juega de la misma forma en que pelea. Siempre en control.

Hay una serie de gradas de metal bajas al borde de la cancha y me subo a un banco y saco el teléfono de mi mochila. Todavía no hay mensajes de Jason. Respiro hondo para calmarme, después marco su número. Suena y suena y suena, y mientras lo hace, los *quizá* se reproducen en mi cabeza.

Quizá Jason me dio un número equivocado por accidente.

Quizás a Bethany se le cayó el collar, como le pasó en el vestuario.

Quizás el señor Phillip tenía enemigos.

Quizá…

Y entonces atiende el contestador y escucho la voz de Jason, que me pide que deje un mensaje. Los *quizá* se derrumban. Pongo el teléfono en el bolsillo de mi falda y noto que Cash está en la cancha, menos elegante que Wes y más ruidoso. Se ilumina cuando roba la pelota, la levanta en el aire y la lleva hacia el arco improvisado. Pero Wesley llega ahí a último momento y se lanza en el camino de la pelota y la agarra en el aire con las manos. Cash se ríe y niega con la cabeza.

—¿Qué carajo fue eso, Ayers? —reclama uno de los otros.

Él encoge los hombros.

—Necesitábamos un arquero.

—No puedes jugar en todos los puestos —recrimina Cash y por alguna razón eso me hace reír. Es un sonido diminuto (no hay forma

de que alguien lo escuchara), pero en ese momento, los ojos de Wesley giran rápido, más allá de los jugadores, hacia las gradas de metal. Hacia mí. Sonríe. Manda la pelota de nuevo al campo, deja el partido improvisado y trota hacia las gradas. Un momento después, Cash también se escabulle.

—Ey, tú —dice Wes, mientras se pasa una mano por el pelo para peinarlo hacia atrás. Los músculos se entrelazan sobre su estrecha constitución (*levanta la vista, Mac, levanta la vista*) y la cicatriz en su abdomen está sanando rápido y bien. Ahora no es más que una línea oscura.

Antes de poder decirle por qué estoy acá, Cash nos alcanza.

—Debo admitir, Mackenzie —dice Cash—, que nunca me diste la impresión de ser una chica de tribuna.

Levanto una ceja.

—¿Qué? ¿No ves que soy una fanática de los deportes?

Wes se ríe.

—Las chicas de tribuna —dice, señalando más allá por las filas de metal a un grupo de chicas con líneas verdes y plateadas, cuyo ojos ávidos y entrenados miran el partido improvisado y a la colección de chicos de cuarto en cueros y sudados. Un par de rostros se dan vuelta hacia mí. O mejor dicho, hacia Wes y Cash. Revoleo los ojos.

—Sin ofender, chicos, pero no vine para babearme por ustedes.

Cash agarra con la mano el escudo del colegio que está sobre su pecho.

—Mis ilusiones destrozadas.

Wes pone un pie sobre la grada más baja y se inclina hacia adelante, para descansar el codo sobre la rodilla.

—Entonces, ¿para qué estás acá?

—Vine a buscarte a *ti* —respondo; esta vez Cash realmente parece un poco desanimado.

Wes, por el contrario, me lanza una extraña mirada cautelosa, como si pensara que es una trampa.

—Porque…

—Porque tú me dijiste que viniera —miento y agrego un suspiro impaciente para rematar—. Me dijiste que podía usar tu *Infierno*, porque es una versión mejor que la mía.

Wesley se relaja visiblemente. Ahora que está nuevamente en nuestro elemento —los dos mintiendo—, sabe qué hacer. Tengo que admitirlo. Aun sin saber qué es lo que realmente quiero o adónde quiero llegar con esto, no duda ni por un momento.

—Si por mejor versión —dice— quieres decir que está lleno de marcas basadas en preguntas del profesor, pruebas y exámenes finales de otros años, entonces sí. Y lo siento, me olvidé por completo. Está en mi locker.

Cash frunce el ceño y abre la boca, pero Wes lo interrumpe.

—No es trampa, señor Consejo Estudiantil. Todo el mundo sabe que cambian las pruebas todos los años. Es solo una ayuda muy completa.

—Eso no era lo que iba a decir —responde Cash enojado—. Pero gracias por aclararlo.

—Disculpa, Cassius —dice Wesley y saca su mochila de debajo de las gradas—. Continúa.

Cash presiona el césped con la punta del pie.

—Solo iba a señalar que Wes se copió de mí la mitad de esa clase…

—Mentiras —dice Wes horrorizado—. Todas acusaciones falsas.

—… así que si quieres ayuda…

—Realmente, como si yo no pudiera encontrar formas más creativas para hacer trampa… —continúa Wes.

—Probablemente yo sea la mejor opción.

Sonrío y me pongo de pie.

—Es bueno saberlo.

Wes todavía está quejándose cuando lanzan la pelota de fútbol hacia nosotros y Cash la atrapa.

—Estoy aquí para ayudar —dice alegremente y vuelve a la cancha.

—Lo voy a agregar a tu tarjeta de comentarios —le grito cuando se va trotando. Vuelvo a prestarle a atención a Wes, que está ahí parado,

sin camiseta y mirándome fijo.

—Voy a necesitar que te pongas la camiseta —digo.

—¿Por qué? —responde, levantando una ceja—. ¿Estás teniendo problemas para concentrarte?

—Un poco —admito—, pero más que nada, es que estás sudado.

Su sonrisa se torna malévola.

—Puaj, no, espera. —Empiezo a decir, pero es demasiado tarde, él ya está acortando la distancia entre nosotros, pasa los brazos alrededor de mi espalda y me abraza. Logro levantar las manos mientras me encierra contra él y abro los dedos sobre su pecho y el sonido de la banda de *rock* me inunda. Se vierte en mi cabeza donde nuestra piel se toca. Y a través de su pecho y su sonido (o quizá *dentro* de este), puedo percibir los latidos de su corazón, su constante percusión me golpea las palmas de las manos. Mientras hace eco en mi propio pecho, todo lo que puedo pensar es: ¿por qué las cosas no pueden ser así de simples?

Quiero decir, nada va a ser *simple* para nosotros jamás —no en la forma en que lo es para otra gente—, pero ¿no podríamos tener esto? ¿No podría yo tener esto? Un chico y una chica y una vida normal.

Lleva su frente mojada contra la mía seca y una gota de sudor corre hacia abajo por mi sien y mi mejilla, antes de abrirse camino hacia mi mentón.

—Eres asqueroso —susurro. Pero no me aparto. De hecho, tengo que luchar contra las ganas de deslizar las manos hacia abajo por su pecho, por su abdomen desnudo hacia su espalda. Quiero estrechar nuestros cuerpos y alargarme en puntas de pie hasta que mis labios encuentren los suyos. No tengo que leer su mente para saber cuánto desea besarme él también. Lo puedo percibir en la forma en que se tensiona debajo de mis manos, lo siento en la pequeña burbuja de aire que separa su boca de la mía.

Me obligo a recordar que fui yo la que dijo que no. Que soy la que está manteniéndonos apartados. No porque no sienta lo que él siente, sino porque tengo miedo.

Tengo miedo de perder la cabeza.

Miedo de que el Archivo decida que no vale la pena el riesgo y me borre.

Miedo de darle a Wesley una parte de mí que no pueda conservar.

Miedo de que si tomamos este rumbo, nos arruine.

Yo lo voy a arruinar a él.

—Wes —le suplico y me ahorra el dolor de tener que apartarme al soltarme. Sus brazos se deslizan nuevamente hacia abajo, y retrocede un paso, llevándose consigo su música. Se agacha, busca su llave en su mochila. Se pone el metal nuevamente alrededor del cuello antes de enderezarse, remera en mano.

—Entonces —dice y se pone la remera por la cabeza—, ¿por qué viniste en verdad?

—En realidad, esperaba que me pudieras llevar a casa.

Arruga las cejas.

—No estaba bromeando, Mac. No tengo auto.

—No —digo despacio—, pero tienes algo mucho mejor. Lo forma más rápida de atravesar la ciudad, me dijiste, y casualmente sé que lleva justo hasta mi puerta.

—¿Los Estrechos? —Su mano se eleva hacia la llave contra su esternón—. ¿Qué sucede con Dante?

—Nada. —Excepto por la proximidad de la bici a Eric. Inclino la cabeza hacia atrás—. Es solo que parece que va a llover. —Para ser justos, está bastante nublado.

Mira hacia arriba él también.

—Mmmm. —No *tan* nublado. Sus ojos bajan hasta los míos—. Sé honesta, solo quieres meterte en mis pasillos.

—Oh, sí —digo bromeando—. Los pasillos sombríos son *tan* excitantes.

Se le levanta la comisura de la boca.

—Sígueme.

Wes me guía por la parte de atrás del campus a un edificio abandonado. «Abandonado» quizá sea un término demasiado severo:

el edificio es pequeño, viejo, elegante y cubierto de hiedra, pero no parece ni cerca de estar estructuralmente en buen estado, mucho menos en condiciones de ser usado. Wes hace otro gesto de reverencia hacia la puerta instalada en un costado del edificio.

—No entiendo —digo—. ¿Tu puerta de los Estrechos más cercana es… una puerta de *verdad*?

Wes se ilumina.

—Hermoso, ¿no crees?

La pintura está toda descascarada y las pequeñas incrustaciones de vidrio que alguna vez ocuparon la mitad de arriba se han roto y han sido reemplazadas por telarañas. Aun así, es extraño y hermoso. Sabía que todas puertas de los Estrechos comenzaron siendo puertas de verdad —madera, bisagras y marcos— pero con el tiempo, las paredes cambiaron, los edificios se derrumbaron y los portales quedaron. Cada puerta a los Estrechos que he visto no ha sido más que una grieta en el mundo, una unión que apenas puedes ver. Una entrada imposible que toma forma solo cuando una llave la llama.

Pero aquí eso es esta pequeña puerta de madera y metal. Me saco el anillo, el mundo cambia sutilmente mientras meto la sortija de metal en el bolsillo de mi falda y me acerco. Al presionar la palma de mano contra la puerta, puedo sentir la extrañeza, el murmullo de los dos mundos al encontrarse y reverberar por la madera. Hace que mis

dedos se entumezcan. Wesley saca la llave de debajo de su remera; la introduce en la cerradura oxidada —una cerradura de metal de verdad — y gira.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunto cuando la puerta se abre hacia la oscuridad.

—Mantén los ojos abiertos en busca de un alguien llamado Elissa —responde. Doy una última mirada alrededor de nosotros para ver que no esté Eric y después sigo a Wesley.

Los Estrechos son los Estrechos son los Estrechos.

El hecho de que el territorio de Wesley se vea, huela y suene como el mío —oscuro, húmedo, frío y lleno de ecos distantes, como tuberías ululantes— es un simple recordatorio de cuán vasto es el sistema del Archivo. Las únicas diferencias son las marcas que hizo en las puertas —yo uso X y O, pero Wes dibuja extensos trazos diagonales rojos sobre cada puerta cerrada, tildes verdes sobre las que se pueden usar —. Y por supuesto está el hecho de que no tengo idea de adónde voy. Se parece tanto a mi territorio que siento que debería conocer cada esquina, pero los pasillos y las puertas son un espejismo desconcertante.

—¿Para qué lado queda mi casa?

— *Tu* casa es por acá —dice señalando hacia adelante por el pasillo.

—¿Y la tuya? —pregunto.

Hace un gesto vago hacia atrás de sí.

Me da curiosidad.

—¿La puedo ver?

—Hoy no —dice Wes, con voz extrañamente tensa.

—Pero estamos tan cerca. ¿Cómo puedo dejar pasar la oportunidad de ver el interior de la vida del misterioso Wesley Ayers?

—Porque no te lo estoy ofreciendo —responde, refregándose los ojos—. Mira, es una casa grande. Desalmada. Y la odio. Eso es todo lo que necesitas saber. —Parece genuinamente molesto, así que se lo dejo pasar. Se apura a defender al colegio, incluso con todas sus pretensiones, pero lo que sea que haya en su casa debe ser peor. La imagen de Wesley sentando en un patio esplendoroso con un mayordomo tiembla y se quiebra.

Empieza a irse caminando y yo lo sigo. Nos movemos en silencio por los Estrechos, nuestros sentidos calibrados hacia los pasillos poco iluminados que nos rodean. Intento hacer un mapa mental de estos corredores nuevos. No es suficiente con saber el número de giros a la derecha y a la izquierda —Da me enseñó como aprender un espacio, a hacer una memoria de él para poder encontrar el camino en ambas direcciones y corregir mi curso si me pierdo—. Es más difícil esta vez, porque hay un territorio casi idéntico delineado en mi cabeza.

—¿Me vas a contar qué les pasó a tus manos? —pregunta Wes.

—Nada que no pudiera manejar.

—Me prometiste una anécdota.

—Esta no es muy agradable —digo, pero igual le cuento.

Desacelera el paso. Incluso en la oscuridad, puedo ver que se pone pálido mientras escucha.

—Yo los hubiera matado —dice entre dientes.

—Yo estuve cerca —digo. Saqué a Eric del relato. No quiero que Wesley se preocupe, no hasta que haya buenas razones.

Afortunadamente, la aparición de una pared territorial me ahorra tener que decir algo más.

El límite entre el territorio de Wesley y el mío parece un callejón sin salida, excepto por una cerradura colocada ahí. Es extraño, pienso, cuán separados se mantiene a los Porteros. Las Brigadas pueden ser parejas, pero nosotros estamos aislados. Cada uno en su propia página.

Doy un paso al costado para que Wes pueda pasar y meter su llave en la pequeña marca brillante en la pared, que aparte de eso está vacía; cuando lo hace, la puerta cobra forma alrededor de la cerradura, la madera se propaga en ondulaciones sobre la superficie pedregosa.

La cerradura gira con un suave clic metálico y él empuja la puerta para abrirla y revelar mi sección de los Estrechos. Igual —una imagen en espejo— y sin embargo diferente. Más familiar.

Libero mi propia llave de debajo de mi cuello y me envuelvo la muñeca con el cordón. Wes sonríe y hace una reverencia antes de correrse a un costado para dejarme pasar.

—Cuídate —dice, sosteniendo la puerta mientras la atravieso.

Escucho cómo se cierra detrás de mí; para cuando miro hacia atrás, ya no hay nada allí, excepto por una pared de ladrillos lisa y el pequeño ojo de la cerradura lleno de luz. Una sombra lo cruza brevemente y después ya no está. Cuando presiono mi oreja contra la pared, imagino que puedo escuchar los pasos de Wesley alejándose.

Siento el roce de las letras en mi lista, pero no saco el papel. La Historia tendrá que esperar. Quizá no esté contenta o cuerda, pero me encargaré de ella cuando vuelva.

Avanzo por el territorio directo a las puertas numeradas, mi mente ya está en la casa del señor Phillip cuando meto la llave en la primera puerta y salgo al pasillo del tercer piso y me detengo.

Eric está apoyado contra el empapelado amarillo gastado, leyendo un libro.

—Si no supiera lo contrario —dice, dando vuelta la página—, creería que me estabas evitando.

—Rueda pinchada —digo, deslizando mi anillo por mi dedo mientras la puerta de los Estrechos se disuelve detrás de mí.

—Seguro. —Cierra el libro y lo guarda en un bolsillo.

—Sabes —digo—, hay un nombre para los tipos que merodean afuera de las escuelas.

Eric casi sonríe.

—Cuando te escabulles, haces que uno piense que no andas en nada bueno.

—Cuando sigues a la gente sin decirle por qué, haces que uno piense eso mismo.

Eric me guiña el ojo.

—¿Cómo están tus manos?

Dudo. Suena como si realmente le importara. Quizás estaba equivocada sobre él. Las pongo en alto para que las examine.

—Bien —dice—, sanas rápido.

—Lo que es realmente útil.

—Agradece a tus genes, señorita Bishop. El tiempo de recuperación viene con el territorio, igual que la vista.

Me miro los nudillos lastimados. Nunca pensé demasiado en ello, pero tiene sentido.

Justo entonces, la puerta que lleva a las escaleras se abre de golpe y una mujer entra caminando con pasos largos, una llave de Brigada le cuelga de los dedos. Es alta, tiene ojos negros enmarcados por pestañas oscuras, el pelo negro recogido en una cola de caballo que le cae recto y afilado como un cuchillo entre los hombros. De hecho,

todo en ella es afilado, desde la línea de su mandíbula pasando a sus hombros, sus uñas y las botas de taco alto hasta el final de sus piernas altas y delgadas. Ahora la reconozco, de ese día en el Archivo.

La compañera de Eric.

—Ahí estás —dice, sus ojos se mueven rápido entre nosotros.

—Sako, mi amor. —Hay una calidez en su voz que iguala la frialdad que hay en la de ella—. Estaba educando a nuestra joven Portera aquí. No les enseñan nada estos días.

Estoy dispuesta a apostar que sé más sobre la forma de actuar del Archivo de lo que Eric cree, pero me quedo callada.

—Bueno, terminó el colegio. Tenemos trabajo que hacer.

Eric sonríe, con ojos encendidos.

—Genial.

Se me afloja el pecho. Genial, de verdad. Eso lo mantendrá lejos de mi sombra lo suficiente como para que yo pueda visitar la casa del señor Phillip.

Él empieza a caminar hacia Sako y estoy casi a punto de dejar salir un suspiro de alivio cuando se detiene y mira hacia atrás.

—¿Señorita Bishop?

—¿Sí?

—Realmente intenta no meterte en problemas.

Sonrío y extiendo los brazos.

—¿Acaso parezco una persona problemática?

Sako se ríe por la nariz y desparece por las escaleras. Eric va tras sus pasos.

En cuanto se van, abro mi mochila y saco mis pantalones deportivos y un juego de ganzúas —gracias al cielo, Hyde no registra a sus alumnos, porque sería difícil explicar esto—. Me pongo los pantalones y estoy metiendo la falda y la mochila en el macetero cuando suena mi teléfono. Se me para el corazón.

En el instante entre escuchar el sonido y extraer el teléfono de mi bolsillo, todos mis miedos de repente parecen tontos.

El mensaje de texto será de Jason, para decirme que está bien y que lo lamenta, que su teléfono está sin batería y que no podía encontrar el cargador y me daré cuenta cuánto problema me estaba haciendo por nada, apilando teoría sobre teoría sobre teoría cuando, por una vez, Da estaba equivocado y el hecho era que todo se trataba de una coincidencia. Quizá Bethany encontró la fuerza para dejar su collar junto con el resto de su vida. Quizás a Eric lo contrataron para protegerme, y no para borrarme. Quizás el señor Phillip… pero ese es el problema. No hay explicaciones para lo del señor Phillip.

Pero el texto no es de Jason.

Es de Lindsay, solo para decir hola.

Mis esperanzas se derrumban, porque no hay salidas fáciles, solo

más preguntas. Y solo un lugar al que ir. Un lugar que tiene que tener respuestas.

Bajo las escaleras de a dos escalones por vez hasta el vestíbulo. Después giro directamente por el pasillo al costado de la escalera, atravieso el estudio y entro en el jardín. Trepo la pared de piedra y paso al otro lado, aterrizo en la vereda en cuclillas y me voy.

QUINCE

DA Y YO ESTAMOS VOLVIENDO A CASA *caminando un día de verano extremadamente caluroso, comiendo helado de limón, cuando él recibe una llamada. Su teléfono hace ese sonido específico que solo hace cuando lo están llamando a una escena. Extraoficialmente, por supuesto —Da nunca hace nada que quede registrado—, y me pasa lo que queda de su helado de limón y dice: «Tú sigue, Kenzie. Después te alcanzo», así que obviamente tiré los dos helados y lo seguí a la distancia. Avanza por tres calles hasta una casa que está acordonada, pero claramente sin supervisión. Va a la puerta de atrás, no a la delantera, y procede a quedarse ahí parado hasta que yo llego a una distancia al alcance del oído. Entonces dice, sin darse vuelta: «¿Tienes los oídos rotos? Te dije que siguieras caminando hasta tu casa».*

Pero cuando lanza una mirada hacia atrás, no parece enojado, sino divertido. Sabe que soy buena para dejar las manos quietas, así que me hace un gesto con la cabeza para que suba al escalón y me dice que

observe bien. Saca un conjunto de ganzúas de su bolsillo trasero y me muestra cómo alinearlas, una arriba de la otra; y me deja presionar la oreja contra la cerradura para escuchar los clics. Da dice que cada cerradura te hablará, si escuchas bien. Cuando termina, apoya la mano en la perilla y dice: «Ábrete sésamo». La puerta se mueve hasta quedar abierta.

Después se saca las botas, ata los cordones y las cuelga de su hombro antes de entrar. Hago todo lo que él hace, y nada que no haga, y juntos vamos hacia adentro.

Es la escena de un crimen.

Me doy cuenta porque todo está muy quieto.

Quieto, como a propósito.

Me paro al lado de la puerta y lo observo trabajar, asombrada por la forma en que toca las cosas sin dejar ningún rastro.

Desde la calle, la casa del señor Phillip parece casi normal.

Las plantas todavía están en sus macetas, el felpudo de entrada aún está limpio y alineado al final de los escalones, y estoy dispuesta a apostar que detrás de la puerta hay varios pares de zapatos en fila contra la pared. Pero la imagen está interrumpida por la tira de cinta amarilla que cruza la puerta delantera y el patrullero estacionado en la calle.

Estoy inclinada contra una cerca, a unas cuantas casas de distancia,

evaluando la situación. Hay un oficial en el patrullero, pero su asiento está reclinado hacia atrás y él tiene su gorra sobre los ojos. Por la vereda, una mujer está paseando con su perro; salvo por eso, la calle está vacía.

Una cerca alta de madera sobresale a ambos lados de la casa del señor Phillip, pero el césped del vecino es abierto. Cruzo la calle por detrás del auto de la policía y voy hacia el patio, dirigiéndome hacia el patio trasero como si fuera el mío. Por suerte, no hay nadie en casa para contradecirme; tan pronto como estoy fuera del campo visual del patrullero, presiono la oreja contra la cerca del señor Phillip y escucho. Nada. La madera apenas cruje cuando me subo a ella y paso del otro lado y aterrizo en cuclillas en el aseado patio trasero.

Las dos ventanas rotas han sido cubiertas con plástico en la parte de atrás de la casa y hay vidrios esparcidos en el césped debajo de ellas, lo que es extraño en sí mismo. Normalmente, en una entrada forzada, las ventanas se rompen hacia adentro, pero el vidrio aquí afuera sugiere que las ventanas fueron rotas de adentro hacia *afuera*.

Mantengo los ojos en el piso, de modo de pisar en donde otros han obviamente pisado, más que en lugares que no han sido tocados. Cuando llego a la puerta trasera, presiono la oreja contra la madera y escucho. Todavía nada; ni voces ni pasos ni sonidos de vida. Chequeo la cerradura, pero no se mueve, así que saco el conjunto de ganzúas de

mi mochila y me arrodillo frente a la cerradura. Desde ahí manipulo las dos barras de metal hasta que la cerradura se mueve y hace clic debajo de mi mano.

—Ábrete sésamo —susurro.

Giro la perilla y la puerta se abre. Guardo el conjunto de ganzúas para cerraduras en mi bolsillo, entro y cierro la puerta detrás de mí. Al principio, todo parece normal; una pequeña habitación con un piso de baldosas, un par de zapatos prolijamente colocados al lado de la puerta y un paraguas en un paragüero, esa misma sensación de que todo está en su lugar. Entonces miro en la habitación a mi izquierda y veo el daño. El plástico puesto en las ventanas hace que espacio esté oscuro, pero incluso sin luz puedo ver restos desparramados por el piso de madera. Un conjunto de bibliotecas que van del piso al techo están empotradas en la pared opuesta a las ventanas rotas. La mayoría de los restos parece haber venido de ahí; los estantes están prácticamente vacíos y un rastro de libros y objetos extraños ensucian el piso y va disminuyendo hacia las ventanas.

Contengo el aire. Hay una quietud horrible en la habitación. Solo han pasado tres días, pero el aire empieza a sentirse viciado. Es inquietante, la escena de un crimen sin cuerpo, como un set de películas sin actores.

Me quito el anillo y lo pongo sobre la mesa al lado de la puerta. El

aire cambia alrededor de mí, susurrando débilmente con vida. Estoy llevando la mano a la pared más cercana cuando pasa algo.

Dejo que mi mirada se deslice por la habitación. Cerca de las ventanas, *se corre*.

Siento una opresión en el pecho. ¿Un *atajo*? ¿Aquí?

Y después se me hace un agujero en el estómago, cuando me doy cuenta de que no es un atajo. Los atajos —las puertas invisibles que las Brigadas usan para trucar su camino a través del espacio— perturban el aire pero son lisos. Este está dentado, capta mi mirada y la repele al mismo tiempo. Mi corazón empieza a acelerarse.

Un atajo no haría eso.

Pero un *vacío* sí.

Los vacíos son ilegales, rajaduras hechas en el mundo, puertas a ningún lado. La última —y única— vez que he visto un vacío fue el día que *yo hice uno*. El día que Owen escapó y la lucha se desparramó afuera de los Estrechos hacia el Coronado, a través de los pasillos y por las escaleras y al techo.

Cierro los ojos con fuerza y puedo sentir que Owen me agarra con más firmeza, su cuchillo entre mis omóplatos, sus fríos ojos azules llenos de ira y odio mientras levanto la llave de la Brigada detrás de su espalda. Giro la llave en el aire y se llena con el sonido de un clic y de un viento demoledor, y los ojos de Owen se abren grandes cuando se

abre el vacío y lo arranca hacia atrás, llevándoselo hacia la oscuridad.

Y un instante después se cierra, dejando solo una juntura dentada en su estela.

Una juntura, justo como la que tengo enfrente ahora. El pulso me golpea los oídos. Por eso hay escombros y vidrios rotos pero no hay cuerpo. Los vacíos se abren solo por un momento, suficientemente largo para devorar al ser vivo más cercano. El crimen perfecto, si tienes en cuenta que nadie puede ver el método, la marca.

¿Pero quién haría esto? Solo hay una herramienta en el mundo que puede crear una puerta al vacío.

Una llave de Brigada.

Y entonces caigo en la cuenta: Eric.

¿Qué fue lo que me dijo en el parque la otra noche?

¿Qué vas a hacer con ellos?

Los voy a hacer desaparecer.

Eric no me ha estado siguiendo en busca de pruebas. Ha estado *plantándolas*. Me está tendiendo una trampa. El señor Phillip y Bethany y Jason. Todos desaparecieron después de que me crucé con ellos.

El pánico me carcome y llevo una mano temblorosa a la pared más cercana, ya sabiendo lo que voy a encontrar. Nada. El mismo sonido blanco de inexistencia que encontré en el techo del Coronado ese día. Los vacíos cubren sus propias huellas, erosionan el tiempo y la

memoria y los hacen ilegibles. Pero tengo que tratar de ver, así que cierro los ojos y dejo que las memorias floten hacia mis dedos. Me adentro, me aferro a ellas y rebobino el tiempo. La habitación parpadea y se vuelve visible. Al principio está vacía; después, poco a poco, se llena de gente: agentes y hombres tomando fotografías. La imagen pasa girando y la habitación vuelve a quedar vacía, y por un instante pienso que quizá vea algo más. Puedo sentir el vacío rondando más allá del silencio.

La memoria me roza los dedos.

Y después, *estalla*.

La vista se me inunda con blanco, estática y dolor. La habitación desaparece alrededor de mí y se convierte en luz y arranco mi mano y la alejo de la puerta. Me silban los oídos mientras parpadeo para eliminar el blanco cegador de mis ojos.

Arruinado. Todo arruinado. Quien haya hecho esto sabía que no aparecería. Sabía que el vacío lo escondería. Pero no pueden esconder el vacío. Aunque no es como si alguien fuese a ver *esa* evidencia. No, la única prueba que van a ver es la mía. Mis huellas en algún lugar de la cocina del señor Phillip y en el collar de Bethany, mi número en el teléfono de Jason.

Tiro de mi manga y me tapo la mano con ella y limpio toda huella de la pared.

Y entonces escucho que cierran de golpe la puerta del auto.

El sonido me hace sobresaltar. Me choco con la mesa que está al lado de la puerta y mi anillo de plata sale rodando, golpea el piso de madera y rueda sobre los restos al mismo tiempo que los pasos y las voces apagadas vienen desde el camino de la entrada.

Me dejo caer y en cuclillas gateo hacia adelante y me arrodillo sobre un libro abierto. Empujo hacia un costado un encuadernador y un adorno pesado de vidrio para intentar agarrar el anillo. Va a parar contra una silla tirada y lo agarro y me lo pongo en el dedo justo cuando la puerta de entrada se abre por el pasillo. Me congelo, pero la bola de vidrio sigue rodando por el piso de madera con un sonido pesado y continuo antes de detenerse contra la pared.

Yo lo escucho y los policías también.

Uno de ellos grita.

—¿Hay alguien ahí?

Contengo el aire, zigzagueando silenciosamente entre los restos hacia la pared, contra la cual me aprieto, como si eso fuera a ayudar en lo más mínimo si llegaran a entrar aquí.

—Probablemente sea solo un gato —dice el otro; pero escucho que un arma es desenfundada y el andar pesado de unas botas que se acercan. Vienen para acá. Escaneo la habitación, pero no hay nada lo suficientemente grande como para ir a esconderme detrás. Y solo hay

dos formas de salir: el pasillo por donde vienen los policías y la puerta de atrás, por donde vine. Considero cuánto tiempo me llevará llegar ahí. No tengo otra opción.

Respiro hondo y corro.

También lo hacen los policías.

Están a mitad de camino por la casa cuando salgo estrellada por la puerta de atrás. Corro tres pasos hacia la cerca, cuando un hombre enorme sale de la nada y me agarra por los hombros. En cuanto me retuerzo para intentar liberarme, el oficial me hace girar y me tuerce los brazos hacia atrás y me obliga a tirarme al piso, donde se arrodilla sobre mi espalda. Me estremezco de dolor cuando las esposas de metal se clavan en mi muñeca lesionada. Se me empieza a nublar la vista y las pulsaciones me golpean los oídos y tengo que cerrar con fuerza los ojos y rogarle a mi mente *quédate aquí quédate aquí quédate aquí* mientras el momento tubular llena mi cabeza como si fuese humo. Respiro con fuerza para que el aire me entre en los pulmones e intento mantenerme calmada, o tan calmada como puedo con un oficial de policía sujetándome contra el suelo.

Pero cuando me arrastra para que me ponga de pie, todavía soy yo.

El agarre es débil, pero me aferro. Y entonces lo reconozco, de la tele.

El detective Kinney.

Me empuja adentro de la casa —rodeando la escena del crimen— y

por la puerta delantera. Estamos dejando un camino de tierra, y es ridículo pero me detengo a pensar cuán indignado estaría el juez Phillip, justo antes de que el detective Kinney me estrelle de espaldas contra la puerta del patrullero.

—Nombre —ladra.

Casi miento. La mentira está ahí en mis labios. Pero solo empeoraría las cosas.

—Mackenzie Bishop.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí dentro?

Estoy un poco deslumbrada por su fuerza y la furia en su voz. No es una ronquera que viene con la profesión, sino furia real.

—Solo quería ver…

—Entraste a una residencia privada y contaminaste una investigación activa… —Lanzo una mirada hacia el otro lado, buscando señales de Eric, pero el detective Kinney me agarra la mandíbula y empuja mi cara para que mire la suya—. Va a ser mejor que te concentres y me digas *exactamente* qué estabas haciendo ahí adentro.

Debería haber agarrado algo. Es más fácil venderles a los policías la imagen de una adolescente saqueadora que la de una adolescente detective.

—Vi la historia en las noticias y pensé que quizá podía…

—¿Qué? ¿Pensaste que podías jugar a ser Sherlock y resolverlo tú

misma? Eso era una maldita *escena del crimen cerrada*, jovencita.

Frunzo el ceño. El tono de voz que usa, la forma en que sus ojos no dejan de ir hacia el escudo de Hyde en mi camiseta, es como si le estuviera hablando a Amber, no a mí. Amber, a quien le gusta hacer de detective. Amber, quien (podría apostar) se ha metido en medio de su trabajo antes.

—Lo siento —digo, haciendo mi mejor representación de una hija arrepentida. No estoy acostumbrada a que me griten. Mamá se va corriendo a hablar con Colleen, y papá y yo no hemos tenido una verdadera pelea desde antes de Ben—. Realmente lo siento.

—Más te vale —gruñe. Uno de los policías está adentro todavía, sin duda evaluando el daño, y el otro está parado detrás de Kinney, con una sonrisa petulante. Apuesto que piensa que solo soy una niña rica en busca de diversión.

—Este tipo de acciones van a tu historial —está diciendo el detective Kinney—. Perjudica *todo*, a *todos*. Es muy probable que hasta pueda hacer que te expulsen de ese lujoso colegio.

Podría ser peor, pienso, *dependiendo de cuánta evidencia hayan encontrado*.

—¿Quieres que la lleve a la estación y la fiche? —pregunta el otro oficial, y empiezo a sentir presión en el pecho otra vez. Fichar implica tomar las huellas digitales, y si toman las mías y las agregan al sistema,

van a encontrar coincidencias aquí en lo de Phillip y quizá también en el collar de Bethany (salvo que ella haya borrado las huellas al frotarlo).

—No —dice Kinney, haciendo un gesto de rechazo—. Yo me encargo.

—Mire —digo—, sé que fue realmente estúpido, que *yo* fui realmente estúpida. No sé en qué estaba pensando. No volverá a suceder nunca más.

—Me alegra escuchar eso —dice, abriendo la puerta del patrullero —. Ahora entra en el auto.

DIECISÉIS

A DA NUNCA LE GUSTÓ LA PALABRA *ilegal*. Solía decir que podías zafar de cualquier cosa, siempre y cuando no te atraparan. Ahora me doy cuenta cuán estúpida es esa frase.

Estoy en la comisaría, esposada a una silla al lado del escritorio del detective Kinney. Tengo los dedos manchados de tinta negra y Kinney está sosteniendo en alto la hoja con mis huellas.

—Esto de aquí —dice, agitando el papel—. Esto no es solo una hoja de papel. Esto es la diferencia entre un historial limpio y uno con antecedentes.

Mis ojos se quedan en las diez manchas negras. Entonces, dobla la página y la desliza adentro del cajón de su escritorio.

—Esta es tu única y última advertencia —dice—. No te voy a fichar

hoy, pero quiero que pienses acerca de lo que pasaría si lo hiciera. Quiero que pienses en el efecto dominó. Quiero que te tomes esto en serio.

Siento que el alivio me recorre el cuerpo al arrastrar la mirada desde el cajón a su rostro.

—Le prometo, señor, que me lo tomo muy en serio.

El detective se reclina hacia atrás en su silla y observa el contenido de mis bolsillos en la mesa frente a él. Mi teléfono celular. La llave de mi casa (no tomó la que llevo al cuello). El set de ganzúas de Da. Y mi lista del Archivo. Contengo el aliento cuando levanta el papel, pasa el dedo sobre él mientras sus ojos pasan por encima del nombre



y lo deja caer sobre el escritorio, cara arriba. Entonces levanta el set de ganzúas de Da.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunta.

—Era de mi abuelo.

—¿Él también era un descarriado?

Frunzo el ceño.

—Era detective privado.

—¿Qué les pasó a tus manos?

—Pelea callejera —respondo—. ¿No es eso lo que hacen los descarriados?

—No sea insolente, jovencita.

Me está empezando a doler la cabeza y pido agua. Mientras Kinney no está, observo el cajón donde está la hoja con las huellas, pero aún estoy sentada en medio de la comisaría, rodeada de policías y esposada a la silla, así que no me queda otra que dejarla ahí.

Kinney vuelve con una taza de agua y con la noticia de que mis padres están en camino hacia aquí.

Genial.

—Alégrate de que estén viniendo —me regaña Kinney—. Si fueras mi hija, te dejaría en una celda toda la noche.

—Va a Hyde, ¿no es cierto? ¿Amber?

—¿La conoces? —pregunta, con la voz ronca.

Dudo. Lo último que quiero es que Amber se entere de este incidente, especialmente cuando necesito que me mantenga al tanto de los casos más que nunca.

—Es un colegio chico —digo, encogiendo los hombros.

—Kinney —llama uno de los otros oficiales. Camina hacia nosotros.

—Ya están las huellas parciales del collar de la chica Thomson —dice el oficial. Thomson. Ese debe ser el apellido de Bethany.

—¿Y?

—No hay coincidencias.



Kinney golpea la mesa con el puño, mi taza casi se derrama. Casi que me siento mal por él. Estos son casos que nunca va a resolver y solo puedo tener la esperanza de atrapar a quien sea que está haciendo esto antes de que vuelva a atacar.

—¿Y el novio de su madre? —pregunta Kinney en voz baja.

—Volvimos a chequear su coartada, pero es sólida.

La mirada se me va al escritorio de Kinney. Y es entonces cuando veo que un segundo nombre se escribe en el papel del Archivo.

La atención de Kinney justo se está yendo otra vez al escritorio cuando agito ruidosamente mis esposas, con la esperanza de que lea mi pánico como un pánico natural en una adolescente en problemas y no como un pánico de no mires ese papel.

—Lo siento —digo—, pero ¿no podría sacarme esto antes de que lleguen mis padres? A mi mamá le va a dar un infarto.

Kinney me observa un momento, luego se pone de pie —supuestamente para ir por un café— y me deja encadenada a la silla.

Diez minutos después llegan mamá y papá. Mamá me mira y ve que estoy esposada a la silla y casi enloquece, pero papá la manda

afuera y le indica que llame a Colleen. Papá ni siquiera me mira mientras Kinney le explica lo que pasó. Hablan como si no estuviera sentada ahí.

—No voy a presentar cargos, señor Bishop, y no la voy a fichar. Esta vez.

—Oh, le aseguro, detective Kinney, que esta será la *única* vez.

—Asegúrese de que así sea —dice Kinney, que destraba las esposas y me hace poner de pie, su pesada estática solo empeora mi dolor de cabeza. Me devuelve mis cosas y papá me guía hacia afuera antes de que Kinney pueda cambiar de opinión.

Intento limpiarme la tinta de los dedos contra mis pantalones y termino metiendo las manos en los bolsillos mientras lo sigo.

Siento los ojos sobre mí apenas salgo por la puerta y levanto la vista esperando ver a Eric mirándome. En vez de eso, veo a Sako. Está en un banco del otro lado de la calle y sus ojos negros me siguen debajo de su flequillo. Es difícil leer su mirada, pero su boca es petulante, casi cruel.

Quizás Eric no sea quien debe preocuparme.

Mis pasos son más lentos y papá me da otro empujón hacia el auto. Mamá está en el asiento delantero al teléfono, pero termina la llamada en cuanto nos ve. Del otro lado de la calle, Sako se pone de pie y yo me aclaro la garganta.

—¿Ves, papá? —digo, lo suficientemente fuerte como para que ella escuche—. Te dije que era todo un malentendido.

—Sube al auto —ordena papá.

Camino a casa, casi desearía que el tiempo se me pierda otra vez. En lugar de eso, estoy consciente de cada uno de los segundos de profundo silencio. Los únicos sonidos que hay en el auto son los intensos suspiros de mamá y el tipeo de mi teléfono mientras borro los mensajes que le mandé a Jason. No puedo borrar las huellas de la cocina de Phillip o del collar de Bethany y no puedo deshacer las llamadas, pero al menos puedo reducir la evidencia. Susurro una disculpa silenciosa al borrar su número.

Papá estaciona el auto, mamá sale y da un portazo, rompiendo por un instante el silencio, que vuelve a reasentarse, nos sigue por las escaleras y adentro de nuestro departamento.

Una vez adentro, se hace trizas.

Mamá rompe en llanto y papá empieza a gritar.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—Papá, fue un accidente…

— *No*, el accidente fue que te atraparan. Pero te metiste en la escena de un crimen. Vengo a casa y encuentro esos… —hace un gesto con la mano hacia la mesa de la cocina, donde están apiladas mi mochila y la falda del uniforme hechas un bollo—… metidas en una

maceta en el pasillo y tu bicicleta no está ¡y después me llaman de la policía para decirme que has sido arrestada!

—No cuenta como un arresto si no te procesan. Solo fue una conversación con…

—¿De dónde *sale* esto, Mackenzie? —ruega mi madre.

—Solo pensé que quizá podía ayudar…

Lanza la ganzúa sobre la mesa.

—¿Con esas? —gruñe—. ¿Qué estabas haciendo con ellas?

—Eran de Da…

—Sé a quién pertenecían, Mackenzie. ¡Él era mi padre! Y no dejaré que termines como *él*.

Retrocedo; si me hubiera golpeado, dolería menos.

—Pero Da era…

—Tú no sabes *qué* era —grita papá y se pasa las manos por el pelo —. Antony Bishop era un fracaso y un criminal y un bastardo egoísta a quien le importaban más sus secretos y sus múltiples vidas que su familia. Engañó, robó y mintió. No pensaba en nadie más que en sí mismo y preferiría que me partiera un maldito rayo antes que verte comportarte como él.

—Peter… —dice mamá, estirándose hacia él, pero él aparta el hombro.

—¿Cómo puedes ser tan *egoísta*?

¿Egoísta? ¿ *Egoísta*?

—Solo estoy tratando de… —Me muerdo antes de que las palabras se me escapen.

Solo estoy tratando de *hacer mi trabajo*.

Solo estoy tratando de *mantener todo bajo control*.

Solo estoy tratando de *seguir viva*.

—¿Qué estás tratando de hacer? ¿De que te expulsen de Hyde? ¿De arruinar tu futuro? Honestamente, Mackenzie. Primero tus manos y ahora…

—Eso fue un accidente de bicicleta…

—Suficiente —ladra papá—. Ya fueron suficientes *mentiras*.

—Está bien —gruño, lanzando las manos al aire—. No fue un accidente. ¿Quieres saber lo que pasó en realidad? —No debería estar hablando, no en este momento, no cuando estoy cansada y enojada, pero las palabras ya están brotando—. Me perdí cuando volvía de hacer uno de los mandados de mamá y estaba oscureciendo, así que acorté camino por un parque y dos tipos se lanzaron sobre mí… —Mamá traga aire. Miro hacia abajo a mis nudillos lastimados—. Me cerraron el paso… —Se siente tan raro decir la verdad—… y me obligaron a bajar de la bicicleta… —Me pregunto cómo se sentiría contarles lo de mi muñeca. Lo de Owen y todas las diferentes maneras en las que me quebró—. …Y no tuve otra opción…

Mamá me agarra de los hombros, su ruido me raspa los huesos.

—¿Te lastimaron?

—No —digo, sosteniendo las manos en el aire—. Yo los lastimé a ellos.

Mamá me suelta y se deja caer sobre el borde del sillón, con la mano sobre la boca.

—¿Por qué mentirías sobre eso?

Porque es más fácil. Porque es lo que hago.

—Porque no quería que te pusieras mal —respondo—. No quería que te sintieras culpable. No quería que te preocuparas.

El enojo se diluye y me deja exhausta hasta los huesos.

—Bueno, es demasiado tarde para eso, Mackenzie —dice, negando con la cabeza—. Ya *estoy* preocupada.

—Lo sé —digo.

Yo también estoy preocupada. Preocupada de no poder seguir haciendo esto. No poder seguir interpretando todos los papeles. Me late la cabeza y me tiemblan las manos y hay dos nombres en mi lista y todo lo que quiero hacer es dormir, pero no puedo por el chico con el cuchillo que me espera en mis sueños.

Me doy vuelta.

—¿Adónde vas? —pregunta papá.

—A darme un baño —contesto y desparezco en el baño antes de

que alguien pueda detenerme.

Encuentro mi mirada en el espejo y la sostengo. Se ven las grietas.

Hay un vaso al lado del lavabo y saco un par de analgésicos de mi provisión de medicamentos debajo del mueble y me los trago antes de abrir el agua en la bañadera.

Qué lío, pienso mientras me dejo caer en el piso de cerámica, levanto las rodillas e inclino la cabeza hacia atrás, contra la pared al lado de la bañera, esperando que esta se llene. Trato de contar las diferentes cosas por las que Da me haría pasar un infierno —no escuchar a los policías a tiempo, ser atrapada, haber tardado dos días enteros en darme cuenta de que me estaban tendiendo una trampa—, pero por otro lado, al parecer Da no era tan bueno como él creía separando sus vidas.

No pensaba en nadie más que en sí mismo y preferiría que me partiera un maldito rayo antes que verte comportarte como él.

¿Así es como papá realmente lo veía? ¿Es así como mis padres me ven *a mí*?

El sonido del agua corriendo es constante y reconfortante, y cierro los ojos y me concentro en el *shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh* que hace. El arrullo continuo me relaja los músculos, me despeja la mente saturada. Y entonces, mezclado entre la estática, escucho otro sonido, como un metal repiqueteando contra la porcelana.

Abro los ojos para encontrar a Owen sentado en la encimera, haciendo rebotar la punta de su cuchillo contra el lavabo.

—Tantas vidas. Tantas mentiras. ¿No estás harta ya?

—Vete.

—Creo que es tiempo —dice, repiqueteando el cuchillo al ritmo de un reloj.

—¿Tiempo de qué? —pregunto despacio.

—Tiempo de dejar de esconderte. Tiempo de dejar de fingir que estás bien. —Su sonrisa se afila—. Tiempo de mostrarles cuán rota realmente estás.

Dobla los dedos sobre el cuchillo y me pongo de pie de un salto y me echo a correr hacia la puerta al mismo tiempo que él baja de la encimera y me bloquea el paso.

—No, no —dice, moviendo el cuchillo de un lado a otro—. No te voy a dejar hasta que les mostremos.

El cuchillo se desliza hacia su lado y me preparo para un ataque que no viene. En vez de eso, apoya el arma sobre la encimera, a mitad de distancia entre nosotros. El instante en el que saca su mano, me lanzo hacia el cuchillo; mi mano derecha se enrosca alrededor de la empuñadura, pero antes de poder levantarla, los dedos de Owen envuelven los míos y me sujetan a la encimera. En un abrir y cerrar de ojos, él está detrás de mí, su otra mano agarra mi muñeca libre y su

cuerpo rodea el mío. Sus manos sobre mis manos. Sus brazos sobre mis brazos. Su pecho contra mi espalda. Su mejilla presionada contra la mía.

—Encajamos bien —dice Owen con una sonrisa.

—Suéltame —gruño, retorciéndome para intentar liberarme, pero su agarre está hecho de piedra.

—Ni siquiera estás esforzándote —murmura sobre mi oreja—. Solo estás haciendo los movimientos. En el fondo, sé que quieres que ellos lo vean —dice, retorciendo la mano que tengo vacía de modo que la muñeca mira hacia arriba—. Así que muéstrales.

Tengo la manga levantada, el antebrazo desnudo, y miro cómo aparecen cuatro letras espectrales en mi piel.

R O T A

Owen me agarra con más fuerza la mano que sostiene el cuchillo y lleva la punta del filo a mi piel, justo debajo de la curva de mi codo. En lo más alto de la *R* espectral.

—Détente —susurro.

—Mírame. —Levanto los ojos hacia el espejo y encuentro sus ojos azules en el reflejo—. ¿No estás cansada, M? ¿De mentir?, ¿de esconderte?, ¿de todo?

Sí.

No sé si pienso la palabra o la digo, pero la siento, y al hacerlo, una

extraña paz se posa sobre mí. Por un momento, ni siquiera se siente real. Solo un sueño. Y entonces Owen sonríe y el cuchillo me muerde. El dolor es repentino y lo suficientemente fuerte para hacerme inspirar con fuerza mientras la sangre se acumula y se derrama sobre el camino del cuchillo y entonces se me nubla la vista y cierro los ojos con fuerza y me agarro de la encimera para no perder el equilibrio. Cuando abro los ojos un segundo después, Owen se ha ido y estoy parada ahí sola frente al espejo, pero el dolor sigue ahí y miro hacia abajo y me doy cuenta de que estoy sangrando.

Mucho.

Su cuchillo ya no está y el vaso yace en pedazos brillantes sobre la encimera, mi mano envuelve el fragmento más grande. La sangre corre entre mis dedos donde lo estoy agarrando y por el otro brazo donde tallé una sola línea profunda. Hay un rumor en mis oídos y me doy cuenta de que es el sonido del agua siseando en la bañera, pero la bañera está desbordándose y el piso está empapado, gotas de sangre manchan el agua derramada.

Alguien golpea la puerta y dice mi nombre y tengo el tiempo justo para soltar el vidrio en el lavabo antes de que mamá abra la puerta y me vea y grite.

DIECISIETE

CUANDO ERA CHICA TENÍA PESADILLAS.

Mis padres me dejan la luz prendida. Cierran las puertas de los armarios. Revisan debajo de la cama. Pero no ayuda, porque no le tengo miedo a la oscuridad ni a los armarios ni al hueco entre el colchón y el piso, los lugares donde se supone que merodean los monstruos. Nunca sueño con monstruos, de esos con colmillos o garras. Sueño con gente. Con gente mala en días y noches tan simples y vívidas que nunca cuestiono si algo de eso es real.

Una noche en medio del verano, Da entra y se apoya en el borde de mi cama y me pregunta a qué le tengo tanto miedo.

—A quedarme atascada —susurro—. A no despertarme más.

Se encoge de hombros.

—Pero lo harás.

—¿Cómo sabes?

—Porque eso es lo que tienen los sueños, Kenzie. Ya sean buenos o malos, siempre terminan.

—Pero no sé que son sueños, no lo sé hasta que me despierto.

Se inclina hacia adelante, apoyando su mano curtida en la cama.

—Trata todas las cosas malas como sueños, Kenzie. De esa manera, sin importar cuán terroríficas u oscuras se tornen, tienes que sobrevivir hasta despertarte.

Este es un sueño horrible.

Esto es una *pesadilla*. Papá va a toda velocidad y mamá está

sentada en el asiento trasero aplicando presión sobre mi brazo y yo estoy cerrando los ojos con fuerza y esperando despertar.

Fue un sueño. Estaba soñando. No fue real. Pero el corte *es* real y el dolor *es* real y la sangre que todavía mancha el lavabo de nuestro baño *es* real.

¿Qué me está pasando?

Soy Mackenzie Bishop. Soy una Portera del Archivo y soy la que merodea de noche, no la que se desborda. Soy la chica de acero y todo esto es un sueño horrible y tengo que despertarme.

¿Cuántos Porteros pierden la razón?

—Ya casi llegamos —dice mamá—. Va a estar todo bien.

No, no lo estará. Sin importar qué pase, no va a estar bien.

Yo no estoy bien.

Alguien está tratando de incriminarme y ni siquiera hace falta, porque no soy apta para servir. Así no. Estoy esforzándome tanto para estar bien y no está funcionando.

¿No estás cansada?

Cierro los ojos con fuerza.

No me doy cuenta hasta que mamá presiona una mano sobre mi rostro de que hay lágrimas recorriéndolo.

—Lo siento —susurro bajo el sonido de su ruido contra mi piel.

Catorce puntos.

Eso es lo que se necesita para cerrar el corte en mi brazo (las marcas que tengo en la mano derecha por sostener el vidrio son lo suficientemente superficiales para solo necesitar vendas). La médica —una mujer de mediana edad con manos firmes y una mandíbula rígida — me juzga mientras me cose, con los labios fruncidos, como si yo lo hubiese hecho para llamar la atención. Y todo el tiempo, mis padres están ahí parados mirando.

No parecen enojados. Parecen tristes, dolidos y asustados, como si no supieran cómo pasaron de tener dos hijos en funcionamiento a tener una hija rota. Abro la boca para decir algo — *cualquier cosa*—, pero no hay ninguna mentira que les pueda decir para mejorar esto y la verdad solo hará todo peor, así que la habitación permanece en silencio mientras la doctora trabaja. Papá deja la mano apoyada en el hombro de mamá y mamá deja su mano apoyada en su teléfono, pero tiene la decencia de no llamar a Colleen hasta que la médica termina los puntos y les pide que salgan de la habitación con ella. Hay una

ventana en la habitación y los puedo ver alejarse por el pasillo a través de las persianas.

Me siento ahí, sola, y me examino.

Me han hecho vestir con una de esas batas azules que se atan en la cintura y mis ojos viajan por mis brazos y piernas silenciosamente, evaluando no solo el daño más obvio, sino las cicatrices de los últimos cuatro años. Cada una de ellas tiene una historia: piel raspada contra las paredes de los Estrechos, Historias que atacaron con dientes y uñas. Y después están las cicatrices que no dejan marcas: las costillas rotas y la muñeca que no se cura porque no dejo de moverla y escuchar el *cric cric cric*. Pero contrariamente a las teorías de Colleen, el corte a lo largo de mi brazo —el que ahora está escondido debajo de una venda blanca brillante— es el primero que me hago yo misma.

Yo no fui, pienso. *Yo no…*

—¿Señorita Bishop? —dice una voz y mi cabeza se levanta de golpe. No escuché que se abriera la puerta.

Una mujer que jamás había visto está parada en la entrada. Lleva su cabello rubio oscuro atado hacia atrás en una cola de caballo desprolija, pero su postura perfecta y la forma en que pronuncia mi nombre envían señales de alerta a mi cabeza. ¿Brigada? No la que conozco, pero el libro de registros está lleno de páginas y yo solo conozco algunas. Entonces leo el nombre en la placa identificatoria

sobre su traje entallado y casi desearía que *fuera* Brigada.

Dallas McCormick. Psicóloga. Tiene un cuaderno y una lapicera en una mano.

—Prefiero que me digan Mackenzie —digo—. ¿La puedo ayudar?

Una sonrisa cruza su rostro.

—Probablemente debería ser yo la que haga esa pregunta. —Hay una silla al lado de la cama y ella se desliza en ella—. Parece que tuviste un día difícil —dice, señalando con su lapicera mi brazo vendado.

—Ni te imaginas.

Dallas se ilumina.

—¿Por qué no me cuentas?

La miro fijo en silencio. Ella me devuelve la mirada. Y después se sienta hacia adelante y la sonrisa se va de su rostro.

—Creo que has estado cargando una armadura demasiado grande —dice. Frunzo el ceño, pero ella continúa—. Y lo curioso de las armaduras es que no solo dejan a otras personas fuera. Nos dejan a nosotros adentro. La construimos alrededor de nosotros sin darnos cuenta de que nos estamos encerrando a nosotros mismos. Y en verdad, terminas con dos personas. La del metal brillante…

La chica de acero…

—Y el humano que hay adentro, que se está desmoronando.

—Yo no.

—No puedes ser dos personas. Terminas no siendo ninguna.

—No me conoces.

—Sé que hiciste ese tajo en tu brazo —dice con sencillez—. Y sé que a veces la gente se lastima a sí misma porque es la única forma de atravesar la armadura.

—No soy alguien que se corta —digo—. No quise hacerme esto. Fue un accidente.

—O una confesión. —Se me revuelve el estómago al oír la palabra —. Una llamada de auxilio —agrega—. Estoy aquí para ayudar.

—No puedes. —Cierro los ojos—. Es complicado.

Dallas se encoje de hombros.

—La vida es complicada.

El silencio se posa sobre nosotras, pero no confío en mí misma como para decir algo más y finalmente Dallas se vuelve a poner de pie y pone el cuaderno que trajo y nunca abrió debajo de su brazo.

—Debes estar cansada —dice—. Volveré por la mañana.

Siento una opresión en el pecho.

—Terminaron de coserme. Pensé que podía irme.

—Cuánto apuro —dice—. ¿Tienes que ir a algún lado?

—Simplemente odio los hospitales.

Dallas sonríe amargamente.

—Bienvenida al club. —Después me dice que descanse un poco y se va.

Sí, descansar. Porque eso parece hacer que todo mejore.

Dallas se va y yo estoy a punto de alejar la mirada cuando veo que un hombre la detiene en el pasillo. A través de las persianas venecianas los observo hablar por un momento y después él señala mi puerta. A mí. Su pelo dorado brilla, incluso debajo de las luces artificiales del hospital. Eric.

Dallas se cruza de brazos mientras hablan. No puedo leerle los labios, así que solo puedo imaginarme lo que ella está diciendo. Cuando termina de hablar, él mira hacia mi dirección. Creo que tendrá un aspecto arrogante, como Sako — *la Portera se está cavando su propia tumba*—, pero no. Sus ojos están oscuros de preocupación mientras asiente una vez con la cabeza y se da vuelta y se aleja.

Me llevo una mano al pecho y tanteo mi llave a través de la delgadísima bata de hospital, cuando aparece la enfermera con dos píldoras y una taza blanca de papel llena de agua.

—Para el dolor —dice. Desearía poder tomarlas, pero me preocupa que *para el dolor* también signifique *para dormir*. Por suerte las deja en la mesa y las pongo en mi bolsillo antes de que mis padres las puedan ver.

Mamá pasa el resto de la noche al teléfono con Colleen y papá

fingiendo leer una revista mientras me observa. Ninguno de los dos dice palabra alguna. Lo que por mí está bien, porque no tengo palabras para ellos en este momento. Cuando finalmente se duermen, papá en una silla y mamá en un catre, me levanto. Mi ropa y mi celular están apoyados en una silla, y me cambio y guardo el teléfono en el bolsillo y me escabullo al pasillo. Extrañamente, el hospital está en silencio mientras camino a través de él en busca de la máquina de gaseosas. Estoy metiendo un billete en la parte frontal iluminada de una de ellas cuando siento el roce de las letras en mi bolsillo y saco la lista.

Cuatro nombres.

Cuatro Historias que no puedo devolver. La advertencia de Roland hace eco en mi cabeza.

Solo sigue haciendo tu trabajo y estarás bien.

Respiro hondo y saco mi celular de mi otro bolsillo.

Mac: Ey, compañero en el crimen.

Un segundo después, Wesley responde.

Wes: Ey, tú. Espero que tu noche no esté siendo tan aburrida como la mía.

Mac: Eso quisiera.

Pienso en escribir la historia en el teléfono, pero las vendas me entorpecen los dedos y ahora no es el momento para explicaciones.

Mac: Necesito pedirte un favor.

Wes: Dime.

Me muerdo el labio, pensando en cómo decirlo.

Mac: Hay un par de niños despiertos después de hora. ¿Los puedes arropar por mí?

Wes: Seguro.

Mac: Gracias. Te debo una.

Wes: ¿Todo bien?

Mac: Es una larga historia. Mañana te cuento.

Wes: Te tomo la palabra.

Guardo el teléfono y la lista y saco la gaseosa de la máquina y me dejo caer en un banco para beberla. Es tarde y el pasillo está en silencio y reproduzco la escena del crimen de Phillip en mi cabeza. Sé lo que vi. El vacío es real. Tengo que suponer que hay dos más: uno en la entrada de la cochera de Bethany y otro donde sea que Jason desapareció. Tres personas inocentes desaparecidas. Si hay algún costado positivo respecto a que yo esté acá, es que nadie más debería salir lastimado.

Termino la gaseosa y me pongo de pie. Se ha pasado el efecto de la anestesia local y el dolor en mi brazo es lo suficientemente agudo para hacerme reconsiderar las píldoras que tengo en el bolsillo. Las tiro para estar segura y me dirijo a mi habitación y subo a la cama. No me

siento ni cerca de quedarme dormida, pero tampoco estoy cerca de sentirme normal. Pienso en Lyndsey, quien siempre me hace sentir un poquito más cerca de estar bien. Y le mando un texto.

Mac: ¿Estás despierta?

Lynds: Mirando las estrellas.

Me la imagino sentada en el techo, cruzada de piernas, con una taza de té y la cara levantada.

Lynds: ¿Tú?

Mac: En penitencia.

Lynds: ¡Qué raro!

Mac: ¿Por qué me porté mal?

Lynds: No, porque te hayan atrapado.

Dejo escapar una risita triste.

Mac: Buenas noches.

Lynds: Que duermas bien.

El reloj en la pared dice 11:45. Va a ser una larga noche. Desdoblo la lista en mi regazo y observo cómo, a lo largo de las horas, los nombres se extinguen como las luces.

DIECIOCHO

SUCEDE A LAS CINCO DE LA MAÑANA.

Primero creo que es solo otro nombre, pero rápidamente me doy cuenta de que no. Es una nota. Una citación. Las palabras se escriben

solas sobre el papel del Archivo.

Por favor, repórtese al Archivo. –A.

Sé qué representa la A. Agatha. Solo era una cuestión de tiempo. Incluso aunque Wesley se ocupe de mi trabajo en los Estrechos, no puede cubrir el incidente con los policías o esto. ¿Le habrá contado Eric que estoy acá? Si lo sabe, entonces *sabe* que no puedo responder a la citación. ¿Estará contando con eso? No responder a una citación del Archivo es una infracción. Otro punto en mi contra.

Estoy leyendo la nota por séptima vez cuando se abre la puerta y entra Dallas. Me obligo a doblar el papel y lo guardo mientras ella da los buenos días y les dice a mis padres quién es, luego les pide que esperen afuera.

Se acomoda en la silla al lado de la cama.

—No tienes un buen aspecto —dice, lo que no me parece la cosa más profesional que podría decir, pero al menos es acertado.

—No pude dormir —digo—. Me van a dejar ir a casa hoy, ¿no? —pregunto, tratando de ocultar la urgencia en voz.

—Bueno —dice, inclinando la cabeza hacia atrás—, supongo que depende de mí. Lo que significa que depende de ti. ¿Quieres hablar?

No respondo.

—¿Te desagrado porque soy un obstáculo en tu camino? —pregunta—. ¿O porque soy terapeuta?

—No me desagradas —digo con voz firme.

—Pero soy las dos cosas —comenta Dallas—. Y a la mayoría de la gente suelen desagradarle las dos.

—Me desagradan los *hospitales* —explico—. La última vez que mi familia estuvo en uno, a mi hermano lo había matado un auto camino a su escuela. Y me desagradan los terapeutas porque la de mi madre le dijo que tirara todas las cosas que fueran de él. Para ayudarla a seguir adelante.

—Bueno —dice—. Me temo que la terapeuta de tu madre y yo no nos llevaríamos bien.

—Esa es una excelente táctica —digo.

Dallas levanta una ceja.

—¿Perdón?

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Es una buena táctica.

—Vaya, gracias —dice alegremente—. Sueles salirte con la tuya de esta manera con frecuencia, ¿no es cierto? Desviando la atención.

Me toco las vendas en las manos. Los cortes superficiales están sanando bien.

—La mayoría de la gente prefiere hablar sobre sí misma, de cualquier manera.

Sonríe.

—Excepto los terapeutas.

Dallas no se comporta como una psiquiatra. Nada de «¿Y eso cómo te hace sentir?», o «Cuéntame más» ni «¿Por qué crees que eso es así?». Hablar con ella es como una danza o un combate de entrenamiento: una combinación de movimientos, acciones verbales y reacciones enhebradas todas juntas. Sus ojos van hacia mi brazo. Le sacaron las vendas para que pudiera respirar.

—Eso parece doler.

—Fue una pesadilla —digo con cuidado—. Pensé que otra persona me lo estaba haciendo a mí y entonces me desperté y aún estaba ahí.

—Un giro bastante peligroso del sonambulismo.

Su voz es liviana, pero no hay burla en ella.

—No estoy loca —susurro.

—Loca nunca se me cruzó por la cabeza —dice—. Pero estuve hablando con tus padres, sobre Da y sobre Ben y sobre esto. Y parece que has estado expuesta a muchos traumas para alguien de tu edad. ¿Lo has notado?

¿Lo he notado? La muerte de Da. El asesinato de Ben. El ataque de Owen. El apuñalamiento de Wesley. La agresión de Carmen. Los secretos del Archivo. Las mentiras del Archivo. Las Historias violentas. Vacíos. Incontables cicatrices. Huesos rotos. Cuerpos. Momentos tubulares. Pesadillas. Esto.

Respondo que sí con la cabeza.

—Algunas personas se desmoronan por el trauma —dice—. Y algunas crean armaduras. Y yo creo que tú has creado una armadura increíble, Mackenzie. Pero como dije anoche, no puede protegerte siempre de ti misma. —Se sienta hacia adelante—. Voy a decir algo y quiero que escuches con atención, porque es medio importante.

Se estira y apoya su mano sobre la mía, y su ruido es como un motor, grave y ronroneante e invariable. No me alejo.

—Está bien no estar bien —dice—. Cuando has pasado por cosas, sin importar qué sean esas cosas, y no te permites *no* estar bien, entonces solo lo empeoras. Los problemas nos destruyen si tratamos de ignorarlos. Requieren atención porque la necesitan. Ahora, ¿estás bien?

Antes de darme cuenta, mi cabeza está girando de un lado a otro.

Dallas sonríe un poco.

—¿Ves? ¿Fue tan difícil admitir eso?

Me aprieta ligeramente la mano y mi mirada se va a sus dedos. Me tensiono.

Dallas tiene un surco en el dedo anular.

—Divorciada —dice, al notar mi mirada—. Estoy empezando a pensar que esa marca no se irá nunca.

Se aleja y frota el sitio entre sus nudillos y me obligo a respirar, a recordar que la gente normal también usa anillos, y que la gente

normal se los quita. Además, tiene las mangas arremangadas y sus antebrazos no tienen las marcas de Brigada.

Dallas se pone de pie.

—Te voy a dejar ir, con la condición de que asistas a orientación en Hyde. ¿Harías eso por mí?

La citación de Agatha está quemándome en el bolsillo.

—Sí —digo rápido—. Está bien. Okey.

—¿Está segura de que es una buena idea? —pregunta mamá cuando Dallas le cuenta la noticia—. Quiero decir, ella intentó…

—No quiero ser grosera, señora —dice Dallas—, pero si ella hubiese querido matarse habría avanzado calle abajo y no cruzado la vereda. Así las cosas, está a varias cuadras.

Mamá parece horrorizada. Yo casi sonrío. Ciertamente ella no es ninguna Colleen.

La enfermera vuelve a vendarme el brazo y me pongo la camisa del colegio, tirando de la manga para que pase sobre la venda. No puedo esconder la cinta que tengo por el vidrio en la palma de la mano derecha, pero quizás eso sea una ventaja. Para desviar la atención. Lo peor de la autocompasión de anoche se ha ido y ahora necesito concentrarme en sobrevivir lo suficiente para descubrir quién me está tendiendo la trampa. *Owen no ha ganado todavía*, pienso y entonces me recuerdo a mí misma que Owen no hizo esto. Yo lo hice. Quizá

Dallas tenía razón. Quizá necesito dejar de negar que estoy rota y trabajar en encontrar los pedazos.

Hablando de Dallas, me hace un pequeño saludo militar cuando voy camino a la salida y me dice que afloje mi armadura. La enfermera que me cosió y me vendó parece sorprendida de que Dallas ordenara mi alta, pero no la cuestiona, solo dispara instrucciones de limpieza y les dice a mis padres que me vigilen y se aseguren de que yo descanse. Se inclina hacia adelante y le cuenta a mi madre, lo suficientemente fuerte como para que yo la escuche, que no cree que yo haya dormido en absoluto.

Genial.

No hay señales de Eric o Sako en el hospital ni en el estacionamiento y me doy cuenta, con una sensación de ansiedad, que sus rostros son los únicos dos que reconocería. Sé que un miembro de Brigada hizo ese vacío, pero no sé quién de ellos. El Archivo mantiene a sus miembros aislados —cada uno, una isla—, pero eso significa que no sé cuántas Brigadas hay en mi sucursal ni mucho menos sus nombres y caras.

—Vamos, Mac —llama papá y me doy cuenta de que estoy parada en la vereda mirando fijo la calle.

De camino a casa siento el roce de más letras en mi bolsillo y para cuando llegamos al Coronado, la citación se ha repetido en la página,

las letras más oscuras, como si alguien estuviera presionando con más fuerza el libro de registros. Pero no tengo permitido cerrar la puerta de mi dormitorio ni ir al baño sin acompañante, mucho menos escabullirme al Archivo para un buen interrogatorio a la vieja usanza. Ni siquiera tengo la excusa de la escuela, porque es sábado. Cuando pregunto si puedo ir a caminar un rato para tomar aire, mamá me mira como si yo hubiera perdido la razón.

Y quizás así sea, pero después de una hora de intentar hacer la tarea a pesar del profundo silencio que hay, no lo aguanto más. Me quiebro y le mando un texto a Wesley.

Mac: Sálvame.

Mamá no para de caminar de un lado a otro y papá finalmente se cansa y la manda a sacarse el estrés trabajando en la cafetería. Cinco minutos después de eso, alguien golpea a la puerta y aparece Wesley con una bolsa de panadería y un libro, con su aspecto habitual —bueno, habitual en el verano: *jeans* negros, ojos delineados, pelo encrestado— por primera vez en semanas. Cuando papá abre la puerta, observo la guerra entre lo que se supone que debería decir —*sin visitas*— y lo que quiere decir —*¡hola, Wes!*—. Lo que finalmente sale es:

—Wesley, no estoy seguro de que este sea un buen momento.

Aunque Wesley frunce el ceño.

—¿Pasó algo? —pregunta. Y me doy cuenta de que no es que no sabe nada. Si tuviera que adivinar, diría que se enteró de la parte en que me arrestaron, no de la parte en que terminé en la sección del hospital para la gente que se hace daño a sí misma. Sus ojos se van a mi mano vendada y puedo ver que se llenan de preguntas.

Papá mira la mesa, donde estoy meciendo una taza de café y tratando de no verme tan cansada como me siento, y dice:

—En realidad, ¿por qué mejor no entras?

Wesley toma asiento a mi lado y papá se para cerca de la puerta, claramente pensando cuál será su próximo movimiento.

—Papá —digo, estirándome y tomando la mano de Wesley con la mía que no está vendada. El ritmo constante de su *rock* llena mi cabeza —. ¿Nos darías unos minutos?

Papá se queda ahí, mirándonos.

—No me voy a ir a ningún lado —prometo.

—No dejaré que se meta en problemas, señor Bishop —dice Wes.

Papá sonríe con tristeza.

—Te tomo la palabra —dice—. Voy a bajar a ver cómo está tu mamá. Tienen diez minutos.

Cuando se cierra la puerta, Wes me aprieta levemente los dedos antes de soltarme.

—¿Te volviste a lastimar la muñeca? —pregunta, señalando con la

cabeza mi otra mano.

Digo que no con la cabeza.

—¿Te contó Amber?

—¿Que te arrestaron? Sí.

—No cuenta como un arresto a menos que te hayan fichado.

Wesley levanta una ceja.

—Dicho como una verdadera criminal. ¿Por qué te llevaron?

—Oh, ¿Amber no te contó esa parte?

—No sabía.

—Ah, bueno. ¿Recuerdas ese tipo que desapareció antes que Bethany? ¿El juez Phillip? Volví a su casa para revisarla, porque fue ahí donde desapareció. Y quizás haya entrado al lugar usando métodos poco legales.

Wes golpea la mesa.

—¿Forzaste la entrada a la escena de un crimen *sin mí*?

—Alégrate, Wes, nos hubieran atrapado a los dos.

—Somos un equipo, Mac. No vas a cometer un crimen sin tu *compañero en el crimen*. Además, si yo hubiese estado contigo, probablemente no nos habrían atrapado. Yo podría haberme quedado en la puerta y hecho sonidos de pájaros salvajes o algo cuando los policías volvieran. Y si nos atrapaban, las fotos de prontuario hubieras sido fabulosas.

No puedo evitar sonreí al pensarlo.

—Dime que al menos encontraste algo.

La sonrisa se me va de los labios.

—Sí —digo despacio—, un vacío.

Wesley arruga la frente.

—No entiendo.

—Un vacío. Como el del techo.

—¿En el medio de la sala de estar de Phillip? Eso no tiene sentido.

La única forma de que haya un vacío es que alguien lo *haya hecho*. Y se necesita una llave de Brigada para eso.

—Exacto. —Me paso la mano ilesa por el pelo y le cuento sobre Jason y cómo fue el tercero en desaparecer después de cruzarse conmigo. Y le cuento sobre mi entrada a lo del juez Phillip, sobre el vacío y cómo hizo que las memorias fueran ilegibles. Y le cuento cómo Eric y Sako me han estado siguiendo. Le cuento lo que dijo Roland sobre la evidencia y le digo que sé que suena como una locura, pero que creo que me están tendiendo una trampa.

—Tienes que decirle al Archivo —dice.

—Lo sé. —Lo sé. ¿Pero decirles qué? Sé cuán absurdo suena todo esto. Puedo ver el escepticismo en los ojos de Wesley y él es mucho más indulgente de lo que será Agatha. No puedo simplemente entrar caminando ahí y anunciar que tienen otro traidor entre ellos. No

después de lo que pasó con Owen y Carmen. Necesito hablar con Roland, pero tendré que superar a Agatha primero. Sé que no puedo seguir ignorando las citaciones, pero después de todo lo que les hice pasar a mis padres, no puedo simplemente desaparecer. Esta vez no. El Archivo tendrá que esperar.

Wesley me mira con severidad.

—No tenías ganas de mencionar nada de esto anoche.

Jugueteo con un trozo de cinta que se está deshilachando en mi mano.

—No era algo fácil de escribir —digo— y estaba un poco ocupada.

Se estira y me toma la mano vendada y pasa los dedos ligeramente sobre la cinta.

—¿Qué pasó, Mac?

Alejo la mano y me arremango para que él pueda ver la venda. La abro para que pueda ver las catorce pequeñas x que hay debajo.

—¿Quién te hizo esto? —gruñe.

Desearía que hubiese una pregunta más fácil que responder.

Respiro hondo y contengo el aire por varios segundos antes de hablar.

—Yo lo hice.

La cara de Wesley refleja confusión, seguida de preocupación. Voy a empujar mi manga de nuevo hacia abajo, pero me agarra la mano y se lleva mi brazo más cerca. Sus dedos flotan sobre el tajo.

—No entiendo.

—No quise hacerlo —explico—. Comenzó como un sueño. Owen estaba… era él el que tenía el cuchillo y entonces yo… —Wesley tira de mí para abrazarme. Me sostiene con tanta fuerza que duele, tan fuerte que su ruido late en mi cabeza, pero no lo alejo.

—No sé qué me está pasando —susurro contra su camisa.

Wes se tira hacia atrás solo lo suficiente para mirarme.

—Dime cómo puedo ayudar.

Vete, pienso. *Mantente alejado de mí y de todo lo malo que está circulando*. Pero lo conozco lo suficientemente bien como para saber que no lo hará.

—Para empezar, podrías pedirle a Amber que no le cuente a toda la escuela que me arrestaron.

—No cuenta como arresto si no te fichan —repite Wes y agrega—: No le dirá a nadie.

—A ti te contó.

—Porque ella sabe que yo… —Su voz se apaga.

—¿Tú qué?

—Ella sabe que me importas —dice Wes—. Por cierto, te ves muy mal. ¿Has dormido *algo* desde…?

Me froto los ojos.

—No puedo.

—No puedes estar despierta para siempre, Mac.

—Ya sé… pero tengo miedo. —Palabras que Da me enseñó que nunca debo decir. Pensaba que decirlas era casi rendirse. Ahora la confesión flota entre nosotros. La habitación se asienta y se espesa y puedo sentir las grietas en mi armadura aflojándose alrededor de mí. Y entonces Wes se pone de pie apoyándose en la mesa. Se sirve una taza de café y descansa contra la mesada.

—Bueno —dice—. Si estás decidida a mantenerte despierta, puedo ayudar. Pero esto —señala hacia abajo a las cosas de Pre-Cálculo y Teoría Literaria que hay sobre la mesa—, esto no va a funcionar. —Saca el libro de Fisiología de debajo de la pila y me lanza una sonrisa pícara—. Acá vamos.

Para cuando papá regresa, Wes se las ha ingeniado para cubrirse con un impresionante número de notas autoadhesivas, cada una de las cuales etiqueta un músculo (no tuve el valor para decirle que estamos estudiando el flujo sanguíneo ahora).

Papá mira a Wes y *casi* sonríe. Y cuando le toma media docena de intentos pegar la nota amarilla en el espacio entre sus hombros, termino riendo hasta que me duele el pecho y por un rato me olvido en cuántos problemas estoy metida y cuán cansada estoy y cuánto me duele el brazo.

Logro llegar al atardecer, pero incluso en compañía de Wesley,

estoy empezando a apagarme. Mamá está de regreso en casa y no hace ningún esfuerzo por disimular el hecho de que nos está vigilando. Cada vez que bostezo, me dice que tengo que ir a la cama. Me dice que necesito dormir. Pero no puedo. Sé que Dallas dijo que debía afrontar mis problemas, pero simplemente no tengo la fuerza para enfrentar otra pesadilla en estos momentos. Prefiero estar exhausta y despierta que ser un peligro durmiendo, así que no le hago caso a su preocupación y abro una gaseosa. Está a mitad de camino a mi boca cuando me agarra la mano, llenado mi cabeza con su aguda y preocupada estática, me saca la lata y la reemplaza con un vaso de agua.

Suspiro y sorbo un largo trago. Le pasa la gaseosa a Wes, que comete el error de bostezar cuando la agarra.

—Deberías irte a casa —le dice mamá—. Se está haciendo tarde y estoy segura de que tu papá se está preguntando dónde estás.

—Lo dudo —dice por lo bajo, después agrega—: Sabe que estoy aquí.

—Mamá —digo, terminando el vaso de agua—, me está ayudando a estudiar.

—¿Sabe que estás *aquí*, aquí? —insiste, ignorándome—. ¿O cree que estás arriba con Jill?

Wesley arruga la frente.

—Francamente, no creo que le importe.

—A los padres siempre les importa —espeta.

—Querida —dice papá, levantando la vista de un libro.

Están hablando, los tres, pero las palabras empiezan a mezclarse en mis oídos. Solo estoy pensando lo extraño que es, cuando mi vista se sale de foco.

La habitación se mueve y me agarro de la mesada.

—Mac —me llega la voz de Wes—, ¿estás bien?

Digo que sí con la cabeza y apoyo el vaso; o al menos eso quiero, pero la mesada no está donde creí que estaba y el vaso cae estrepitosamente al piso. Se hace añicos. El sonido es lejano. Al principio creo que estoy a punto de tener otra pérdida de conciencia, pero eso sucede rápido y esto es lento como la miel.

—¿Qué ha hecho…? —grita Wes, pero no creo que me esté hablando a mí.

Cierro los ojos, pero no ayuda. El mundo se mece incluso en la oscuridad.

—… La médica dijo que ella necesita…

Todo lo demás está lejos.

— *Helen* —le llama la atención papá. Abro los ojos con mucho esfuerzo—… ¿cómo pudiste?…

Y entonces mis piernas ceden debajo de mí y la última cosa que

siento son los brazos de Wesley y su ruido envolviéndome antes de que el mundo se torne negro.

DIECINUEVE

AL PRINCIPIO, TODO ESTÁ OSCURO y quieto.

Oscuro y quieto, pero no en paz.

El mundo, de alguna manera, está vacío y pesado al mismo tiempo, la nada me empuja hacia abajo, me sujeta los brazos y los pies. Y entonces, poco a poco, el mundo comienza a volver, a descender, a levantarse, a envolverme.

El aire libre.

Mi corazón acelerado.

Y la voz de Owen.

—No hay adónde correr.

Así como así, la oscuridad disminuye del negro absoluto a la noche, de la nada al techo del Coronado. Estoy corriendo a toda velocidad por el laberinto de gárgolas y puedo escuchar a Owen detrás de mí, el sonido de sus pasos y el rechinar del metal contra la piedra de la cuchilla que arrastra contra las estatuas. El techo se alarga para todos lados, interminable, gárgolas por todas partes, y yo estoy corriendo.

Y estoy cansada de esto.

Tengo que parar.

En el momento que el pensamiento me golpea, freno de golpe en

el techo. Me arden los pulmones y me duele el brazo y bajo la mirada para encontrar toda la palabra —R O T A— tallada en mi brazo con letras sangrientas y profundas hasta los huesos. Busco en mis bolsillos y encuentro un pedazo de tela y estoy atándola a mi antebrazo, cubriendo los cortes, cuando me doy cuenta de que el techo se ha quedado en silencio. Los pasos se han detenido y el chirrido del metal se ha detenido y todo lo que puedo escuchar es mi corazón. Después, el cuchillo.

Me doy vuelta justo a tiempo para esquivar el filo de Owen, que apuñala el aire. Pongo un paso de distancia entre nuestros cuerpos. Las gárgolas se han movido para formar paredes, no hay agujeros por donde pasar: no hay escapatoria. Y está bien, porque no voy a correr. Vuelve a dar una cuchillada, pero esta vez le agarro la muñeca y retuerzo con fuerza. El cuchillo se suelta de su mano y cae en la mía y esta vez no dudo. Cuando su mano libre va hacia mi garganta, entierro el filo en el estómago de Owen.

El aire se le atraganta en la garganta y creo que finalmente se terminó —que finamente lo hice—, lo vencí y todo va a estar bien. Voy a estar bien.

Y entonces baja la vista hacia mí, al lugar donde mi mano se encuentra con el cuchillo y el cuchillo se encuentra con su cuerpo. Lleva su mano a la mía y sujeta el cuchillo ahí, enterrado hasta el

mango, y sonríe.

Sonríe mientras su pelo se vuelve negro y sus ojos se vuelven marrones y su cuerpo se convierte en el de otra persona.

—¡No! —grito mientras Wesley Ayers jadea y colapsa contra mí, mientras la sangre se extiende por su camiseta—. Wesley, Wesley, por favor, por favor no… —Intento sostenerlo, pero ambos terminamos cayendo de rodillas al concreto frío y siento el grito elevándose en mi garganta.

Y entonces pasa algo.

El sonido de Wesley —ese ritmo extraño y caótico— se vierte en el sueño como agua, recorriendo su cuerpo y el mío y el techo; llenándolo hasta que comienza a atenuarse y desaparecer.

Soy sumergida en un nuevo tipo de oscuridad, cálida, completa y segura.

Y entonces me despierto.

Es la mitad de la noche y la mano de Wesley está enredada con la mía. Está sentado en una silla acercada a mi cama, desplomado hacia adelante y profundamente dormido, con la cabeza acunada sobre su brazo libre contra la colcha. El recuerdo de él desmoronándose al piso casi hace que me aparte. Pero aquí, ahora, con su mano tibia y viva en la mía, la escena del techo se *siente* como que fue solo un sueño. Un sueño horrible. Pero un sueño que ya se desvanece mientras su ruido

me inunda, más suave y constante que de costumbre, aun así llenando mi mente y callando todo lo demás.

Mi cabeza todavía está llena de niebla. Las horas previas a la pesadilla se filtran, al principio, como destellos.

Mamá poniéndome el agua en la mano.

La habitación meciéndose.

El vidrio rompiéndose.

Los brazos de Wesley envolviéndome.

Bajo la mirada hacia él, que duerme con la cabeza en mi acolchado. Debería despertarlo. Debería mandarlo a casa. Deslizo los dedos afuera de los suyos y por un momento se despierta, sale a rastras del sueño lo suficiente para murmurar algo sobre tormentas. Después vuelve a quedarse en silencio, con la respiración baja y pareja. Me quedo ahí sentada, mirándolo dormir, descubriendo otra de sus múltiples caras: una sin armadura.

Decido dejarlo dormir y estoy a punto de acostarme nuevamente cuando lo escucho. El sonido de alguien en la habitación detrás de mí. Antes de poder darme vuelta, un brazo me envuelve los hombros y la mano de una mujer se cierra sobre mi boca.

Su ruido se estrella por mi cabeza, puro metal y piedra, y todo lo que puedo pensar mientras me agarra con más fuerza es que solo una persona cruel podría sonar así. Es como me imagino que Owen sonaba

cuando estaba vivo, antes de que su vida fuera compilada y acallada.
Cuando se inclina para susurrar en mi oído, logro ver el flequillo negro azulado que le cepilla la frente justo sobre los ojos negros. Sako.
—No grites, Porterita —susurra, cuando me tira hacia atrás, afuera de la cama hasta que quedo de pie—. No queremos despertarlo.
Su mano cae desde mi boca, su brazo desde mis hombros, y me doy vuelta hacia a ella en la oscuridad.
—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —siseo, casi sin ruido, aún mareada por lo que sea que mamá puso en mi bebida.
—Confía en mí —gruñe Sako al agarrarme el brazo y arrastrarme por la habitación—. Preferiría estar en miles de otros lugares.
—Entonces vete —espeto, liberándome—. ¿No deberías estar cazando Historias?
—¿Todavía no te diste cuenta, Porterita? —dice, metiendo su llave de Brigada en la puerta de mi armario—. Cazamos *personas* para el Archivo. Solo algunas son Historias.
Apenas si tengo tiempo para sacarme el anillo antes de que gire la llave, abra la puerta y me empuje hacia la oscuridad.
Agatha está esperando.
Está sentada detrás del escritorio de la recepción con su abrigo color crema, su cabello rojo descolorido perfectamente alrededor del rostro. Una mano enguantada pasa las hojas del libro de registros

como si fuera una revista —no una nómina de cada miembro de esta sucursal—, mientras Roland está parado a su lado, tensionado y pálido. Su atención rápidamente se vuelve hacia mi dirección cuando entro empujada por Sako, pero Agatha sigue jugando con las páginas del enorme libro.

—¿Ves, Roland? —dice ella, el pesado papel arrugándose bajo sus dedos—. Te dije que Sako la encontraría.

Sako hace un pequeño movimiento con la cabeza en respuesta. Su mano aún es una tenaza en mi hombro, pero ahora nada se filtra con su contacto. El amortiguador silencioso del Archivo nos rodea. Solo los Bibliotecarios pueden leer a la gente aquí.

—Estaba durmiendo —dice Sako—. Con un chico.

Agatha levanta una ceja.

—Lamento mucho molestarte —dice con esa voz suave.

—Para nada —digo con firmeza.

—¿Recibiste mis citaciones? —pregunta Agatha.

—Sí —respondo despacio— y hubiese venido antes… —Si hubiese podido simplemente atravesar la puerta más cercana. Ese lujo le pertenece a las Brigadas—. Pero estaba descompuesta y mis puertas estaban fuera de alcance. —Me vuelvo hacia Sako—. Gracias por traerme.

Sako sonríe oscuramente.

—No hay de qué.

Los ojos de Roland están fijados sobre la venda que me envuelve la mano derecha hasta la muñeca. — *Deberías ver mi otro brazo*, pienso— y se quedan ahí mientras Agatha cierra con calma el libro de registros y se pone de pie.

—Si nos disculpas, creo que es momento de que Mackenzie y yo tengamos una pequeña charla.

—Solicito permiso para estar presente —pide Roland.

—Denegado —dice con indiferencia—. Alguien tiene que vigilar la mesa de entrada. Y Sako, por favor, quédate. Quizá seas necesaria. —Agatha señala uno de los dos centinelas que hay al lado de la puerta —. Conmigo, por favor. —Me tensiono.

—Realmente no creo que eso sea necesario —dice Roland cuando una de las dos figuras vestidas de negro da un paso adelante. Es la primera vez que veo a uno moverse.

—Espero que no —dice Agatha—, pero uno siempre debe estar preparado.

Gira hacia las puertas abiertas detrás del escritorio y me esfuerzo por aclarar mis pensamientos mientras la sigo. Roland me toma del hombro cuando paso.

—No le concedas permiso —susurra antes de que el centinela me dé un empujón hacia las puertas.

Camino descalza por el atrio del Archivo, el blanco del abrigo de Agatha frente a mí, el negro de la capa del centinela arrastrándose atrás. Por primera vez me siento como una prisionera. Cuando doblamos por uno de los pasillos, veo a Patrick parado en el borde de una fila de estanterías. Sus ojos nos siguen, curiosos, pero ilegibles más allá de eso.

Agatha me lleva a una habitación sin estantes y con dos sillas.

—Tome asiento —me ordena, señalando uno mientras se acomoda en la otra. Cuando dudo, el centinela me obliga. Sus manos permanecen presionadas en mis hombros, manteniéndome en el lugar hasta que Agatha dice—: Eso no será necesario. —Y entonces da un paso hacia atrás. Puedo sentirlo cerniéndose como una sombra detrás de la silla.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto.

Agatha cruza las piernas.

—Ha pasado un mes desde nuestro último encuentro, señorita Bishop. Pensé que era tiempo de hacer una revisión. ¿Por qué? —dice, inclinando la cabeza inocentemente—. ¿Puede pensar en alguna otra razón por la que la citaría?

Se me hace un agujero en el estómago cuando saca un pequeño cuaderno negro del bolsillo de su abrigo y lo abre con un breve suspiro.

—Antes de la obvia falta de no reportarse al ser citada… —Me trago la urgencia de interrumpir, de acusarla del hecho de que ella sabía que no podía venir—… había compilado una lista bastante preocupante de irregularidades —dice, arrastrando un dedo enguantado hacia abajo por la página.

—Tenemos noches que ha pasado en el Archivo.

—Roland me ha estado entrenando.

—La agresión a dos humanos en el Exterior.

—Ellos me atacaron a *mí*. Simplemente me defendí.

—Y el Archivo tuvo que limpiar el desorden.

—Yo no le pedí al Archivo que lo hiciera.

Suspira.

—Un arresto por forzar la entrada e ingresar a la escena de un crimen.

—No me procesaron.

—Entonces, ¿qué hay de los crímenes más pertinentes al Archivo? —dice—. Como no devolver Historias. —Abro la boca, pero levanta una mano—. No me insulte al sostener que usted fue la que envió esas almas perdidas de regreso, señorita Bishop. Casualmente, tengo la información de que la llave del señor Ayers fue usada para acceder a los Estrechos en su territorio. Sencillamente, el hecho es que usted ha estado desatendiendo su *trabajo*.

—Lo siento. Estaba descompuesta.

—Oh, lo sé. Hospitalizada. Por hacerse daño a sí misma. —Golpea el papel con aire pensativo—. ¿Entiende por qué *esto* me resulta tan problemático?

—No es lo que usted…

—Este es un trabajo estresante, señorita Bishop. Soy consciente de eso. La mente soporta tantas cicatrices como el cuerpo. Pero la mente también guarda nuestros secretos. Una mente débil es una amenaza para el Archivo. Por eso alteramos a quienes se van. Y a aquellos que son removidos. —Los ojos fríos de Agatha me sostienen la mirada—. Ahora dígame, ¿qué pasó?

Respiro hondo. La mayoría de la gente hace eso antes de decir una mentira —es una preparación física automática y una de las señas más difíciles de evitar—, pero me aseguro de soltar todo el aire antes de empezar, con la esperanza de que la vacilación pase por vergüenza. Y entonces levanto la mano derecha. Los cortes por el vidrio son superficiales, pero me he asegurado de que estén cubiertos y las vendas me envuelven hasta la muñeca.

—El mes pasado —comienzo—, cuando intenté frenar a Owen, me rompió unos pocos huesos de la muñeca. —Pienso en mi libro de fisiología—. Quebró el radio y aplastó el escafoides, el semilunar y parte del piramidal. —Señalo vagamente la ubicación de cada uno—.

Los últimos dos no se asentaron correctamente. Había unas pocas piezas pequeñas del hueso que nunca se volvieron a unir. Estaban estorbando, así que hice lo que pude para sacarlos. —Sus ojos se van hacia las vendas que rodean la muñeca mientras se inclina hacia adelante, acortando el estrecho espacio entre nosotras. Es exactamente lo que quiero, que se concentre en mi mano. Es necesario que nunca sepa sobre las vendas en mi otro brazo.

—¿Por qué no acudir al hospital?

—No quería que mis padres se preocuparan.

—¿Por qué no dejar que *Patrick* lo viera?

—No es precisamente uno de mis fans —digo—. Y pensé que me podía ocupar yo misma. Pero me temo que el problema con los adolescentes es que la gente tiende a notar cuando te llevas un cuchillo, sin importar la razón.

Una sonrisa triste le toca los labios y estoy empezando a creer que realmente compró la mentira, cuando dice:

—Arremánguese.

Dudo y esa pequeña pausa es suficiente para delatarme. Agatha se pone de pie y yo me muevo para levantarme también, pero el centinela me sostiene en el lugar mientras ella se inclina hacia adelante y guía mi manga hacia arriba —no la derecha, sino la izquierda—, exponiendo las vendas que se retuercen alrededor de mi antebrazo

izquierdo.

—Dígame —dice Agatha, pasando un dedo cautelosamente por la cinta—, ¿también pedazos de hueso se fueron por este brazo?

—Puedo…

Pero levanta un dedo para callarme.

—Le pregunté una vez —dice— si quería recordar todo lo que te pasó. Le di una chance de olvidar. Me temo que quizás haya errado al hacer eso. Las malas memorias que quedan en las mentes débiles son como la putrefacción. Se expanden y arruinan.

Agarro la silla aunque eso cause dolor a lo largo de mi brazo.

—Te aseguro, Agatha, no estoy arruinada.

—No —dice—, está *rota*.

Me estremezco.

—No lo estoy. Tienes que creerme.

—En realidad —dice, tirando de los dedos de un guante negro—, no tengo por qué. No cuando puedo verlo por mí misma.

El centinela me agarra con más fuerza los hombros y la voz de Roland corre a mis oídos. *Una vez que tiene acceso a tu mente, lo que encuentre allí puede ser usado en tu contra. Si determina que no eres apta, serás sentenciada a una alteración… No le concedas el permiso*.

—No —exclamo, las palabras llenas de pánico—, no puedes.

Agatha hace una pausa, sus ojos se entrecierran.

—¿Perdón?

—No tienes mi permiso —repito, recordándome a mí misma que esta es la ley, aunque se siente como suicida. La falsa calidez de Agatha se disuelve y ella me examina con frialdad.

—Me está negando el acceso a su mente. —No es una pregunta. Es un desafío.

Digo que sí con la cabeza.

—Es mi derecho.

—Solo los culpables recurren a esa ley, señorita Bishop. Realmente le recomiendo que lo reconsidere.

Pero no puedo. He elegido mi camino y ella debe respetarlo. No puede hacerme daño, al menos no ahora mismo. Quizá sea un alivio temporal, pero es mejor que una sentencia. Desenrollo la manga para cubrir mis vendas y ella lee el gesto como la negativa que es.

El centinela retira sus manos de mis hombros y estoy a punto de ponerme de pie cuando ella dice:

—No hemos terminado. —Se me retuerce el estómago mientras ella rodea su silla y se aferra con los dedos alrededor de su respaldo—. Todavía no explicó lo de la escena del crimen o qué estaba haciendo ahí.

Miente, miente, miente, late mi corazón. Pero una mentira necesita ser tan rápida como la verdad y el hecho de que hice una pausa otra

vez significa que no seré capaz de vender ni una línea. Podrá ver a través de ella. Si ya estaba parada sobre hielo, mi negativa ha provocado grietas en él.

—Alguien que conocí fue secuestrado —digo, las palabras salen con demasiada cautela—. Pensé que quizá podía ver algo que los policías habían pasado por alto. El hombre, Gregory Phillip, desapareció de su casa. La habitación donde se llevó a cabo el secuestro estaba destruida y la policía no tenía ninguna pista. No podían encontrarle sentido a la evidencia, no lograban descifrar cómo el hombre había desaparecido. Porque no podían verlo. Pero cuando forcé la entrada, lo vi claramente.

—¿Vio qué, señorita Bishop?

—Alguien había hecho un vacío.

Los ojos de Agatha se entrecierran.

—Esa —dice— es una acusación muy seria.

Lo es. Los vacíos solo pueden ser hechos con llaves de Brigada y los únicos a los que se les dan llaves de Brigadas son a los miembros de la *Brigada*. Agatha es personalmente responsable por cada miembro de esta sucursal. Tanto Porteros como Brigadas. Por lo cual, debería estar más interesada en encontrar a la persona detrás de esto que en hacerme arder a mí.

—Entiendo la gravedad…

—¿Realmente? —dice, rodeando su silla—. ¿Realmente sabe lo que está insinuando? Los vacíos son agujeros en el mundo. Cada vez que se crea uno, se pone en riesgo el Exterior y el Archivo. Como tal, la creación intencional de uno es sancionable con una alteración. ¿Y cree que un miembro de Brigada desobedecería al Archivo, me desobedecería *a mí*, y crearía un agujero en el Exterior para deshacerse de *un humano*?

—De tres —la corrijo—. Ha habido tres desapariciones la última semana y creo que los vacíos fueron creados en cada ocasión. Y no estoy convencida de que la Brigada responsable lo esté haciendo por su propia cuenta. Creo que es posible que alguien en el Archivo les haya dado la orden.

—¿Y quién demonios sería ese alguien?

—Creo… —Dios, sueno como una loca. Apenas si puedo hacer que las palabras salgan—. Creo que alguien me está tendiendo una trampa.

—Agatha levanta las cejas cuando agrego—: Me crucé con cada víctima antes de que desaparecieran.

—¿Y quién querría tenderle una trampa? —pregunta, con la voz destilando condescendencia.

—Hay miembros del Archivo —respondo— que desaprueban su sentencia inicial. Aquellos que se oponen a que continúe sirviendo.

Agatha suspira.

—Soy muy consciente de los sentimientos de Patrick hacia usted, ¿pero honestamente cree que él quebrantaría la ley del Archivo para que la remuevan?

Dudo. No estoy segura. Es fácil creer que él mandaría a Eric a encontrar evidencia, pero me resulta más difícil creer que él la plantaría.

—No lo sé —digo, haciendo un gran esfuerzo por no titubear—. Solo le estoy contando lo que encontré.

—Debe estar equivocada.

—Sé lo que vi.

—¿Cómo? —contraataca—. Los vacíos no son visibles en verdad, para nadie. Tuvo una mala sensación, pensó que sus ojos se desviaron un poco en el aire y asumió…

— *Leí la pared*. Las memorias alrededor de la creación del vacío estaban todas arruinadas. Blanqueadas.

Niega con la cabeza.

—Incluso si había un vacío, ¿cómo sé que *usted* no es la culpable? ¿Tienes idea de cuán rara *es* una puerta al vacío? Usted ya ha sido ligada a una…

—Estaba haciendo mi trabajo.

—… Y ahora esto. Usted misma lo dijo: tres desapariciones y se cruzó con cada víctima.

—Yo no tengo una llave de Brigada.

—Había otra, ¿no es así? La que pertenecía a aquella Historia traidora. ¿Qué pasó con esa?

Mi mente da vueltas.

—Fue succionada por el vacío —respondo—, junto con Owen.

—Qué conveniente.

—Podría haber mentido, Agatha —digo, tratando de mantener la calma— y no lo hice. Le dije la verdad. Alguien la está desafiando. Desafiando al Archivo.

—¿Cree que permitiría que semejantes crímenes y conspiraciones sucedieran frente a mis narices?

Me tensiono.

—Con todo respeto, hace menos de un mes, un Bibliotecario planeó soltar una Historia restringida al Exterior y destruir una sucursal entera desde adentro y casi lo logra. Todo eso, en frente de los ojos *del Archivo*.

En un segundo, Agatha está sobre mí, sujetándome a la silla y clavando sus dedos en mi antebrazo herido. Las lágrimas me arden en los ojos y los cierro con fuerza, luchando contra la oscuridad vertiginosa de un momento tubular.

—¿Qué es más probable? —dice, con un gruñido grave—. ¿Que un miembro del Archivo esté conspirando en su contra, fabricando un

elaborado plan para lograr que la consideren no apta, por una cuestión de desagrado personal o venganza, cuestiones que constituyen traición, o que simplemente esté delirando?

Respiro hondo temblorosamente un par de veces al sentir un dolor abrasador en la piel.

—Sé… que no quiere… creer que…

Las uñas de Agatha se clavan y me muerdo para no gritar.

—Mi puesto no se basa en lo que yo *quiero* creer, señorita Bishop. Se basa en la verdad y la lógica. Es una máquina muy complicada la que yo ayudo a funcionar. Cuando encuentro una pieza rota, es mi trabajo repararla o reemplazarla antes de que pueda dañar otra parte.

Me suelta y se da vuelta.

—No estoy rota.

—Eso dice. Y sin embargo, las cosas que salen de su boca son locuras. ¿Estoy en lo cierto —dice, girando nuevamente hacia mí— al asumir que usted aún rehúsa concederme acceso a su mente? ¿Que usted hace esta afirmación contra el Archivo, contra las Brigadas, contra mí, y aun así me niega la habilidad de encontrarla inocente o culpable de los cargos que imputa a aquellos que la rodean?

Siento náuseas. Si mi teoría es errónea, entonces también he firmado mi ejecución y ambas lo sabemos. Me obligo a asentir con la cabeza. Agatha mira más allá de mí.

—Ve a buscar a Sako.

Un momento después, escucho que la puerta se cierra. Agatha y yo estamos solas.

—Voy a comenzar con la Brigada entonces —dice—, porque ninguno de los miembros sería tan tonto como para negarme el permiso. Y cuando haya registrado sus mentes y encuentre que todos y cada uno de ellos son leales e inocentes, destruiré tu vida, momento por momento, para destapar tu culpa. Porque ha probado una cosa esta noche, señorita Bishop. Es culpable de algo. —Me toma el mentón con una mano enguantada—. Quizá sean los vacíos o quizá la locura, pero sea lo que sea, lo voy a averiguar. —Su mano baja por mi mandíbula hacia mi cuello—. Mientras tanto —dice, guiando la llave afuera desde debajo de mi camiseta—, sugiero que mantenga su lista vacía.

La amenaza es clara y fría como el hielo. *Si desea seguir siendo Portera*.

Se abren las puertas y Sako se queda parada ahí, esperando.

—Lleva a la señorita Bishop a su casa —dice Agatha con suavidad y su mano abandona mi cuello—. Luego regresa. Es necesario que hablemos.

Algo revolotea por la cara de Sako —¿curiosidad, confusión, un tono de miedo?— y luego ya no está y ella asiente con la cabeza. Mete

su llave directamente en la puerta de detrás de ella, me toma del codo y me empuja para que la atraviese.

Un instante después estamos paradas en mi dormitorio otra vez, Wesley duerme con la cabeza en la cama y el ruido de Sako se agita por mi cuerpo. Su estruendo de metal y piedra se convierte en *molestia retorcida desperdicio del espacio qué hizo confidencial qué quiere Agatha ahora podrá tener una noche con Eric sus brazos envolviéndome cálidos dorados y fuertes y seguros*, y cuando me suelta el brazo, estoy sorprendida por la intensidad de sus sentimientos por él.

—Sal de mi cabeza, Porterita —gruñe.

Me pongo el anillo mientras me pregunto cuánto de *mi* mente habrá visto *ella*. Se da vuelta sobre sus talones y desparece como vino, y yo quedo parada ahí en el medio de la oscuridad.

Me duelen los brazos, pero no tengo las fuerzas para inspeccionar el daño, así que me hundo en la cama y descanso la cabeza sobre mi mano sana. Desearía que Da estuviera acá para decirme qué hacer. Se me ha agotado su sabiduría preembalada, sus lecciones sobre caza, combate y mentiras. Lo necesito a *él*.

¿Qué he hecho? Compré un par de días, ¿pero a qué costo? Hice una enemiga de Agatha y aunque mi teoría sea sensata y la Brigada detrás de los vacíos sea hallada, no va a olvidar mi negativa. ¿Y si mi teoría es errónea? Cierro los ojos con fuerza. *Sé lo que vi. Sé lo que vi.*

Sé lo que vi.

Mi cabeza se llena de música, fuerte y constante, y miro hacia abajo para ver la mano de Wesley que envolvía la mía, sus ojos nublados pero abiertos. Debe haber malinterpretado el *shock* y el miedo en mis ojos como los ecos de una pesadilla —cómo quisiera que esto fuese todavía un mal sueño—, porque no pregunta qué pasa. En vez de eso, se sube a la cama a mi lado y me hace rodar contra él y me envuelve con sus brazos.

—No voy a dejar que nadie te lastime —susurra contra mi cabello.

Y todo lo que puedo pensar mientras su música se reproduce en mi cabeza es que así es como Sako vio a Eric en su mente: como un escudo, fuerte y seguro. Así se sienten los miembros de Brigada uno respecto del otro. Pero nosotros no somos Brigada. Quizá nunca lo seamos ahora. Pero esta noche, me dejo creer que sí. Me aferro a su sonido de *rock* y a su contacto. Dejo que me rodee.

Diez minutos después, aparece el primer nombre en mi lista.



VEINTE

CUANDO ME DESPIERTO, Wesley ya se ha ido. No hay nada más que una arruga sobre el cubrecama que demuestre que estuvo ahí. Es

tarde, la luz entra por las ventanas y me quedo acostada ahí un momento, el sueño aún se aferra a mí —sin pesadilla, tranquilo, lleno solo de música— y saboreo la calma. Y entonces me muevo y el dolor de extiende agudo hacia abajo por mi brazo y sordo hacia mis hombros, y recuerdo.

¿Qué he hecho?

Lo que tenía que hacer, me digo a mí misma.

El papel del Archivo está apoyado en mi mesa de luz, metido debajo del *Infierno*. Al menos todavía hay un solo nombre.

Guardo la lista en mi bolsillo. El aroma del café me saca de la cama y tengo la mano sobre la puerta cuando noto que aún hay sangre seca en mi manga. Me quito la camiseta; el contorno de la mano de Agatha es casi visible sobre la mancha. Desenrollo la venda lo más rápido que puedo —los ojos pasan de largo el tajo como si fuera un vacío: algo malo, antinatural, que atrae y repele mi mirada al mismo tiempo— y me pongo una camiseta limpia antes de dirigirme a la cocina. Papá ya está ahí, dejando reposar una jarra de café tostado oscuro.

—Envié a Wes a su casa —dice en vez de un buen día.

—Me asombra que lo hayas dejado quedarse —digo y tiro de la manga limpia sobre los puntos con cautela. Quizás al estar fuera de vista quede fuera de la mente.

—En realidad, como que se negó a irse. —Papá me sirve una taza

—. Después de lo que pasó.

Tomo el tazón y recorro mis pensamientos. Más allá del interrogatorio de Agatha y la pesadilla con Owen, llego a la habitación meciéndose y el vaso de vidrio haciéndose añicos contra el piso de madera.

—¿Cómo pudo hacer eso, papá?

Se refriega los ojos y toma un largo trago.

—No apruebo lo que hizo tu madre, Mackenzie. Pero tienes que entender que solo estaba tratando de…

—No me digas que estaba tratando de ayudar.

Suspira.

—Estamos *todos* tratando de ayudar, Mac. Solo que no sabemos cómo. —Bajo la vista hacia mi café—. Y para que quede claro, eso fue por única vez, eso de que tu novio se quede a la noche.

—Wesley no es mi novio.

Arquea una ceja sobre su café.

—¿Él lo sabe?

Los ojos se me escapan al tazón de café al recodar sus brazos rodeándome, la reconfortante cobija de su sonido.

—Querer a alguien da miedo, Mac. Lo sé. Especialmente cuando has perdido a seres queridos. Y es fácil pensar que no vale la pena. Es fácil creer que la vida va a doler menos si no lo haces. Pero no es vida a

menos que te importe. Y si sientes la mitad de lo que él siente por ti, no lo alejes.

Asiento ligeramente con la cabeza, deseando poder decirle que sí siento la mitad, más que la mitad, quizás hasta todo lo que Wesley siente, pero que no es tan sencillo. No en mi mundo. Apoyo los codos cuidadosamente sobre la mesada.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunto con tono neutro.

—Tengo que ir un rato a la universidad. Dejé algo de trabajo ahí que no pude completar ayer. — *Porque estabas jugando al guardián*.

—¿Y mamá?

—Abajo en la cafetería.

Tomo un sorbo de café.

—¿Y yo? —pregunto con cautela. La lista me pesa en el bolsillo.

—Estarás con ella —dice. Lo que quiere decir: *te va a estar vigilando*.

—Todavía tengo que hacer tarea.

—Llévala ahí abajo —responde. Su tono es amable, pero el mensaje es claro. No me dejarán sin supervisión. El amor está ahí, pero la confianza no.

Le digo a papá que necesito tomar una ducha primero y me hace un gesto con la cabeza para dejarme ir. Una pequeña parte de mí se maravilla por el hecho de que me dejen bañarme sin supervisión, hasta

que observo que ya han quitado cualquier objeto remotamente filoso del baño.

Tengo la esperanza de que se vaya al trabajo y yo pueda hacer un desvío rápido a los Estrechos de camino a la cafetería, pero para cuando salgo de la ducha y me visto y mi brazo y mi mano están recién vendados, él está esperándome al lado de la puerta.

Me acompaña hasta la cafetería como si fuera una prisionera, entregándome al cuidado de mi madre. Ella no me mira. Yo no le hablo. Sé que me quería ayudar, pero no me importa. No soy la única en este lugar que es capaz de perder la confianza de alguien.

Por ser una mujer que no me mira a los ojos, es increíble cómo se las arregla para no dejarme fuera de su vista. Por suerte la cafetería está bastante llena y me alegra la falta de contacto visual la primera hora, mientras limpio las mesas y levanto las bebidas. Berk también está trabajando hoy, así que charla lo suficiente como para tapar el hecho de que ni mamá ni yo nos hemos dirigido la palabra.

—Espero que el tipo lo mereciera —dice Berk cuando me estiro para agarrar un café y ve mi mano vendada—. ¿Por eso ustedes dos están peleadas? —pregunta, señalando con un par de pinzas a mamá, que se ha ido al patio a charlar con una mujer en la mesa de la esquina, desde donde sus ojos se mueven en mi dirección cada unos pocos instantes.

—Es uno de los varios motivos —respondo.

Por suerte no hace más preguntas al respecto, ni siquiera asume que es todo culpa mía. Simplemente dice:

—Tienen buenas intenciones los padres… —Y luego de pedirme que saque la basura, agrega—: Me parece que necesitas un poco de aire fresco.

Considero las probabilidades de escapar a los Estrechos, pero no son buenas. Hay una puerta en el armario al fondo de la cafetería, pero eso no es exactamente discreto y no es fácil llegar a mis otras dos puertas —la del vestíbulo y la del tercer piso—. Y con respecto a mamá, bueno, Berk apenas si me ha alcanzado la bolsa antes de que sus ojos se lancen hacia mi dirección. Levanto la basura para que la vea y señalo la puerta trasera. Sus ojos se entrecierran y comienza a caminar hacia mí, pero otra mesa la detiene a mitad de camino. Me muestra tres dedos.

Tres minutos.

Bueno. Abigail Perry tendrá que esperar, pero al menos le voy a probar a mamá que realmente puedo quedarme sola. Me escabullo por la puerta trasera para disfrutar mis tres minutos de privacidad y luz solar. Apenas se cierra detrás de mí, dejo que mis pasos se desaceleren, saboreando cada segundo de libertad.

Me abro paso hacia el callejón donde están los contenedores de la

basura y acabo de terminar de cargar las bolsas cuando una mano se enreda en mi camiseta y me golpea contra la pared del Coronado, *con fuerza*.

—¿ *Cómo te atreves*? —gruñe Sako, su penetrante ruido metálico me araña los huesos.

—¿De qué estás hablan…? —Su otro puño me da en las costillas y caigo contra el piso del callejón, jadeando.

—Realmente has generado un caos. Nunca deberías haber recurrido a Agatha.

—¿Qué pasa? —Toso mientras me pongo de pie—. ¿Tienes algo que ocultar?

Me agarra otra vez y me lanza de espaldas contra el lado de piedra del Coronado.

—Soy leal al Archivo, pedazo de mierda. Un hecho sobre el que Agatha puede testificar, porque gracias a tu cabecita chiflada y sus delirios paranoicos, acabo de pasar la noche dejando que sus garras recorran mi vida. —Se inclina hacia adelante, su cara queda a centímetros de la mía. Sus ojos negros están inyectados de sangre y sus ojeras resaltan contra la piel pálida que hay debajo de ellas—. ¿Sabes cómo se siento eso? —dice con dientes apretados—. Porque lo sabrás. Una vez que se quede sin Brigadas, vendrá por ti. Y espero que te destruya, una memoria por vez.

Todavía no me recupero del hecho de que Sako es inocente,
cuando se aleja de mí con un empujón y dice:
—Todavía lo tiene a Eric. Ha estado con él por horas. Y si lo castiga por tu culpa, te voy a abrir la garganta con mis uñas.
—No deberías haberme estado siguiendo —digo.
Sako suelta un sonido exasperado.
—Solo te estaba siguiendo porque Roland se lo pidió. Para mantenerte a salvo. —Siento como si me hubiesen golpeado de nuevo. El aire se me va de los pulmones cuando ella agrega—: No tengo ni la menor idea de qué es lo que ve Roland en ti.
Sako se acomoda su cabellera, negra azulada; la llave de la Brigada brilla contra su muñeca.
—Quizá debería contarle a Agatha sobre tu noviecito, Wesley.
Quizás él debería ser un sospechoso. A ella no le haría daño darle una mirada.
—Wes no tiene nada que ver con esto —digo con los dientes apretados—, y tú lo sabes.
—¿Lo sé? —pregunta Sako. Se da vuelta—. Disfruta de tu libertad mientras dure, Porterita. Te va a llegar el turno en poco tiempo. Y cuando lo sea, espero que Agatha deje que yo misma te arrastre hasta allí.
Se va hecha una furia y me quedo flaqueando contra la pared,

agitada y preocupada. ¿Sako y Eric son inocentes?

Cabecita chiflada, las palabras de Sako hacen eco en mis oídos.

Rota, el eco de Owen en mi mente.

Cierro los ojos con fuerza y espero que las voces se callen. Sé lo que vi. Vi un vacío. Los vacíos son hechos por llaves de Brigada, así que tiene que ser una Brigada. Eric y Sako no son las únicas páginas en el libro de registros. Intento imaginarme el tomo sobre el escritorio del Archivo, paso las páginas en mi mente. Hay una página maestra, un índice, ¿y después? Una página por cada persona que sirve en esta sucursal. ¿Cuántas páginas hay en total? ¿Cien? ¿Más? Nuestra sucursal sirve a un territorio con un diámetro de trescientos a quinientos *kilómetros*. ¿Cuántas ciudades caen dentro de ese círculo? ¿A cuántas personas tiene que examinar Agatha? ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Doce? Me crucé con las víctimas, ¿pero me habré cruzado con el criminal?

Respiro hondo y me reviso en busca de sangre antes de volver a



entrar.

—Ahí estás —dice Berk—. Había empezado a pensar que te había perdido.

—Lo siento —digo, pasando por debajo del mostrador—, me

encontré con una amiga.

Mamá está en el patio sirviéndoles a nuevos clientes y noto que mira a través del vidrio para asegurarse de que he regresado. Le da golpecitos a su reloj, pero dejo de prestarle atención cuando Sako pasa caminando por la vereda. Está hablando por teléfono ahora, tiene la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás, como si estuviera absorbiendo el sol, y me doy cuenta de algo. Momentos atrás, ella era un monstruo —un animal, puro dientes y dentelladas—. Y ahora, increíblemente, parece *normal*. Los miembros de Brigada parecen *normales*. Tienen la habilidad de camuflarse. Incluso Eric, hecho de oro. No lo noté hasta que quiso que lo notara. Brigada puede ser cualquiera. ¿Y si quien sea que está haciendo esto no sobresale? ¿Y si está camuflado? ¿Y si se metieron en mi vida de forma inadvertida? Berk se ríe y charla con un cliente al final del mostrador. Mis ojos van hacia sus manos y me tensiono cuando veo que están vacías excepto por un solo anillo de plata en el dedo gordo. Solo ha estado aquí hace un par de semanas. Pero tiene las mangas arremangadas y no tiene marcas. Escaneo la cafetería en busca de clientes habituales. Estoy buscando personas en la periferia de mi vida, lo suficientemente cercanas para vigilarme sin ser percibidas. Pero nadie sobresale. Y ese es exactamente el problema.

Justo en ese momento, un segundo nombre se garabatea en la lista

en mi bolsillo

y empiezo a desear que me hubiese arriesgado a desatar la ira de mamá para ir en busca de Abigail. Voy a necesitar que eliminen trabajo por mí más tarde.

—Ey, Mac —me llama Berk, señalando la puerta con la cabeza—. Cliente.

Me guardo el papel en el bolsillo y me doy vuelta para encontrar a Cash.

Quizá Wesley cambie su imagen de chico de preparatoria por la del delineado con tachas de metal, pero el aspecto de fin de semana de Cash sigue siendo bien Hyde. Sus *jeans* oscuros lavados y su remera bien blanca me hacen sentir desaliñada con mi delantal de Café Bishop.

Sus ojos dorados se iluminan cuando me ve. Cruza el café y se sube a un taburete.

—¡Así que aquí es donde vives! —dice alegremente.

—Aquí es donde *trabajo* —respondo, mientras seco un tazón—. Vivo arriba.

Gira sobre el taburete y apoya el codo sobre el mostrador mientras observa la cafetería.

—Encantador.

Cuando se vuelve a dar vuelta, ya le he servido una bebida.

—Y encantado —dice, señalando la taza.

—Me pareció que era mi turno de proveer el café —digo—.

Entonces, ¿qué estás haciendo acá?

Bebe un sorbo lentamente.

—Te traje tu bici. Vi que la habías dejado en la escuela.

—Guau —digo—. Te tomas tu rol como embajador con mucha seriedad.

—Así es —dice con un gesto sobrio de la cabeza—, pero si soy honesto, la bici era una excusa para venir a saludarte.

Siento que me sonrojo.

—¿Ah sí?

Asiente con la cabeza.

—Estaba preocupado. Los de cuarto estamos a cargo de la organización del Festival de Otoño y Wesley no se presentó ayer. Cuando le pregunté dónde había estado, me contestó que contigo y estaba a punto de criticarlo a muerte cuando me dijo que habías tenido un pequeño incidente. Así que pensé que lo mejor era buscarte y asegurarme de que estuvieras bien.

—Oh —digo—, no tenías por qué, en serio. Estoy bien.

—Debemos tener distintas definiciones de estar bien —dice, señalando mi mano vendada con la cabeza—. ¿Qué pasó?

—Fue una estupidez, realmente. Este viejo edificio —respondo,

mostrándole la mano—. Apoyé la mano en una ventana y se rompió. Nada serio —agrego, los catorce punto me duelen debajo de la otra manga—. Sobreviviré.

Cash lleva las puntas de los dedos a mi mano, tan suavemente que apenas escucho el *jazz* y la risa de su contacto.

—Me alegra saberlo —dice, sonando extrañamente sincero. Se inclina hacia atrás, descansa el codo en el mostrador y baja la mirada a su bebida—. Ey, sabes, estuve pensando… —Alguien detrás de nosotros se aclara la garganta, interrumpiendo a Cash. Levanto la mirada para ver a Wesley parado a medio metro de distancia, observándonos. O para ser más exacta, observando la mano de Cash, que todavía está tocando la mía. Me aparto.

—Vaya, esto sí es una sorpresa —dice. Parece recién salido de la ducha, vestido solo de negro, su cabello tirado hacia atrás y aún mojado, sus ojos delineados de negro.

—¿Estás probando tu disfraz para el Festival de Otoño? —bromea Cash.

—¿Estoy interrumpiendo algo? —pregunta Wes.

—No —digo al mismo tiempo que Cash murmura:

—Para nada.

—Cash solo vino a traer mi bicicleta.

Wes levanta una ceja.

—El consejo estudiantil está mucho más involucrado que lo que solía estar.

Los ojos de Cash se entrecierran al sonreír.

—Control de calidad —dice.

Un momento de silencio incómodo cae sobre nosotros. Cuando queda claro que Wes está aquí para quedarse, Cash baja de su taburete.

—Hablando de eso —dice—, mejor vuelvo a Hyde. Dejé a un puñado de chicos de primero colgando cintas y no les tengo demasiada confianza con la escalera. —Se vuelve hacia Wesley—. ¿Vienes más tarde?

Wes dice que no con la cabeza.

—No puedo —dice, señalando las escaleras—. Tengo que cuidar a Jill un rato. Mañana me quedo después de hora.

—Más te vale. El orgullo de cuarto año está en juego. —Se dirige a la puerta—. Gracias por el café, Mackenzie.

—Gracias por la bici —digo— y por la charla.

—Cuando quieras.

Wesley observa a Cash yéndose.

—Te gusta —dice en voz baja.

—A ti también —respondo—. Es un buen tipo.

—No me refiero a eso.

—Sé lo que quieres decir. —Sí me gusta Cash. Es normal. Y cuando está cerca, casi me olvido de que yo no lo soy.

—Hubiera venido antes —dice Wes—, pero parece que han revocado mi acceso a tu territorio. ¿Tienes idea de por qué?

Frunzo el ceño. Agatha.

—Quizás hayan decidido que es tiempo de que me haga cargo —digo, tratando de restarle importancia—. ¿Cómo viniste hasta acá? ¿Manejando?

—Para tu información, tomé el autobús.

Me estremezco de solo pensarlo. Tanta gente en una caja tan chica. Pero Wes siempre ha sido mejor con el contacto que yo. Fue él quien me enseñó a dejar que el sonido me resbale, cómo flotar en vez de ahogarme en la corriente de la vida del otro.

—Charlen y trabajen, chicos. Charlen y trabajen —pide Berk desde la otra punta del mostrador. Wesley sonríe y pasa por debajo de la barra.

—Entonces —pregunta, más bajo—, ¿cómo dormiste anoche?

El techo y las gárgolas y el cuchillo de Owen, todo, destellan en mi mente.

—Horrible al principio —respondo—. Pero después… de repente sentí tu ruido, que llenaba la cabeza, y la pesadilla simplemente como que se deshizo.

—No sabía bien qué hacer —dice, sirviéndose un café—. Decías mi nombre.

—Oh —digo, mientras él toma un sorbo—, eso fue porque te maté.

Wes casi se atraganta con el café.

—Fue un accidente —agrego—, de verdad.

—Genial —dice, chocándome con el hombro, llenándome brevemente la cabeza con *rock*, bajos y percusión—. Veamos si podemos mantenerte libre de pesadillas. —Se aleja un poco—. Ah, y hablé con Amber. Le pedí que me avise si el detective Kinney tiene alguna pista. Me dijo que se volvió muy reservado, pero que va a tratar de mantenerme al tanto. Creo que pensó que yo quería saber por Bethany…

Casi me había olvidado de su historia.

—Lamento lo de ella —digo. Un vacío es un agujero en el mundo. Solo se mantiene abierto lo suficiente como para arrastrar algo (*alguien*) hacia él y después se cierra. Una vez que una persona se ha ido…

—Sí. Bueno. No entiendo el *porqué*, pero tienes razón sobre el *qué* —dice Wes—. Pasé por su casa para ver si había algo que sobresaliera.

—¿Y? —pregunto.

—Definitivamente hay algo mal. Está a la salida de la cochera, justo al lado del auto. No pude mirarlo bien.

Se me escapa un suspiro de alivio. No me había dado cuenta cuánto necesitaba que otra persona viera los vacíos. Pero por contenta que esté de escuchar que no estoy alucinando, la verdad es que no quiero que Wesley esté ni cerca de todo este lío. Cerca de Agatha.

Justo en ese momento, mi madre se acerca.

—Wesley —dice como saludo, mientras sirve dos bebidas sobre el mostrador.

Wesley pasa de nuevo debajo del bar y asiente con la cabeza.

—Hola, señora Bishop.

Mamá parece tensa y él parece tenso, y lo recuerdo a él gruñéndole anoche, cuando el mundo empezó a inclinarse. *¿ Qué le ha hecho…*?

Pero en el trastorno, veo una entrada.

—Ey, Wes va a cuidar a Jill un rato. ¿Puedo ir con él?

Es la primera cosa que le he dicho desde anoche y puedo ver la lucha interna en su rostro mientras sus ojos van de Wesley hacia mí (o al menos a mi delantal, mi cuello, mi mentón). No quiere perderme de vista. Pero si dice que no, eso la terminará de convertir en la villana. Estamos haciendo equilibrio en el borde de algo alto y empinado y ninguna de las dos quiere atravesarlo. Parte de mí piensa que, después de anoche, mamá ya saltó, pero le estoy ofreciendo una cuerda, una chance para que vuelva a subir a la cornisa.

Puedo ver que quiere agarrarla, pero algo la detiene. Me pregunto

si es la voz de Colleen en su cabeza, advirtiéndole sobre los peligros de la paternidad indulgente y alentando la vigilancia.

—No estoy segura de que sea una buena idea… —Mamá mira la cafetería, pero Colleen está a una hora de distancia, Berk se mantiene fuera de nuestro drama familiar y papá no está aquí para apoyarla. Y si estuviera, estoy bastante segura de que se pondría de mi lado.

—La mantendré fuera de problemas, señora Bishop —ofrece Wesley, mostrándole una sonrisa pequeña y genuina. Si le sorprendió que me invitara a ir con él, no lo demuestra—. Lo prometo.

Mamá cambia el apoyo de su cuerpo al otro pie, agarra con fuerza las tazas de café. Un hombre en una mesa de la esquina agita la mano para llamarla.

—Bueno —dice finalmente, sin mirarme aún—. Pero vuelvan en una hora —agrega—, por si se llena.

—No hay problema —digo, pasando por debajo del mostrador antes de que vea el alivio que me recorre la cara.

—Y Mac… —dice mamá cuando Wes y yo estamos casi en la puerta.

—¿Sí?

Lo siento. Puedo ver esas palabras en sus labios cuando mira el espacio un paso a mi izquierda, pero no las puede decir.

—Una hora —vuelve a decir para enfatizar. Digo que sí con la

cabeza y lo sigo a Wesley afuera.

VEINTIUNO

—**ESTÁS APURADA —DICE WES** una vez que estamos en las escaleras principales.

—Tengo cosas que hacer, querido Wesley.

—Estoy intrigado —habla—. Pero sabes, cuando dije que iba a cuidar a Jill, no lo dije como un eufemismo. No es que esté reacio, es que…

—Hay dos Historias en mi lista —digo— y mis padres han estado jugando a los vigilantes y guardias todo el fin de semana. Necesitaba una excusa para irme y buscar los nombres.

—¿Eso es todo lo que mi compañía significa para ti? —pregunta, fingiendo sentirse ofendido burlonamente—. ¿Una excusa?

Llegamos al final de las escaleras y tomo su mentón con la mano, el *rock* canta a través de mis dedos.

—Si te hace sentir mejor —digo coqueteando—, eres una excusa muy linda.

Arruga la frente.

—Hubiese preferido atractiva, pero lo acepto.

Mi mano se comienza a alejar, pero él agarra y la sostiene suavemente contra su mandíbula. Mira hacia abajo a través de sus pestañas negras, lanzándome una mirada seductora. Aunque sé que

está jugando, puedo sentir que el calor sube por mi rostro. Finalmente deja caer la mano; pero al hacerlo, sus dedos me rozan el antebrazo y me aparto con un gesto de dolor.

El coqueteo de Wesley se disuelve en preocupación.

—Creo que no deberías estar cazando.

Suspiro y me dirijo a las próximas escaleras.

—No tengo otra opción.

—Yo podría hacerlo por ti.

Niego con la cabeza.

—Ya no tienes acceso a mi territorio.

—Me puedes prestar tu llave.

—No —simplemente digo mientras abro la puerta al tercer piso y avanzo por el pasillo—. Necesito hacerlo yo.

—Espera —dice—. Solo, espera. —Me obligo a detenerme al lado del dibujo del mar. Mi hora de libertad hace tictac dentro de mi cabeza. Wes se pasa la mano por el pelo—. Has atravesado muchas cosas —dice—. Solo date un respiro.

—No puedo —respondo con simpleza—. El Archivo no me lo dará. Tengo que hacer esto. Es mi trabajo. Si no puedo cazar, entonces no merezco ser Portera. —Me doy cuenta con angustia de que es verdad. Agatha puede estar asegurándose de que mi lista se mantenga en alza, pero el hecho es que tengo que probar que puedo hacer esto, que no

estoy rota. Agatha no está convencida y, ahora mismo, yo tampoco. Pero no puedo darme por vencida. Por mucho que quiera una vida normal, no quiero perder esto. Perderme. Perder a Wes.

—No tardaré —digo. Me saco el anillo y lo guardo en mi bolsillo, mis sentidos se adaptan instantáneamente al pasillo, a la cerradura ahora visible en el pliegue del empapelado y a la cercanía del cuerpo de Wesley, que murmura vida.

Frunce el ceño y se quita su propio anillo.

—Voy contigo.

—¿Qué hay de Jill?

Hace un gesto de negación con la mano.

—Es Jill. Debe estar con la nariz metida en algún libro. Realmente no le importa si estoy ahí para mirarla dar vuelta las páginas.

—No tienes que venir —digo al mismo tiempo que llevo la llave sobre mi cabeza y la meto en la pared.

—Pero voy a ir —dice con seguridad, mientras la puerta a los Estrechos se extiende como una mancha sobre el empapelado al lado de nosotros—. Escucha. Entiendo que necesites hacer esto; pero han pasado un par de días malos y no quiero que vayas ahí dentro sola, ¿está bien? Además, le dije a tu mamá que te mantendría alejada de los problemas y esto se parece mucho a «problemas». Así que si estás decidida a ir a dar patadas por los Estrechos, entonces voy contigo. —

Su sonrisa torcida vuelve a cobrar vida—. Y si intentas detenerme…

Bueno, entonces me pongo a gritar.

—No te atreverías —digo con sorpresa.

—Lo haría. Y te sorprendería cuán lejos llega mi voz.

—Está bien. Puedes venir. —Suspiro y giro la llave en la puerta de los Estrechos—. Pero no te metas en mi camino.

Wes empieza a caminar y después se detiene, recordando algo.

—¿Qué hay de tu citación? —pregunta—. ¿No tienes que reportarte?

Dudo.

—Ya lo hice —hablo despacio—. Hablé con Agatha anoche.

—¿Y? ¿Le contaste sobre los vacíos? ¿Tu teoría?

Digo que sí con la cabeza, casi esperando que Wes me diga que debería haber mantenido la boca cerrada, pero no lo hace. No conoce a Agatha, no como yo. Para él, ella es la Examinadora. Autoridad. Archivo. Probablemente a él no se le ocurriría mantenerlo en secreto.

—No se puso demasiado contenta —agrego.

—Me imagino —dice Wes—. ¿Qué dijo?

Voy a destruir su vida, momento por momento, para destapar su culpa. Porque ha probado una cosa esta noche, señorita Bishop. Es culpable de algo. Quizá sean los vacíos o quizá la locura, pero sea lo que sea, lo voy a averiguar.

—Dijo que se encargaría.

—Bueno… —Wes se frota el cuello—. Supongo que eso es un alivio, ¿no? Quiero decir, es Agatha. Ella llega al fondo de las cosas, de una manera u otra.

—Sí —respondo y abro la puerta. Tengo la horrible sensación de que él tiene razón.

En días buenos, los pasillos zigzagueantes y de aire viciado de los Estrechos me ponen nerviosa. Hoy, me dan escalofríos. Cada sonido minúsculo se retuerce sobre sí mismo para convertirse en una serie de pasos. Un golpe a la puerta. Una voz distante. Se me acelera el pulso incluso antes de que la puerta al Exterior se cierre, antes de que la pequeña luz que se escabulle por el límite entre los mundos se apague, sumergiéndonos en la oscuridad alumbrada por la llave.

Mi brazo herido cuelga a mi lado, dolorido. Me obligo a concentrarme en la tarea que me ocupa, en vez de en la forma en que el dolor se mete en mis sentidos, amenazando con llevarme a un lugar más oscuro. Casi puedo sentir a Owen sujetándome contra él, sus manos sobre mis manos, sobre el cuchillo…

—¿Mac? —pregunta Wes en voz baja. Me sacudo para librarme de la pesadilla y concentrarme. No puedo darme el lujo de perderme aquí, no con los nombres en mi lista y Wesley a mis espaldas. Lo puedo sentir detrás de mí, tan cerca que casi puedo percibir la vida que

irradia de él en forma de calor. Está manteniendo el cuerpo tensionado, como si creyera que me voy a caer, como si tuviera que agarrarme.

Dos nombres. Dos Historias. Eso es todo. Debería ser rutina. El enojo bulle a través de mí. Si no puedo hacer esto, no merezco ser llamada Portera.

—Estoy bien —digo, presionando la mano contra la pared más cercana para esconder el hecho de que estoy temblando. Cierro los ojos con fuerza por un momento. Me aferro al hilo de tiempo, lo rebobino y los Estrechos vuelven a aparecer en mi mente. Lo llevo hacia atrás hasta que un chico se muestra fugazmente. Está ahí y después se va igual de rápido, pero sé adónde ir a continuación. Eso es todo lo que necesito. Un paso a la vez, un pie en frente del otro. Me aparto y sigo su camino girando en la esquina, serpenteando más adentro de los Estrechos. Pronto encuentro mi ritmo y me olvido del dolor en el brazo y del susurro en mi cabeza que dice *rota rota rota* con la voz de Owen.

—¿Ves? —digo, apartándome de otra pared—. Te dije que estaría… Estoy a mitad de camino de pronunciar la palabra *bien*, cuando giro en la esquina y casi choco contra un cuerpo. Aparecen mis instintos y lanzo la forma contra la pared de los Estrechos antes de registrar lo pequeña que es o el hecho de que no se está defendiendo. Los

zapatos de la niña cuelgan sobre el piso y me mira con grandes ojos aterrorizados, las pupilas temblorosas.

Abigail Perry, 8.

La mirada en sus ojos es como un balde de agua fría. El hechizo de los Estrechos se rompe, el eco pesadillesco se retira y recuerdo mi trabajo. Ni asustar ni pelear, sino Devolver. Corregir.

—Por favor, no me lastimes —susurra.

Bajo a la niña hasta que sus zapatos tocan el suelo, aflojando los puños pero sin soltarla.

—Lo siento —digo con toda la amabilidad que puedo—. No quise agarrarte. Solo que me asustaste.

Sus ojos se abren un poco más, las pupilas se estabilizan.

—Yo también estoy asustada —dice.

Sus ojos se van hacia Wesley, detrás de mí.

—¿Tú también? —le pregunta y Wes, que siempre ha sido más del tipo de Portero de «Devolver primero, hablar después», se arrodilla frente a Abigail y dice:

—Yo también, pero Mac nos va a mostrar la salida.

Me mira a mí con ilusión y yo digo que sí con la cabeza.

—Es verdad —digo, aún temblando—. Salgamos de aquí.

Encuentro la puerta de Devoluciones más cercana y la mando por ahí. Y el instante anterior a cerrar la puerta —cuando el pasillo se llena

de luz blanca—, pienso en el día en que quedé atrapada en esa habitación cegadora y mi vida se reprodujo sobre las paredes antes de plegarse, centímetro a centímetro, llevándose mi respiración y mi pulso con ella. Me pregunto por un instante si así se sentirá ser borrado. Pero no tengo ningún deseo de averiguarlo.

Dos pasillos más allá, nos topamos con *Bently Cooper, 12*. Alza los puños cuando nos ve. El muchacho es puro piel, huesos y miedo y no puedo evitar preguntarme qué clase de vida tuvo que lo dejó tan a la defensiva. La pregunta afloja algo en mí. Sé que no debería preguntarme. Da solía regañarme por mi curiosidad, pero creo que estaba equivocado. Que me importe me mantiene humana. Sé que también es la razón por la que Owen me persigue en sueños. Si no dejara que las cosas me afecten, estas no podrían lastimarme; pero quizá papá tenía razón. No es vida a menos que te importe.

Alzo las manos y las del niño bajan y en pocos minutos, ya fue guiado hacia la luz. Para cuando Wes y yo volvemos a entrar en el pasillo de empapelado amarillo del tercer piso, tanto mi lista como mi cabeza están más despejadas. El alivio que siento al lograr una tarea tan pequeña me da náuseas, espero que Wes no lo vea. Vuelvo a ponerme el anillo y me dejo caer contra la pared, sintiéndome más como yo misma de lo que me he sentido en semanas.

—Bueno, eso fue divertido —dice de forma relajada mientras se

pone su anillo—. A decir verdad, como que extraño los días en que tu territorio estaba lleno de convictos corpulentos con cuchillos en mano. ¿Y te acuerdas de ese chico? —agrega con nostalgia—. ¿El que salió a trotar por el Coronado?

—Vívidamente —digo, con sequedad—. Te saqué los vidrios rotos de la espalda. Justo antes de que nos reprendieran por no dejar que la Brigada se encargara.

Wes suspira.

—La Brigada tiene toda la diversión. Algún día… —Su voz se apaga y vuelve a la realidad—. Bueno, señorita Bishop, tu lista está vacía, tu madre probablemente piense que nos pasamos los últimos… —Mira el reloj—… Cincuenta y dos minutos metidos en cualquier cantidad de actividades profanas. —Se estira y me despeina un poco, su música *rock* suena en mi cabeza a través de sus dedos.

—Wes —me quejo, tratando de arreglarlo.

—¿Qué? Solo le estoy agregando autenticidad. Tus padres creen que estamos saliendo.

—Les dije que no. No me quieren creer.

Wes se encoge de hombros.

—No me importa —miente—. Te sirve como una buena excusa.

—No eres solo una excusa, Wes.

—No, soy una linda excusa —dice y guiña el ojo—. Probablemente,

debería ir yendo. Debo asegurarme de que a Jill no se le haya ocurrido tomarse demasiado en serio alguna de las cosas que hay en esos libros. —Se dirige hacia las escaleras, pero solo unos pasos antes de lanzarme una mirada traviesa—. Aunque podría pasar más tarde… si quieres.

Pensar en una noche entera de sueño envuelta en nada más que su ruido me hace doler el corazón, pero me obligo a decir que no con la cabeza.

—No van a dejar que te quedes otra vez.

—¿Quién dice que ellos tienen que saber? —pregunta.

—¿Escabullirte en el dormitorio de una chica? —pregunto, haciéndome la sorprendida—. Eso suena como algo que haría un novio.

La sonrisa de Wesley se tuerce.

—Solo deja la ventana abierta.

Llego a la cafetería con cinco minutos de sobra y mamá me ve entrar. Si estaba esperando una sonrisa, una bienvenida o unas disculpas, estoy decepcionada. La mirada eficiente de mamá desde el reloj a mí y luego al trabajo lo deja claro: reunir los pedazos de nuestra familia va a llevar mucho más que una hora sin romper promesas.

La primera cosa que hago apenas puedo volver arriba es abrir la ventana de mi dormitorio (si mis padres preguntan, puedo decir algo

sobre necesitar aire fresco, ya que esta parece la única forma en que jamás lo obtendré), pero cuando hago una pausa para mirar afuera y *abajo*, me doy cuenta de que no hay manera de que Wes pueda entrar esta noche. Descanso los codos en la ventana y considero la caída hasta que escucho un grito nervioso y me doy vuelta para ver a mamá parada en el umbral de la puerta, mirándome como si pensara que voy a saltar.

—Linda noche —digo, metiendo la cabeza adentro.

—La cena está lista —dice, casi haciendo contacto visual antes de regresar a la cocina. Estamos progresando.

Papá ha insistido en cocinar, como si eso fuera a arreglar las cosas. Hasta hace mi comida favorita —espaguetis con albóndigas caseras—, pero aún pasamos la mayor parte de la cena en silencio, roto únicamente por el roce de los cuchillos y los tenedores. Papá no mira a mamá y mamá no me mira a mí. Y todo lo que puedo pensar mientras nos sentamos en silencio es que si mi vida terminara ahora mismo, quedaría toda una senda de destrucción, un velatorio de confianza perdida y me dejaría sintiéndome vacía. ¿Se habrá sentido así Da alguna vez?

Era un fracaso y un criminal y un bastardo egoísta a quien le importaban más sus secretos y sus múltiples vidas que su familia.

¿Es así como papá realmente veía a su padre? ¿Era él así? ¿Qué soy

yo? ¿Algo que desgarra la familia en vez de unirla? Ben era nuestro pegamento. ¿Nos hemos estado debilitando sin él? ¿O he sido yo la que nos ha estado alejando?

En el medio, siento el roce de las letras otra vez en mi lista y se me estruja el corazón. Pido permiso para retirarme y me escapo a mi habitación, la orden de mi padre de que deje la puerta abierta me hace peso detrás.

El silencio es peor cuando estoy sola, al llenarse rápidamente de *cómos* y *por qués* y *y sis* —¿cómo irá la investigación de Agatha?, ¿por qué alguien está haciendo esto?, ¿y si mi teoría es errónea?—, así que prendo la radio y abro el papel del Archivo. Otro nombre.



Resisto la necesidad de abollar el papel y tirarlo a la basura, y en vez de eso, me tiro en la cama y me cubro los ojos con el brazo sano. Aunque no me estuvieran observando como halcones, sería difícil seguirles el ritmo a los nombres si siguieran apareciendo con esta frecuencia. A los Porteros se los alienta a que se encarguen de las Historias lo antes posible, para evitar que la lista se haga larga y para evitar que las Historias se desborden y enloquezcan, dado que si lo hacen es más difícil manejarlas. Pero no se espera que estén cada

momento cerca de una puerta de los Estrechos esperando la llamada. Por otro lado, sus vidas no están colgando de un hilo. Quizás otros puedan dejar que los nombres esperen. Yo no. No con Agatha buscando señales de debilidad. Maldita sea, probablemente ella misma esté aumentando los números.

Me siento derecha y observo la ventana abierta. ¿Podrá entrar Wes? Y si puede, ¿podré salir yo?

Finalmente mamá y papá se van a dormir con la puerta abierta, pero me dejan cerrar la mía, probablemente porque piensan que la única forma que tengo de salir es por la ventana, y nadie está lo suficientemente loco para intentar eso. Nadie excepto Wesley, aparentemente, que aparece a medianoche, sentado como un espectro, en el marco de la ventana.

Levanto la vista de la cama mientras se desliza adentro de la habitación y me ofrece una reverencia silenciosa y dramática.

—Píntame del color de la admiración —susurro bajo la música de la radio—. ¿Quiero saber cómo hiciste eso?

—Dije que era bueno trepando —susurra—. Nunca dije que tenía que trepar hacia *arriba*. —Señala el techo con un dedo—. El 4F está vacío.

—Bueno —digo, poniéndome de pie—, me alegra que lo hayas logrado.

Los ojos de Wesley se iluminan.

—¿En serio?

—Sí —respondo, mientras me pongo las botas.

Wes frunce el ceño.

—¿Vas a algún lado?

—Asumo que si lograste entrar, sabes cómo salir.

—Bueno, sí, en teoría. Pero medio que pensé que no tendría que probar hasta la mañana.

—Hay otro nombre en mi lista.

—¿Y?

Voy a la ventana y echo un vistazo afuera y arriba, para observar el lado pedregoso del Coronado. No es el ascenso más sencillo, especialmente con un solo brazo sano.

—Necesito eliminarlo.

—Mac —susurra Wes, que se me une en la ventana—. Estoy a favor de la eficiencia, pero esto bordea lo obsesivo. Es solo un nombre. Déjalo para mañana.

— *No puedo* —digo mientras paso la pierna afuera de la ventana. Me agarra del codo para estabilizarme, el ritmo de su vida se desliza a través de mi camiseta y debajo de mi piel.

—¿Por qué no?

No quiero mentir, no a Wes, pero tampoco quiero preocuparlo. Ya

estoy preocupada por ambos y no hay nada que él pueda hacer ahora, excepto enseñarme cómo salir trepando de esta habitación.

—Porque es una prueba. —No es una mentira. Agatha *está* probándome.

—¿Qué? —Los ojos de Wesley se oscurecen.

—Una evaluación —digo—. Después de todo lo que ha pasado, supongo que ellos… Agatha quiere asegurarse… —Mis ojos se deslizan hacia mi manga, donde las vendas sobresalen alrededor de la muñeca.

—¿Asegurarse de qué? —estalla Wes y puedo escuchar algo nuevo en su voz. Enojo, dirigido al Archivo—. Dios, después de todo lo que has pasado, de todo lo que *estás* pasando…

Pongo la pierna de nuevo en la habitación y tomo a Wes por los hombros, la mirada se me va más allá de él hacia la puerta, me preocupa que alguien escuche la conmoción.

—Ey —digo, asegurándome de hablar más bajo que el sonido de la radio—. Está bien. No los culpo. Pero necesito mantener la lista vacía. Y para eso, necesito tu ayuda.

—¿Por eso me dejaron fuera de tu territorio?

Digo que sí con la cabeza y deja escapar una palabrota antes de recobrar la compostura.

—Lo que están haciendo —dice, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejarla—. Estoy seguro de que es solo protocolo. —No

suena como si lo creyera, pero me doy cuenta de que lo quiere creer.

—Estoy segura —digo. Yo también quisiera creerlo.

Se sube a la ventana, agarrado del alféizar. Después de respirar bien hondo, dice:

—¿Estás segura de que puedes trepar?

Giro la muñeca, los viejos huesos rotos hacen clic debajo de las vendas y envían estallidos de dolor hacia las letras talladas. No es nada comparado con el dolor en el otro brazo. Qué desastre.

—Me las ingeniaré —digo, reprimiendo el gesto de dolor.

—Mac…

—Me las ingeniaré, Wes. Solo muéstrame qué hacer.

Se sienta en el alféizar y lleva una pierna arriba. Descansa el otro pie en la madera mientras se agarra de la ventana arriba de su cabeza y después, en un solo movimiento fluido, se para, apoyándose sobre sus pies *afuera*. Mantiene una mano agarrada debajo de la ventana para sostenerse mientras se mece hacia un lado y sale del alféizar hacia una piedra salida, despareciendo de la vista. Cuando saco la cabeza, lo veo escalando el costado del Coronado, trocito de piedra a trocito de piedra hasta que llega a una ventana abierta unos tres metros arriba. Se eleva hasta la ventana y se sienta ahí, con los codos en las rodillas, mirando hacia abajo, a mí.

—Dime que eso fue más divertido de lo que parece —digo.

—Mucho más —responde Wes, cuando respiro hondo y me trepo sobre la parte exterior del marco, siguiendo su ejemplo. Me duele el brazo al agarrar el borde inferior de la ventana para sostenerme y miro las piedras que sobresalen entre el 4F y yo. No son ni chatas ni lisas sino dentadas, desgastadas por el tiempo y el clima, como las gárgolas en el techo. Cada una está en algún lugar entre un ladrillo y un bloque; cuando me estiro hacia la primera, una piedrita cae desde arriba, rozando la pared. Me voy a morir. Siempre pensé que si algo en el Coronado me mataba, serían los ascensores, pero no. Será esto. Respiro hondo, salgo del alféizar y piso las piedras. Me obligo a no mirar hacia abajo; en vez de eso, me concentro en el número de piedras hasta estar a salvo, contando hacia atrás. 8… 7… 6… 5… 4… 3…

—No es tan malo —digo cuando estoy cerca de Wes.

… 2… 1. Y es entonces cuando los dedos de mi pie se apoyan sobre una pieza musgosa y me resbalo. Caigo unos centímetros antes de que una mano me rodee con mucha fuerza la muñeca lesionada. El dolor se dispara hacia el brazo, repentino y ardiente, y me falla la vista, que se oscurece. Wesley dice algo, pero su voz está lejos y después directamente se apaga. Siento la oscuridad plegándose alrededor de mí, intentando arrastrarme hacia abajo, pero me aferro a su mano y a la intensa percusión de su ruido. Me concentro en eso, y no en la distancia extraña ni en la sensación de que el tiempo salta como una

piedra. Me concentro en la música hasta que puedo ver la pared enfrente de mí, hasta que puedo escuchar las palabras de Wesley, que me ruega que le dé la otra mano.

Y así como así, el tiempo vuelve a moverse y lo agarro del brazo con las dos manos y él me levanta y me hace entrar por la ventana. Ambos caemos contra el piso en el departamento vacío y nos quedamos ahí tirados un momento, recobrando el aliento con alivio.

—¿Ves? —suspira Wes, rodando sobre su espalda en el piso de madera—. Eso fue divertido.

—Realmente tenemos que hablar sobre tu idea de diversión. —Me arrastro a una posición de sentada, gesticulando por el dolor que me recorre desde los dedos al codo.

Me pongo de pie y echo una mirada al departamento, o al menos intento. Está muy oscuro, la única luz que entra por la ventana viene de la calle, pero sé que no hay nada aquí. Tiene esa sensación hueca que hace eco y que surge en los espacios vacíos, y lo único que rompe la capa de polvo en el piso es claramente de cuando Wesley estuvo aquí más temprano. Se sacude el polvo y me guía por el esqueleto del 4F.

—Ha estado vacío por casi una década —me explica—. Sin embargo, te agradará saber que, según las paredes, la última persona que vivió aquí tenía no menos de cinco gatos.

Me estremezco. Odio los gatos y Wesley lo sabe. Él es quien me

encontró sentada en el piso afuera del departamento de Angelli después de ser atacada por su horda de felinos.

—Entonces, ¿a quién estamos buscando? —pregunta Wes, yendo hacia la puerta de entrada.

—Henry Mill, de catorce.

—Espléndido —dice Wes, que abre la puerta y nos baña con la luz del pasillo—. Quizá, si tenemos suerte, buscará pelea.

A Wesley se le cumple el deseo.

En el poco tiempo que Henry ha estado afuera se ha desbordado lo suficiente como para que cuando nos mire, no nos vea *a nosotros*, sino algo a lo que le teme —en este caso, policías—. Wesley y yo terminamos persiguiéndolo por casi la mitad del territorio antes de lograr acorralarlo. No es la Devolución más delicada —lo arrastramos a la puerta más cercana mientras patea y grita—, pero se hace el trabajo.

Son casi las tres de la mañana para cuando volvemos al 4F y hacemos el terrorífico descenso a mi habitación —esta vez, sin incidentes—. Me dejo hundir en la cama, exhausta. Wesley avanza hacia la silla que está cerca, pero le agarro la mano, la música vibra a través de mí cuando lo atraigo hacia la cama. Lo suelto y me corro hacia atrás para hacerle lugar. Se queda ahí un momento, con las rodillas contra el colchón.

—Las camas son para los novios —dice.

—Y para la gente a la que no le gusta dormir en sillas —respondo.

Antes de que sonría, en sus ojos aparece algo parecido a la tristeza, luego se deja caer en el cubrecama a mi lado. Apaga la lámpara sobre la mesa de luz y nos quedamos ahí acostados a unos centímetros en la oscuridad. Wesley me ofrece una mano y cuando la tomo, presiona la palma de mi mano contra la parte delantera de su camiseta. Su ruido me recorre, fuerte y bienvenido.

—Buenas noches, Wesley —susurro.

—Que duermas bien —susurra él.

Y de alguna manera, lo hago.

VEINTIDÓS

*—**ES UNA CARGA PESADA** la que hay que soportar —dice Roland y me devuelve la foto—, pero la Brigada vale la pena.*

Bajo la mirada a la foto de Da y su compañera, Meg. No puedo imaginar encajar tan bien con alguien como lo hacen ellos, tan cerca que casi se tocan, aunque no estén usando sus sortijas de plata. ¿Es así el amor para la gente como nosotros? ¿Ser capaces de compartir espacio? Sin nuestros anillos, llevamos nuestra vida en la mano. Nuestros pensamientos y deseos y miedos. Nuestras debilidades. No puedo soportar el pensamiento de que alguien vea las mías.

—¿Es amor —pregunto— lo que la Brigada siente? Dijiste que era más que eso, ¿pero hay amor ahí?

Roland asiente con la cabeza.

—¿Entonces cómo puede valer la pena? —Paso el dedo gordo sobre el rostro de Da. No es el Da que yo conocí. Mi Da tenía muchas más arrugas y mucha menos calma. Mi Da está enterrado hace seis meses—. Dejar que las personas te conozcan, quererlas, es un desperdicio. Al fin y al cabo, solo duele más cuando las pierdes.

Roland se inclina hacia atrás contra un estante, las fechas de un hombre están impresas justo sobre sus hombros. Su mirada me pasa de largo, sus ojos grises desenfocados.

—Vale la pena —dice— tener a alguien a quien no le escondes nada. Los secretos y las mentiras pesan desde el principio, y solo se vuelve más duro. Construyes paredes para mantener el mundo fuera. La Brigada es la pequeña parte del mundo que dejas entrar.

—Vale la pena —dice Roland—. Un día, cuando estés rodeada de esas paredes, lo verás.

Wesley se ha ido para cuando me despierto.

Lo que es bueno, porque mamá se mueve ruidosamente por mi habitación, cierra la ventana, ordena los papeles, levanta la ropa del piso para ponerla a lavar. Aparentemente, la privacidad se fue por la ventana junto con la confianza. Le dice a la mesa de luz que es hora de levantarse, le dice a la ropa sucia en sus manos que el desayuno está listo. Al parecer, retrocedimos un paso.

La lista del Archivo está metida debajo del teléfono en mi mesa de luz y cuando voy a revisarla, veo que hay un mensaje de texto de Wesley.

Wes: Soñé con tormentas. ¿Soñaste con conciertos?

En verdad, no soñé nada y la sensación que tengo en los huesos por dormir sin sueños es gloriosa. Sin pesadillas. Sin Owen. Me miro el brazo y me pregunto cómo llegó tan lejos. Me siento mucho más cerca de la cordura después de un par de horas de descanso.

Estoy a punto de responder cuando veo una conversación con Lyndsey. Una que nunca tuve. Es del sábado a la noche, cuando mamá le echó algo a mi agua y Wes se quedó por primera vez.

Lynds: Tierra a Mac.

Lynds: Tierra a Mac.

Lynds: El chico MÁS SEXY está en esta cafetería.

Lynds: Necesito que estés despierta para que puedas disfrutarlo indirectamente.

Lynds: Y tiene un estuche de violín. UN ESTUCHE DE VIOLÍN.

desmayo

Mac: Lo siento, Mac está durmiendo.

Lynds: ¿Entonces cómo mensajea?

Lynds: ¿Es una escritora sonámbula?

Lynds: ASOMBROSO.

Lynds: ¿ESCRIBE EL DELINEADO?

Mac: El mismísimo.

Lynds: Ella carga su celular por ti. Espero que valgas la pena.

Mac: Yo también lo espero.

Casi sonrío, pero después se me hace un nudo en el estómago.

Valer la pena.

La Brigada vale la pena, suena el eco de Roland.

Guardo el teléfono y me empiezo a vestir. Los cortes están sanando



bien en mi mano y solo cubro el más grande en la palma. El brazo, por otro lado, me está matando después de las aventuras de anoche. Lo flexiono con cuidado, pero igual el dolor me hace sobresaltar. Luego miro mi lista. Ya hay otro nombre.

—Mackenzie. —Mamá está parada en el umbral de la puerta. Sus ojos se acercan hasta mi mejilla—. Vamos a llegar tarde.

—¿Vamos? —pregunto.

—Te llevo en auto a la escuela.

—Ni loca…

—Mackenzie —me advierte mamá—. No es negociable. Y antes de que vayas corriendo a hablar con tu padre, deberías saber que fue su

idea. No quiere que uses la bicicleta con tu brazo en esas condiciones y yo estoy de acuerdo.

Es evidente que no debería haberlos dejado solos en la cena anoche. Ya desisto de eliminar a Penny de la lista antes de ir a Hyde.

Cuando estoy lista, sigo a mamá por las escaleras y estamos atravesando las puertas de entrada cuando Berk aparece en el patio y la llama con la mano, mientras dice algo sobre una emergencia con un expreso.

Mis ojos se van hacia Dante y me inclino hacia el soporte para bicicletas.

—Podría…

—No —dice mamá—. Quédate aquí. *Ya* vuelvo.

Suspiro y me dejo caer contra la pared del patio para esperar, mientras juego con la venda que me entrecruza la palma de la mano.

Alguien proyecta una sombra sobre mí y un momento después, Eric se sienta contra la parte baja de la pared, unos pasos más allá, y se apoya una taza descartable de Café Bishop en la rodilla.

—No sabía lo de Roland —digo.

—No te lo dije —dice, simplemente. Lo miro. Parece cansado, pero más allá de eso, ileso—. Agatha se está quedando sin Brigadas.

Trago con fuerza.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—No el suficiente —responde y toma un sorbo de café—. ¿Eres inocente, señorita Bishop? —Dudo y después digo que sí con la cabeza —. Entonces, ¿por qué le negaste acceso?

—Tenía miedo de desaprobar la evaluación.

—Pero dijiste…

—La evaluación mental —aclaro. El silencio se posa sobre nosotros —. ¿Alguna vez deseaste haber tomado otro camino? —pregunto después de un momento.

Eric me mira con cautela.

—Me honra servir en el Archivo —dice—. Me da un propósito. —Luego se ablanda un poco—. Ha habido veces en las que dudé. En las que pensé que quizá quería ser normal. Pero la cosa es que lo que hacemos está en nuestra sangre. Es lo que somos. Normal no iría con nosotros, aunque lo quisiéramos. —Suspira y se pone de pie—. Te diría que no te metas en problemas —dice—, pero simplemente parece que estos te encuentran, señorita Bishop.

Mamá reaparece con dos tazas descartables y hay una milésima de segundo, cuando me pasa una, en que finalmente me mira a los ojos. Después ve al hombre parado a mi lado.

—¡Buen día, Eric! —dice animadamente—. ¿Qué tal está ese tostado oscuro?

Él le muestra su mejor sonrisa.

—Como que vale la pena atravesar la ciudad por él, señora —responde antes de irse por la vereda.

—Eric se volvió una especie de cliente habitual —explica mamá mientras caminamos hasta su auto.

—Sí —respondo con sequedad—. Lo he visto por acá.

Mamá tiene la decencia de dejarme bajar a una cuadra y media de distancia de la escuela y fuera del alcance visual del estacionamiento. Cuando el auto se va, me miro el brazo con la esperanza de poder atravesar el día sin incidentes. Quizás Eric tiene razón. Quizá lo normal no vaya con nosotros, pero estoy dispuesta a simular. Veo a Cash, está descansando contra el soporte de bicicletas con un café y una sonrisa. Cash, quien siempre me hace sentir normal. Pero en cuanto llego hasta él, puedo ver que hay algo mal.

Su cabello oscuro cae sobre sus mejillas, aunque no puede tapar del todo el corte al lado de su ojo ni el moretón que se oscurece en su mandíbula.

—Parece que no soy la única que tuvo un incidente —digo—. ¿Fútbol? ¿O Wes y tú estuvieron practicando un par de *rounds* en la colchoneta?

—Nah —responde—. Ojalá. —Pero no parece tener ganas de decir más nada.

—Ey, vamos —insisto cuando me da el café recién hecho—. Yo te

conté mi historia de torpeza. Lo justo es que me cuentes la tuya.

—Ojalá pudiera —dice, frunciendo el ceño—, pero no estoy demasiado seguro de lo que pasó.

Levanto las cejas mientras bebo un sorbo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estaba regresando de tu casa ayer, iba a tomar el subte pero era un día agradable, así que decidí caminar. Estaba llegando al colegio cuando, de repente, escuché un estruendo detrás de mí y antes de poder darme vuelta para ver qué estaba pasando, alguien me empuja hacia atrás *con fuerza*.

El café se vuelve amargo en mi boca.

—Fue una locura —agrega—. Un momento estoy tranquilo y al siguiente estoy despatarrado en la vereda. —Se lleva la punta del dedo al corte al lado de su ojo—. Me golpeé contra el banco en la caída. No pude haber estado inconsciente más de un minuto o dos, pero para cuando me levanté, ya no había nadie.

—¿A qué sonó? —pregunto despacio—. Digo, el ruido detrás de ti.

—Algo fuerte, como un choque, o un desgarro, un zumbido. Sí, un zumbido. Y eso ni siquiera es lo más extraño. —Toma la taza con más fuerza—. Vas a pensar que estoy loco. Diablos, yo pienso que estoy loco, pero juro que había un tipo caminando, quizás unos pasos detrás de mí, justo antes de que pasara. Pensé que tal vez había sido el que

me agarró, pero para cuando pude levantarme, se había ido.

Se endereza y suelta una risa ahogada.

—Dios, sueno como un delirante, ¿no?

—No —respondo, agarrando la taza de papel—. Para nada.

¿Un sonido de desgarro, una fuerza suficientemente poderosa como para derribar a Cash hacia atrás y ningún rastro visible? Todas las señales de un vacío. ¿El hombre que iba atrás era de Brigada? ¿O una víctima que se atravesó en el camino?

—¿Qué aspecto tenía el tipo?

Cash se encoge de hombros.

—Parecía normal.

Frunzo el ceño. No tiene sentido. Si alguien estaba tratando de atacar a Cash, falló. Además, no entiendo por qué lo atacaría mientras yo estaba encerrada bajo llave. No habría nada que me atara a ese crimen; entonces, ¿por qué hacerlo?

—¿Viste a alguien más además del que corría? —pregunto, acercándome.

Cuando dice que no con la cabeza, lo tomo del brazo. Su ruido canta a través de mí, pero no me importa.

—¿Puedes recordar *algo* sobre los momentos anteriores a que sucediera? ¿Alguna cosa?

Cash baja la mirada al piso.

—Tú.

Me aparto un poco.

—¿Qué?

—No estaba prestando atención porque iba pensando en ti. —Se le acalora la cara y él suelta una risita reprimida—. A decir verdad, no puedo *parar* de pensar en ti.

Entonces, de la nada, Cash me toma el rostro con las manos y me besa. Sus labios son cálidos y suaves y mi cabeza se llena de *jazz* y risas; y por un instante se siente dulce, seguro y simple. Pero mi vida no es ninguna de esas cosas y me doy cuenta, cuando el beso se está terminando, de que no quiero simular que lo es y de que solo hay una persona que quiero que me bese así.

Alguien al lado de la verja silba, otro celebra y yo me aparto con brusquedad.

—No puedo —digo, mi cara está en llamas. Siento como si todos en el estacionamiento nos estuvieran mirando.

Cash retrocede inmediatamente, tratando de no parecer herido.

—Es Wes, ¿no es cierto?

Sí.

—Es la vida.

—Qué amplia —dice, encorvándose contra el soporte para bicicletas—. Es mucho más fácil odiar a una *persona*.

—Entonces soy yo. Mira, Cash, eres increíble. Eres dulce e inteligente, y me haces sonreír…

—Sueno bastante genial.

—Lo eres —digo, alejándome otro paso—. Pero en este momento mi vida es… complicada.

Cash asiente con la cabeza y pone una mano sobre la mía.

—Entendido. Y quién sabe —dice, animándose—, quizás algún día será más simple.

Logro una pequeña sonrisa. *Quizá*.

Y entonces alguien grita el nombre de Cash y su rostro se ilumina cuando se da vuelta y devuelve el grito, y es como si no hubiera pasado nada. No puedo evitar preguntarme si él también tendrá máscaras que usa. Quizá todos tengamos.

Wes aparece unos minutos después en su uniforme de cuarto, negro y dorado, luciendo como si hubiese pasado el fin de semana descansando al lado de una piscina en vez de escalando las paredes del Coronado y ahuyentando mis pesadillas. Cash se ve arrastrado a una conversación grupal y Wes choca su hombro contra el mío y susurra:

—¿Sin pesadillas?

—Sin pesadillas —digo. Y eso es algo por lo que estar agradecida. Eso es progreso; pequeño, diminuto, pero es algo. Soy yo trepando

con las uñas hacia la cordura.

Suena el timbre y todos atravesamos la verja. Sea lo que fuere que el Festival de Otoño es, está comenzando a apoderarse del campus. Su estructura está desperdigada en montones verdes entre los edificios y enormes cintas negras y verdes y plateadas y doradas están enrolladas y esperando, y todo el mundo parece extrañamente alegre por ser lunes a la mañana.

Cada momento sin el reloj y la guardia y los constantes recordatorios de que no estoy bien me hacen sentir más cerca de lo normal. Para las 10:30, en Teoría Literaria, me siento sumamente común. Y entonces, la profesora Wellson arrastra la tiza por el pizarrón y el sonido es demasiado agudo, como metal contra piedra.

Metal contra piedra, pienso. Y cuando lo pienso, se me tensiona el cuerpo y se detiene. El resto de la habitación no. Wellson sigue hablando, pero su voz de repente parece apagada y lejana. Intento mover la lapicera en mi mano con desesperación, pero la mano se niega. Todo mi cuerpo se niega.

—¿Realmente creíste —viene una discreta voz de detrás de mí— que un par de horas de sueño podían arreglar las formas en que estás rota? —La voz de *Owen* es nítida y clara.

No. Cierro los ojos. *No eres real*.

Un momento después, *siento* que sus brazos me rodean los

hombros, *siento* que su mano roza la línea que él talló en mi brazo.

—¿Estás segura de eso? —Presiona hacia abajo. El dolor estalla a lo largo de mi piel y el aire no me pasa por la garganta cuando me levanto de un salto, al descongelarse de pronto mi cuerpo. Toda la clase se da vuelta a mirarme.

—¿Señorita Bishop? —pregunta Wellson—, ¿le pasa algo?

Murmuro algo acerca de sentirme mal, luego agarro mi mochila y salgo corriendo al pasillo. Llego al baño justo cuando me dan arcadas. Me tiemblan los hombros mientras vomito el desayuno y las dos tazas de café, después me dejo caer contra el cubículo y descanso la frente contra mis rodillas.

Esto no debería estar pasando. Se supone que debería estar mejorando.

¿Realmente creíste que un par de horas de sueño podían arreglar las formas en que estás rota?

Me empiezan a arder los ojos y los cierro con fuerza, pero aun así algunas lágrimas se escapan hacia mis mejillas.

—¿Resaca? —viene una voz desde el cubículo de al lado. Safia—. ¿Náuseas matinales? —Me obligo a abrir los ojos y me pongo de pie con esfuerzo. Sale del cubículo y va hacia el lavabo cuando agrega—: ¿Desorden alimentario?

Me enjuago la boca mientras se acerca y se sienta sobre la

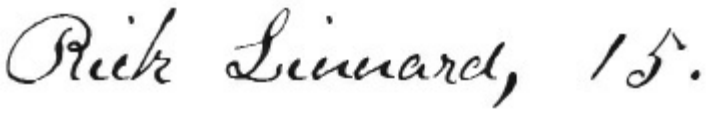
encimera de un salto.

—Intoxicación por comida —miento descaradamente.

—Menos interesante —dice, saca un pequeño envase con pastillas de menta y me ofrece una—. Siempre le digo a Cash que no debería comprar ese café barato en la tienda de la esquina. Honestamente, ¿quién sabe qué tiene? Aunque supongo que es un lindo gesto.

—Estoy segura de que solo está haciendo su trabajo —murmuro y me tiro agua en la cara.

Safia revolea los ojos.





—¿Qué te pasó en la mano?

—Me caí.

—Al menos podrías inventar una mentira interesante. —Salta de la encimera y se da vuelta para irse.

—Safia —la llamo cuando llega a la puerta—. Gracias.

—¿Por qué? —pregunta, arrugando la nariz—. Te ofrecí una pastilla

de menta. Es como buena educación, no el comienzo de una amistad.

—Bueno, gracias por ser educada entonces.

La comisura de su boca se tuerce y después se va.

En cuanto se cierra la puerta, me dejo caer contra la pared de ladrillos al lado del lavabo y me envuelvo las costillas con las manos para evitar que tiemblen. Justo cuando creo que las cosas no pueden empeorar, siento el roce de las letras en mi bolsillo. Saco el papel del Archivo mientras un segundo nombre

se escribe debajo de

Dos nombres y ni siquiera es la hora del almuerzo. No hay dudas, Agatha lo está haciendo a propósito. Pero no tengo opción, tengo que seguirle el juego. Además, vaciar esta lista es la única cosa sobre la que aún tengo control. Me da vueltas la mente. El timbre de clases suena a la distancia. Gimnasia. Voy a faltar. Sé dónde está ahora la puerta más cercana. Y con el acceso del territorio de Wesley al *mío* anulado, incluso si él me dejara pasar, no podría cruzar la división.

Encuentro un lápiz en mi bolso, extiendo el papel sobre el lavabo y golpeteo varias veces la goma contra este antes de finalmente escribir un mensaje.

Solicito acceso al territorio adyacente: Escuela Hyde.

Me quedo parada al lado del lavabo y miro fijo la página, esperando y deseando una respuesta. Cuento los minutos que me

tomará llegar a la puerta, cruzar el territorio de Wesley hasta el mío y encontrar y devolver a Rick y Penny.

Y entonces llega la respuesta. Una palabra pequeña y horrible: *Denegado*.

No está firmada, pero reconozco la letra de Agatha. Me invade la frustración y le doy un puñetazo a la primera cosa que veo, que resulta ser la caja de metal para las toallas de papel. Se cae estrepitosamente al piso.

—¿Mackenzie? —pregunta una voz desde la puerta. Me doy vuelta para encontrar ahí parada a una mujer. Tiene exactamente el mismo aspecto que en el hospital, la misma cola de caballo desprolija y hasta los mismos pantalones; pero cambió la placa identificatoria que decía *Psicóloga* por una que dice *Consejera Escuela Hyde*.

—¿Dallas? —pregunto, estrujando el papel del Archivo antes de que pueda verlo. La pregunta y la respuesta han desaparecido, pero los nombres aún están ahí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Teníamos un trato, ¿recuerdas? —Se agacha para buscar la caja abollada y la apoya de nuevo sobre la encimera—. Creí que te encontraría en el edificio de Bienestar, pero me crucé con la señorita Graham y me señaló en esta dirección. ¿Está todo…? —Se queda callada y agradezco no tener que responder esa pregunta, cuando es obvio que no, que no todo está bien—. ¿Necesitas un minuto? —

pregunta. Digo que sí con la cabeza y Dallas desaparece por la puerta para esperar.

Me miro en el espejo. Ojos grises azulados me devuelven la mirada —los ojos de Da—, pero la mirada que alguna vez fue firme ahora es insegura y el azul aparece más claro por el rojo que lo rodea. Se me notan las grietas. Me tiro agua en la cara para que se me enfríen las mejillas y lavar cualquier rastro de lágrimas, después aliso el papel del Archivo y lo doblo bien antes de meterlo adentro del bolsillo de mi remera.

Unos minutos después, cuando salgo al pasillo, al menos *luzco* como una estudiante de tercero normal. Dallas está comiendo una manzana y simulando que está interesada en un póster del Festival de Otoño que hay en la pared. Cash está adelante, en el centro. Está usando orejas de gato, sujetando a una chica de cuarto con una mano y sosteniendo una bengala en alto con la otra.

—Cuando dije que sí a la terapia —digo, empujando mis mangas hacia abajo con las manos—, no sabía que querías decir contigo.

—¿Eso va a ser un problema? —pregunta y tira el corazón de la manzana en el cesto de basura más cercano—. Porque o soy yo o es un hombre de mediana edad que es bastante amable, pero huele mal.

—Me quedo contigo.

—Buena elección —afirma y me guía por un par de puertas y

cruzando el patio interior. Los elementos del Festival de Otoño están desperdigados por todos lados y tenemos que eludirlos hasta llegar al edificio de Bienestar.

—Solo que no me di cuenta de que también trabajabas aquí —digo cuando llegamos al edificio y entramos. En vez de dirigirnos a los vestuarios, me lleva por un pasillo a una fila de oficinas.

—Durante la semana —me cuenta, cuando llegamos a una oficina con su nombre y entramos. Hay una silla y un sofá y una mesa ratona —. La mayoría de las noches y los fines de semana pertenezco al hospital. Entonces. —Se acomoda en la silla y toma un cuaderno que hay sobre la mesa ratona—. ¿Cómo están las cicatrices de lucha?

—Sanando —digo mientras me siento.

—¿Y cómo estás *tú*?

¿Cómo estoy? Cuatro personas han sido arrastradas hacia el vacío por mi culpa; mi única teoría de por qué se está viniendo abajo; la Examinadora del Archivo está decidida a encontrarme no apta; y mis pesadillas se están volviendo reales. Pero obviamente no le puedo decir nada de esto a Dallas.

—¿Mackenzie? —Me alienta.

—He estado mejor —digo en voz baja—. Creo que quizás estoy perdiendo la cabeza. —Esta es la cosa más honesta que he dicho en voz alta en días.

Frunce un poco el ceño.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

—Estos días, todo parece ser una pesadilla —respondo—. Solo quiero despertarme.

VEINTITRÉS

PARA CUANDO LLEGO AL ALMUERZO, las bandejas de todos están apiladas sobre los brazos abiertos del Alquimista. Están sentados en círculo hablando sobre el Festival de Otoño. Me sorprende ver a Safia en los escalones, el codo de Amber trabado en el de ella como si la tuviera de rehén.

—Ey, te extrañamos en gimnasia —dice Cash mientras subo los escalones—. ¿Qué pasó?

—Tenía una reunión —digo, sentándome en el espacio entre Amber y Wes. Revuelvo la comida, observo cómo los granos de arroz pasan a través de los dientes de mi tenedor—. ¿Qué me perdí?

—Veamos —responde Gavin, quien normalmente pasa la mayor parte de la clase haciendo extensiones sobre un aparato para hacer pesas y observando a la gente—. Amber intentó enseñarle yoga a Cash, Wesley boxeó y Saf coqueteó con un chico de cuarto que corría en la pista y después casi se cae de boca. —Safia le arroja una lata de gaseosa vacía a la cabeza.

—Qué pena que me perdí eso —digo con una pequeña sonrisa. Y

después, en respuesta a su dorada mirada asesina, agrego—: Quiero decir *todo* eso. No me puedo imaginar a Cash en ninguna de esas poses.

—Quisiera que sepas que hago un saludo al sol increíble. —

Procede a ponerse de pie de un salto y demostrar algo que solo puedo imaginar que está vagamente relacionado con el yoga. Todos se ríen y lo alientan, pero Wesley encuentran mis ojos del otro lado del círculo y me pregunta con la mirada, así que saco mi teléfono de mi bolso y le mensajeo una palabra.

Terapia.

Cash ha tomado asiento otra vez después de recolectar una cantidad saludable de aplausos y luego el grupo vuelve a hablar sobre el Festival de Otoño.

—¿Qué es exactamente?

—Es solo un baile —responde Wes.

—¿ *Solo* un baile? —dice Cash, fingiendo estar ofendido.

—Marca la tendencia de *todo* el año —dice Safia.

—Es la fiesta oficial de bienvenida al colegio —dice Gavin—. Mañana a la noche. Siempre es el primero de septiembre y la clase de cuarto año es la encargada de organizarla.

—Por supuesto que es Hyde —interrumpe Safia—, así que el código de vestimenta es extremadamente estricto. La mayoría de la

gente simplemente se queda con el uniforme.

—Pero no hay reglas para el cabello o el maquillaje —dice Gavin—. Así que la gente lo toma como un concurso, para ver cuán extraño puedes quedar sin romper el código de vestimenta.

—El año pasado, Saf y Cash fueron ambos con el pelo azul —dice Amber—. Y Wes abraza su chico gótico interior.

—¿En serio? —digo. Wesley me guiña un ojo y me río—. No me lo puedo imaginar.

—¿Muy loco, no? —concuerda ella—. De cualquier manera, puedes usar alhajas extravagantes o maquillaje extraño o calzas fosforescentes.

—Es genial ver a todo el mundo en una versión más extraña de sí mismos —dice Gavin.

—Vienes, ¿no, Mackenzie? —Quiere saber Amber.

Digo que no con la cabeza.

—No creo.

Estoy bastante segura de que mi arresto domiciliario no contempla excepciones para un baile del colegio.

—Ey —dice Gavin, dirigiéndose a mí—, ¿está todo bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —pregunto.

—Escuché que tuviste que irte de la clase.

Wesley frunce el ceño con preocupación.

—¿Estás bien?

—Guau —exclamo, mirando hacia Safia—, los rumores *sí* que viajan rápido por acá.

—No me mires a mí —dice—. Para hablar sobre eso tendría que importarme y la verdad es que no. Pero sí escuché un rumor sobre tú y Cash esta mañana en frente de…

—¿Qué pasó en clase? —interrumpe Amber.

—Nada —contesto—. No me sentía bien, así que me fui.

—Fue el pésimo café de Cash —ofrece Saf.

—Ehy —dice Cash enojado—, yo solo compro *gourmet*.

—La tienda de la esquina no tiene *gourmet*, y lo sabes.

Saf y Cash empiezan a discutir, pero Wes no está tan dispuesto a dejar pasar el tema.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, mirándome con fuerza.

Me obligo a asentir con la cabeza. Parece no creerme, pero entonces Cash se vuelve hacia él y dice:

—¿Ya decidiste si vas a llevar a Elle, Merilee o Amber?

Wesley, que aún me observa, responde:

—No voy a llevar a ninguna.

Safia abre la boca sorprendida.

—¿Wesley Ayers va a ir solo?

Él se encoge de hombros y finalmente lleva la mirada de nuevo hacia el grupo.

—No quería elegir solo una y privar a las otras de mi compañía. —Muestra una sonrisa torcida cuando lo dice, pero la frase suena hueca.

—Nadie lleve a nadie —dice Amber—. Vayamos en grupo.

—Al demonio tu grupo —responde Sabia—, yo ya tengo una cita.

—Has estado trabajando duro para tener una —dice Cash.

Saf le tira un libro por la cabeza. Casi golpea a Gavin, y el resto del almuerzo es un borrón de conversaciones y peleas y preparaciones para el festival.

Apenas si escucho lo que dicen.

Cuando suena el timbre, escribo otra solicitud al Archivo.

Otra vez es denegada.

—¿Cuándo fue que Safia decidió unirse a la Corte? —Amber y yo estamos caminando a la clase de Fisiología, nuestros zapatos hacen eco contra el mármol del camino de entrada al edificio de Ciencias.

—Ah, la migración —responde Amber con alegría—. Realmente una tradición consagrada. Saf empieza el año escolar decidida a hacerse un nombre, a subir en la escala social, armarse de un séquito de minions (Dios sabe que bastantes chicos de primero y segundo año están dispuestos) y después se da cuenta de algo.

—¿De qué?

Amber sonríe y levanta el mentón.

—Que la Corte es, de hecho, muchísimo más *cool* que cualquier

otra persona que ella vaya a encontrar en Hyde. Generalmente se da cuenta antes del Festival de Otoño y nosotros le damos la bienvenida como si nunca se hubiese ido. Estoy segura de que ella preferiría abandonar ese comportamiento, pero nunca va admitir que en realidad quiere pasar tiempo con Cash. — *Y estoy segura de que* Wesley *no tiene nada que ver con eso*, pienso cuando Amber me mira—. Hablando de Cash…

—¿Alguna pista nueva en el caso? —digo, cambiando de tema lo más obviamente posible. Amber suspira, pero muerde el anzuelo y dice que no con la cabeza.

—No he visto a papá tan estresado en años. Agregaron un tercer caso a su investigación. Otro que no parece tener solución. Este ni siquiera tiene una escena o un punto de partida. Solo un tipo que salió a correr por la mañana y nunca volvió. Finalmente su hermano lo reportó desaparecido.

Se me retuerce el estómago. Jason.

—¿Cómo pueden esperar que él resuelva eso? —pregunto.

Amber se encoge de hombros.

—Es su trabajo, supongo. Actúan como si él pudiera hacer milagros. Confía en lo que te digo: no puede. —A mitad de camino por las escaleras, dice—: Ey, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Seguro.

Estoy esperando que quiera saber por qué me arrestó su padre este fin de semana, pero en vez de eso pregunta:

—¿Hace cuánto que conoces a Wesley?

—Un par de meses —respondo, redondeando. Realmente parece más.

—¿Y hace cuánto crees que ha estado enamorado de ti?

Siento el calor trepando por mi cara.

—Solo somos amigos. —Amber hace un sonido para mostrar su escepticismo—. O sea, somos muy cercanos —agrego. Unidos por secretos y cicatrices—. Pero no somos… No sé… Wesley me importa y yo le importo a él.

—Mira —dice, cuando llegamos al aula—, apenas te conozco, pero hace años que lo conozco a Wesley. Y te puedo decir que « *le importo*» se queda corto. —Amber se corre para dejar pasar a alguien—. ¿Es verdad que lo besaste a Cash esta mañana?

—Él me besó *a mí* —aclaro— y ahí terminó.

Amber hace un gesto de rechazo con la mano.

—No me interesan los detalles. El punto es que no quiero que juegues con Wes. Ha pasado por muchas cosas y creo que finalmente está en un buen lugar y…

—Y no crees que yo sea buena para él.

Las palabras me golpean como un puñetazo, aunque sean mías. No

lo soy, ¿no? Al menos, no lo he sido. ¿Pero cómo podría? Me siento como una bomba a punto de estallar; no quiero que él esté aferrado a mí cuando eso pase. Pero él no quiere soltarme y yo no parezco capaz de hacerlo tampoco.

—No dije eso —responde Amber—. Es solo que… Gavin y Saf y Cash y yo hemos trabajado realmente duro para *mantenerlo* en ese buen lugar. Quizá viva en una casa grande en la colina, pero *nosotros somos* su familia. No sé cuánto sabes de su vida de antes de que entraras en ella, pero una cantidad bastante importante de personas lo han lastimado. Y quizás él se haya rearmado bastante a sí mismo, pero no del todo aún. Y es obvio que le importas *mucho*; entonces, todo lo que estoy diciendo es: no lo lastimes, ¿sí? Porque es obvio que tú también estás atravesando por algunas cosas y quiero que estés muy segura antes de dejar que él se enganche más. Que estés segura de que eres buena para él. —Abre la puerta—. Y si no lo eres, no dejes que se enamore.

El señor Lowell está ausente y en Educación Cívica el suplente se pasa la primera mitad de la clase leyendo directamente de un apunte todo lo que Lowell ya nos enseñó, y luego decide que la revolución es demasiado pesada para un lunes y tiene la compasión de dejarnos salir antes. Recibo un mensaje de texto de mamá que dice que va a llegar tarde —tengo la esperanza de poder usar eso a mi favor cuando surja

el tema del transporte mañana a la mañana—, por lo que tengo más o menos media hora para matar. Envío una tercera solicitud al Archivo, luego camino hacia el patio interno a esperar la respuesta.

Aunque todavía no ha sonado el timbre, hay una docena de chicos de cuarto vestidos con sus uniformes de líneas doradas armando carpas en el patio. En el borde norte del verde, martillando varas de metal en el césped, está Wesley.

No el Wesley que caza Historias o el que se recuesta en la cama conmigo, ahogando mis pesadillas con su ruido, sino el que se ríe y sonríe y luce *contento*. No es que no luzca así conmigo, sino que hay cierta intensidad en él cuando estoy cerca. El peso de las cicatrices y los secretos compartidos y las preocupaciones se ve en su rostro cuando sonríe, incluso cuando duerme. Le peso.

Una tristeza profunda hasta los huesos se propaga en mí cuando me doy cuenta de algo.

Wesley puede valer la pena, valer la pena para amarlo y para dejarlo entrar, pero no puedo hacerlo. No lo haré. No mientras yo tenga un blanco en la espalda. No puedo arrastrarlo a este caos.

Amber tenía razón. La última vez que quedó en medio de mi pelea perdió un día de su vida. No voy a dejar que pierda más, no por mí.

Retrocedo por el campus, zigzagueando por un camino y otro; la necesidad de moverme es más fuerte que el deseo de ir a algún lugar

en particular. *Huesos inquietos*, así le decía a esto Ben. Él nunca podía quedarse quieto. Yo nunca confié en la quietud. Quizás Eric tiene razón y ser parte del Archivo no es solo un trabajo. Quizás esté en mis huesos. Quizá no podría ser normal aunque tuviese la oportunidad de intentarlo. La normalidad es como la quietud. Incómoda. Antinatural. Así que camino. Y mientras camino, una palabra se rasguña en el papel en mi mano.

Denegada.

La respuesta me da como un golpe sordo mientras los pies me llevan por el camino. Ni siquiera me doy cuenta de que llegué al edificio de Bienestar hasta que levanto la vista y veo el marco de piedra. Me dirijo a los vestuarios y al enorme gimnasio.

Como todos están todavía en clase o armando el Festival de Otoño, el gimnasio es un espacio blanco y vacío, similar a la habitación de Devoluciones, pero enorme y lleno de equipamiento. Es extraño estar aquí sola y, sin embargo, es muy tranquilo. Como solía ser el Archivo. El silencio aquí puede no ser tan reverente, pero envuelve todo y me recuerda a un tiempo años atrás en el que yo era normal —o estaba más cerca de serlo— y correr era la cosa más cercana que tenía a la paz.

Cuando corría, me perdía a mí misma.

He tenido miedo de perderme a mí misma últimamente. Miedo de

ir demasiado lejos. Miedo de bajar la guardia. Miedo de soltar.

Ahora camino a una de las pistas con cierto abandono y comienzo a correr. Al principio es un trote, pero después voy más rápido y más rápido, hasta que empiezo a ir a toda velocidad, dando todo lo que tengo. No he corrido así en días, semanas, años.

Corro hasta que el mundo se desdibuja. Hasta que no puedo respirar, oír, pensar. Hasta que Owen desaparece y los vacíos desaparecen y Agatha desaparece y el Archivo desaparece y Wesley desaparece, y no hay nada más que el sonido de mis zapatos en la pista y mi pulso en mis oídos. Corro hasta que todos mis miedos —miedo a perder la cabeza, mis memorias, mi vida— han desaparecido.

El tiempo empieza a patinar. Por una vez, no intento agarrarlo.

Corro hasta que me siento yo misma otra vez.

Corro hasta encontrar paz.

Cuando mis zapatos finalmente desaceleran y se detienen, doblo las rodillas y respiro agitada. Después camino despacio en círculo, esperando que mi corazón se desacelere, con los ojos cerrados en medio del gimnasio vacío. Me concentro en el sonido de mi pulso.

—¿Señorita Bishop? —me llama una voz áspera y abro los ojos con esfuerzo para encontrar al profesor de gimnasia (el que supervisa el *ring* de entrenamiento, creo que se llama Metz) trotando hacia mí con un portapapeles.

—Lo siento —digo—. ¿No puedo estar aquí?

El entrenador Metz agita el portapapeles.

—No importa. Ninguno de los deportes ha empezado todavía. Hablando de eso, eres una buena corredora. ¿Has considerado unirte al equipo? —Niego con la cabeza—. Deberías —dice—, eres buena.

—No estoy segura de tener tiempo, señor.

—Hay que hacerse tiempo para las cosas importantes, Bishop. Las pruebas son la semana que viene. ¿Me dejas al menos anotar tu nombre?

Dudo. ¿Estaré aquí la semana que viene? ¿Cazando Historias en los Estrechos o atada a una silla mientras me extraen las memorias? ¿Y si la semana que viene todo esto es una pesadilla y yo sigo viva y sigo siendo yo?

—Necesitamos a alguien como tú —afirma.

—Está bien —digo—, por qué no. Cuente conmigo. —Es muy pequeño, pero es algo a lo que aferrarme.

El entrenador Metz me pasa el portapapeles. Anoto mi nombre y se lo devuelvo. Me ofrece un ronquido de aprobación al leer mi nombre y escribe algunas notas en el margen.

—Bien, bien —murmura—. Está en juego el honor de Hyde, necesitamos la velocidad… —Y entonces se va trotando y desaparece por una puerta del otro lado del gimnasio, señalada con un OFICINAS.

Me tiro en las colchonetas para estirar. Me duelen los músculos por el repentino estallido de actividad, pero es un buen dolor. Me acuesto en la colchoneta y hago mi rutina de estiramiento; luego miro fijo el techo y respiro, preguntándome: *Si el Archivo viene por mí, ¿huiré? ¿Terminará así?*

Mi teoría se hace cada más débil. Todo apuntaba a una trampa hasta lo de Cash. ¿Fue el ataque contra él un error? ¿Un mensaje? ¿Un castigo? ¿Fallaron a propósito? ¿O estaban tratando de interrumpir el patrón y debilitar la teoría? Las preguntas me atraviesan y en el corazón de todos los *cómos* y *porqués*, la pregunta más grande es *quién*.

Te estás enredando, diría Da. *La mayoría de los problemas son simples en el centro. Solo tienes que encontrar el centro*.

¿Cuál es el centro de este problema?

La llave.

Técnicamente no es necesario pertenecer a la Brigada para hacer un vacío —yo no pertenecía—, siempre que tengas el tipo correcto de *llave*. Pero las Brigadas son las únicas a las que se les dan esas llaves, así que la persona que está haciendo los vacíos es de la Brigada o alguien a quien le dieron una llave de Brigada. Roland me dio la de Da, así que sé que es posible. ¿Pero un Bibliotecario contrabandearía una realmente? ¿Y si Owen tenía otros aliados en el Archivo, además de

Carmen? ¿Estará alguno de ellos tratando de vengarse? Los Bibliotecarios son Historias. ¿Podrán ser leídos como una Historia? ¿Habrá algún tipo de epílogo que registre los momentos en los que han estado en servicio en el Archivo después de que su vida fuera compilada?

¿Y consideraría Agatha leerlos a *ellos*?

¿O, en vez de eso, me achacaría los crímenes a mí? No arreglaría el problema, no cambiaría el hecho de que alguien está haciendo esto, pero le daría una salida, alguien a quien culpar. Y después de nuestro último encuentro, no tengo dudas de que planea encontrarme culpable de algo. ¿Por qué no me hundiría por esto? Le resultaría fácil. Todo lo que tiene que hacer es afirmar que tengo la llave de Owen.

Me siento de golpe, tomando una bocanada de aire.

La llave de Owen. Él la tenía consigo cuando entró en el vacío.

Agatha me acusó de tenerla y yo no la tengo, pero él sí. Quizá todavía la tenga *él*.

Es la única opción que no he considerado. Que nunca quise considerar. ¿Será posible? Una vacío es una puerta a ningún lado, pero sigue siendo una *puerta*. Y cada puerta tiene dos lados. ¿Y si los vacíos no están siendo abiertos desde *este* lado? ¿Y si no están arrojando a la gente adentro? ¿Y si solo están tratando de *salir*?

¿Y si Owen está tratando de llegar a mí?

No.

Me dejo caer hacia atrás sobre la colchoneta y me obligo a respirar.

No. Tengo que parar. Tengo que parar de ver a Owen en todos lados. Tengo que dejar de buscarlo en cada momento de mi vida. Owen Chris Clarke desapareció. Tengo que dejar de traerlo.

Cierro los ojos y respiro hondo. Y entonces siento el roce de las letras en la lista y la saco, esperando ver otro nombre. En vez de eso, encuentro un mensaje:

Acceso concedido. Buena suerte. –R.

Roland. Algo se desenreda en mi pecho. Un hilo de esperanza. Una oportunidad de dar pelea. Me pongo de pie y estoy cerca de los vestuarios cuando escucho el golpe.

VEINTICUATRO

VINO DE ALGÚN LUGAR EN EL GIMNASIO.

El golpe fue lo suficientemente lejos como para que sonara bajo, suficientemente fuerte para hacer eco alrededor de mí, en la misma dirección en que se fue el entrenador Metz. Cruzo el piso del gimnasio corriendo a toda velocidad y atravieso la puerta señalada con OFICINAS, solo para encontrarme a mí misma en un pequeño pasillo lleno de vitrinas con trofeos. Ninguna de ellas parece afectada. Y además, el golpe fue profundo, como si algo pesado se hubiese caído, no algo agudo como un vidrio al romperse. El pasillo está cubierto de

puertas, cada una con una ventana de vidrio insertada; me abro paso por el corredor y miro en cada habitación para ver si hay algo raro.

Tres puertas después, miro por la ventana y me detengo en seco.

Detrás del vidrio hay un depósito. Está demasiado oscuro dentro para poder percibir mucho más que los estantes de metal, la mitad de los cuales están caídos. Me pongo la manga encima de la mano y pruebo la puerta. Está abierta.

La atravieso y presiono uno de los tres interruptores en la pared, el lugar se ilumina justo lo suficiente para ver mejor los estantes. Dos de ellos se han caído hacia adelante y se han golpeado entre sí camino abajo. Ahora hay pelotas y bates y cascos regados por el piso del depósito.

Estoy tan concentrada en no tropezarme contra algo que casi me resbalo en la sangre.

Me detengo con el pie en el aire y retrocedo desde la mancha reciente y húmeda que hay en el piso de concreto. Levanto la vista, miro el aire sobre la sangre y mis ojos se *resbalan* por el nuevo vacío.

Se me atraganta el aire en la garganta cuando contengo la respiración y trato de escuchar sonidos de vida alrededor de mí, pero solo oigo los golpes de mi corazón.

Pero esta escena es diferente de las otras.

No había sangre en la casa del juez Phillip. Nada en lo de Bethany.

Un bate de béisbol descansa en el piso al lado de mi zapato; me agacho y lo agarro, teniendo el cuidado de mantener la manga entre el metal y mis huellas, después me paro y me doy vuelta lentamente para escanear las esquinas oscuras de la habitación en busca de movimiento. Estoy sola. No se siente así, pero esa extraña sensación de que hay algo mal debe venir de la puerta al vacío, porque no hay nadie aquí. Mis ojos se van rápido hacia la mancha de sangre. *Al menos ya no*.

Noto el portapapeles boca abajo a unos centímetros de la sangre. Cuando lo doy vuelta con el zapato, veo mi nombre escrito con mi propia letra y se me retuerce el estómago. Con clara preocupación, me doy cuenta de que esto es evidencia. Me estiro y libero el papel, lo guardo en el bolsillo con unas disculpas silenciosas al entrenador.

Despejos los escombros del piso y me arrodillo medio metro, o algo así, detrás de la mancha de sangre, apoyo el bate a un lado, me quito el anillo del dedo y lo apoyo sobre el concreto. La puerta al vacío habrá quemado la mayor parte de las memorias, pero quizás haya *algo*. Presiono la palma de la mano en el frío concreto y el murmullo se levanta sobre mi mano. Después me detengo.

Porque algo en el depósito se *mueve*.

Justo detrás de mí.

Siento la presencia un segundo antes de captar el movimiento en

mi periferia, primero solo un sombra y después el brillo del metal. Me fuerzo a quedarme agachada y quieta, una mano presionada contra el suelo mientras la otra se desplaza hacia el bate que está a unos pocos centímetros de mi alcance.

Mi mano envuelve el bate en el mismo instante que la sombra acelera hacia mí desde atrás y salto y giro a tiempo para bloquear el cuchillo que corta el aire hacia abajo, el sonido del metal contra el metal es un chirrido agudo.

Mis ojos recorren el bate y el filo hasta la figura que lo sostiene, asimilando la cabellera rubia ceniza y los fríos ojos azules que me han perseguido por semanas. Sonríe un poco mientras arrastra el cuchillo por el aluminio.

—Owen.

—Mackenzie —dice, y suena como si no tuviera aire—. Te he estado buscando.

Desliza el cuchillo por todo el largo del bate hacia mi mano, obligándome a cambiar el agarre. Apenas lo hago, su pie viene rápidamente bajo el metal y lo envía a navegar por el aire entre nosotros. En el tiempo que le lleva al bate caer, su cuchillo desaparece en una funda contra su espalda y él agarra mi bota con sus manos vacías cuando esta lo golpea en el pecho. Retuerce mi pie con fuerza hacia afuera, haciéndome perder el equilibrio lo suficiente para tomar

el bate en el aire y lanzar un golpe contra mi otra pierna. Me da detrás de la rodilla y caigo hacia atrás contra el concreto.

Golpeo el suelo y ruedo hacia un lado y me pongo de pie cuando se lanza hacia adelante y doy un paso hacia atrás. O al menos es lo que pretendo, pero calculo mal la distancia y los estantes derribados golpean contra mis hombros un instante antes de que él presione el bate contra mi mentón. Levanto las manos en el último segundo y es todo lo que puedo hacer para evitar que me reviente la garganta. Por primera vez veo la sangre salpicada en sus dedos.

—O te has vuelto más fuerte —dice— o estoy peor de lo que pensaba.

—No eres real —digo sin voz.

La frente pálida de Owen se arruga de confusión.

—¿Por qué no lo sería? —Y entonces sus ojos se entrecierran—. Estás distinta —dice—. ¿Qué te pasó? —Intento apartarlo de mí con fuerza, hacer palanca con el bate, pero me sujeta en el lugar y presiona su frente contra la mía—. ¿Qué han hecho? —pregunta, mientras el silencio (*su* silencio) se vierte por mi cabeza. Tangible de una manera en que nunca lo fue en mis sueños. No. No, esto no es real. *Él* no es real.

Pero tampoco es como el Owen de mis pesadillas. Se aparta, luce… *cansado*. La extenuación se le nota en los ojos y en la tensión de las

mandíbulas, y esta vez cuando intento contraatacar, funciona.

—Sal de encima de mí —gruño, llevando la rodilla a su pecho. Se tambalea hacia atrás, frotándose las costillas, y agarro el bate más cercano y lo lanzo contra su cabeza. Pero lo agarra un instante antes de que pueda golpearlo y me arranca el metal de las manos. Rueda en el piso de concreto retumbando, rebota por el charco de sangre en su camino y deja manchas de sangre a su paso.

—Lo menos que puedes hacer es preguntarme cómo estuvo mi viaje —dice fríamente, haciendo girar el bate—. ¿Tienes *alguna* idea de cuánta energía se necesita para abrir un vacío desde el otro lado?

No es real. No puede ser real. Esto solo está pasando porque yo lo pensé. Esto es una alucinación… ¿no es cierto? No estoy segura de qué es peor: si la existencia de Owen o la confirmación de que estoy loca.

—¿Cómo saliste?

—Perseverancia —contesta. Deja quieto el bate y se inclina sobre él —. Finalmente conseguí hacer una puerta al vacío y, aun así, no podía salir. Ese es el problema con estas cosas. —Señala el aire desgarrado con la cabeza y emite un pequeño sonido de exasperación—. No se quedan abiertas por mucho tiempo. Apenas alguien es arrastrado hacia adentro, se cierran de golpe. No podía lograr salir primero. No podía rodear a las personas. Finalmente, decidí que tenía que atravesarlas. —Sus ojos se disparan hacia la sangre.

Pienso en el cuerpo del entrenador Metz flotando en el vacío, partido en dos por el cuchillo de Owen, y se me revuelve el estómago. Doblo los dedos alrededor de los estantes detrás de mí.

—Un asunto desagradable —dice, mientras se pasa los dedos manchados de sangre por el pelo rubio—. Pero aquí estoy y la pregunta es…

Owen no tiene la oportunidad de terminar. Tiro del estante con toda la fuerza que puedo y me retuerzo para salir de su trayectoria antes de que caiga sobre él. Pero incluso en su estado actual, él es demasiado rápido. Sale de ahí como un rayo y el metal suena contra el concreto. Un segundo después, se apagan las luces, dejando la habitación a oscuras.

—Más feroz que nunca —su voz viaja hacia mí— y sin embargo…

—Doy un paso hacia atrás y su brazo se retuerce como un serpiente alrededor de mi garganta desde atrás—… Distinta.

Me tira hacia atrás y hacia arriba y yo intento respirar cuando mis pies se levantan del piso.

—Debería matarte —susurra—. Podría. —Me retuerzo y pateo, pero su agarre no se afloja—. Te estás quedando sin aire. —Me arde el pecho y mi vista se empieza a nublar—. No es una mala forma de irse, sabes. Pero la pregunta es: ¿es así como Mackenzie Bishop quiere morir?

No tengo suficiente aire como para formar la palabra, pero la modulo, la pienso, con cada fibra de mi ser.

No.

Así como así, el brazo de Owen desaparece. Me tambaleo hacia adelante y aterrizo con las manos y las rodillas en el concreto, agitada, a centímetros de la mancha de sangre de Metz.

Mi anillo de plata brilla en el suelo y lo agarro y me lo pongo mientras me paro con esfuerzo y me doy vuelta. Pero Owen ya no está ahí. Sus rastros: los estantes caídos, la sangre; pero estoy sola. En la distancia una puerta se cierra y yo salgo a toda velocidad al pasillo bien iluminado, el pasillo de trofeos… pero no hay rastros de él. Ni un solo rastro. Me apresuro a salir por la puerta exterior a la luz de la tarde. Otra vez, nada. Solo la risa lejana de los estudiantes que están armando el Festival. El verde está salpicado con un puñado de chicas de segundo. Un chico de primero. Un par de profesores.

Pero Owen se ha ido.

La sangre es real.

No dejé rastros de ella fuera del depósito, pero hay marcas en mí —mi brazo, mi mano, mi garganta— del agarre de Owen. Me paso diez minutos en el vestuario de chicas lavándome. Cuando termino, me lavo la cara con agua fría una y otra y otra vez, como si eso fuera a ayudar.

No logro decidirme a volver.

No hay huellas, nada que me ate a la habitación —a la escena del crimen— y cuando más tiempo esté ahí, más son las chances de que alguien la encuentre. No puedo permitir que me vean ahí.

Mamá envía un mensaje que dice que está esperando en el estacionamiento y obligo a mis piernas a llevarme lejos de la escena del crimen y por el campus, pasando al lado de estudiantes que no tienen ni idea de que Metz no es nada más que un manchón rojo que se está secando en un piso de concreto.

Sako está apoyada contra un árbol cercano y sus ojos me siguen cuando paso. Ya no está simplemente observando. Está *esperando*. Como un perro de caza, que se mantiene atrás hasta que se dispara el arma. Sé cuánto *quiere* escuchar el disparo. Me golpea una nueva oleada de náuseas cuando me doy cuenta de que si Owen es real, ella tendrá la chance. Agatha *va* a quedarse sin Brigadas. ¿Qué se supone que le diré cuando lo haga?, ¿que sé quién hizo las puertas al vacío? ¿Que la Historia que *yo envié* al vacío logró volver al Exterior usando la llave que yo le ayudé a armar? La única razón por la que fui perdonada antes fue que Owen ya no estaba.

Se suponía que iba a quedarse así.

Él ya no *está*.

No era real.

Pero la sangre… la sangre es real, ¿cierto? La vi.

Al igual que vi a Owen.

—¿Está todo bien? —pregunta mamá cuando me desplomo en el asiento del pasajero.

—Fue un día largo —murmuro, agradecida por una vez de que en este momento no nos estamos dirigiendo la palabra. La insensibilidad ha trepado por mi pecho, se ha establecido ahí y se ha solidificado. En algún punto sé que es algo malo (Da tendría algo para decir sobre esto, estoy segura), pero ahora mismo doy gracias por un pequeña pizca de firmeza, aunque no sea natural.

Cierro los ojos mientras mamá maneja. Y entonces, para llenar el silencio, empieza a cantar para sí y se me congela la sangre: reconozco la melodía. Hay cientos de miles de canciones que ella podría cantar, pero no elige ninguna de ellas. Elige la de Owen. Él solo cantaba la melodía. Ella agrega las palabras.

—… *my sunshine, my only sunshine…*

Se me empieza a erizar la piel.

—… *you make me happy… when skies are gray…*

—¿Cómo sabes esa canción? —pregunto, tratando de que no me tiemble la voz. Su voz se apaga.

—Te escuché tararearla —responde.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. Es linda. Solía ser popular hace mucho tiempo. Mi mamá solía cantarla cuando cocinaba. ¿Dónde la escuchaste?

Se me seca la garganta, miro por la ventana.

—No me acuerdo.

Sigo el tarareo por los pasillos.

Es solo lo suficientemente alto como para poder aferrarme.

Serpenteo por los Estrechos y la melodía me lleva todo el camino hasta mis puertas numeradas y a Owen. Está inclinado contra la puerta con el I marcado en tiza y está cantando para sí. Tiene los ojos cerrados, pero cuando doy un paso hacia él, se abren despacio, brillantes y azules, y me observan.

—Mackenzie.

Me cruzo de brazos.

—Estaba empezando a preguntarme si eras real.

Levanta una ceja, casi de forma juguetona.

—¿Qué otra cosa sería?

—¿Un fantasma? —digo—. ¿Un amigo imaginario?

—Bueno, entonces —dice, y su boca se curva hacia arriba—, ¿soy todo lo que imaginabas?

En cuanto llegamos a casa —a salvo dentro de las paredes del departamento—, me siento a la mesa de la cocina, saco el teléfono de mi bolsillo y le mando un mensaje a Wesley.

Mac: No hay pijamada esta noche.

Un momento después, él responde.

Wes: ¿Está todo bien?

No, quiero decir. *Creo que Owen pudo haber regresado y no puedo*

decirle al Archivo porque es mi culpa —él es mi culpa— y necesito tu ayuda. Pero no puedes estar aquí porque no puedo soportar el pensamiento de que el venga por mí y te encuentre a ti. Si es que él es real.

¿ *Quiero* que sea real? ¿Qué es peor: Owen en mi cabeza o de carne y hueso y libre? *Sentí* que era real. Pero las personas reales no *desaparecen* así.

No es real, susurra otra voz en mi cabeza. *Simplemente perdiste la cabeza*.

Cabecita chiflada, suena el eco de Sako.

Rota, susurra Owen.

Débil, agrega Agatha.

Finalmente le contesto a Wesley.

Mac: Es solo que estoy cansada.

Mac: No puedo seguir huyendo.

Mac: O escondiéndome.

Mac: Tengo que enfrentar mis pesadillas tarde o temprano.

La amarga verdad es que no tengo miedo de quedarme dormida, porque mi pesadilla ya está volviéndose realidad. Me siento a la mesa esperando su respuesta. Finalmente llega.

Wes: Voy a extrañar tu ruido.

La insensibilidad en mi pecho comienza a descongelarse y cierro de

golpe el teléfono antes de quebrarme y responderle. Necesito todo lo que tengo para poder quedarme sentada durante la cena, para poder armarme de una apariencia equilibrada y parlotear sobre la escuela. Solo me tomo el trabajo porque, si no, generaría más preocupación, pero en cuanto levantamos los platos, me escapo a mi habitación. Se me hace un nudo en el pecho cuando veo la ventana abierta, y voy a cerrarla. Dudo, con los dedos en el borde.

Hay tres nombres en mi lista, en mi bolsillo. Parte de mí piensa que es el menor de mis problemas, pero la otra parte se aferra a este último vestigio de responsabilidad o, al menos, control. Considero trepar al departamento de arriba y luego la caída. Estoy a punto de alzarme, cuando una voz me detiene.

—¿Mackenzie? —Me doy vuelta para encontrar a mi madre en la puerta. Me está mirando directamente a mí, a mi rodilla que está a mitad de camino hacia el alféizar—. ¿Qué estás haciendo?

Me aparto hacia adentro de la habitación.

—Nada. —Cierro la ventana. Continúa mirándome a los ojos. Abre y cierra la boca, como un pez. Noto que aún está tratando de formar las palabras: *lo siento*. Pero cuando finalmente habla, todo lo que dice es:

—Mejor mantén la ventana cerrada. Se supone que va a llover.

Apenas se va, me desplomo en la cama. ¿En qué estaba pensando? Apenas si pude subir la pared ayer a la noche con la ayuda de Wesley.

La caída no vale la pena por tres nombres.

Más allá de las paredes de mi dormitorio puedo escuchar a mis padres hablando en voz baja, mientras caminan por el departamento y luego se van a dormir. Puedo escuchar los sonidos lejanos del Coronado apagándose, los inquilinos que se retiran y el tránsito de la calle baja a un hilo y después a nada. Y noto cuán silenciosa es esta habitación, sin sueño y sin Wesley. A algunas personas podrá resultarles tranquilo. Quizás a mí también, si mi cabeza no estuviera tan agobiada.

Aun así, el silencio es denso y con el tiempo me arrastra hacia el sueño.

Mis ojos empiezan a desenfocarse, cuando la radio sobre mi mesa se enciende sola.

Mi cabeza se despierta de golpe cuando una canción pop llena la habitación. *Una cuestión técnica*, me digo a mí misma. *No estoy perdiendo la cabeza. No estoy perdiendo la cabeza*. Me pongo de pie para apagar la radio, cuando el sintonizador se mueve hacia adelante a una estación de *rock*, puro metal y punk. Y después, una canción *country*. Me quedo ahí parada en el medio de la habitación, conteniendo el aire mientras la radio avanza por media docena de estaciones —no se transmiten más que unas pocas líneas en cada sintonización—, antes de aterrizar en los clásicos. La señal es débil y un

escalofrío me recorre mientras la melodía temblorosa de un cantante melódico cubierto de estática flota hacia mí.

El volumen empieza a subir.

Mi mano está a mitad de camino del interruptor de encendido cuando la ventana al lado de mi mesa se empieza a *empañar*. No toda la ventana, sino una pequeña nube en el medio del vidrio. El corazón me martilla en el pecho mientras una serie de letras se escriben a lo largo de la superficie empañada.

A N I L L O

Echo una mirada hacia abajo a mi sortija de plata y después nuevamente arriba, mientras una línea se dibuja a través de la palabra.

A N I L L O

Miro fijo el mensaje, partida en dos entre la confusión y la incredulidad, antes de finalmente sacarme el metal y apoyarlo sobre el alféizar. Cuando levanto la vista, Owen está ahí, su reflejo flota justo detrás del mío en el vidrio. Giro, lista para atacar; pero me agarra el puño y me empuja contra el vidrio, su cuchillo apoyado debajo de mi mentón.

—La violencia no *siempre* es la respuesta —manifiesta con tranquilidad.

—Lo dice el que sostiene el cuchillo contra mi garganta —respondo en voz baja.

Puedo ver el contorno de la llave de Brigada debajo de su camisa negra. Si se la puedo quitar y llegar a la puerta del armario sin que me corte la garganta, podría…

Presiona el filo como advertencia y me sobresalto, la hoja del cuchillo hunde la piel debajo de mi mandíbula. Un poco más de fuerza y la cortará.

—Eso sería una mala idea —dice Owen, que lee los pensamientos en mi piel—. Además, la llave debajo de mi camisa no es la que necesitas. —Deja el cuchillo contra mi garganta y usa la otra mano para tirar del cordón en su cuello, para que yo pueda ver la tan familiar pieza de metal oxidado colgando del extremo. No es una llave de Brigada en absoluto. Es la llave de Da. La *mía*—. Quizá si puedes ser civilizada, te la devuelva.

El cuchillo empieza a retroceder y en cuanto deja mi piel, agarro su muñeca y la tuerzo con fuerza. El filo cae al piso de madera, pero antes de que pueda lanzarme hacia él, Owen lo empuja por la habitación con el pie. Luego me agarra los hombros y me sujeta contra la pared al lado de la ventana.

— *Realmente* eres problemática —dice.

—¿Entonces por qué no has intentado matarme? —lo desafío. Más temprano se apartó y volvió a hacerlo recién. El Owen de mis pesadillas nunca duda.

—Si realmente quieres que lo haga, te complaceré, pero esperaba que pudiéramos hablar primero. Tu padre está sentado en la sala de estar, dormido en un sillón con un libro. Te voy a soltar —dice—, pero si intentas algo, le cortaré la garganta a *él*. —Me tensiono bajo su contacto—. E incluso si gritas y lo despiertas —agrega Owen—, él no puede verme, así que no podrá defenderse.

Las manos de Owen se retiran de mis hombros y me obligo a mí misma a no atacar.

—¿Qué está pasando? —digo—. ¿Por qué no puede verte?

Owen se mira las manos y las flexiona.

—El vacío. Parece haber tenido un par de efectos secundarios. Me ayudaste a confirmar eso cuando entraste al depósito. Estaba parado justo ahí y tú no me viste hasta que te quitaste…

—Mi anillo —digo en voz baja. Es un amortiguador, después de todo. Unas anteojeras.

—Es muy útil, supongo —continúa Owen—. Y lo que importa es que estoy aquí.

—¿Pero *cómo* estás aquí? —gruño—. Dijiste que abriste una entrada y pasaste, pero no entiendo. Las puertas que hiciste no fueron al azar. ¿Por qué atacaste a esas personas?

Owen descansa un hombro contra la pared. Todavía luce… agotado.

—No tuve la intención de lastimarlos. Te estaba buscando a ti.

Siento una opresión en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

Termina la canción en la radio y empieza otra, una más lenta, más triste.

—Resulta que —responde Owen— la enorme infinidad de nada a la que me lanzaste no está realmente vacía. Es más bien como un atajo sin destino. Una media puerta. Pero no puedes tener media puerta —dice, sus ojos azules bailan—. Tienes que darle un lugar al que ir. O una persona a la que ir. Alguien en quien puedes enfocarte con toda tu fuerza. Te elegí a ti.

—Pero no *me* encontraste, Owen. Encontraste a *cinco personas inocentes*.

Owen frunce el ceño.

—Hay un dicho en el Archivo: *Las cosas extrañas brillan con más fuerza*. Lo notas cuando lees las memorias en las cosas. Pero pasa lo mismo con las memorias acá arriba. —Se toca la sien—. Resaltamos más en la mente de los otros que en la nuestra. Quienes sea que fueran, no solo les diste tu nombre. Debes haberte destacado. Dejado un marca en ellos. Una fuerte impresión.

Se me revuelve el estómago. Los veo detrás de mis ojos:

El juez Phillip al borde de las lágrimas cuando olió las galletas en el

horno.

Bethany aferrada al collar de plata que le devolví.

Un aturdido Jason coqueteando para conseguir mi nombre y mi número.

El entrenador Metz con su gruñido de aprobación cuando accedí a hacer la prueba para entrar al equipo.

¿Y Cash? *No estaba prestando atención*, dijo, *porque estaba pensando en ti… No puedo dejar de pensar en ti.*

Me envuelvo las costillas con los brazos al sentir náuseas. Podría haber sido llevado, arrastrado a la oscuridad. Como los otros.

—¿Hay alguna forma —digo— de traerlos de vuelta?

Owen dice que no con la cabeza.

—El vacío no es para los vivos. No es para los muertos tampoco. —Aun en la luz tenue, puedo ver la forma en que lo desgastó. Luce extrañamente… frágil. Pero he aprendido a no confiar en las apariencias.

Cinco personas muertas por pensar en mí. Porque les importó. ¿Y cuántas otras podrían haber sido arrastradas? ¿Mis padres? ¿Wesley? Todo por culpa de Owen. Todo por *mi* culpa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —digo con los dientes apretados.

—Ya te dije, vine a hablar. —Owen se da vuelta para observar el resto de la habitación—. Odio este lugar —susurra, las palabras casi

son tragadas por los viejos éxitos que aún salen de la radio.

Y entonces recuerdo, este no siempre fue mi cuarto. Era de ella.

De Regina. La hermana de Owen vivía acá. Murió acá. Cruza la mancha apenas visible en el suelo donde ella se desangró y mira fijo el lugar.

—Es extraño cómo la memoria no desaparece…

Sus manos, que colgaban flojas y abiertas a sus lados, se retuercen en puños. Debería desbordarse. Si fuera una Historia común, ver esta habitación y la memoria de lo que ocurrió aquí deberían ser suficientes. El negro de sus pupilas temblaría y se expandiría, tragando el frío azul de sus ojos. Y al hacerlo, él se volvería loco de miedo, furia y culpa.

Pero Owen nunca ha sido una Historia común. Un prodigio que se convirtió en el hijo pródigo del Archivo. Un miembro de Brigada brillante pero malicioso. Un manipulador. Un chico capaz de saltar de un techo con tal de morir entero para así poder regresar y castigar al sistema al que culpa.

Lo observo caminar alrededor de la marca en el piso de la manera en que uno haría con un cuerpo.

—¿Cuánto tiempo me fui? —pregunta, agachándose para buscar su cuchillo en la esquina.

—Cuatro semanas, tres días, cinco horas —digo, deseando que la respuesta no hubiese venido con tanta facilidad.

—¿Qué pasó con Carmen? —pregunta, enderezándose.

—La devolvieron a los estantes —digo—, después de que intentó estrangularme en tu nombre.

Owen se vuelve hacia mí, guardando el cuchillo en el estuche en su espalda.

—¿Hizo algo más?

—¿Además de despertar a la mitad de la sucursal? No.

Una sonrisa amarga se asoma en su rostro.

—¿Y el Archivo te dejo salir sin más?

No digo nada y él acorta la distancia entre nosotros.

—No —responde por mí—. No fue así. Hay algo diferente en ti, Mackenzie. Hay algo mal. Quizá te dejaron quedarte con tus memorias, pero no te han dado tu vida de vuelta.

—Al menos estoy viva —digo desafiante.

—Pero tu cabeza está llena de astillas —explica, sus dedos se enredan en mi pelo, su mejilla viene a descansar contra la mía—. Pedazos rotos, pesadillas, terror y duda —susurra a mi oído—. Tan confundida que ni siquiera puedes diferenciar entre lo que es real y lo que no. Cuéntame, ¿fue el Archivo el que te hizo eso?

—No —respondo—, fuiste tú.

Deja caer la mano cuando se aleja para mirarme.

—Te abrí los ojos —dice con extraña sinceridad—. Te dije la verdad.

No es mi culpa que no pudieras manejarla.

—Me mentiste, me usaste e intentaste matarme.

—Y tú me lanzaste al vacío —contesta con simpleza—. Desde mi punto de vista, los dos hicimos lo que teníamos que hacer. No disfruté engañándote y no quería matarte, te lo dije entonces, pero estabas interponiéndote en mi camino. Estoy aquí para averiguar si aún lo estás.

—Siempre me interpondré en tu camino, Owen.

Su pálida frente se arquea.

—Si tan solo tus pensamientos fueran tan certeros como tus palabras, Mackenzie. Pero ellos no mienten con tanta facilidad. ¿Sabes qué hay escrito por toda tu mente? Dudas. Solías estar tan segura de tus ideales, el Archivo es ley, es bueno, es Dios, confía en ellos, confía en Da, pero se están desplomando. El Archivo está roto. Da sabía (*tenía* que saber) y aun así dejó que te tuvieran. Tu cabeza está llena de preguntas, llena de miedos y dudas, y son tan fuertes que apenas si puedo escuchar al resto de ti. Y cuando Agatha las escuche, te va a tratar como putrefacción en su Archivo. Te verá como algo que arrancar antes de que se extienda. Y ni siquiera tu adorado Roland será capaz de detenerla.

Lleva las manos contra la pared a cada lado mío, encerrándome.

—¿Quieres saber por qué estoy aquí? ¿Por qué no te he cortado la

garganta? Porque a diferencia del Archivo, yo creo en salvar lo que puede ser salvado. Y tú, señorita Bishop… Bueno, sería un crimen dejar que te pudras. Quiero que me ayudes.

—¿Ayudarte a hacer qué?

El fantasma de una sonrisa le toca los labios.

—A terminar lo que empecé.

VEINTICINCO

CASI ME EMPIEZO A REÍR. Y después me doy cuenta de que Owen habla en serio.

—¿Por qué te ayudaría?

—¿Además de por autopreservación? —dice Owen, alejándose de la pared—. Puedo darte lo que quieres. —Camina alrededor de la cama hacia la mesa de luz—. Puedo regresar a tu abuelo. —Sus dedos recorren el borde de una foto, antes de llegar al osito azul al lado de la lámpara—. Y a tu hermano, Ben.

Los dedos de Owen se cierran alrededor del oso y en un instante lo alcanzo y lo golpeo contra la pared, el peluche cae de su mano.

—¿Cómo te atreves? —digo con dientes apretados, sujetándolo ahí —. ¿Crees que realmente caería otra vez por eso? Ya jugaste estas cartas, Owen. Ya está. Y Ben se ha ido. No tengo ningún deseo de arrastrarlo afuera otra vez. Lo único que quiero es verte en un estante.

Owen no se defiende. En vez de eso, su levanta su mirada

exasperantemente calma hacia mí.

—Eso no resolverá tus problemas. Ya no.

—Es un buen comienzo.

La mano de Owen vuela hacia arriba y me envuelve la muñeca lesionada.

—Tanto odio mal direccionado —dice, apretándome con más fuerza. Respiro hondo por el dolor, pero la habitación se mantiene firme alrededor de mí cuando me aparto. Y para mi sorpresa, me suelta. Sostengo mi muñeca y Owen se cruza de brazos.

—Está bien —dice—. Dejemos que tus muertos descansen. Puedo darte otra cosa.

—¿Qué? —estallo—. ¿Libertad? ¿Objetivos?

Los ojos azules de Owen se entrecierran.

—Una vida.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Una *vida*, Mackenzie. Una en la que no tengas que esconder qué eres o lo que haces. No más secretos que no quieres guardar. No más mentiras que no quieres decir. *Una* vida.

—No puedes darme eso.

—Tienes razón. No puedo *dártela*. Pero puedo ayudarte a que la tomes.

¿Una vida? ¿Se refiere a una oportunidad de irme? ¿De ser normal? No tener que mentirle a mi familia. No tener que reprimirme con Wes. Pero no *habría* un Wes, porque Wes pertenece al Archivo. Wes cree en el Archivo. Aunque pudiera irme, él no lo haría. Yo nunca se lo pediría y no importa, porque no es posible. El Archivo nunca deja que te vayas. Al menos no intacto.

—Lo que prometes no existe.

—Aún no —dice Owen—. Pero para cuando termine, existirá.

—¿Quieres decir una vez que destruyas el Archivo (¿cómo habías dicho, Owen?) sucursal por sucursal, estante por estante? Sabes que no te lo permitiré.

—¿Y si te dijera que no es necesario? ¿Si te dijera que el Archivo se quedaría y tú te quedarías con él, si quisieras? Solo no más secretos. ¿No valdría la pena luchar por *eso*?

—Estás mintiendo —susurro—. Solamente me estás diciendo lo que quiero escuchar.

Owen suspira.

—Te estoy diciendo la verdad. El hecho de que sea lo que quieres oír significa que deberías escuchar.

¿Pero cómo puedo escuchar? Lo que está diciendo es una locura. Un sueño, y uno venenoso, por cierto. Observo mientras Owen va hasta la radio y la apaga.

—Es tarde —dice—. Piensa en lo que dije, Mackenzie. Consulta con la almohada. Si aún estás decidida a luchar contra mí, puedes hacerlo por la mañana. Y si en ese punto me siento compasivo, te mataré entera antes de que el Archivo pueda destruirte pedazo por pedazo.

El Owen de mis pesadillas no se va caminando, pero este sí. Está a mitad de camino hacia la puerta de mi dormitorio cuando hace una pausa y se da vuelta. Saca la llave de Da de debajo de su camisa. Me la ofrece. Cuelga entre nosotros como una promesa. O una trampa.

—Como prueba —dice— de que soy real.

Todo en mí se tensiona cuando el metal toca mi mano. El peso frío de la llave de Da — *mi* llave— es terroríficamente real. Me la pongo al cuello, su peso se deposita contra mi pecho. Siento como si una pequeña pieza del mundo hubiera vuelto a su lugar. Entonces Owen se da vuelta y sale caminando silenciosamente de la habitación.

Lo sigo y observo cómo la luz se vierte en la sala de estar cuando sale del departamento al pasillo amarillo. Algo hace un ruido seco detrás de mí y me doy vuelta para encontrar a papá durmiendo en una silla contra la esquina, con un libro que ahora está en el piso al lado de él. Incluso dormido, su rostro está arrugado con preocupación; mientras me agacho a recoger el libro, me pregunto si será posible decirles a mis padres por qué tengo pesadillas. Por qué tengo cicatrices. Adónde desaparezco. Por qué me escapo de su contacto.

Odio a Owen aún más por plantar el pensamiento en mi cabeza, porque no es posible. Un mundo sin estos secretos y mentiras no existe.

Pero mientras apoyo el libro de papá en la mesa y lo cubro con una manta hasta los hombros, una pregunta susurra en mis oídos.

¿Qué pasaría si…?

No recuerdo haberme quedado dormida, pero un minuto estoy mirando la puerta y al otro está sonando mi alarma. Debería sentir alivio de que no soñé y hay un pequeño aleteo rebelde de felicidad, pero se muere apenas recuerdo a Owen: mi propia pesadilla viviente. Excepto que estoy empezando a sospechar que no es un sueño.

La llave de Da todavía está contra mi piel y me obligo a mí misma a quitármela y enterrarla en el cajón superior de mi mesa de luz. Mi anillo aún está posado en el alféizar, pero no me atrevo a ponérmelo si me va a cegar de Owen; así que en vez de eso encuentro una cadenita, coloco el anillo ahí, paso la pieza de plata por mi cabeza y la guardo debajo del cuello de la remera de mi uniforme.

Va a ser un largo día sin el amortiguador.

Mi lista se mantiene firme en tres nombres —no sé si tendré que agradecerle a Roland por eso—, pero no puedo forzar la suerte, especialmente ahora que sé que la búsqueda de Agatha por la Brigada terminará sin resultados. Todavía me duele el antebrazo pero la mano

cortada está en buen estado, así que tiro las vendas y flexiono los dedos, la muñeca está sensible por el contacto con Owen, pero el resto es usable.

Mamá está en la cocina maldiciendo porque no encuentra las llaves, mientras las noticias están en la tele. Las miro, esperando que el último vacío en Hyde sea la noticia principal, pero nunca lo mencionan, y todo lo que puedo pensar es que todavía no han descubierto la escena. Que la habitación de depósito y la mancha de sangre han pasado inadvertidas.

Mamá todavía está buscando sus llaves debajo de papeles, en su cartera, en los cajones. No las va a encontrar porque están metidas en el freezer debajo de una bolsa de arvejas.

—No necesito que me lleves —digo—. En serio. Solo deja que vaya sola.

—Esto no es negociable —dice y casi tira una taza de café al revisar el lío que hay en la mesa de la cocina.

—Sé que no confías en mí…

—No es eso —dice—. Es solo que no quiero que andes en bicicleta hasta que haya sanado tu brazo.

Y así como así, la tengo. Anzuelo. Línea. Plomada.

—Tienes razón. Iré en autobús.

Mamá deja de buscar y se endereza.

—Odias el autobús —comenta—. Le dices «pequeña caja llena gérmenes y suciedad».

—Bueno —digo, poniéndome mi bolso al hombro—, la vida es así. Y hay una parada a una cuadra de la escuela. —En realidad no sé si esto es cierto.

El teléfono de mamá empieza a sonar en algún lugar debajo de los papeles por los que ha estado buscando.

—Está bien —dice—, está bien. Okey. Pero ve con cuidado.

—Siempre —respondo, yéndome.

Nunca tomé el autobús. Mucho menos con mi anillo colgando inútilmente alrededor de mi cuello. La mentira me ahorra tiempo, sin embargo, porque no tengo que preocuparme por ocultar mi bici antes de entrar a los Estrechos. Mientras reviso las paredes en busca de los tres nombres en mi lista, mi mente gira en espiral sobre el problema que es Owen (asumiendo que es real, lo tengo que devolver, ¿pero cómo?).

Dos de las tres Historias se van sin oponer resistencia y la tercera no es rival para mí, incluso en mi condición actual. Me acerco al límite entre el territorio de Wesley y el mío y meto mi llave en la cerradura con la esperanza de que gire. Lo hace. La puerta filtra luz y cobra forma antes de abrirse.

Estoy tan apurada que no pienso en el hecho de que este no es mi

territorio, hasta que giro en una esquina y casi choco contra Wesley. Me tambaleo hacia atrás a tiempo para evitar una colisión y él se detiene de golpe para evitar tirar una bandeja para café descartable.

—Lo siento —me disculpo, con las manos levantadas.

—Dios, Mac, me asustaste. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cazaba —digo cuando comenzamos a avanzar hacia la puerta de Hyde.

—Eso lo tenía claro —continúa Wes—. Me refería a qué estabas haciendo en *mi* territorio.

—Ah. Roland me concedió el acceso para que pudiera vaciar mi lista desde el colegio.

Wes asiente con la cabeza.

—Me alegra que te hayan dado un respiro. No es que escalar paredes no sea divertido, pero esto parece un poco menos peligroso.

—Solo porque no sacaste tu palo.

—Es un bastón —me corrige Wes—. Y está en mi mochila. Pero mi lista está vacía y mis manos estaban ocupadas.

—¿Qué haces con el café? —pregunto.

Levanta la bandeja.

—Es para ti.

—Ya sabes que mis padres tienen una cafetería —digo.

—Eso nunca te detuvo de tomar el de Cash —dice haciendo

pucheros—. Y pensé que después de ayer quizás estuvieras buscando un nuevo proveedor. —Me ofrece una taza y la tomo, teniendo cuidado de no dejar que nuestros dedos se toquen. Lo último que necesito es que Wes vea a Owen escrito por toda mi mente.

—¿Alguna novedad de Agatha? —pregunta—. ¿De los vacíos?

El café se transforma en plomo en mi boca. Intento tragar.

—Aún no.

—No te preocupes —habla, malinterpretando mi ansiedad—. Va a encontrar a quien esté haciendo esto. —Llegamos a una puerta con la tilde verde—. ¿Cómo dormiste? —agrega—. Extrañé tu cama.

—Yo también te extrañé —digo mientras él abre la puerta. A diferencia de las puertas que no existen en el Exterior (las que están metidas en grietas y pliegues), la puerta de Hyde no se abre a la oscuridad, sino al campo de deportes. La escuela es visible incluso desde el lado de los Estrechos. Miro afuera para escanear el lugar en busca de rastros del cabello rubio ceniza de Owen. No lo veo, pero eso no quiere decir que no esté ahí, y no puedo darme el lujo de llevar a Wesley hacia él.

—¿Vienes? —pregunta Wes.

Busco la lista en el bolsillo de mi falda como si pudiera sentir las letras escribiéndose sobre la página.

—Uno más —digo con un suspiro y echo una mirada hacia atrás

sobre mi hombro—. Ve tú.

Wes duda, pero asiente con la cabeza y sale al césped de Hyde.

Cierro la puerta entre nosotros y cuento hasta diez, veinte, treinta… y después la abro con mi propia llave, la atravieso y voy en línea recta al edificio de Bienestar. Casi espero ver una cinta amarilla para escenas de crimen, pero el edificio está en calma. El pasillo de trofeos está vacío y perfectamente estático, y contengo la respiración mientras me abro paso hacia la puerta del depósito, preparándome para la escena más allá de la ventana de vidrio. Pero cuando miro a través de ella, el aire se me atraganta en la garganta. Empujo la puerta y enciendo todos los interruptores para que la habitación se llene de luz.

Está intacta. Inmaculada. No hay estantes caídos, ni equipamiento tirado ni sangre en el piso. Nada excepto la puerta al vacío, que todavía flota en medio de la habitación, atrayendo y repeliendo mi mirada al mismo tiempo; la única prueba de que algo pasó aquí.

—Pensé que lo mejor era que limpiara.

Me doy vuelta para ver a Owen apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos.

—Buen día.

Mis manos se cierran en puños. Odio sentir alivio de verlo. He estado temiendo este momento desde anoche y, sin embargo, pensar que él *no* estaría aquí era, de algún modo, más terrorífico. Pero ahora

que está acá, necesito descifrar qué hacer. Tengo que despacharlo, y rápido, pero las preguntas que han estado llenándome la cabeza todo la noche ahora trepan a mi garganta.

Owen desliza el cuchillo afuera del estuche en su espalda.

—¿Sigues decidida a luchar en mi contra? —Dudo, mis ojos corren desde su brillante cuchillo hasta su cara ida y vuelta. Esta no es la manera de vencerlo. Me obligo a aflojar las manos—. ¿Lista para escuchar, entonces? —Arquea una ceja, fingiendo sorpresa.

—Afirmas que hay una forma de vivir sin mentiras —empiezo—. ¿Cómo?

Owen sonríe y devuelve el cuchillo a su vaina oculta.

—¿No es obvio? —responde—. Tu vida solo está hecha de secretos y mentiras porque el Archivo también lo está. Existes en las sombras, porque el Archivo también. —Sus ojos azules brillan con excitación—. Voy a arrastrar al Archivo afuera de la oscuridad polvorienta, hacia la luz del día. Voy a devolverlo al mundo al que asegura servir.

—¿Cómo?

—Abriendo las puertas —dice, abriendo los brazos—. Sacando al Archivo afuera y metiendo al mundo.

—El mundo ni siquiera puede ver las puertas, Owen.

—Porque olvidó cómo. El mundo entero tiene amortiguadores puestos. Pero si se los sacamos, los ojos se adaptarán. Las vidas se

adaptarán. Tiene que hacerlo. —Digo que no con la cabeza—. Es tiempo de que haya un cambio, Mackenzie. Es complicado, pero la era de los secretos tiene que terminar. El mundo se adaptará y también el Archivo. Tiene que hacerlo. —Se le frunce el ceño, los ojos se le oscurecen—. Piensa en cuánto nos han costado los secretos del Archivo. Las Historias solo se desbordan porque se despiertan en un mundo que no conocen. Sucumben al pánico. Confusión. Miedo. Pero si el Archivo no fuera un secreto, si todo el mundo supiera lo que viene a continuación, no tendrían miedo. Ben no se hubiera desbordado. Regina no se hubiera desbordado. Nadie se desbordaría.

—Las Historias no deberían despertarse en primer lugar —contraargumento—. Y lo que estás sugiriendo, un despertar masivo, es una locura para los vivos y los muertos. La Brigada te cazará antes de que empieces.

—No si me apoyan. —Da un paso hacia adelante—. ¿Crees que eres la única que tiene dudas, Mackenzie? ¿La única que se siente atrapada? ¿Por qué crees que el Archivo mantiene a todos aislados? Es para que se sientan solos. De modo que cuando uno de ellos siente miedo o enojo o duda (y *todos* lo hacen), piensen que son los únicos. Se mantienen callados porque saben que esa sola vida no le importa al Archivo.

»Las Brigadas son más fuertes, son mentes emparejadas, deseosas

de obedecer o desobedecer como grupo, pero no lo suficientemente audaces para hacerlo. Todos los Porteros y las Brigadas saben: si una persona o un par se rebelan, el Archivo simplemente los eliminará. Siempre puede extinguir una voz, Mackenzie. Pero no puede apagar *todas*. Miedo. Enojo. Duda. Se han estado apilando como madera para el fuego dentro del Archivo y todo el lugar está listo para arder. El Archivo está haciendo todo lo que puede para evitar que el fuego empiece, pero todo lo que se necesita es que alguien encienda un fósforo. Así que créeme cuando te digo que las Brigadas vendrán conmigo. Y los Porteros también. La pregunta es: ¿vendrás tú?

Abro la boca, pero me interrumpe el sonido de pasos en el pasillo detrás de la puerta. Owen se queda en silencio a mi lado y las voces comienzan a cobrar forma.

—Sé que la marca oficial para establecer que una persona está desaparecida es de cuarenta y ocho horas —está diciendo alguien—, pero con todas las desapariciones, pensé que lo mejor era avisarte.

—Me alegra que lo hicieras —responde una voz ronca que reconozco de inmediato. El detective Kinney. Me presiono contra la pared al lado de la puerta cuando los pasos se acercan. Owen ni siquiera intenta esconderse. Pero tampoco se mueve.

—Su esposa me llamó esta mañana —dice el primer hombre—. Aparentemente nunca fue a buscar a su hijo al preescolar ayer y no

volvió a su casa ayer a la noche.

—¿Es habitual que no vuelva?

—No. Y después, cuando no se presentó esta mañana, pensé que era mejor llamar. Desearía poder darte más datos.

Los pasos se detienen del otro lado de la puerta.

—¿Fue visto por última vez aquí? —pregunta Kinney, asomándose por la ventana.

—El entrenador Kris lo vio en su oficina antes de que sonara el timbre.

Kinney se aleja de la puerta.

—Empezaremos por ahí, entonces —dice.

Los pasos se desvanecen junto con las voces, cuando los dos se alejan caminando. Dejo escapar el aire, descansando las manos en las rodillas.

—Esto es todo tu culpa —digo—. Si no hubieses arrastrado a esa gente…

—En realidad es tu culpa —contraataca Owen—, dado que me empujaste al agujero. ¿Pero quién lleva la cuenta de los crímenes?

El timbre suena a la distancia y me aseguro de que no hay moros en la costa antes de abrir la puerta.

—El detective —respondo, Owen me sigue los pasos. Tengo que recordarme a mí misma, cuando entro en el patio interno, que nadie

más lo puede ver. Y aunque pudieran, pasaría inadvertido. Su cabello rubio brilla a la luz del sol y casi me puedo imaginar cómo debe haber lucido cuando estudiaba acá. Su atuendo negro no tiene ninguna línea dorada, pero aparte de eso, luce igual que cualquier otro chico de cuarto. No sé cuánto de eso tiene que ver con el hecho de que él es, era, de la Brigada y cuánto tiene que ver con el hecho de que a pesar de que parece viejo, no lo es.

En pocos segundos me doy cuenta cuán difícil va a ser no ponerme el anillo. El camino está atestado y de inmediato soy sacudida por un coro de *qué color de medias debería usar esta noche me prestará atención Geoffrey alguna vez nunca pasaré X al noveno es qué cuántas referencias necesito debería haber agregado arte espero que el entrenador Metz no nos haga hacer sentadillas todavía estoy dolorida de mamá me va a matar voy a matar a Amelia odio este lugar espero que Wesley Ayers baile conmigo por qué accedí es tan extraño a veces el metatarso está conectado con ojalá tuviera galletitas acá lo entendiera casa vacía papá se está comportando como un idiota estrés cuernos plateados o manchas negras puedo sacar las alas* y está todo enredado con estrés y miedo y deseo y hormonas de adolescentes.

Aprieto los dientes contra el estallido de la vida de la gente.

—Es tiempo de dejar que el mundo entre —insiste Owen a mi lado.

—¿Y qué pasa una vez que hayas hecho eso? —cuestiono—. ¿Los

vivos qué? ¿Serían libres de visitar a los muertos?

—¿Por qué no? Ya lo hacen… en los cementerios.

Sí, pienso, *pero en los cementerios los muertos no pueden despertarse*.

La gente no es inteligente cuando se trata de los muertos. Eso es lo que Da dijo, y tenía razón. ¿Cuántos pisarían cabezas para llegar a sus seres queridos, los arrancarían de su sueño para mantenerlos cerca? ¿Cuánto tiempo antes de que las paredes se vinieran abajo junto con las puertas y cuánto hasta que el mundo se destruyera?

¿Cómo puede ser que no vea que esto es una locura? ¿Está realmente ciego respecto de las consecuencias? ¿O realmente está dispuesto a destruir el mundo con tal de salirse con la suya? De cualquier manera, tengo que detenerlo. ¿Pero cómo? No tengo una llave de Brigada y aunque esté debilitado, las probabilidades no están a mi favor. Owen no puede morir. Yo sí.

Hago una pausa en el camino.

—Si estás tan convencido de que todo el mundo te seguirá —pregunto—, ¿por qué me necesitas?

La expresión de Owen cambia, sus rasgos se oscurecen en algo ilegible.

—Antes de poder llamar a nadie, hay algo que necesito —dice—.

Lo tiene el Archivo y tengo un plan para tomarlo… pero ese plan

requiere dos personas.

Se me acelera el pulso. Pero no es miedo lo que lo hace correr, es excitación. Owen me acaba de dar la forma para vencerlo. Quizá no pueda arrastrarlo al Archivo, pero lo puedo guiar hacia ahí. Puedo seguirlo. Nadie más tiene que salir herido. Nadie más tiene que morir.

Empieza a caminar otra vez y yo sigo su estela, una marea de estudiantes nos lleva adentro del edificio en un oleaje de *había un examen qué estaba pensando dios que este día se termine*.

—¿Qué es lo que necesitamos robar? —pregunto en voz baja en el pasillo atestado.

Owen sonríe al escucharlo. Acomoda un mechón de pelo oscuro detrás de mi oreja. Puedo sentir el silencio expandiéndose a través de mí desde las yemas de sus dedos, sentir que me lee en busca de mentiras, pero he aprendido sus trucos y ya tengo listos los míos. Cuando llega a mi mente, me concentro en una simple verdad: *Algo tiene que cambiar*.

—Me alegra tener tu atención —dice, al dejar caer su mano—. Y aprecio el uso del nosotros. Pero antes de que nuestra sociedad avance más, necesito saber que tienes el corazón realmente puesto en esto.

Me desilusiono un poco. Una prueba. Por supuesto que no iba a ser tan sencillo como decir que sí. Owen Chris Clarke no hace apuestas.

Solo juega cuando cree que va a ganar. ¿Estoy dispuesta a jugar?

¿Tengo otra opción?

Le sostengo la mirada cuando el segundo timbre suena y el pasillo se vacía alrededor de nosotros.

—¿Qué quieres que haga?

VEINTISÉIS

—**VE AL ARCHIVO —DICE OWEN—** y roba algo para mí.

—¿Qué clase de algo? —pregunto, apretando los dedos alrededor de la tira de mi mochila. El dolor me atraviesa la muñeca. Me ayuda a concentrarme.

—Algo pequeño —dice Owen—. Solo una muestra de buena fe. Si lo logras, te diré qué vamos a robar. Si fracasas, no tiene sentido. Solo estarás en mi camino. —Sus ojos se van al reloj—. Tienes hasta el almuerzo —dice y se da vuelta—. Buena suerte.

Me quedo ahí parada, mirándolo irse, hasta que alguien se aclara la garganta detrás de mí.

—¿Está evitando mi clase, señorita Bishop?

Me doy vuelta para encontrar al señor Lowell sosteniendo la puerta para que yo entre.

—Lo siento, profesor —digo y lo sigo adentro. Su mano aterriza sobre mi hombro cuando me guía hacia adentro y me golpea con un *preocupado chica rara distante problemas en casa veo los moretones*

callada desorden manchas de tinta antes de yo avance afuera de su alcance y tome asiento. Dieciséis personas en un aula sin el amortiguador del anillo hacen que parezca que el aire está cantando ligeramente. Me siento ahí y me sobresalto un poco cada vez que un estudiante se acerca demasiado, las ideas retorcidas de Owen se reproducen en mi cabeza mientras Lowell habla sobre las ideas retorcidas de otros. No estoy prestando demasiada atención hasta que algo que Lowell dice me recuerda a Owen.

—Cada levantamiento comienza con una chispa —dice Lowell—. A veces esa chispa es un momento que inclina la balanza. Y a veces esa chispa es una decisión. En el primer caso, no hay duda de que es necesaria cierta cantidad de locura para tirar ese primer dominó; pero también son necesarios el coraje, la visión y una creencia en la misión, aunque equivocada, que lo abarque todo…

Owen se ve a sí mismo como un revolucionario y exponer al Archivo es su *causa*. Ese enfoque decidido actúa no solo como una fortaleza sino también como una debilidad. ¿Pero es una debilidad que puedo usar?

Está tan obsesionado con su meta que no puede ver las fallas. Es una prueba de que incluso alguien tan frío y calculador como Owen alguna vez fue humano. Las personas —los vivos y los muertos— ven lo que quieren ver y creen lo que quieren creer. Owen quiere creer en

esta misión y también quiere creer que soy salvable.

Todo lo que tengo que hacer es probarlo.

En cuanto suena el timbre, me pongo de pie y avanzo por los pasillos y su caos de *sumar el total de plateado o dorado plateado o dorado sábado escuela para cintas violeta si llega a golpearme otra vez yo* hasta salir por las puertas para atravesar el patio interior hacia la puerta de los Estrechos colocada en el costado del cobertizo, donde saco la llave de debajo de mi remera y entro. El sistema de marcas de Wesley es diferente del mío, pero pronto descubro que etiquetó Devoluciones con un signo más en blanco y el Archivo con una X blanca, y meto mi llave, respiro y paso a la antesala.

Patrick está sentado detrás del escritorio, pasando las páginas del libro de registros. Hace una pausa para escribir una nota, luego continúa hojeándolo.

—Señorita Bishop —pronuncia, mi nombre con un gruñido—, ¿está aquí para confesar?

—Aún no —digo. Todavía me resulta difícil creer que él no es el responsable de los vacíos. Estaba segura de que estaba intentado que me removieran. Borraran. Pero no lo está haciendo, al menos no está vez, no de esta forma.

—Necesito ver a Roland. Solo por unos minutos. —Los ojos de Patrick se levanta desde el libro a los míos—. Por favor, Patrick. Es

importante.

Cierra el libro lentamente.

—Segundo pasillo, tercera habitación —dice y agrega—: Sé breve.

Me voy por las puertas abiertas y entro en el atrio, pero no sigo las instrucciones de Patrick. En vez de ir al segundo pasillo, tercera habitación, me dirijo hacia el sexto pasillo y avanzo hasta el fondo, como hizo Roland la primera vez que me llevó a su habitación. Casi espero que los pasillos cambien alrededor de mí, como parecen hacerlo cuando lo sigo a él por el laberinto, pero la línea recta siempre se mantiene derecha. Presiono la oreja contra el pequeño conjunto de puertas al final, para escuchar si hay pasos, después me escabullo al pasillo más pequeño y poco iluminado que alberga el cuartel de los Bibliotecarios.

A mitad del pasillo, encuentro su sencilla puerta de paneles oscuros. Está sin traba y contengo el aire y entro. La habitación es tan acogedora como lo era antes, pero la falta de música susurrando desde la pared —y la falta de Roland sentado en su silla— hace que el espacio parezca demasiado vulnerable. Susurro una disculpa por lo que estoy a punto de hacer.

Cruzo a la mesa que está al lado de la silla y abro el cajón. El reloj de bolsillo de plata no está —seguramente Roland lo tiene puesto—, pero sí el viejo cuaderno del tamaño de una mano. Canta debajo de

mis dedos cuando lo levanto y me lo coloco suavemente en el bolsillo trasero, mi corazón se estruja. Registro el resto del cajón en busca de un pedazo de papel y una lapicera, y cuando los encuentro, escribo una nota. No digo que lo siento o que lo devolveré, solo anoto tres pequeñas palabras.

Confía en mí.

Ni siquiera miro el papel, ya que las vidas son caóticas y será más fácil esconder esta pequeña desviación del robo si es sutil. Si Owen entra a mirar, quiero que sea un simple susurro en mi cabeza en vez de una imagen. Así que me concentro en la culpa muy real que siento mientras doblo la nota, la pongo en el cajón y me escabullo afuera. El corazón me golpea en el pecho todo el camino de vuelta al atrio.

Madera y piedra y cristales de colores y una sensación de paz en toda su extensión.

Así es como Da me describió el Archivo cuando era chica. Mientras camino por las estanterías, me aferro a la calma que solía venir con tanta facilidad. Estos días se siente como una memoria que estoy buscando y que no puedo alcanzar. *Madera y piedra y cristales de colores*. Eso es todo lo que me dijo. No mencionó el hecho de que nunca podría irme o que los Bibliotecarios estaban muertos o que las Historias no eran las únicas cosas a las que había que temer.

Tu vida está hecha de secretos y mentiras porque el Archivo lo está.

Apago la voz de Owen en mi cabeza antes de que pueda convertirse en la mía. Atravieso de nuevo las puertas a la antesala. Percibo que hay algo mal en el momento que paso de la madera a la piedra, pero es demasiado tarde. Las enormes puertas se cierran detrás de mí y me doy vuelta para ver a Agatha frente a ellas; su pelo color sangre y su abrigo color crema, como una salpicadura de pintura contra la madera oscura.

Mis ojos se van a la mesa, donde está sentado Patrick. Claro que la iba a llamar.

—Mi lista está vacía —digo con tanta calma como puedo.

—Pero yo me quedé sin Brigadas —dice Agatha. Su voz ha perdido su calma de terciopelo—. Y sin paciencia. —Da un paso adelante—. Me ha lanzado a una cacería, señorita Bishop, y estoy harta. Quiero que me conteste honestamente. ¿Hizo los vacíos?

—Yo no los hice —digo, luchando por mantener la voz firme mientras doy un paso atrás hacia la puerta y los centinelas.

—No le creo —dice, sacándose un guante negro mientras viene hacia mí—. Si es inocente, entonces muéstremelo. —Digo que no con la cabeza—. ¿Por qué no me quiere en su cabeza? ¿Tiene miedo de lo que encontraré? Los inocentes no tienen nada que ocultar, señorita Bishop. —Se saca el otro guante.

—No tiene permiso.

—No me importa —gruñe, sus manos desnudas se enredan en mi camisa.

—Agatha —advierte Patrick, pero ella no escucha.

—¿Sabe cuán pequeña es? —sisea—. Es un eslabón en una cadena en una esquina de una máquina infinita ¿y tiene la audacia de denegarme a mí? ¿De desafiarme a mí? ¿Sabe cómo se llama eso?

—¿Libertad? —digo desafiante.

Una sonrisa helada toca las comisuras de su boca.

—Traición.

Siento que los dos centinelas se mueven detrás de mí y antes de poder darme vuelta, sus manos me agarran los hombros y las muñecas. Sus movimientos son rápidos y eficientes, doblan mis brazos detrás de mi espalda y los retuercen hacia arriba hasta que me ceden las rodillas. Mis pulsaciones se aceleran en mis oídos y mi vista empieza a oscurecerse, pero antes de que pueda defenderme de los hombres o del momento tubular que me invade, las manos de Agatha están ahí, presionándome las sienes.

Al principio, todo lo que escucho es el silencio que viene con su contacto.

Y después empieza el dolor.

VEINTISIETE

EL DOLOR ES COMO CLAVOS ARDIENTES EN MI CABEZA, pero un

momento después de que empieza, se va junto con el contacto de Agatha. Los centinelas me sueltan los brazos y caigo hacia adelante sobre manos y rodillas en el piso del Archivo. Cuando levanto la vista, la mano de Roland está envolviendo la muñeca de Agatha y Patrick está parado en la boca del atrio, sosteniendo abierta una de las puertas.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi trabajo —dice Agatha con extrema frialdad.

—Tu trabajo no es torturar Porteros en mi antesala.

—Tengo razones de peso para creer que…

—Si realmente tienes razones de peso, entonces obtén permiso de la Junta. —Hay un tono desafiante en su voz y Agatha se tensiona frente a él, una sombra mínima de miedo destella por su piel perfecta. Recurrir a la Junta de Directores significa admitir que no solo ha dejado que haya más comportamientos de traición en el Archivo, sino que además fracasó en descubrir la fuente—. No la volverás a tocar sin aprobación.

Roland suelta la muñeca de Agatha, pero no le quita la mirada de encima.

—Señorita Bishop —dice, cuando me pongo de pie—. Creo que será mejor que vuelva a clases.

Temblando, asiento con la cabeza y estoy a punto de darme vuelta

hacia la puerta cuando Agatha dice:

—Tiene algo tuyo, Roland. —Me tensiono, pero él no. Su rostro está perfectamente calmo cuando Agatha agrega—: Un cuaderno.

No logro juntar la fuerza para levantar la mirada hacia él, pero puedo sentir el peso de sus ojos grises sobre mí.

—Lo sé —miente—. Yo se lo di.

Solo entonces levanto la vista, pero ya ha llevado su atención nuevamente hacia Agatha. Estoy a mitad de camino hacia la puerta cuando ella le dice:

—No puedes protegerla.

Lo que él le haya contestado se pierde cuando entro en la oscuridad.

No me detengo hasta que llego a la oficina de Dallas. Llegué antes y ella no está, pero me dejo caer en el sillón, con el corazón galopando. Todavía puedo sentir las manos de Agatha en mis sienes, el dolor de las memorias siendo arrastradas hacia sus dedos. Demasiado cerca.

Saco el diario de Roland de mi bolsillo. Las memorias susurran contra mi piel al mecerlo en mi mano, pero no las busco, ya he tomado demasiado de él. En vez de eso, cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás contra el sillón.

—Estoy sorprendido.

Levanto la vista para encontrar a Owen sentado en la silla de Dallas,

haciendo girar su cuchillo distraídamente sobre el brazo de cuero mientras me observa atentamente.

—Debo admitir —dice— que no estaba seguro de que lo harías.

—Estoy llena de sorpresas —respondo secamente. Estira la mano hacia el diario y dudo antes de cederlo—. Es muy importante para alguien.

—Todo lo que hay en el Archivo lo es —dice, tomándolo. Su mano se queda un momento alrededor de la mía y reconozco el contacto por lo que es: una lectura. Su silencio se desliza por mi mente mientras mi vida se desliza por él. Casi puedo ver el altercado con Agatha reproduciéndose en sus ojos, la forma en que se abren y luego entrecierran.

—Está furiosa porque no le concedo el acceso a mi mente.

—Bien —dice, apartándose. Pasa las páginas del cuaderno de Roland y me sorprende ver cuánto cuidado tiene con él—. Es extraño —agrega con voz baja— cómo nos aferramos a las cosas. Mi tío no podía desprenderse de sus placas de identificación. Siempre las tenía con él, colgadas al cuello junto con su llave, un recordatorio. Sirvió en las dos guerras. Fue un héroe. Y fue Brigada. Leal como pocos. Cuando volvió de la Segunda Guerra, yo acaba de cumplir once y empezó a entrenarme. Nunca fue un tipo amable y gentil, el Archivo y las guerras se aseguraron de eso, pero yo creía en él. —Cierra el diario de Roland

y pasa el dedo gordo por su tapa—. Cuando yo tenía catorce, fui admitido en el Archivo. Esa noche mi tío volvió a casa y se pegó un tiro en la cabeza.

El aire se me atraganta en la garganta, pero me obligo a no decir nada.

—No podía entender —dice, casi hablando para sí— por qué un hombre que había vivido tantas cosas podía hacer eso. Dejó una nota. *Como soy*. Es todo lo que escribió. No fue hasta dos años después, cuando supe la política del Archivo de alterar a aquellos que viven lo suficiente para jubilarse, que entendí. Prefirió morir entero que dejar que desarmaran su vida y recortaran todo lo que importaba solo para resguardar sus secretos. —Sus ojos se van del diario. Hay luz en ellos, brillan entrecerrados—. Pero el cambio está llegando. Pronto no habrá más secretos que resguardar. Una vez me acusaste de solo querer crear caos, pero estabas equivocada. Solo estoy haciendo mi trabajo, estoy protegiendo el pasado.

Me devuelve el diario y yo lo tomo, aliviada.

—Es bastante apropiado que eligieras llevarte eso —dice mientras lo guardo en la mochila—. La cosa que vamos a robar no es tan diferente.

—¿Qué es? —pregunto, intentado reprimir algo de urgencia de mi voz.

—El libro de registros del Archivo.

Frunzo el ceño.

—No entien… —Pero me interrumpe el ruido de la puerta al abrirse, y entra Dallas, haciendo equilibrio con su agenda, su celular y una taza de café. Sus ojos aterrizan en mí y por un momento, un instante diminuto, creo que también perciben a Owen. O al menos absorben el espacio alrededor de él. Pero después pestañea y sonríe y deja sus cosas sobre la mesa.

—Lamento llegar tarde —dice. Owen se pone de pie y se retira a una esquina de la habitación, ella se deja caer en la silla abandonada —. ¿De qué quieres hablar? ¿A quién vas a llevar al Festival de Otoño? Eso parece ser de lo que el *resto* quiere hablar. —Toma su diario y empieza a pasar las páginas y me sorprende ver que realmente ha tomado notas. Solo la he visto hacer garabatos, como diseños florales, en las esquinas de las hojas—. Ah, ya sé —dice, deteniéndose en una página—. Quiero hablar un poco sobre tu abuelo.

Me tensiono. Da es la última persona de la que quiero hablar en este momento, especialmente con Owen de audiencia. Pero cuando busco su mirada sobre el hombro de Dallas, hay un nuevo interés — una *intensidad*— y recuerdo algo que él dijo anoche:

El Archivo está roto. Da sabía (tenía *que saber) y aun así dejó que te tuvieran*.

Estoy empezando a ganarme la confianza de Owen (o al menos su interés). Si esto va a funcionar, necesito mantenerla. Quizá pueda usar esto.

—¿Qué quieres saber de él? —pregunto.

Dallas se encoge de hombros.

—No sé. Pero lo citas a menudo. Supongo que quiero saber por qué.

Arrugo un poco la frente, al planear mi ataque.

—Cuando era chica —digo, bajando la mirada a mis manos—, lo adoraba. Solía pensar que él sabía todo, porque tenía una respuesta para cualquier pregunta que se me ocurriera. Nunca se me ocurrió que él no siempre sabía. Que mentiría o inventaría algo. —Observo el lugar entre los nudillos donde debería estar mi anillo—. Asumí que sabía. Y confié en que él me diría la verdad… —Mi voz se apaga un poco y levanto la vista—. Recién estoy empezando a darme cuenta lo poco que me contó.

Me asombra escucharme decir las palabras. No porque sean mentiras que vienen con facilidad, sino porque no lo son, para nada.

Dallas me mira de una forma que me hace sentir expuesta.

Llevo mis mangas sobre mis manos.

—Eso fue demasiado, probablemente. Debería haber dicho que lo extraño. Que fue importante para mí.

Dallas dice que no con la cabeza.

—No, eso estuvo bien. Pero la forma en que nos sentimos respecto de la gente nunca debe ir en pasado, Mackenzie. Después de todo, seguimos sintiendo cosas por ellos en el presente. ¿Dejaste de amar a tu hermano cuando murió?

La mirada de Owen me pesa y tengo que llevar los dedos al borde del sillón y agarrar el almohadón para que no tiemblen.

—No.

—Entonces no es que lo *amabas* —continúa Dallas—. Lo *amas*. Y no es que tu abuelo *era* importante para ti. *Es* importante. De esa forma, nadie realmente se va, ¿no es cierto?

La voz de Da suena como una campana en mi cabeza.

—¿De qué tienes miedo, Kenzie?

—De perderte.

—Nada se pierde. Jamás.

—Da no creía en el Cielo —me encuentro diciendo a mí misma—. Pero creo que lo asustaba la idea de perder todas las cosas (a la gente, el saber, las memorias), se pasó la vida coleccionando. Le gustaba decirme que creía en un lugar. Un lugar tranquilo y armonioso donde tu vida se guardaba, incluso después de que terminara.

—¿Y tú crees en ese lugar? —pregunta.

Dejo que la pregunta quede en el aire unos cuantos largos

segundos antes de responder.

—Quería hacerlo.

Por el rabillo del ojo, veo la boca de Owen estirarse en una sonrisa.

Anzuelo. Línea. Plomada.

—¿Por qué el libro de registros? —pregunto apenas salimos.

Todo el mundo se está yendo a almorzar y he elegido uno de los caminos que rodean el campus —un sendero largo y enrevesado que pocos estudiantes usan porque pueden cortar camino por el patio interno— así podemos hablar en privado.

—¿Cuánto sabes de él?

—Está apoyado en la mesa de la antesala. Tiene una página para cada miembro de la sucursal. Así es como el Archivo se comunica con sus Porteros y Brigadas.

—Exacto —dice Owen—. Pero al principio, antes de las páginas para los Porteros y las Brigadas, hay una página etiquetada con *TODOS*. Un mensaje escrito en esa página les llegaría a todos lo que están en el libro.

—Para eso lo necesitas —digo—. Necesitas poder contactar a todos al mismo tiempo.

—Es el único conector en un mundo dividido —dice Owen—. El Archivo puede silenciar una voz, pero no si está escrita en esa página. No puede evitar que ese mensaje se difunda.

—Es tu fósforo —susurro— para encender el fuego.

Owen asiente con la cabeza, sus ojos brillan esperanzados.

—Se suponía que Carmen lo tomaría, pero obviamente fracasó.

—¿Cuándo lo *tomaremos*?

—Esta noche —dice.

—¿Por qué esperar?

Owen me da una mirada compasiva.

—No podemos caminar hasta la mesa de entrada y arrancar la página del libro. Necesitamos algo con que distraer al Archivo. No necesitamos algo largo, sino algo brillante. —Señala el patio interno, donde aún se están instalando las casetas, los puestos y las decoraciones.

—¿El Festival de Otoño? —pregunto—. ¿Pero cómo algo del Exterior va a distraer al Archivo?

—Lo hará —dice—. Confía en mí. — *Confianza*. Algo que nunca sentiré por Owen. Las luces de alerta se disparan en mi cabeza. Cuantos más factores, menos puedo controlar.

—Tú y yo, Mackenzie, somos lo mismo. —Una vez lo ataqué por esa misma idea, pero esta vez cierro la boca—. Todos en el Archivo tienen dudas, pero ellos susurran y nosotros gritamos. Somos los que cuestionamos. Somos los que traemos el cambio. Aquellos que dirigen el Archivo, los que se aferran a sus reglas, nos temen. Y hacen bien.

Algo se enciende dentro de mí al pensar en ser temida en vez de temer yo. Lo extingo.

—Y esta noche nosotros… —Se le apaga la voz, tiene los ojos fijos en algo más adelante en el camino. No algo. Lo noto. Alguien. Wesley.

Está parado en el camino, sosteniendo su bandeja de comida y hablando con Amber. Me estaba aferrando a la esperanza de que si lo veía, Owen quizá no lo reconociera —el chico que apuñaló en el techo del Coronado tenía el pelo encrestado y los ojos delineados y una actitud diferente—. Pero Owen frunce el ceño y dice:

—¿No lo maté?

—Lo intentaste —digo cuando, para mi espanto, Wesley me ve y me saluda con la mano.

—Lo vi escrito en tu piel, pero no me di cuenta de que las marcas eran tan recientes —dice Owen, sacando el cuchillo de su estuche—. Has estado guardando un secreto.

—Él no tiene nada que ver con nuestros planes —digo. Pero esta vez, el plural no hace nada para aplacar a Owen.

—Es una atadura a la vida que estás dejando —dice, haciendo girar el cuchillo—. Una soga que hay que cortar.

—No —digo, mi mente gira con su arma—. Lo podemos salvar. Si tu gran plan es que los Porteros y las Brigadas se levanten contra el

Archivo, vas a necesitar a todos los que puedas conseguir. Y cuando lancemos el llamado, él estará de mi lado. —Me doy cuenta, al decirlo, de que no sé si eso es verdad. Luego me recuerdo a mí misma que no tendré que averiguarlo—. Matarlo sería un desperdicio.

—No estoy convencido de eso —dice Owen—. Y no pretendas ser pragmática en lo que lo concierne a él.

—Está bien —contesto—, si no quieres escuchar la lógica, entonces escucha esto: esta lucha no es la de Wesley. No lo he arrastrado a ella y tú tampoco lo harás. Si lo lastimas de alguna forma, *nunca* tendrás mi ayuda. *Confía en mí.*

Los ojos de Owen se endurecen. El cuchillo deja de girar y se detiene en su mano. Por un segundo, sus dedos aprietan con fuerza el mango. Después, para mi alivio, guarda el arma y empieza a caminar detrás de mí.

—Ey, tú —dice Wesley, que espera que lo alcance antes de seguir avanzando hacia la Corte. Mis ojos se van a sus manos para asegurarme de que esté usando su anillo. Lo tiene puesto—. Estábamos hablando sobre los policías en el campus. ¿Los viste? —Está preguntando otra cosa, debajo de las palabras: *¿sabes por qué están aquí?*

Digo que no con la cabeza.

—No. Amber, ¿sabes qué pasa?

—Ni idea —dice con un quejido—. Papá no me está dando *nada*.

—¡La escurridiza Mackenzie Bishop! —grita Cash cuando llegamos a la Corte—. ¿No almuerzas?

—No tengo hambre —digo. Owen se inclina contra el Alquimista y observa cómo se desarrolla la escena, y lo único que puedo hacer es evitar mirarlo.

—Te extrañé en gimnasia otra vez —dice—. ¿Otra reunión?

—Mmm, ¿qué tipo de reunión hace que te pierdas la clase de gimnasia varios días seguidos? —dice Safia.

—No seas imbécil, Saf —dispara su hermano—. Te mandaron a ver a Dallas como *siete veces* el año pasado.

—Fueron tres, tarado.

Cash lleva su atención hacia mí.

—La cuestión es que no es nada. Todos hemos estado ahí. Tarde o temprano, o tus padres o la escuela encuentran una excusa.

—¿Por qué los mandaron a ustedes? —pregunto.

—Hiperactividad —anuncia con orgullo Cash.

—Perfeccionismo —dice Saf.

—Ansiedad por estrés —agrega Amber.

—Tendencias antisociales —dice Gavin.

Todos los ojos se van a Wesley.

—Depresión —dice él, que está jugueteando con una ramita en los

dedos distraídamente. Me duele el corazón al pensar en Wes sufriendo. Nos imagino en la cama, me imagino atrayéndolo a mí, envolviéndolo con mis brazos y alejando sus demonios. *Él vale la pena*, pienso. No voy, no puedo, arrastrarlo a este caos.

—¿Y tú, Mackenzie? —pregunta Cash, atrayendo mi atención—. ¿Qué has hecho para terminar en la oficina de Dallas?

Mis ojos salen disparados hacia Owen.

—Un problema con la autoridad —respondo.

—¿Por eso no puedes ir al baile? —pregunta Gavin. Owen frunce el ceño.

—De hecho —digo con espontaneidad—, al final voy a ir.

Los ojos de Wesley se iluminan.

—¿En serio? —pregunta con una sonrisa. Me rompe el corazón.

—Sí —digo, haciendo un esfuerzo por imitar su alegría, y muevo la cabeza en un gesto afirmativo—, en serio.

Siento alivio cuando la conversación pasa a temas más inocuos, como si Saf y Cash se pondrán mechas doradas en el pelo o el color de lentes que usará Gavin. Ya no estoy mirando a Owen o a Wes, pero no puedo quitarme la sensación de que ambos pares de ojos todavía me están estudiando. Wesley está simulando escuchar algo que dice Amber, pero cada vez que levanto la vista, noto que mira para mi lado, y Owen me observa como un águila. Y entonces la atención de Wesley

empieza a correrse de mí hacia el Alquimista y se me ocurre por primera vez que aunque no puede *ver* a Owen, quizá lo pueda *sentir*. Owen también parece estar dándose cuenta de esto. Se queda callado y quieto contra la estatua, sus ojos entrecerrados en dirección a Wesley. Wes le devuelve la mirada sin ver. Ambos fruncen el ceño.

Gracias al cielo, suena el timbre.

Prácticamente me pongo de pie de un salto, pero cuando giro hacia clase, siento que Wesley se pone a mi lado. Choca su hombro contra el mío, pero en vez de su ruido usual, me golpea con *algo anda mal qué está pasando hice algo distante se aleja sabrá cuánto extrañé su ruido no pude dormir*, antes de que pueda poner algo de distancia entre nosotros. Mantengo mis dedos sin anillo cuidadosamente fuera de su vista.

—¿De verdad vas a venir esta noche? —pregunta cuando Owen aparece por el otro lado.

—No me lo perdería —susurra Owen.

—No me lo perdería —repito, se me retuerce el estómago.

—No puedo creer que la vigilante y el guarda cedieran.

—Sí, bueno — *todavía no lo han hecho*—, puedo ser muy persuasiva.

Un par de estudiantes llaman a Wes desde el otro lado del patio. Duda.

—Ve —pido—. ¿Te veo esta noche?

—No puedo esperar —dice con una sonrisa, antes de irse caminando por el césped.

—¿Qué va a pasar esta noche, Owen? —pregunto cuando estamos solos.

—¿Por qué? —pregunta desafiante—. ¿Estás teniendo dudas?

—No —digo, antes de que la duda pueda debilitar la palabra—, siempre y cuando mis amigos no salgan lastimados. —Antes de que pueda estirarse y leer las preguntas en mi piel, me doy vuelta y me voy caminando, diciéndome a mí misma que voy a detener esto antes de que avance demasiado.

¿Pero cuán lejos estoy dispuesta a llegar? ¿Y cómo voy a poder detenerlo cuando no sé *qué* es?

Owen me sigue como una sombra toda la tarde. Me concentro en el reloj en vez de en su forma caminante, y apenas suena el último timbre, me abro camino hacia la puerta en el cobertizo, pensando que quizá si puedo hacer que me siga a los Estrechos, entonces…

—Por acá —dice, cambiando de dirección cuando estamos a mitad de camino hacia ahí.

Siento la desilusión en el corazón al seguirlo hacia un bosquecito.

Me estoy preguntando adónde estamos yendo hasta que se detiene y saca una llave de un bolsillo oculto en su manga. Su *llave de Brigada*.

Me toma todo lo que tengo no lanzarme hacia ella. Pero no estamos ni cerca de una puerta real y ahora sé que mandarlo a un vacío no es una solución permanente —tengo que meterlo en un estante y hay una sola llave que me va a permitir hacer eso—, así que me fuerzo a quedarme quieta cuando la levanta hacia un lugar en el aire y los dientes desaparecen en la nada.

Nada no. Un atajo. Aquí mismo, en el límite de Hyde. Otro recordatorio de que este era el campus de Owen antes de que fuera mío.

Gira la llave y me ofrece una mano y hago lo mejor que puedo para despejar mi mente antes de dejar que tome la mía y me guíe a través del atajo.

Mi zapato golpea el suelo del otro lado y tiemblo cuando levanto la vista y las veo. Las gárgolas. Estamos parados en el techo del Coronado. Reprimo un escalofrío. ¿Cuántas de mis pesadillas empezaron así?

Pero si Owen ve la extraña poesía de que estemos aquí otra vez, no la menciona; solo mira por el borde del techo hacia abajo.

—El día que morí —dice—, fue Agatha quien dio la orden.

Alteración. Recuerdo correr, pensar por un segundo cuán extraño era estar del otro lado de la cacería. Y entonces llegué al techo y supe lo que tenía que hacer. —Mira hacia atrás, hacia mí—. ¿Lo harías —

pregunta—, para irte entera?

Digo que no con la cabeza.

—No —respondo, girando hacia la puerta del techo—. No caería sin dar pelea.

Owen me sigue.

—¿Adónde vamos?

—Todavía hay algo interponiéndose en nuestro camino —le digo.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Mi madre.

El Café Bishop está lleno. Una bandada de estudiantes de la escuela pública ocupa la mitad de los asientos y a juzgar por el andar frenético de mamá, han estado pidiendo un montón de cosas. Berk está en el patio y ella está detrás del mostrador preparando bebidas. Owen me sigue adentro, su paso se desacelera cuando ve el diseño de la rosa en el piso. Se queda ahí parado mirándolo mientras yo me dirijo hacia el mostrador.

—Hola, mamá —digo, y apoyo los codos en el mármol.

—Llegaste más temprano —dice, y estoy como sorprendida de que sepa qué hora es, teniendo en cuenta cuántos pedidos parece estar manejando.

—Sí, resulta que el autobús es un medio de transporte bastante

eficiente. Sigue siendo sucio, pero eficiente.

—Mmm —dice, claramente distraída.

—Ey, entonces, hay una fiesta en Hyde esta noche y me preguntaba si…

Y así como así, de súbito levanta la cabeza de lo que está haciendo.

—Estás bromeando, ¿no?

—Solo pensé que quizá…

Niega con la cabeza.

—Sabes la respuesta a esto…

—Lo sé —interrumpo, manteniendo mi voz baja— y ni siquiera me iba a molestar en preguntar, pero Dallas me dijo que lo hiciera. —Por la frecuencia con que ella menciona el nombre de *su* terapeuta, la mía debería tener algo de peso. Y como era de esperar, mamá se calma—. Sé que es pedir mucho —digo, con la esperanza de que no suene tan ensayado como realmente es—. Es solo que… quiero sentirme normal. Me quiero sentir bien, y esto… el arresto domiciliario, la vigilancia… Sé que me lo gané, pero es un recordatorio constante de que no lo estoy. Y sé que no lo estoy. No he estado bien por un largo tiempo y sé que tengo un largo camino que recorrer antes de llegar ahí, pero por una noche solo quiero hacer de cuenta de que ya estoy ahí.

Observo cómo comienza a flaquear.

—No importa —empiezo a decir y agrego un pequeño temblor a

mi voz—, lo entiendo…

—Está bien —interrumpe—. Puedes ir.

Anzuelo. Línea. Plomada. Se me relaja la tensión en el pecho pero se me empieza a estrujar el corazón.

—Gracias —digo, esperando que mi alivio pase por entusiasmo.

Después hago algo que nos toma a las dos por sorpresa: la abrazo. Se me llena la cabeza con *Dile dile que lo sientes no puedo perderla solo estaba tratando de no puedo perderla a ella también*.

Por una vez, no me aparto sino que la abrazo con más fuerza.

—Pero tienes que reportarte —agrega cuando finalmente la suelto.

Digo que sí con la cabeza—. Lo digo en serio, Mackenzie. Nada de desaparecer. Nada de travesuras.

—Lo prometo —digo y me doy vuelta para irme.

—Una actuación conmovedora —dice Owen mientras volvemos a subir. No respondo, porque no confío en mí. Solo unas pocas horas más. Una pocas horas más y devolveré a Owen al Archivo.

Unas pocas horas más y esto habrá terminado.

—Otra vez no. —La voz de Owen es un gruñido bajo cuando llegamos al tercer piso, y levanto la vista desde los escalones y miro a través de la ventana incrustada para ver lo que él ve. Wesley está apoyado contra mi puerta, con una caja en la mano. Se me retuerce el estómago. ¿Por qué me está haciendo tan difícil mantenerlo a salvo?

—Dile que se vaya —ordena Owen.

Digo que no con la cabeza.

—No puedo. Va a sospechar que hay algo mal. Solo dame un rato…

—No —dice Owen—. Dijiste que lo querías dejar afuera de esto, entonces hazlo.

—No voy a decirle nada. Solo quiero… —Me quedo callada. Los ojos de Owen taladran los míos, y daría cualquier cosa por poder leer *sus* pensamientos en este momento.

—¿Cuántas despedidas tuviste con Carmen? —pregunto—. Por favor. Dame una.

La mano de Owen viene a descansar a mi hombro y puedo sentir que me lee en busca de desafío, pero estoy aprendiendo a enterrarlo. No soy una Historia. Soy humana y mi vida es caótica y ruidosa. Me concentro en las verdades en vez de las mentiras.

Verdad: tengo miedo por Wesley.

Verdad: no quiero lastimarlo.

Verdad: esta no es su pelea.

Verdad: no puedo protegerlo del Archivo, pero puedo protegerlo de mí.

La mano de Owen se aparta.

—Está bien —dice. Y agradezco que no pueda sentir el alivio en mi piel, aunque estoy segura de que puede verlo en mi cara—. Tengo que

preparar unos toques finales para esta noche. Ten tu momento con él, pero no llegues tarde. La fiesta empieza a las siete. El *show*, a las ocho.

Digo que sí con la cabeza y salgo al pasillo, sintiendo sus ojos en mí todo el camino. Cuando Wesley me ve venir por la puerta, levanta la vista y sonríe.

—¿Qué es esa caja? —pregunto.

—Tienes que prepararte para el Festival de Otoño —dice—. He venido a ayudar. —Presiona un botón en la caja y esta se abre para revelar una impresionante selección de maquillajes.

—¿Esto te hace mi hada madrina? —pregunto mientras lo hago pasar y cierro la puerta detrás de nosotros.

Considera el término.

—Bueno, sí. En este caso supongo que eso es apropiado. Pero no le digas a Cash. Mi imagen se irá por el piso.

—¿De dónde sacaste todo esto? —pregunto, escaneando la variedad de lápices y sombras.

—Se lo robé a Safia. —Apoya la caja en la mesa de la cocina y empieza a revisarla, luego suelta un «ajá» y aparece con un delineador negro—. Siéntate —dice, dándole unas palmaditas a la mesa.

Trepo y me inclino hacia adelante hasta que mi cara está a centímetros de la suya. Todavía tiene el pelo peinado hacia abajo y sus ojos sin delinear, y a esta distancia, puedo ver las motas doradas en

sus cálidos ojos marrones. Me invade un extraño pánico. No sé qué va a pasar, lo único que sé es que quiero a Wes lo más lejos posible de eso.

—No vayas —susurro cuando destapa el delineador.

—¿A dónde?

—Al baile —respondo—. No vayas. Quédate en casa.

—¿Contigo? —pregunta, con una sonrisa torcida. Digo que no con la cabeza y su sonrisa flaquea—. No entiendo.

—Yo solo… —Empiezo, ¿pero qué puedo decir? ¿Qué le puedo contar sin ponerlo en peligro?—. No importa. —Me escabullo debajo de sus brazos, tengo náuseas. Voy al baño y me tiro agua en la cara, luego me agarro del lavabo y respiro.

—¿Estás bien? —pregunta Wes, mientras revuelvo el botiquín en busca de una aspirina.

—Me duele el brazo —digo, revisando los frascos con pastillas. Mis dedos envuelven un envase de medicinas que no reconozco; y cuando leo la etiqueta, me doy cuenta de qué son las cápsulas azules. Pastillas para dormir. No de la clase que se vende sin receta. Del tipo lo suficientemente fuerte como para derribarte en cuestión de minutos. Prácticamente son tranquilizantes. Esto debe ser lo que mamá disolvió en mi agua. Dudo, considerando la botella, el contenido, la posibilidad. ¿Es esto lo que mi madre hizo? ¿Se paró acá dudando antes de

meterlas en mi bebida? Se me revuelve el estómago y dejo la botella en su lugar. Haría casi cualquier cosa para mantener a Wes a salvo. Pero eso no. Nunca me lo perdonaría.

—Aquí tienes. —Wes aparece en el umbral de la puerta con un frasquito—. Llevo aspirinas en mi mochila.

Agarro el envase con manos temblorosas y me trago dos mientras Wesley se examina en el espejo. Saca un pequeño envase con forma de disco de su bolsillo y lo abre para untarse gel en un dedo. Empieza a encrestarse el pelo cuando alguien toca a la puerta.

—Voy —grito.

—¿Es *pizza*? —pregunta Wes desde el baño—. Mataría por una porción de *pizza*.

—Yo no tendría demasiadas expectativas —digo—. Seguro que mamá se olvidó las llaves.

Quito el cerrojo y apenas abro la puerta cuando una mano se enreda en el cuello de mi camisa y me tira hacia adelante en el *hall*, con suficiente fuerza como para que la puerta se cierre de golpe detrás de mí. Me arrojan contra la madera y un *ya era tiempo estaba esperando no puedo esperar se lo estaba buscando la Porterita* se vierte en mi cabeza; y apenas tengo tiempo de registrar que el ruido es de Sako cuando una llave se mete en la puerta y caigo hacia atrás y la atravieso.

Aterrizo contra el piso de la antesala con la fuerza suficiente como para quedarme sin aire y ruedo sobre mis pies para ver a Agatha ahí parada, sonriendo amargamente.

—Agárrenla —dice y siento que los centinelas me toman de ambos lados mientras ella viene hacia mí y sostiene un pedazo de papel en frente de mi cara.

—¿Sabe lo que es esto, señorita Bishop? —La página está escrita en latín, con el sello del Archivo (tres barras verticales doradas) en la parte superior—. Es un permiso —dice, apoyando el papel sobre la mesa. Siento una opresión en el pecho cuando ella comienza a quitarse los guantes negros, uno por vez.

—Ahora —amenaza, apoyándolos a un costado—, veamos qué ha estado escondiendo.

VEINTIOCHO

CUANDO OWEN ME ENCERRÓ EN LA HABITACIÓN de Devoluciones, mi vida —proyectada sobre las paredes— se empezó a compilar, organizar y plegar. La sensación fue extraña y apagada y anestesiante.

Esto es lo contrario.

Es como si me dieran vuelta de adentro para afuera, me expusieran a cosas que no quiero ver, pensar, sentir. Todo sacado de los recovecos de mi mente y arrastrado violentamente hacia la luz.

El dolor es como de agujas clavadas en mi cabeza mientras veo *Wesley en mi cama mis padres juntos en el sofá mirándome como si ya estuviera perdida Cash ofreciéndome un café Sako sujetándome en el callejón talla una línea en mi piel golpear el rostro del matón en el camino del parque Roland diciéndome que me recueste y Owen. Owen persiguiéndome por las gárgolas. Owen matándome en clase. Owen levantando el osito azul de Ben. Owen sentado en la silla de Dallas*.

Da solía decir que si querías esconder algo, tenías que dejarlo en el margen, bien ahí en la superficie.

—Cuando lo entierras —decía—, entonces es cuando la gente va a buscarlo.

Pienso en eso el instante anterior a que empiece. Pienso en eso mientras Agatha desgarra mi mente y el dolor me atraviesa desde el cuero cabelludo por la columna hasta bien adentro de los huesos.

Pienso en eso después —o en el medio—, mientras estoy tirada en el piso frío de la antesala, tratando de recordarle a mi cuerpo cómo respirar.

Hay un momento, mientras estoy tirada en el piso, en el que solo quiero que termine. En el que me doy cuenta de cuán cansada estoy. En el que pienso que Owen tiene razón y este lugar se merece arder.

Pero con esfuerzo me compongo. Es demasiado temprano para dejar de luchar. Tengo que salir de acá. Tengo que volver al Exterior. Tengo

que atravesar esta noche. Porque de una manera u otra, *voy* a atravesar esta noche.

Me apoyo sobre manos y rodillas. El gusto metálico de la sangre me llena la boca, caen varias gotas por mi nariz al piso de la antesala.

—Levántenla —ordena Agatha. Los centinelas me arrastran hasta ponerme de pie y la mano de ella me agarra la mandíbula—. ¿Por qué esa Historia traidora mancha tu vida como pintura?

Owen. Digo la cosa más cercana a la verdad que puedo.

—Pesadillas.

Sus ojos sostienen mi mirada.

—¿Piensas que no puedo diferenciar entre pesadillas y memorias?

Y entonces me doy cuenta con amarga satisfacción de que no puede. Porque yo no puedo. Quizá pueda mirar dentro de mi mente, pero solo puede ver lo que yo veo.

—Supongo que no —digo.

—Crees que puedes esconderme cosas —gruñe, pasando los dedos por mi cabello—, pero voy a encontrar la verdad, aunque tenga que destruir tu mente para hacerlo. —Los dedos de Agatha presionan con más fuerza y cierro los ojos, anticipando otra oleada de dolor, cuando la puerta del Archivo se abre de golpe detrás de ella.

—Te advertí, Roland —dice sin mirar para atrás— de que la próxima vez que me interrumpieras te haría meter en un estante.

Pero el hombre en la puerta no es Roland. No lo había visto nunca antes. Hay una especie de porte atemporal en el mechón marrón cálido que se enrosca contra sus sienes y en la barba de candado bien recortada que enmarca su boca. Un broche dorado hecho de tres barras verticales brilla en el bolsillo del pecho de su sencillo traje negro.

—Desafortunadamente, querida —dice, su acento ilocalizable—, no puedes jugar a ser juez, jurado *y* verdugo. Tienes que dejar algo de trabajo para el resto de nosotros.

Agatha se tensiona ante el sonido de la voz del hombre, sus manos se alejan despacio de mi cabeza.

—Director Hale —dice—, no sabía que venía para aquí.

Todo en mi se congela. Un director. Uno de los líderes del Archivo. Y es uno de sus verdugos. Roland aparece detrás del hombro del sujeto y sus ojos encuentran los míos por un instante, oscurecidos de preocupación, antes de seguir al otro —Hale— a la antesala. El hombre va hasta al lado de Agatha, caminando con calma, con pasos medidos, cada uno de los cuales emite un chasquido.

—Viendo que mi presencia tiene un impacto notable en tu vehemencia —dice—, quizá sea mejor que te comportes como si *siempre* estuviera en la habitación.

Sus firmes ojos verdes se alejan de Agatha hacia mí.

—Te aconsejo que tengas un poco más de cuidado con nuestras cosas —dice, aún dirigiéndose a ella. Los centinelas me sueltan inmediatamente y me obligo a mí misma a mantenerme de pie—. Señorita Bishop, supongo.

Digo que sí con la cabeza, aunque el pequeño movimiento lanza una oleada de dolor.

El director Hale se vuelve hacia Agatha.

—¿Veredicto?

—Culpable —dice Agatha.

—¡No! —grito arrojándome hacia ella. Los centinelas están ahí al instante y me sostienen—. Yo no hice los vacíos y lo sabes, Agatha.

Hale frunce el ceño.

—¿Los hizo o no?

Agatha le sostiene la mirada un largo rato.

—Ella no *hizo* las puertas, pero…

—Te recordaré —interrumpe Hale— que solo te concedí permiso para que pudieras determinar si ella estaba detrás de los incidentes con vacíos. Si es inocente de eso, entonces por favor explica cómo es que ella es culpable.

—Su mente está perturbada —dice Agatha— y me está ocultando cosas.

—No sabía que alguien *pudiera* esconderte cosas, Agatha. ¿No

anula eso tu trabajo?

Agatha se tensiona, atrapada entre indignación y el miedo.

—Está involucrada, Hale. De *eso* no tengo dudas. Al menos déjame detenerla hasta que resuelva este caso.

Lo piensa, luego gesticula con la mano.

—Está bien.

— *No* —digo.

—Señorita Bishop —me advierte Hale—. No está en posición de hacer reclamos.

—Yo puedo resolver este caso. —Se me sueltan las palabras.

Hale levanta una ceja.

—¿Piensas que pueden tener éxito donde mi Examinadora ha fracasado?

Encuentro los ojos de Agatha.

— *Sé* que puedo.

—Pedazo de arrogante…

Hale levanta una mano.

—Estoy intrigado. ¿Cómo?

Siento una opresión en el pecho.

—Tiene que confiar en mí.

Hale sonríe amargamente.

—No confío con facilidad.

—No lo defraudaré —digo.

—No la dejes ir —advierte Agatha.

Hale arquea una ceja.

—Siempre la puedo traer de regreso.

—Deme esta noche —ruego—. Si fracaso, soy suya.

Hale sonríe.

—Ya es mía, señorita Bishop. —Hace un gesto con la cabeza a los centinelas—. Suéltenla.

Sus manos caen.

—Hale… —empieza Agatha, pero él se da vuelta hacia ella.

—Tú *me has fallado*, querida. ¿Por qué no le daría la oportunidad a otra persona?

—Ella tiene el corazón de un traidor —dice Agatha—. Te traicionará.

—Y si lo hace, lo pagará con su propia vida. —Vuelve a mirarme—. ¿Lo entiendes?

Asiento con la cabeza, mis ojos se escapan un momento hacia Roland.

—Lo entiendo.

Y entonces, antes de que nadie pueda hacerle cambiar de opinión a Hale, les doy la espalda al director, a Roland, a Agatha y el Archivo, sabiendo que no será la última vez que *atraviese* esta puerta, pero si

mi plan no funciona, será la última vez que salga por aquí.

Sako está esperando. Mete su llave, la gira y me abre la puerta.

—Espero que sepas lo que haces, Porterita —sisea cuando me empuja para que pase.

Me tambaleo en el pasillo amarillo del Coronado antes de que una de mis rodillas finalmente ceda debajo de mí. El dolor sigue circulando por mi cabeza y, desesperada por un momento de verdadera calma, saco mi anillo de la cadena que llevo al cuello y me lo pongo por primera vez en todo el día. El mundo se apaga un poco cuando me paro y regreso al departamento.

—¿Dónde demonios…? —Empieza a decir Wesley cuando abro la puerta. Y entonces me ve y palidece—. Dios, ¿qué pasó?

—Está bien —digo, levantando una mano antes de darme cuenta de que hay sangre en ella.

Wes se apresura hacia la cocina para traer una toalla mojada.

—¿Quién te hizo esto?

—Agatha —respondo. Tomo el trapo y me limpio la cara—. Pero está bien —digo—. Estoy bien.

—Para el demonio, Mackenzie —retruca. Toma la toalla de mi mano y me seca el mentón.

— *Va* a estar bien —me corrijo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Obtuvo lo que quería? ¿Se terminó?

Digo que no con la cabeza, aunque el movimiento dispara el dolor.

—Todavía no —respondo, con una sensación de desazón—. Pero pronto lo estará. —De una forma u otra.

—¿De qué estás hablando?

—No te preocupes.

Wes lanza un sonido de exasperación.

—¿Vuelves a casa cubierta de tu propia sangre dos días después de cortarte a ti misma y dices algo críptico sobre que todo se va a terminar y esperas que no me preocupe?

Mis ojos se van al reloj de la pared.

—Tenemos que prepararnos. No quiero llegar tarde.

—¡Olvídate del maldito baile! Quiero saber qué está pasando.

—Quiero que te mantengas al margen. —Cierro los ojos—. Esta no es tu pelea.

—¿Realmente crees eso? —dice Wes, que lanza la toalla a la mesa —. ¿Crees que solo porque me mantienes alejado, solo porque no me dices lo que te pasa, que de alguna manera deja de ser también mi pelea? ¿Que de alguna manera me estás ahorrando algo?

—Wes…

—¿Crees que no he ido yo mismo a cada una de esas escenas de crimen y buscado algo, lo que sea, para explicar quién está haciendo esto? ¿Crees que no me quedo despierto tratando de descifrar qué

está pasando y cómo ayudarte? Me importas, Mackenzie, y por eso *nunca dejará de ser* mi pelea.

—¡Pero no quiero que sea tu pelea! —Me clavo las uñas en las palmas de las manos para evitar que me tiemblen—. Quiero que sea mía. Necesito que sea mía.

—No funciona así —dice Wes—. Somos compa…

—¡No somos compañeros! —estallo—. Aún no, Wes. Y nunca lo seremos, no a menos que pueda atravesar esto.

—Entonces déjame *ayudarte*.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos. Cada hueso y músculo de mi cuerpo quiere decirle, pero no puedo. Estoy dispuesta a apostar mi vida, pero no la de Wesley.

—Mackenzie. —Siento sus manos envolviendo las mías, su bajo se reproduce en mi cabeza mientras él las desciende y las sostiene entre nosotros—. Por favor. Dime qué está pasando.

Llevo mi frente contra la suya.

—¿Confías en mí, Wes?

—Sí —dice y la certeza pura de su voz hace que me duela el pecho.

—Entonces, *confía en mí* —ruego—. Confía en mí cuando te digo que tengo que atravesar esto y confía en mí cuando digo que lo haré y confía en mí cuando digo que no puedo decirte nada más. Por favor no me hagas mentirte.

Los ojos de Wesley brillan de dolor.

—¿Qué puedo hacer?

Logro poner una sonrisa triste.

—Me puedes ayudar a ponerme el maquillaje. Y me puedes llevar al festival. Y puedes bailar conmigo.

Wesley respira hondo, temblando.

—Si terminas muerta —susurra—, nunca te lo perdonaré.

—No planeo morirme, Wes. No hasta saber tu primer nombre.

Me pasa la toalla de la mesa.

—Tú quítate la sangre. Yo traeré el kit de maquillaje.

—Bueno, ya puedes abrir los ojos.

Wes sostiene un espejo para que pueda ver su trabajo: delineador oscuro espolvoreado con sombra plateada. El efecto es extraño y fantasmal, y combina bien con su propio *look*.

—El último toque —dice y hurga su mochila. Saca un par de cuernos plateados y los coloca en mi cabello. Observo mi reflejo y me surge un extraño pensamiento.

Cuando abrí el compartimento de Ben, su Historia estaba usando la camiseta roja con la X sobre el corazón. Era la que tenía puesta cuando murió. Y si las cosas salen mal esta noche y muero… —Me doy cuenta repentinamente de que no puedo soportar pensar en la alteración como otra cosa que no sea una muerte, ya que ser borrada y seguir

viva apenas si es vivir—. Si muero, moriré así: con dieciséis años y tres cuartos en un falda escocesa y sombra gris en la cara y cuernos brillantes en el pelo.

—¿Qué te parece? —pregunta Wes.

—Eres un hada madrina perfecta —digo, mirando el reloj en la pared—. Mejor nos vamos.

Me dirijo hacia la puerta de los Estrechos en el pasillo, pero Wes me toma de la mano y en vez de eso me guía hacia la planta baja, luego a través de la puerta del Coronado y afuera a la vereda.

Hay un Porsche negro estacionado ahí. Realmente se me abre la boca cuando lo veo. Al principio pienso que no puede ser de Wesley, pero es el único auto que hay y él se dirige derecho hacia ahí.

—Pensé que no tenías auto.

—Ah, no, no tengo —dice con orgullo, sacando un llavero—. Lo robé.

—¿A quién?

Presiona un botón en la llave y se encienden las luces.

—Cash.

—¿Él sabe?

Wes sonríe con satisfacción mientras me abre la puerta.

—¿Qué gracia tendría? —Espera que entre y cierra la puerta. Trota al otro lado del auto y se sube al asiento del conductor.

—¿Lista? —pregunta. Hay demasiadas preguntas encerradas en esa y solo una forma de contestar.

Trago y digo que sí con la cabeza.

—Vamos.

VEINTINUEVE

—¿TIENES MIEDO DE MORIR?

Wesley y yo estamos despatarrados en el jardín, una semana y media ante de que empiecen las clases. Él está leyendo un libro y yo he estado mirando el cielo. No he dormido por lo que parecen días pero quizá sea más tiempo, y la pregunta se desliza por mi mente hacia mis labios antes de poder pensar en detenerla.

Wes levanta la vista de su libro.

—No —dice. Su voz es suave, su respuesta segura—. ¿Y tú?

Una nube recorta la luz del sol.

—No sé. No me asusta el dolor. Pero tengo miedo de perder mi vida.

—Nada se pierde realmente —afirma, recitando el mantra del Archivo.

Me siento.

—Sin embargo, nosotros sí, ¿no es cierto? Cuando nos morimos. Las Historias no son nosotros, Wes. Son reproducciones, pero no son nosotros. No puedes probar que somos lo que se despierta en esos estantes. Así que el pensamiento de que nada se pierde no me consuela.

No hace que esté más lista para morir.

Wes deja el libro a un lado.

—Este es un tema bastante macabro —dice—, incluso para ti.

Suspiro y vuelvo a estirarme sobre el banco de piedra.

—Nuestras vidas son bastante macabras.

Wes se queda en silencio y yo asumo que volvió a su lectura, pero un minuto o dos después agrega:

—No tengo miedo de morir, pero ser borrado me aterroriza. Al ver lo que le hizo a mi tía… preferiría morir entero que vivir en pedazos.

Lo observo.

—Si pudieras dejar el Archivo sin ser alterado, ¿lo harías?

Es una pregunta peligrosa, una que no debería hacer. Susurra traición. Wes me mira cauta, tratando de entender por qué pregunto.

—No importa —dice—. No funciona así.

—¿Pero y si funcionara así, si pudieras?

—No. —Me sorprende la certeza en su voz—. ¿Y tú?

No respondo.

—¿Mackenzie? —insiste.

—Mackenzie, llegamos.

Parpadeo para encontrar el auto en el estacionamiento de Hyde.

Wes está torcido en su asiento, mirándome.

—¿Estás bien? —pregunta. Hago un esfuerzo para asentir con la

cabeza y le ofrezco una sonrisa tranquilizadora, después salgo del auto. Con la espalda hacia Wes, deslizo mi anillo afuera de mi dedo y lo pongo en la cadena, deseando poder aferrarme un poco más al amortiguador y todo lo que viene con él. Pero no puedo darme el lujo de perder a Owen.

—¡Wesley Ayers! —llama Safia desde la verja de entrada—. Luces ridículo. —Los cuatro están ahí esperándonos: Saf y Cash con mechones dorados en su abundante cabello oscuro, Amber con lazos azules y diseños de mariposa en las mejillas, Gavin con lentes de marco grueso verde que ocupan la mitad de su cara.

Wes se pasa una mano por su pelo negro encrestado.

—Tú dices ridículo, yo digo peligroso.

Cash levanta una ceja.

—¿Peligroso como en que probablemente podrías ensartar a un pájaro que vuela bajo…?

—Me encantan los cuernos, Mackenzie —dice Amber.

—Pensé que tenías una cita, Safia —digo.

—Sí, lo que sea, cancelé.

—Quería estar con nosotros —dice Amber—, solo que es demasiado orgullosa como para admitirlo.

—¿Ese es mi auto? —pregunta Cash.

En el campus, los edificios están oscuros, pero la luz del festival

resplandece contra las nubes bajas y el aire está lleno de la vibración distante de la música —nada más que agudos y graves desde aquí—. Llegamos a la verja de entrada con sus barras de hierro forjado y su H esculpida. — *Abandone toda esperanza aquel que aquí entre*— y la atravesamos. Después avanzamos por el sendero bordeado de árboles hacia el edificio principal y alrededor de este, al acercarnos, el sonido se va volviendo más fuerte y las luces más brillantes. Cuando pasamos al resplandeciente centro del campus, el Festival de Otoño se alza frente a nosotros.

Plateado, negro, verde y dorado. Los colores cuelgan en banderines por el frente de los edificios hacia todos lados y a través del césped, formando un toldo colorido. Hay lámparas colgadas de los árboles, luces que bordean los caminos y el césped debajo de los banderines está lleno de estudiantes y rodeado de puestos. La música parece venir de todos lados, no como cuando toco a Wes —no llena mis huesos—, pero simple, normal, real, fuerte y en todas partes. Un grupo de chicas con calzas de colores brillantes están sentadas en un banco comiendo y riendo, un puñado de chicos está jugando juegos en los puestos y un montón de estudiantes con cabelleras salvajes y ojos llenos de purpurina están bailando. El aire está vivo con sus cuerpos y sus voces. Hay profesores salpicados entre la muchedumbre, charlando entre sí; ninguno de ellos lleva maquillaje colorido o el pelo revuelto, sino

que usan ropa oscura, como sombras que se proyectan por el festival. Lowell y Dallas están frente a un puesto; las profesoras Hill y Weston están sentadas en un banco en el borde de la pista de baile en el césped. Y ahí, apoyado contra un quiosco de bebidas, está Eric. Me tensiono cuando lo veo, luce serio mientras sondea la multitud.

Debería haber sabido que estaría aquí, mirando. ¿Pero sigue actuando como un vigilante de *Roland*? Del otro lado del césped, Sako está posada sobre el borde de otro banco, con los ojos entrecerrados. Ella definitivamente está acá por Agatha. Escaneo la muchedumbre en busca de otros ojos vigilantes y detecto a un tercero, un hombre que nunca había visto, uno con piel oscura y la misma gracia fría de Sako. Todo el resto luce como que pertenece aquí. Y en realidad, de alguna manera, también la Brigada.

Pero no hay rastros de Owen. Aún no. Sé que incluso con toda la escuela aquí con peinados locos y ojos extraños, lo detectaré con un golpe de vista.

La fiesta empieza a las siete. El show *comienza a las ocho.*

¿Qué está planeando? Un escalofrío de temor me recorre la espalda. ¿Y si su apuesta es demasiado grande? ¿Y si estoy cometiendo un error espantoso?

Amber y Gavin se entrelazan los brazos y se dirigen hacia el puesto de comida más cercano, y Safia agarra la manga de Wesley y exige un

baile.

—Es la tradición —dice ella—. Siempre bailas conmigo.

Wesley duda, claramente no quiere irse de mi lado. Y si soy honesta, yo tampoco quiero que se vaya. De repente me golpea un miedo repentino de que si se va, no tendré la chance de… ¿de qué? ¿De despedirme? No le diré eso, de todas maneras.

—Vayan, ustedes dos —dice Cash—. Mac y yo estaremos bien.

Safia lleva a Wesley hacia la muchedumbre y Cash me ofrece una mano.

—¿Bailamos?

Acepto y mi cabeza se llena con su *jazz*, risas y todos sus pensamientos y mientras bailamos hago todo lo posible por dejar que sean como música en vez de palabras, y escucho solo la melodía. Cash está lo suficientemente lleno de vida y energía como para que, mientras damos vueltas y giramos y sonreímos y cantamos, casi me olvide. Eso es lo hermoso de Cash. Otra yo en otra vida se hubiera enamorado de este chico lindo que me mira y solo ve una chica linda, y me ayuda a simular con una canción que cualquier cosa podría ser así de simple.

Pero aunque creyera en el sueño de Owen de una vida sin secretos y mentiras, Cash no es el chico con el que la compartiría.

Apenas termina la canción, una más lenta empieza. Una chica de

cuarto aparece por detrás de Cash y le pide un baile. Wesley aparece a mi lado al mismo tiempo.

—Baila conmigo —dice. Y antes de que pueda decir algo, me envuelve la cintura con sus brazos y llena mi cabeza con su tristeza, sus miedos y (entremezclada en todo) su siempre presente esperanza. Descanso mi oreja contra su hombro y escucho su corazón, su ruido, su vida. Cada momento duele, pero no lo suelto ni lo aparto.

Y entonces, cerca del final de la canción, lo veo merodeando por el borde de la pista de baile.

Owen.

Sus ojos encuentran los míos. Mi pulso se acelera y me aferro con más intensidad a Wes para juntar la fuerza necesaria para apartarme. Puedo hacer esto. Lo que sea que tenga que hacer para terminar con esto —con Owen—, lo haré. Tengo que hacerlo. Yo lo dejé salir. Yo lo devolveré. Lo presentaré al Archivo y recuperaré mi vida con su cuerpo.

Owen se da vuelta y se abre camino hacia la sombra al lado de la torre del reloj. La canción termina, pero Wesley no me suelta y levanto la mirada hacia sus ojos delineados de negro.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Tú vales la pena —le digo.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Sonrío.

—Nada —digo suavemente—. Voy a buscar algo para beber. Resérvame otro baile, ¿sí?

Mis dedos empiezan a irse de los suyos. Él duda y empieza a apretar con más fuerza, pero Amber agarra su otra mano y lo empuja hacia ella.

—¿Dónde está *mi* baile, Ayers? —pregunta.

Nuestras manos se separan. La música empieza otra vez y desaparezco entre la multitud, haciendo un esfuerzo por no mirar atrás.

Eric está de espaldas y el señor Bradshaw está tratando de entablar una conversación con Sako cuando me deslizo a la oscuridad. Owen está tarareando (« *you are my sunshine, my only*…») y sigo el sonido hacia las sombras de la torre del reloj, donde lo encuentro apoyado contra el costado de ladrillos, haciendo girar su cuchillo entre sus dedos.

—Hyde siempre supo cómo dar una fiesta —dice, con los ojos perdidos hacia las luces brillantes.

—¿Me dices ahora qué va pasar? ¿Cuándo robamos la página?

—Esa es la cuestión —dice Owen, mientras guarda el cuchillo—. *Nosotros* no lo haremos.

Me tensiono.

—No entiendo.

—Hay una razón por la que este plan requiere de dos personas, Mackenzie. Una de ellas distrae al Archivo mientras la otra roba la página.

—¿Quieres que genere una distracción?

—No —dice Owen—, quiero que *seas* la distracción.

Siento una opresión en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Ya estás en la cuerda floja en el Archivo, ¿no? Bueno, si están ocupados arrastrándote hacia tu alteración, será menos probable que noten *mi* presencia.

—¿Por qué harían eso? —pregunto despacio.

—Porque no vas a darles otra opción. Vas a hacer una escena. El Archivo odia las escenas. Y yo ya la he preparado por ti. —Tantea el césped con la punta del pie e incluso en la oscuridad puedo ver cables. *Detonadores*.

—Dije que no quería que nadie saliera lastimado.

—Dijiste que no querías que *Wesley* saliera lastimado.

—*Owen…*

—Has hecho tu parte, Mackenzie. Además, solo son fuegos artificiales. Te dije, algo corto y brillante. *Flashes* y *show*. Una vez que enciendes el fósforo, uno literal, en este caso, todo lo que tienes que

hacer es estar lista para correr. Yo me ocuparé de la parte difícil.

—¿Qué parte difícil?

—Todos los ojos están puestos en ti —continúa—, esperando que metas la pata o hagas un movimiento. Así que eso es lo que harás. Y después vas a correr y la Brigada te perseguirá. Y cuando te atrapen, porque lo harán, vas a *defenderte* con todo lo que tienes hasta el final.

Mi mente da vueltas. No es así como supone que sería. Se supone que iríamos al Archivo juntos. Se supone que yo lo iba a devolver.

¿Cómo se supone que voy a hacer eso si voy a ser…?

—No quieres una distracción, Owen. Quieres un sacrificio.

—No seas dramática.

—No soy una mártir —respondo con enojo.

—No dejaré que te borren.

—Ah, bueno si tú no los *dejas*… —digo con sarcasmo.

—Te salvaré —insiste—. Confía en mí.

Me río con indignación.

—Quieres que ponga mi vida en tus manos.

En un instante, Owen me tiene contra la pared de ladrillos.

—Tu vida ha estado en mis manos desde el momento en que salí de ese vacío —gruñe. Entonces caigo en la cuenta con horror. Ya armó la escena. No necesita mi consentimiento para convertirme en una distracción. Pero la única forma de que vuelva por mí es si cree que

vale la pena salvarme.

Pero el libro de registros está en la mesa en la mismísima entrada del Archivo. ¿Qué va a evitar que entre y se lo lleve y se vaya sin mí?

—No lo haré —dice, leyendo los pensamientos en mi piel—. No te voy a dejar atrás. Todavía te necesito. Somos los que traemos el cambio, Mackenzie. Pero necesito que seas la voz de eso.

Deja caer las manos. Se gira hacia el festival y las luces proyectan sombras sobre su piel pálida.

—El cambio está viniendo —dice despacio—. O el Archivo evoluciona o caerá.

Y al mirarlo en esa luz inestable, caigo en la cuenta. Es todo una mentira. Su promesa de un Archivo sin secretos, su sueño de un mundo expuesto. Owen no espera que el Archivo sobreviva a esto. Ni quiere que eso pase. Quiere lo mismo que siempre quiso: destruirlo. Y cree que encontró una forma de hacer eso: dejar que este mundo haga el trabajo.

No quiere cambios.

Quiere ruina.

Y voy a hacer lo que sea necesario para evitar que lo haga.

Mi mente da vueltas, pero no puedo darme el lujo de que él vea mi pánico. Respiro para tranquilizarme.

—Deberías habérmelo dicho antes —digo—. Para alguien que

desprecia los secretos, realmente guardas demasiados.

Frunce el ceño.

—No quería que lo pensaras demasiado —dice—, pero nuestro destino está atado a esto. Si tú fracasas, yo fracaso; y si yo fracaso, tú fracasas. Somos como compañeros.

Nada más lejos de ser compañeros, pienso, pero solamente digo:

—No te atrevas a dejarme ahí, Owen.

Sonríe.

—No lo haré.

Y entonces se agacha y levanta del césped el extremo del detonador. Un encendedor aparece en su otra mano. Levanta la vista a la torre del reloj al lado de nosotros. Faltan cinco minutos para las ocho de la noche.

—Perfecto —dice, deslizando el dedo pulgar sobre el encendedor. Una pequeña llama danza ahí—. Cinco minutos para la chispa. —Toca el detonador con la llama y se enciende, un siseo corre por la mecha. No hay vuelta atrás ahora, pienso con una mezcla de terror y energía.

—Encuentra el centro de atención. —Owen da un paso afuera de las sombras hacia el camino, pero yo me quedo contra el edificio y saco el teléfono de mi bolsillo.

Hay un mensaje de Wesley (¿ *Dónde estás*?) y le respondo (*En el edificio de Ciencias*), con la esperanza de poder al menos alejarlo de lo

que sea que está a punto de pasar. Y después trago saliva y llamo a casa. Atiende mamá.

—Hola —digo—. Solo estoy reportándome, como prometí.

—Qué buena chica —dice mamá—. Espero que pases una noche genial.

Lucho por mantener el miedo fuera de mi voz.

—La tendré.

—Llámanos cuando termine, ¿sí?

—Bueno —respondo y sé que está apunto de cortar así que digo—: Ey, ¿ma?

—¿Sí?

—Te quiero —digo antes de presionar *Fin*.

Cuatro minutos para las ocho. La torre del reloj se alza amenazante y completamente iluminada. Observo cómo pasa un minuto, debajo del colorido toldo los estudiantes bailan y se ríen y no tienen ni idea de lo que está a punto de suceder.

Para ser justos, yo tampoco.

Tres minutos para las ocho. Me digo a mí misma que puedo hacerlo. Me digo que no es una locura. Me digo que pronto habrá terminado. Cuando ya no me quedan cosas por decirme, salgo de las sombras, esperando ver a Owen, pero no está ahí, así que me dirijo al patio interno. Solo logro dar unos pocos pasos cuando una mano

grande me envuelve el brazo y me arrastra de nuevo a la oscuridad y *pensaste que eras astuta no puedes eludirme pensaste que no vería el patrón* rebota en mi cabeza. Antes de que yo pueda intentar liberarme, una esposa de metal se cierra alrededor de mi muñeca y estiro el cuello para ver al detective Kinney detrás de mí.

—Mackenzie Bishop —dice, esposándome las manos en la espalda —. Estás arrestada.

TREINTA

—**NO HAGAS UNA ESCENA** —ordena mientras me aleja del festival.

—Señor, está cometiendo un grave error. —El reloj marca un minuto para las ocho y me retuerzo, desesperada por encontrar a Owen mientras Kinney me arrastra por el camino.

—¿Sabes cuál es el último apellido que figura en la computadora del entrenador Metz? —dice—. El tuyo. ¿Y el último número que llamó a Jason Pinter? El tuyo. ¿Las huellas en el collar de Bethany Thomson? Tuyas. El único lugar donde realmente no dejaste pruebas fue en lo de Phillip, pero entraste en su casa, así que estoy dispuesto a apostar que te podemos conectar con eso también.

—Eso es circunstancial —digo—. No puede arrestarme por eso.

—Mírame —dice Kinney, empujándome hacia las verjas de entrada. Su patrullero está esperando del otro lado con las luces encendidas. Pero las verjas están cerradas. No solo cerradas, noto. Trabadas. Y

puedo sentir el olor a gasolina desde aquí.

—¿Qué demonios pasa? —gruñe.

Afloja el agarre en mi brazo y me retuerzo para quedar libre, doy tres pasos atrás hacia el festival antes de que la mano de Kinney aterrice en mi hombro con fuerza.

—No tan…

Pero no tiene la chance de terminar. La torre del reloj da las ocho y empiezan los fuegos artificiales. No en el aire, sino en el *suelo*. Enormes esferas de color, luz, sonido y fuego explotan por el campus. Los estallidos se concentran en el patio interno, pero uno se detona mucho más cerca de donde estamos parados y la fuerza es suficiente como para lanzarnos a Kinney y a mí al piso. Me silban los oídos cuando un par de manos tiran de mí hasta ponerme de pie.

—No te puedo dejar sola por un minuto, será posible —dice Owen, que tiene hollín en las mejillas. Detrás de él, la verja de entrada de Hyde está envuelta en llamas.

—¿Dónde demonios estabas? —ladro, con los oídos aún silbando mientras él camina hacia Kinney, quien todavía está apoyado sobre manos y rodillas, claramente desorientado por la explosión.

—Ocupado —responde, sacando el revólver de Kinney de su funda. Gira el arma y golpea con fuerza la sien del detective con la culata. Cae redondo sobre el camino. De nuevo en el patio interno, se detona otra

serie de explosiones. La gente grita. Owen encuentra las llaves en el cinturón de Kinney y abre las esposas en mis muñecas, luego me arrastra de nuevo hacia el infierno del festival.

Pasamos a través de una oleada de humo hacia un mundo envuelto en fuego y humo. Los estallidos son ensordecedores y el entramado de banderines de la pista de baile se quema y se quiebra, lo que envía tiras ardientes sobre los estudiantes que hay debajo. Todo el mundo está corriendo, pero nadie parece saber hacia dónde porque las explosiones continúan. Es un manto de caos.

Owen avanza a través de este, escaneando el piso cubierto de humo.

—¿Qué estás buscando? —tengo que gritar ahora por sobre el ruido del festival en llamas.

—Lo dejé justo…

En ese preciso momento, un cuerpo golpea contra Owen con fuerza, el revólver sale volando hacia mí cuando ambos caen. Otra explosión se detona detrás de donde estoy cuando tomo el arma, Owen y su oponente son un enredo de extremidades en el suelo ardiente, hasta que logra enroscar el brazo en el cuello del hombre y tira hacia arriba y hacia atrás y veo su cara.

Eric. Uno de sus ojos se está cerrando por la hinchazón y un tajo horrible talla un camino contra su pechera y cuando me ve parada ahí,

me dice que corra. Y entonces ve el arma en mi mano y su rostro ensangrentado se llena de confusión.

—Dispárale —ordena Owen.

Lo miro con horror.

—¡Es Brigada!

—En este momento está interponiéndose en nuestro camino —gruñe Owen, como si esto fuera tan solo un desafortunado giro de los acontecimientos. Pero no lo es. Este siempre fue su plan.

Me encargaré de la parte difícil.

Los fuegos artificiales no eran nada más que una cortina de humo. Podrían haber sido un accidente. Pero matar a un miembro del Archivo… sería innegable. No habría dudas. El Archivo me cazaría. Me borraría.

—Tienes que comprometerte, Mackenzie —ordena Owen, luchando por ganar ventaja sobre Eric.

Otro fuego artificial se detona y nos baña con luz roja. Levanto el arma, mi mente da vueltas. He llegado tan lejos y arriesgado tanto. No puedo perder a Owen, no ahora. Pero no puedo hacer esto.

—*Comprométete.*

Aprieto el gatillo. Pero apunto lejos.

Suena el estallido, agudo incluso en el caos, la bala pasa zumbando entre ambos, y entre mi disparo y que Owen se da cuenta de que fallé,

Eric se libera y gira. *Corre*, pienso, *corre*. Y estoy por apuntar el arma hacia Owen —puede que no lo detenga, pero lo retardaría—, cuando lanza su puño contra la mandíbula de Eric con la fuerza suficiente como para romper un hueso. Eric se desploma y antes de que pueda recuperarse, Owen toma su cabeza con las manos y le rompe el cuello.

El mundo se detiene. El humo se aclara y el fuego disminuye, y en el instante exacto después de que escucho el crac y antes de que la luz abandone sus ojos, veo la vida de Eric desplegarse. Lo veo sentado a mi lado contra la pared del patio, diciéndome que no me meta en problemas; interrogando a Dallas en el hospital; apoyado contra el empapelado amarillo, retándome por tratar de escabullirme; revisándome las manos en un parque para ver si tengo huesos rotos; parado en la vereda, no más que una sombra dorada, un destello de luz, y después nada.

Reprimo un llanto cuando el cuerpo de Eric cae sin vida sobre la tierra chamuscada. No. Esto no está pasando. Esto no puede estar pasando.

—Corre, Mackenzie. —Viene la voz de Owen mientras miro fijamente el cadáver. Mis dedos aprietan con más fuerza el arma, pero para cuando logro sacar los ojos del cuerpo de Eric y levantarlos, ya se ha ido y yo estoy sola. Miro alrededor y me doy cuenta de que estoy parada en el centro mismo del caos. Suenan sirenas a la distancia y

todavía hay personas corriendo, sombras en el humo (por favor, que Wes y Cash y los otros estén entre ellas, a salvo).

Y entonces entre el caos, la veo. Todos los demás corren *lejos de aquí*. Pero ella corre *hacia mí*.

Sako.

Y sé por la forma en que me está mirando que escuchó el disparo, que ella puede ver el arma en mi mano y a Eric a mis pies. El revólver se cae de mi mano cuando otro miembro de Brigada —el tercero que vi más temprano— aparece detrás de ella. No tengo opción. Solo hay una forma de salir ahora.

Doy un paso tambaleante hacia atrás.

Y después me doy vuelta y *corro*.

TREINTA Y UNO

SOY SOLO YO Y ELLOS SON DOS, y ambos son *rápidos*.

Corro a toda velocidad a través del patio interno, no hacia las verjas de entrada como haría todo el mundo, sino más adentro del campus, cortando camino por el edificio de Letras solo momentos antes de escucharlos estrellarse contra las puertas detrás de mí. No miro hacia atrás —no sacrifico ni un solo paso de mi ventaja— mientras corro por los pasillos, todo el camino hasta la salida contraria y nuevamente afuera a la noche ardiente.

Vas a correr…

El humo se eleva desde el césped en llamas cuando corto por el camino hacia la Corte. Estoy casi ahí cuando me doy cuenta de que un conjunto de pasos se ha desvanecido detrás de mí; un instante después, el otro miembro de Brigada sale de un atajo hacia mi camino. No puedo cambiar de dirección antes de que lance un golpe y me dé con el puño en la cara.

Y cuando te atrapen…

Caigo con fuerza, sintiendo el gusto de la sangre mientras el mundo silba en mis oídos.

Porque lo harán…

Justo cuando me estoy poniendo de pie, el segundo miembro de Brigada me agarra de atrás y me tira al camino sucio y me patea con fuerza las costillas.

Vas a defenderte…

La fuerza me manda al piso de espaldas y un segundo después ella está arrodillada sobre mi pecho. Odio y furia e imágenes del cuerpo de Eric circulan a través de mí.

—Te voy a matar —gruñe Sako. Lanzo un puñetazo con mi brazo herido, pero lo agarra y me estrella la mano de nuevo contra el piso—. Me voy a tomar mi tiempo y voy a hacerte rogar, pedazo de mierda.

—Sako —dice el otro hombre—. Tenemos órdenes.

—Guárdate las órdenes —escupe.

Llevo una rodilla hacia arriba con fuerza y le doy en el estómago, pero ni siquiera se mueve, solo se inclina hacia adelante y pone una mano con fuerza en mi boca, clavando las uñas en mi mandíbula.

—¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste?

Todo el dolor y la furia están escritos sobre ella y se vierten en mí mientras su mano se desliza desde mi mandíbula hacia mi cuello. Y entonces, de la nada, aparece una barra de metal debajo de su mentón y la retuerce hacia atrás y hacia arriba y lejos de mí. *No*. Rueda hacia un costado y Wesley se pone directamente entre Sako y yo cuando ambas nos ponemos de pie.

—¡Vete, Wes! ¡Por favor!

El fuego arde brillante en el patio interno. Unas pocas explosiones finales truenan por Hyde.

—No debiste hacer eso, Porterito —sisea Sako.

—Aléjate de ella —gruñe Wes. Blande su barra de metal y ella la agarra el instante anterior a que golpee contra su cara, y se la arranca a Wes de las manos.

—Realmente no debiste…

—¡Wesley, no!

El otro miembro de Brigada se estrella contra mí desde atrás, me envuelve con los brazos a la altura del pecho, sujetando los míos a los lados mientras *intenta correr te perseguiré amo la cacería pequeña*

coneja ingresa a la fuerza en mi cabeza.

—Te tengo —dice, justo antes de que le clave mi codo en las costillas y caiga sobre una rodilla de repente y con fuerza para tirar hacia adelante y forzarlo a aflojar los brazos y caer sobre mi hombro. Es como un gato, en un parpadeo está nuevamente de pie, sosteniendo algo en las manos que parece una cinta pero brilla en la luz irregular. Alambre.

—Deberías rendirte —dice—, antes de que esto empeore.

—No puedo —digo. Sonríe como si le alegrara oírlo. Y entonces ataca. Su mano vuela hacia adelante y el largo alambre se extiende, como si lo estuviera expulsando. Lo esquivo, evitando el cable, agachándome fuera de su camino. Por el rabillo del ojo, veo que Wesley cae con fuerza, tiene sangre a lo largo de la mejilla. En ese instante, siento un ligerísimo contacto, el alambre se enlaza alrededor de mi muñeca sana.

—Te tengo. —Vuelve a decir y con un solo tirón rápido, el cable se ciñe, hiriéndome la piel. Tiro, intentando liberarme, pero cuando peleo solo se ajusta más, así que agarro el alambre y lo uso para tirarlo hacia mí, aunque el cable me corta los dedos. Mi mano libre se enrosca en un puño y le pega en el estómago, un golpe lo suficientemente sólido como para dejarlo sin aire y enviar dolor por mi brazo. Me doy cuenta de mi error demasiado tarde; antes de poder quedar fuera de alcance,

logra retorcer el largo del cable alrededor de mi otra muñeca. Tira y mis manos se juntan a la fuerza frente a mí. Sonríe de modo triunfal.

Defiéndete…

Entrecruzo los dedos y llevo mis puños trabados contra su mandíbula con toda la fuerza que tengo; se le parte el labio, lo que logra quitarle la sonrisa del rostro, pero no me ayuda a soltarme. Mantiene la mano envuelta en el hilo de metal y me tira hacia adelante contra él, haciéndome perder el equilibrio antes de empujar su puño contra mis costillas. Me doblo y antes de poder recuperarme, me empuja hacia atrás, pasa la pierna detrás de mis rodillas y me envía con fuerza al suelo.

Tengo el tiempo justo como para ver a Wesley tambalearse y caer de manos y rodillas —Sako levanta su barra de metal y la arrastra por el suelo hacia él—, antes de que el otro miembro de Brigada me envuelva la garganta con un brazo y me arrastre hasta ponerme de pie y por el camino hacia el edificio más cercano. Intento llamar a Wes, pero el brazo del miembro de la Brigada me aprieta demasiado, y después me golpea contra una puerta lateral y saca una llave oscura de su bolsillo y la mete en la cerradura. Un segundo después, el camino y Wesley y Sako desaparecen cuando me empuja hacia adelante adentro del Archivo.

Su brazo desaparece de mi garganta cuando me empuja hacia

adelante al piso de la antesala. En cuanto intento ponerme de pie, aparecen los centinelas, que me fuerzan bruscamente a quedarme de rodillas.

Agatha está esperando, los otros Bibliotecarios están alineados detrás de ella y claramente les han contado lo que pasó. Sus rostros son una gama de horror, tristeza, confusión y traición. Patrick está a un lado de Roland, Lisa del otro; ambos lo están sujetado en el lugar. Mis ojos van desde su rostro a la llave dorada que cuelga de su cuello y de nuevo a su rostro, deseando que me entienda, que confíe en mí aunque no pueda. Otra vez trato de luchar para ponerme de pie y otra vez los centinelas me fuerzan a quedarme abajo frente a Agatha.

—Le advertí a Hale que esto pasaría —dice, con fría victoria en los ojos—. Una mente rota y un corazón de traidora. ¿Tienes *algo* que decir?

Lo siento. Escucha. Por favor. Confía en mí. Esto no es lo que parece. Pero no puedo decir nada de todo eso. Tengo que venderlo. Todo en mí quiere gritar *NO* mientras escupo sangre hacia el oscuro piso de piedra y digo:

—El Archivo está roto.

Agatha me abofetea con fuerza con el revés de la mano. El dolor florece en mi frente y se me mete sangre en los ojos.

—Iré por Hale. Llévensela.

Los centinelas tiran violentamente de mí para ponerme de pie.

Defiéndete…

Me sacudo hacia adelante con fuerza y me retuerzo hasta que logro liberarme. Me toma cada gramo de voluntad y fuerza, pero corro hasta los brazos de Roland y presiono mis manos atadas bien abiertas contra su pechera. Parece una súplica, pero solo porque nadie puede ver que envuelvo con los dedos la llave dorada que lleva ahí. La única que enciende y apaga vidas. La que solo los Bibliotecarios pueden manejar. Un dolor entumecedor, fuerte como agujas y alfileres que se clavan, se extiende por mis dedos hasta mis muñecas, pero no la suelto.

… con todo lo que tienes…

—Confía —susurro, cerrando la mano sobre ella justo antes de que me aparten de él.

El chasquido de su collar es enterrado por los sonidos del forcejeo al ser arrastrada. Escondo la llave en mi palma, la deslizo por el borde de mi manga justo antes de que un golpe demoledor me mande hacia adelante. Caigo sobre manos y rodillas. Dos conjuntos de manos más —centinelas— me agarran.

… hasta el final.

Me ponen una capucha en la cabeza. Todo se vuelve negro.

—Suficiente, señorita Bishop —ordena Patrick mientras me arrastran por el Archivo. Todo lo que puedo pensar mientras me llevan

es que no será suficiente, no será suficiente, no será suficiente.

Y entonces la escucho.

Atrás en la antesala.

La voz de Wesley.

Grita mi nombre. Discute con alguien muy fuerte mientras entra furioso en el Archivo.

Todo en mi se desmorona. Esta no debía ser su pelea. Mientras me arrastran por otro pasillo, escucho el sonido de gente persiguiéndolo. Patrick da una orden en voz baja y siento que uno de los centinelas se aparta de mi lado y gira hacia la conmoción. Las manos de Patrick —manos que conozco bien porque me han curado incontables veces durante los últimos cuatro años y medio— toman su lugar. Él y el miembro de la Brigada y el segundo centinela me obligan a atravesar un par de puertas hacia una habitación tan vacía que nuestros pasos hacen eco, mi nombre aún rebota por las paredes del Archivo.

Entonces se detiene abruptamente y no sé si es porque han cerrado una puerta o si han atrapado a Wes, pero me digo a mí misma que estará bien incluso mientras me retuerzo en un intento de liberarme. Las manos me aprietan con más fuerza, clavándose en el tajo de mi brazo lo suficiente como para hacerme agradecer que el entumecimiento de la llave de oro se esté extendiendo mientras me empujan a una silla. Cortan el hilo de metal de mis muñecas, pero

antes de que pueda ponerme de pie, me están atando la cintura, las piernas y las muñecas a los brazos fríos de la silla. No hay forma de salir. Me retuerzo contra las ataduras, pero es inútil, y lo saben.

—Adiós —dice Patrick, y entonces una puerta se abre y se cierra, y la habitación está en silencio.

Silencio absoluto.

Y oscuridad absoluta.

Y es entonces cuando el miedo finalmente me golpea. Me ha estado persiguiendo toda la noche, pero ahora finalmente me ha alcanzado.

Miedo de que nada de esto vaya a funcionar.

Miedo de haber calculado mal, de que Owen no venga a salvarme, de que yo no sea nada más que una herramienta descartable.

Miedo de que no venga a tiempo.

Y debajo de todo eso, un miedo mucho peor.

Un miedo que me hace cerrar los ojos, a pesar de la oscuridad.

El miedo de que quizá, de alguna manera, *Owen no sea real*. Que la pesadilla nunca diera paso a la realidad, que de alguna manera haya sido yo —y solo yo— todo este tiempo. De haber perdido la cabeza. De estar a punto de perder mi vida.

El dolor de agujas y alfileres se está expandiendo por mi cuerpo desde la llave del Archivo presionada contra mi muñeca y me

concentro en eso mientras intento retorcer mi brazo contra la silla para llevar el metal hacia mi mano.

Y entonces lo escucho. La puerta se abre detrás de mí y los sonidos del Archivo —de pasos acelerados y gritos amortiguados, ninguno de ellos de Wesley— se vierten en la habitación un momento antes de apagarse de nuevo. Hay un forcejeo corto y silencioso y un crac horrible. Forcejeo contra mis ataduras, luchando contra la silla hasta que alguien se acerca y me toma del hombro y un silencio demasiado familiar se filtra por mi piel.

—¿Owen? —digo con voz entrecortada.

—Quédate quieta —ordena y me lleno de alivio. Me cubro hacia adelante cuando me saca la capucha. La habitación en la que estoy resplandece de blanco, casi tan brillante pero no tan inacabable como la habitación de Devoluciones, y está completamente vacía de estantes, de todo excepto la silla y un centinela desplomado en la esquina, con la cabeza inclinada en un ángulo imposible. Eric destella detrás de mis ojos, pero me obligo a concentrarme mientras Owen me libera una muñeca y se pone de rodillas para trabajar en mis tobillos y dejar que yo me libere la otra mano. Logra desatarme las piernas y gira hacia atrás de la silla para encontrar la hebilla de la correa de la cintura. La última atadura cae y Owen rodea la silla otra vez.

—Hiciste un *show* impresionante —dice, ofreciéndome la mano.

Mi corazón va a toda velocidad cuando la tomo.

—Lo sé —digo mientras me ayuda a ponerme de pie—. Tenías razón, sabes —agrego, aferrando el metal en mi mano con los dedos.

Frunce el ceño.

—¿Sobre qué?

Encuentro su mirada.

—Solo tenía que comprometerme.

Observo cómo sus ojos azules se agrandan cuando lee la verdad en mi piel, pero la lee demasiado tarde. Antes de que pueda apartarse, inserto la llave resplandeciente en su pecho y giro. La luz se apaga en su rostro. Sus rodillas ceden y lo atrapo, caemos juntos al piso.

Puedo escuchar pasos que avanzan apresurados por el pasillo y una extraña tristeza me recorre cuando apoyo con cuidado el cuerpo de Owen en el suelo. Mantuvo su palabra. Creía en algo, aunque equivocado. Yo ya no sé en qué creer.

Lo único de lo que tengo certeza es de que todavía estoy viva.

Y que casi termina.

Casi.

TREINTA Y DOS

NO ME PARECE QUE YO PUEDA ESCAPAR de esta habitación.

Pisos de mármol frío. Paredes forradas de libros de registro. La mesa larga estirada en el medio.

Es la habitación donde fui reclutada. Es la habitación donde Wes y yo fuimos citados después de que una Historia escapó al Coronado. Y ahora es la habitación donde el Archivo decidirá mi destino.

Cuando Roland, Agatha y el director Hale me encontraron en la habitación de alteraciones, arrodillada sobre el cuerpo de Owen, con un centinela desplomado en la esquina, solo dije una cosa.

—Quiero un juicio.

Así que aquí estoy. El centinela restante está parado a mi lado, donde puede alcanzarme con facilidad, pero afortunadamente tiene las manos lejos. Roland, Agatha y el director Hale están sentados detrás de la mesa, con la llave de Roland en su cordón roto delante de ellos.

Flexiono la mano, esperando que regrese la sensibilidad a mis dedos después de haber usado la llave de Roland. El director Hale me ofrece una silla, pero prefiero caer que sentarme aquí otra vez esta noche. Mis ojos encuentran los de Roland. Hace un minuto, hizo una pausa al entrar y estiró el brazo, simulando que me estabilizaba.

—¿Te arrepientes ahora? —pregunté en voz baja—, ¿de hacerme entrar?

Una sonrisa triste se esbozó en sus labios.

—No —dijo—, haces que las cosas sean infinitamente más interesantes.

—Gracias —susurré, cuando se daba vuelta—, por confiar en mí.

—No me dejaste demasiadas opciones. Y quiero mi diario de regreso.

Ahora Roland está sentado a la mesa, sus ojos grises se tensionan cuando Hale se pone de pie y se acerca, llevando las manos hacia arriba.

—¿Puedo? —pregunta.

Asiento con la cabeza y me preparo para el dolor que sentí cuando Agatha entró para desgarrar mi mente. Las manos de Hale bajan a mis sientes, no siento nada más que un silencio frío y constante. Cierro los ojos cuando las imágenes empiezan a revolotear con rapidez por mi mente: de Owen, los vacíos, el festival, el fuego y Eric. Cuando las manos de Hale se deslizan nuevamente a sus costados, su expresión es ilegible.

—Deme contexto para lo que acabo de ver —dice, tomando asiento.

Me paro frente a ellos y explico qué pasó. Cómo fueron hechos los vacíos. Cómo Owen finalmente logró salir. Cómo armé mi trampa.

—Debería haber involucrado al Archivo desde el principio —dice Hale.

—Señor, tenía miedo de que si lo hacía, fuese arrestada por el solo hecho de que Owen todavía existía. Y entonces la Brigada iría por él y todo el mundo sufriría por eso. Y como fueron las cosas, lo sufrió Eric.

Consideré que era mi trabajo.

Y no estaba del todo segura de que Owen fuera real.

—Es el trabajo de la *Brigada* cazar las Historias en el Exterior —aclara Agatha.

—Owen Chris Clarke no era una Historia ordinaria. Y él era mi responsabilidad. Le di las herramientas que necesitaba para escapar la primera vez, y mis crímenes fueron perdonados sobre la suposición de que él ya no era una amenaza. —Me sorprende la calma en mi voz—. Además, estaba en una posición única para manejarlo.

—¿Por qué?

—Él quería reclutarme.

A Hale se le arruga la frente.

—Owen quería mi ayuda. Y dejé que creyera que estaba dispuesta a dársela.

—¿Cómo urdiste el plan para atraerlo hasta aquí? —pregunta Roland.

—No lo hice —respondo—, lo hizo él. —Observo cómo la confusión se extiende por sus rostros—. Imagino —agrego— que pensó que iba a terminar de otra manera, pero la semilla del plan fue de él. Quería que yo fuera una distracción que se llevara la energía y la atención del Archivo mientras él lograba un objetivo ulterior.

—¿Cuál era su objetivo? —exige Agatha.

Le sostengo la mirada.

—Quería atacar el libro de registros del Archivo. Me prometió que, a cambio de mi distracción, me rescataría antes de que yo fuese alterada.

—¿Y le creyó? —pregunta Hale, incrédulo.

—¿Por qué la salvaría? —pregunta Agatha.

— *Yo* creí que Owen atacaría el Archivo. Y *Owen* creyó que yo podía ser convertida para unirme a su causa. Yo alenté esa creencia con la esperanza de que si me metía en su plan, podría asegurarme de devolverlo a los estantes y acabar con la amenaza que él era.

—Un verdadero riesgo —observa Hale, que entrelaza sus dedos—. ¿Y si su plan inicial fallaba? ¿Si no lograba obtener la llave de Roland, si Owen nunca venía a salvarla?

—Lo consideré —digo—. Dadas las habilidades de Owen, creí que mi estrategia tenía las chances más altas de éxito. Pero espero que entienda que estaba actuando. Que para tener las mayores chances, tuve que comprometerme con eso.

—Espero que *usted* entienda que un miembro de la Brigada está muerto por su farsa.

Detrás de mis ojos, el cuerpo de Eric se desploma en el césped.

—Lo entiendo. Ese momento está marcado en mi memoria. Es el momento en el que casi flaqueo. Y el momento en que supe que no

podía flaquear y que tenía que terminar. Espero que pueda perdonarme la necesidad egoísta de acabar con la vida de Owen con mis propias manos.

Hale se endereza en su asiento.

—Continúe su relato.

Trago saliva.

—Cuando me trajeron a la sucursal, sabía que tenía que crear el mayor caos posible, un estallido corto de disturbios para asegurarme de que Owen pudiera llegar hasta mí de modo que yo pudiera detenerlo.

—Asumo que también por eso *Wesley Ayers* hizo semejante escándalo —ofrece Roland, con una mirada estudiada.

—Sí —digo, esquivando el tema—. ¿Está bien?

—Él es la menor de sus preocupaciones —dice Agatha.

—Está vivo —dice Hale.

—Estará bien —agrega Roland, al percibir mi preocupación.

—Tiene un don para generar alianzas, ¿no es cierto? —dice Hale—. Ese chico corriendo por todos lados gritando a todo volumen, y Roland, aquí, afirmando que ni siquiera notó que tomaba su llave…

—Estaba muy metido en el momento —dice Roland.

Hale lo desestima con un gesto de la mano.

—Y Owen Chris Clarke. Se ganó su confianza también. Me asombra

eso, la forma en que genuinamente creyó en su compromiso.

—Owen creía en su causa —continúo—. Su enfoque era mucho más grande que mi actuación.

—¿Entonces realmente nunca consideró desertar? —pregunta, pisándole los talones a mi respuesta.

Le sostengo la mirada.

—Por supuesto que no —digo con calma.

Hale me observa y yo observo a Hale, y el silencio se posa en la habitación. Hale lo interrumpe al golpetear la mesa con los dedos. Finalmente, habla.

—Señorita Bishop, su dedicación y sentido de la estrategia son impresionantes. Su método, sin embargo, es censurable. Usted circunnavegó un sistema entero para satisfacer sus propios deseos de venganza y cierre. Pero el hecho es que logró su objetivo. Desveló la verdad detrás de los vacíos y suprimió una seria amenaza para el Archivo con pérdidas, aunque tristes, mínimas. —Se vuelve hacia Agatha—. Su sentencia queda anulada.

Empiezo a sentir alivio y esperanza. Hasta que Agatha interrumpe.

—Te olvidas —le dice a Hale— de que hay *dos* cargos contra la señorita Bishop. El primero es por traición. Puedes liberarla de eso si quieres, pero el segundo es que ya no está mentalmente apta para servir. No puedes denegarme ese reclamo.

Hale suspira y se deja caer nuevamente en el asiento.

—No —dice—, pero puedo considerar una segunda opinión. De alguien que no tenga el orgullo tan golpeado. —Hace un gesto con la mano al centinela, quien va hacia la puerta y la abre. Entra caminando una mujer, con el pelo atado en una cola de caballo despeinada, las manos y la ropa manchadas de sangre y la frente y la mandíbula sucias con hollín.

Dallas.

—Lamento llegar tarde —dice, limpiándose el hollín—. Tuve que ocuparme del cuerpo.

Se me revuelve el estómago. Sé que se refiere a Eric.

—¿Cómo está la situación en la escuela? —pregunta Roland.

—Caótica, pero se está calmando. —Su atención viene hacia mí y sonríe—. Parece que tuviste una noche movida.

—Dallas —dice Hale, atrayendo la atención de mi terapeuta nuevamente hacia él—. Has tenido varios días con la señorita Bishop. ¿Cuál es tu evaluación?

Los ojos de Agatha se entrecierran al escuchar la pregunta.

—¿De Mackenzie? —pregunta Dallas, rascándose la cabeza—. Se encuentra bien. Quiero decir, «bien» quizá no sea la palabra correcta. Pero teniendo en cuenta lo que ha atravesado —sus ojos se van hacia Agatha y se entrecierran ligeramente— y lo que la han hecho

atravesar… —vuelven hacia mí con calidez—… su resiliencia es asombrosa. Mantuvo el control de la situación todo el tiempo. Yo no interferí.

Los hombros de Roland se relajan visiblemente y yo respiro hondo, permitiéndome finalmente creer que lo he logrado, que todo va a estar bien.

—Ahí lo tienes —dice Hale—. Creo que hemos…

—Hay dudas en ella —contesta Agatha con furia y levantándose de golpe de su silla—. Las leí.

—Suficiente —dice Hale, refregándose los ojos—. Dudar no es un crimen, Agatha. Solo es una herramienta para comprobar nuestra fe. Nos puede quebrar, pero también nos puede hacer más fuertes. Y es perfectamente natural, incluso necesario, y me preocupa pensar que hayas dejado de verlo así. —Se pone de pie—. Dame tu llave —dice despacio.

Los dedos enguantados de Agatha van hacia el oro resplandeciente debajo de su garganta. Hale se suena los dedos, y la mandíbula de Agatha se tensiona cuando le da al hilo de oro un tirón rápido y apoya la llave en la palma de la mano de Hale. Él la observa un momento.

Y entonces introduce el metal en el pecho de Agatha.

No hace girar la llave, sino que se queda parado ahí, agarrando su hombro con una mano y la llave con la otra, mirándola a los ojos

mientras la habitación parece contener el aire. Los labios de Hale se mueven mientras le susurran algo a ella, tan suavemente que apenas escucho.

—Me ocuparé de ti más tarde.

Y entonces, tan rápido como atacó, saca la llave y Agatha respira intentando recuperar el aire.

—Vete —dice él y ella no duda, sino que se da vuelta, agarrándose el pecho, y se apresura a salir de la habitación, su abrigo color crema ondea detrás de ella.

Cuando la puerta se cierra, el director Hale suspira, toma asiento y apoya la llave de Agatha en la mesa frente a él. Hay una quietud mortal en la habitación. Los ojos de Roland se posan sobre la mesa. Los de Dallas, sobre el piso.

Pero los míos están sobre Hale.

—Quizá sea cierto que nada se pierde —dice—, pero todo debe llegar a su fin. *Cuando* está en mis manos. Le aconsejo que lo recuerde, señorita Bishop. —Se vuelve hacia Dallas—. Encárgate de que vuelva a casa a salvo.

—Señor —digo—. Por favor. ¿Qué pasa con Wesley?

Agita una mano hacia la puerta.

—Está ahí fuera en algún lado. Ve a buscarlo.

Hago todo lo que puedo por no gritar el nombre de Wesley mientras

recorro a toda prisa el pasillo hacia el atrio. Me echo a correr cuando la antesala aparece a la vista… y junto con ella, Wesley. Tiene cortes y está ensangrentado. Se tambalea un poco, pero está parado, con las manos en la cabeza. Patrick espera de un lado y Lisa del otro, y el miembro de la Brigada que me trajo aguarda detrás de él. Y no me importa ninguno de ellos.

Corro y él levanta la vista y me mira mientras atravieso las puertas. Deja caer las manos de su cabeza justo a tiempo para envolverme con ellas.

Ambos estamos golpeados y rotos, y al abrazarnos con más fuerza, nos estremecemos de dolor. Mis brazos rodean con fuerza su cintura, y los suyos me envuelven los hombros. Y cuando presiona los labios en la curva de mi cuello, puedo sentir sus lágrimas en mi piel.

—Eres un idiota —digo, aunque guío su rostro y su boca hacia la mía. Lo beso desesperadamente, porque él vale la pena; porque la vida es aterradora y corta y no sé qué va a pasar. Y todo lo que sé es que aquí y ahora todavía estoy viva y quiero estar con Wesley Ayers. Aquí y ahora quiero sentir sus brazos envolviéndome. Quiero sentir sus labios en los míos. Quiero sentir su vida enredándose en la mía. Aquí y ahora es todo lo que tenemos y quiero hacer que valga la pena lo que sea que pase a continuación.

Me aferro a Wesley con tanta fuerza que hago que detenga su beso

por un suspiro de dolor.

—Lo siento —murmuro, con los labios cerca de los suyos.

—Yo no —susurra y me atrae hacia él y me besa con más intensidad. Todavía tengo miedo de querer (de quebrarme, de las pérdidas), pero ahora hay algo más luchando con el miedo de igual a igual: el deseo.

—Dijiste que confiabas en mí —digo.

—Tú dijiste que estabas en el edificio de Ciencias. Supongo que estamos a mano. —Vuelve a atraerme hacia él, pero alguien se aclara la garganta y me obligo a apartarme del beso de Wesley. Dallas está ahí parada, esperando.

—Ya está bien, ustedes dos —dice—. Hay tiempo para eso. Ahora mismo los tengo que llevar de regreso a la escuela. —Está parada al lado del escritorio y por primera vez noto los restos ardientes del libro de registros.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Lo único que Owen Chris Clarke logró fue un acto de vandalismo —dice Lisa, señalando el libro—. Lo quemó.

Dallas dice que no con la cabeza y señala la puerta. El miembro de Brigada que me arrastró hasta aquí está parado ahí y yo me tensiono al verlo.

—Sin resentimientos —dice.

—Seguro —digo, con la mano de Wesley enredada en la mía.

—Solo estaba haciendo mi trabajo. —Pero sonríe al decirlo. No es una sonrisa amable y me recuerda las cosas que llenaban su ruido: la diversión de cazar.

—Te diría que no fueses tan imbécil, Zachary —dice Dallas, que lo quita con la mano de la puerta—, pero sería desperdiciar palabras. —Y con eso gira su llave y la puerta se abre a sirenas y oscuridad, y Wesley y yo seguimos a Dallas de nuevo hacia el campus de Hyde. En el Exterior, su ruido se vierte en mi cabeza, una mezcla de deseo y amor, alivio y *shock* y miedo. Y no sé qué estará cantando *mi* piel, pero no me aparto. Confío en lo que él haga con eso.

—¿Están todos bien?

—Hay algunos quemados por aquí, algunos con cortes por allá, pero todos sobrevivirán.

Mis ojos se deslizan por su rostro hasta su ropa. Su camisa negra de algodón está oscurecida y dura por la sangre, una mancha que sigue sobre su piel expuesta.

—Todos menos Eric —digo mientras nos guía alrededor de la escena chamuscada hacia la verja de entrada—. Por eso llegaste tarde.

Asiente con la cabeza amargamente.

—Intenté meterme en uno de los estallidos de fuego antes de que los vehículos de emergencia llegaran.

—¿Y Sako? —pregunto.

Dallas se frota las manos y la sangre se descascara y cae al piso.

—No la he visto.

—Creo que le rompí la nariz —dice Wesley.

Dallas lo mira.

—Parece que ella pegó varios buenos golpes también.

—¿Entonces tú también eres de Brigada? —pregunto, mientras nos lleva hacia los restos quemados del festival.

—No —dice Dallas—, soy lo que podríamos llamar una examinadora de campo. Mi trabajo es asegurarme de que todo y todos funcionen como deberían.

—¿Y si no lo hacen? —pregunta Wes.

Se encoje de hombros.

—Si pertenecen al Archivo, los entrego. Si pertenecen al Exterior, los arreglo yo.

—Haces alteraciones —digo—. Borras memorias.

—Cuando es necesario —dice—. Mi trabajo es limpiar. Ya me ocupé de ese policía, Kinney. Tengo que mandar a la Brigada para que se lleve la evidencia, pero al menos te extraje de su cabeza. Todo lo que él sabe es que fueron las explosiones las que lo noquearon.

—Viste a Owen —digo—. Hoy en tu oficina. Lo viste y no hiciste nada.

—Lo habría hecho si hubiese sido necesario.

Hay tantas preguntas dando vueltas en mi cabeza, pero llegamos a las verjas de entrada, que han sido abiertas a la fuerza. Todos están ahí reunidos y dos bomberos se apresuran hacia nosotros.

—¿De dónde vienen ustedes tres? —exige uno.

—Estos dos estaban atrapados debajo de uno de los puestos —dice Dallas, cuyo tono de voz cambia sin esfuerzo a uno de autoridad —. No puedo creer que no los encontraran antes. Más vale que se aseguren de que ambos estén bien.

Y antes de que puedan preguntar quién es y qué está haciendo ahí, se da vuelta y pasa por debajo de la cinta amarilla que ha sido colgada a lo largo de la verja, y desaparece entre la multitud de estudiantes y profesores y padres que llenan el estacionamiento. Paramédicos nos separan a Wes y a mí para revisarnos, y me pongo mi anillo de nuevo, maravillada por lo rápido me he acostumbrado al mundo sin él.

El paramédico me revisa. Puedo culpar al puesto que aparentemente colapsó sobre nosotros de la mayoría de mis heridas, pero las marcas de alambre son más difíciles de explicar. Tengo suerte de que haya demasiadas personas que necesitan atención y suficiente gente para hacerlo; el paramédico me escucha cuando le digo que estaré bien y me deja ir.

Pero Wesley o es un mentiroso menos convincente que yo o está

peor de lo que pensaba, porque insisten en llevarlo al hospital para estar más seguros. La ambulancia sale del estacionamiento y solo le da tiempo a decirme «deja la ventana abierta».

Apenas paso por debajo de la cinta amarilla cuando alguien grita mi nombre y levanto la vista para ver al resto de la Corte amontonados en la vereda, están un poco chamuscados pero sin lesiones serias. Hay una corriente de *¿dónde estabas?* y *¿qué pasó?* y *¿estás herida?* y *¿está Wesley contigo?* y *¿está bien?* y *¡eso fue una locura!* , antes de que se calmen lo suficiente como para dejarme responder. Aun así, apenas si puedo contar la mitad, que Cash hace un chiste sobre cómo todo esto irá a su tarjeta de comentarios y Saf le da un codazo y dice que escuchó que alguien *murió* ahí dentro y cómo puede estar haciendo bromas. Amber comenta que las experiencias traumáticas son momentos inmejorables para ser frívolos; y entonces escucho mi nombre otra vez. Me doy vuelta para ver a mis padres abriéndose camino a los empujones por la muchedumbre y yo logro soltar la mitad de un «estoy bien» cuando mi madre lanza los brazos alrededor de mi cuello y empieza a llorar.

Papá nos abraza a las dos y no necesito sacarme el anillo para saber qué hay en sus mentes, para sentir el alivio enredado con su desesperada necesidad de proteger a la hija que les queda y el miedo de no poder. Yo tampoco puedo protegerlos. No de perderme —no todas las veces—, pero hoy estoy aquí, así que los abrazo con más

fuerza y les digo que todo va a estar bien.

Y por primera vez en mucho tiempo, realmente lo creo.

DESPUÉS

ESTOY SENTADA EN EL BORDE DE MI CAMA esa noche, vestida con mi uniforme arruinado, con los cuernos plateados todavía en mi pelo, oliendo a humo y sangre, y pensando en Owen. No tengo miedo de dormir, aunque desearía que Wesley estuviera acá conmigo. No tengo miedo de las pesadillas, porque las mías se volvieron realidad y las atravesé con vida.

Me pongo de pie y empiezo a quitarme el uniforme arruinado, estremeciéndome de dolor cuando mi cuerpo rígido y herido protesta al moverse. Me las arreglo para sacarme la camiseta por la cabeza, luego la falda y finalmente los zapatos, que desato primero y luego me quito uno a la vez. Tiro del primero y lo doy vuelta, y cae mi cuchillo. Lo pongo en la cama a mi lado. Pero cuando tiro de la segunda bota y la doy vuelta, un cuadrado de papel plegado cae al piso.

Me estremezco al agacharme para recogerlo. Aliso el papel grueso de la página. Está en blanco salvo por una única palabra en la esquina inferior derecha, escrita en una letra cuidada: *todos*. Paso el dedo pulgar por la palabra.

No iba a agarrarla.

Me agaché ahí, sobre el cuerpo de Owen, escuchando el sonido de

los pasos, contando los segundos, aturdida y entumecida. No busqué el papel, creo que no, pero en un momento estaba sentada ahí y al instante siguiente lo estaba palpando, sacando la página plegada de su bolsillo y metiéndola en mi bota. Fue fácil esconder ese momento. Enterrarlo.

Ahora, mientras observo la página, considero si quemarla.

(Obviamente que Owen no quemó el libro de registros; quemó lo que quedaba del libro para tapar el hecho de que faltaba esta página).

La cosa es que Owen estaba muy equivocado sobre muchas cosas.

Pero no sé si estaba equivocado en todo.

Quiero creer en el Archivo.

Quiero hacerlo. Pero no sé si es duda o miedo; debilidad o fortaleza; la voz de Da en mi cabeza que me advierte de que esté lista para todo o la de Owen, que me dice que es tiempo de cambio; o el hecho de que he visto demasiado esta noche, lo que me hizo agarrar el papel del bolsillo de Owen.

Debería quemarlo, pero no lo hago. En vez de eso, lo doblo con mucho cuidado —cada vez hago una pausa para decidir si quiero romperlo y cada vez decido que no— hasta que es del tamaño que era antes. Y entonces saco el *Infierno* de mi estante, deslizo el cuadrado de papel robado entre sus hojas y vuelvo a poner el libro en su lugar.

Quizá Owen tenía razón.

Quizá yo sea la que trae el cambio.

Pero puedo decidir qué tipo de cambio.



VICTORIA SCHWAB (nacida el 7 de julio de 1987) es una autora de fantasía estadounidense.

Sus obras más conocidas son *Vicious* y la trilogía *Shades of Magic*, publicados bajo el seudónimo de V. E. Schwab, que ha anunciado que usará para sus novelas destinadas a un público más adulto, mientras que mantiene el nombre de Victoria Schwab para sus obras destinadas a públicos infantiles y juveniles.

Document Outline

- El vacío
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintiséis
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Treinta
- Treinta y uno
- Treinta y dos
- Después
- Autora